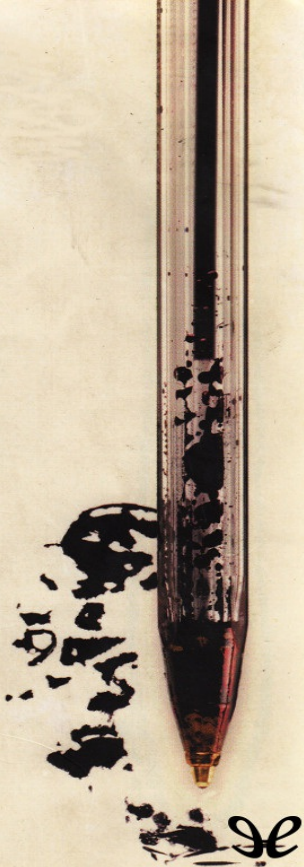


PHILIP
ROTH
**Mi vida
como
hombre**





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Peter Tarnopol es un joven novelista con un futuro prometedor que, desdeñando su suerte y acuciado por la idea de tener un destino, se casa con Maureen, una mujer mayor que él con la cual quiere comportarse «como un hombre». Ella se burla de él, lo insulta, quiere ser su musa pero se convierte en su némesis. Él la golpea, comienza a odiarla cuando ella le niega el divorcio, y no es capaz de escribir más... Ni siquiera cuando han pasado años desde la muerte de su mujer.

Una novela dentro de otra novela, un laberíntico edificio narrativo lleno de lúgubres y clarificadoras meditaciones sobre el fatal *impass* entre un hombre y una mujer. *Mi vida como hombre* (1974) es la novela más devastadora de Philip Roth, llena de reflexiones sobre la necesidad sexual y la ceguera; una tragedia sin concesiones a la altura de Strindberg.

L  **LIBROS**

Philip Roth

Mi vida como hombre

*Para Aaron Asher
y Jason Epstein*

NOTA AL LECTOR

Las dos historias de la primera parte, *Ficciones útiles*, y la narración autobiográfica de la segunda parte, *Mi verdadera historia*, han sido extraídas de los escritos de Peter Tarnopol.

Yo podría ser su musa, si él me lo permitiera.

Del diario de
MAUREEN JOHNSON TARNOPOL

PRIMERA PARTE

Ficciones útiles

Candor juvenil

Para empezar, lo primero, su educación de cachorro sobreprotegido en el piso de encima de la zapatería de su padre en Camden. Diecisiete años como adorado competidor del emprendedor e impulsivo zapatero (nada más que eso, solía decir, un humilde zapatero, pero espera y verás), un hombre que le daba a leer obras de Dale Carnegie para atemperar su arrogancia juvenil, y su propio ejemplo para fomentarla y fortalecerla. « Sigue siendo así de petulante con la gente, Natie, y terminarás como un ermitaño, alguien odiado, un enemigo del mundo ». Mientras tanto, abajo, en la zapatería, Polonio sólo mostraba desprecio por cualquier empleado cuya ambición no fuera tan fogosa como la suya propia. El señor Z., como le llamaban los de la tienda (y también su hijo cuando se sentía temerario), el señor Z. esperaba, exigía, que al acabar la jornada su vendedor y su encargado de almacén tuvieran un dolor de cabeza tan intenso como el suyo. Que los vendedores, al irse, dijeran invariablemente que le odiaban a muerte le resultaba siempre una sorpresa: pretendía que cualquier joven sintiera gratitud hacia un patrón que lo agujoneaba sin tregua para aumentar su nivel de ventas. No podía comprender que alguien pudiese desear menos cuando podría tener más, simplemente, como decía el señor Z., « empujando un poquito ». Y cuando ellos no empujaban, él lo hacía por ellos. « No te preocupes, no soy orgulloso », se jactaba, queriendo decir con ello, al parecer, que le era fácil llegar hasta la ira al contemplar la imperfección ajena.

Y esto no incluía sólo a sus empleados, sino también a los de su propia sangre. Por ejemplo, hubo una ocasión (y el hijo no lo olvidaría nunca, ya que en parte eso podría explicar qué le empujó a ser escritor), hubo una ocasión en que el padre vio por casualidad la firma de su pequeño Nathan sobre la tapa de un cuaderno escolar y poco faltó para echar la casa abajo. El chaval de nueve años se había sentido importante, y la firma lo demostraba. Y el padre lo sabía. « ¿Así es como te enseñan a firmar, Natie? ¿Es esta una firma que debe leer y respetar quien la mire? ¿Quién diablos puede leer una firma que parece un descarrilamiento de trenes? ¡Muchacho, *ése es tu nombre!* ¡Escríbelo bien! ». El orgulloso hijo del orgulloso zapatero lloró a gritos en su cuarto durante horas, mientras estrangulaba sin cesar su almohada, hasta que la mató. Aun así, cuando,

a la hora de acostarse, apareció con el pijama puesto, sostenía por los bordes una hoja de papel blanco con las letras de su nombre, redondeadas y nítidas, trazadas cuidadosamente con tinta negra en el centro. Se la entregó al tirano.

—¿Está bien así?

Y al instante siguiente se vio elevado hasta el cielo de la áspera barba nocturna de su padre.

—¡Ah, esto sí que es una firma! Con esto se puede mantener la cabeza bien alta. Ésta sí que la voy a clavar con chinchetas sobre el mostrador de la tienda.

Y eso fue lo que hizo, ni más ni menos, y luego conducía a los clientes, casi todos negros, por todo el pasillo hasta detrás de la caja, donde pudieran ver bien de cerca la firma del niño. «¿Qué les parece?», les preguntaba, como si el nombre apareciera en verdad desplegado sobre la Proclama de Emancipación de los esclavos.

Así eran las cosas con aquella desconcertante dinamo de protección. En una ocasión, mientras pescaban a la orilla del mar, al tío Philly le pareció oportuno pegar a su sobrino por su descuido en el manejo del anzuelo: el humilde zapatero había amenazado con arrojar a Philly por la borda del bote y ahogarlo en la bahía por haber osado tocar al chico.

—¡El único que lo toca soy yo, Philly!

—Sí, me gustaría verlo... —murmuró Philly.

—¡Vuelve a tocarlo, Philly —le dijo el padre, furioso—, y te verás hablando con los atunes, te lo prometo! Te verás hablando con las anguilas.

Pero una vez de regreso en la pensión donde los Zuckerman pasaban sus quince días de vacaciones, Nathan, por primera y única vez en su vida, fue azotado con un cinturón por haber estado a punto de sacarle un ojo a su tío mientras hacía payasadas con el maldito anzuelo. Lo dejó atónito que el rostro de su padre estuviese tan bañado en lágrimas como el suyo propio cuando hubo terminado la paliza de tres correazos, y le pareció más sorprendente aún que inmediatamente después se encontrase estrechado entre los brazos del padre. «El *ojo*, Nathan, el *ojo* de alguien... ¿Sabes lo que podría ser la vida de un hombre adulto sin un *ojo*?» .

No, no lo sabía, como tampoco sabía lo que podría ser la de un niño sin padre, y no quería saberlo, aunque tuviese el trasero ardiendo.

Dos veces había ido su padre a la quiebra en la época de entreguerras: cuando la camisería del señor Z., en los últimos años de la década de los veinte, y cuando la tienda de prendas infantiles del señor Z., a principios de los años treinta. A pesar de ello, un hijo del señor Z., nunca había pasado sin sus tres nutritivas comidas diarias; ni sin rápida atención médica, ropas decentes, cama limpia, o una suma regular de unos cuantos centavos en el bolsillo. Los negocios se derrumbaban, pero la casa nunca, como tampoco lo hacía el cabeza de familia. Durante aquellos melancólicos años de escasez y dificultades, el pequeño Nathan

jamás tuvo la menor idea de que su familia vacilaba al borde de nada que no fuera la dicha más perfecta, tan convincente era la confianza desplegada por ese padre volcánico.

Y la fe de la madre. Sin duda, ella no actuaba como si estuviera casada con un hombre de negocios dos veces arruinado y en quiebra. La verdad es que bastaba que el marido cantase unos cuantos compases de «The Donkey Serenade» mientras se afeitaba en el cuarto de baño para que su mujer dijese a los niños sentados a la mesa del desayuno: «¡Y yo que creía que era la radio! Por un instante he pensado que era Allan Jones». Si silbaba al lavar el coche, ella lo elogiaba mucho más que a los dotados jilgueros que los domingos por la mañana, en la emisora WEAf, silbaban canciones populares (populares tal vez entre los demás jilgueros, afirmaba el señor Z.). Cuando la hacía bailar sobre el suelo de linóleo de la cocina (el espíritu del vals se apoderaba de él después de la cena), era «otro Fred Astaire». Cuando contaba chistes durante el almuerzo era, al menos en la opinión de ella, más cómico que nadie del programa *Can You Top This*, y decididamente más gracioso que el senador Ford. Y cuando aparcaba el Studebaker (nunca fallaba), solía medir a ojo la distancia entre las ruedas y el bordillo de la acera y anunciar, sin olvidarse nunca de hacerlo, «¡Perfecto!», como si su marido acabara de hacer aterrizar en un maizal un avión transatlántico asmático por falta de combustible. No es preciso señalar que la omisión de la crítica cuando el elogio era posible era su principio rector. Más aún: con el señor Z. por marido, no podría haber actuado de ninguna otra manera, aunque lo hubiese intentado.

Luego llegaba el justo merecido. Aproximadamente cuando Sherman, el hijo mayor, estaba a punto de licenciarse de la marina y Nathan comenzaba el instituto, los negocios empezaron de pronto a prosperar en la tienda de Camden, y en 1949, el año en que Zuckerman ingresó en la universidad, estaba ya en marcha la flamante zapatería de «El señor Z.» en el centro comercial del millonario Country Hills Club. Y entonces, por fin, llegó la casa unifamiliar, amplia y de una sola planta, tipo rancho, con chimenea de piedra, en el centro de un terreno de mil metros cuadrados: el sueño de la familia hecho realidad en el momento en que ésta comenzaba a desintegrarse.

La madre de Zuckerman, feliz como un niño en su cumpleaños, llamó por teléfono a Nathan a la universidad, el día que se firmó el contrato de compraventa, para preguntarle qué colores quería en su cuarto.

—Rosa y blanco —contestó Zuckerman. Y quiero un dosel sobre la cama y un faldón en el tocador. Mamá, ¿qué es eso de «mi habitación»?

—Pero... pero ¿para qué ha comprado la casa papá si no para que tengas una habitación como Dios manda, un cuarto para ti y para tus cosas? Es algo que siempre has querido tener.

—¡Ah, qué bien! ¿Podrían ponerme paneles de pino, mamá?

—Querido, es lo que te estoy diciendo... puedes tener todo lo que quieras.

—¿Y un banderín de la universidad sobre la cama? ¿Y retratos sobre la cómoda, de mi mamá y de mi novia?

—Nathan, ¿por qué te burlas así de mí? Estaba tan ilusionada con este momento, y lo único que se te ocurre ofrecerme cuando te llamo para darte la gran noticia es... sarcasmo. ¡Sarcasmo de universitario!

—Mamá, sólo intento decirte con mucha suavidad que... mira, tienes que dejar de engañarte con eso de que haya algo llamado «la habitación de Nathan» en tu nueva casa. Que a los diez años quisiese un lugar «para mis cosas» no significa que quiera exactamente lo mismo ahora.

—Entonces, ya que eres tan independiente —dijo ella en voz baja—, está claro que papá debería dejar de pagarte los estudios y de mandarte un cheque de veinticinco dólares todas las semanas. Si ésa es tu actitud, tal vez debamos actuar en consecuencia...

A Nathan no le impresionó demasiado la velada amenaza, ni el tono con que fue expresada.

—Si quieres —dijo con el tono de voz suave y sensato que podría adoptarse al enfrentarse a un muchacho que no actuase conforme con su edad— dejar de seguir costeándome los estudios, es cosa tuya. Es algo que tú y papá debéis decidir.

—¡Oh, cariño! ¿Cómo te has convertido en alguien tan cruel, tú que siempre has sido tan dulce y tan respetuoso?

—Mamá —replicó el muchacho de diecinueve años, ahora estudiante de lengua inglesa y literatura—, trata de hablar con precisión. No soy cruel. Simplemente digo las cosas con claridad.

Ah, qué gran distancia había recorrido hasta alejarse de ella, desde aquel día de 1942 en que Nathan Zuckerman se había enamorado de Betty Zuckerman como al parecer todos los hombres se enamoran de las mujeres en las películas...; sí, lo había enamorado como si no fuera su madre, sino una actriz famosa a quien, por algún azar increíble, le hubiera tocado prepararle la comida y arreglar su cuarto. En su calidad de presidenta de la campaña de venta de bonos de guerra en la escuela, la habían invitado al salón de actos aquella mañana para que se dirigiera al alumnado y señalara la importancia de ahorrar mediante la compra de bonos emitidos como contribución al esfuerzo bélico. Había llegado vestida con la indumentaria que habitualmente reservaba para cuando iba con las «chicas» a Filadelfia para asistir a una matiné teatral: su traje de franela gris y su blusa de seda natural blanca. Para colmo, pronunció su discurso de memoria, desde un atril lujosamente adornado con banderas de algodón azul, blanco y rojo. Durante el resto de su vida, en repetidas ocasiones Nathan descubrió que sentía una especial susceptibilidad hacia cualquier mujer que llevase traje de franela gris y blusa blanca, y ello a causa del enorme atractivo que aquella mujer esbelta y respetablemente elegante irradiaba aquel

día desde el estrado. De hecho, el señor Loomis, el director de la escuela, tal vez también algo flechado, había comparado su actuación al frente de la campaña de venta de bonos y de la cooperadora escolar con la de *madame* Chang Kai-shek. Y al agradecer con modestia el elogio, la señora Zuckerman había reconocido desde el estrado que, en realidad, *madame* Chang Kai-shek era uno de sus ídolos. También eran sus ídolos, según confesó a los alumnos allí congregados, Pearl Buck y Emily Post. Lo cual era verdad. La madre de Zuckerman abrigaba una profunda convicción en cuanto al valor de lo que llamaba «ser distinguida», además de sentir reverencia —la reverencia que se muestra en la India hacia las vacas sagradas— por las postales de felicitación y las notas de agradecimiento. Y mientras los dos estuvieron enamorados, también Nathan la sentía.

Una de las primeras sorpresas de importancia en la vida de Zuckerman fue ver la forma en que se comportaba su madre cuando, en 1945, Sherman, su hermano mayor, entró en la Marina para cumplir los dos años de servicio militar. Parecía una jovencita cuyo novio partía para morir en el frente, cuando la realidad era que Estados Unidos había ganado la Segunda Guerra Mundial y Sherman estaba a sólo ciento cincuenta kilómetros de distancia, haciendo el servicio militar en un campamento de Maryland. Nathan hizo cuanto se le ocurrió para consolarla: la ayudaba a lavar los platos, se ofrecía para traerle la compra del supermercado los sábados, y charlaba con ella sin cesar, incluso sobre un tema que por lo general le producía vergüenza, el de sus «amiguitas». Con gran consternación de su padre, permitía a su madre mirar la mano de sus cartas por encima de su hombro, cuando «los hombres de la casa» jugaban al rummy los domingos por la noche en la mesa de bridge instalada en la sala. «Juega —le decía su padre. Concéntrate en mis descartes, y no en tu madre. Tu madre sabe cuidarse sola, pero tú, en cambio, vas a perder otra vez». ¿Cómo podía ser tan desconsiderado? Su madre no sabía cuidarse sola. Había que hacer algo, pero ¿qué?

Nathan se ponía especialmente nervioso cuando sonaba «Mam'selle» por la radio, porque contra esa canción su madre se sentía del todo indefensa: junto con «The Old Lamplighter», había sido su tema predilecto de todo el repertorio de Sherman de canciones semiclásicas y populares, y no había nada que le agradase más que sentarse en la sala después de comer y oírlo tocar y cantar, a petición de ella, sus propias «interpretaciones». Conseguía dominarse hasta cierto punto con «The Old Lamplighter», que siempre le había gustado tanto como «Mam'selle», pero ahora, cuando esta última empezaban a sonar por la radio, tenía que levantarse y salir de la habitación. Nathan, que no era exactamente inmune a «Mam'selle», la seguía y se quedaba pegado a la puerta del dormitorio, oyendo los rumores del llanto ahogado de su madre, y se sentía a punto de derrumbarse.

—¿Mamá, estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntaba después de llamar

con suavidad.

—No, cariño, no.

—¿Quieres que te lea mi comentario de texto?

—No, tesoro.

—¿Quieres que apague la radio? ¡Ya no la quiero escuchar, de verdad!

—Déjala, Nathan, cariño, está a punto de terminar.

¡Qué terrible era el sufrimiento de ella, y, al mismo tiempo, qué extraño!

Después de todo, era natural que él extrañara a Sherman: Sherman era *su único hermano mayor*. De pequeños, el apego de Nathan por Sherman había sido tan profundo y tan evidente que los demás niños se burlaban de él. Le decían, por ejemplo, que si Sherman Zuckerman se parase bruscamente, la nariz de su hermanito menor se le metería en el culo. De hecho, era posible ver al pequeño Nathan siguiendo a su hermano a la escuela por la mañana, a la escuela de hebreo por la tarde, y a sus reuniones de *boy scouts* por la noche; y cuando Sherman estaba en el instituto y su banda de cinco instrumentos iba a tocar a las fiestas de *bar mitzvah* y a las bodas, Nathan siempre los acompañaba como «mascota» y se sentaba en una silla, en un rincón del salón, golpeando dos palitos cuando llegaban las rumbas. Que él se sintiera desolado sin su hermano y que por la noche, en el cuarto que compartían, se le saltasen las lágrimas al ver vacía la cama idéntica a la suya era de esperar. Pero ¿por qué se comportaba así su madre? ¿Cómo podía extrañar tanto a Sherman, si él estaba todavía allí, y se portaba, de hecho, mejor que nunca? En esa época, Nathan tenía trece años y figuraba ya en el cuadro de honor del instituto. Pero toda su inteligencia y su madurez no eran suficientes para explicarse aquello.

Cuando Sherman fue a casa a pasar su primer permiso después del entrenamiento, llevaba una bolsa llena de fotografías pornográficas para enseñárselas a Nathan mientras paseaban por el barrio. Tenía además una chaqueta marinera y una gorra para su hermano menor, y muchas historias sobre las prostitutas que se sentaban en sus rodillas en los bares de Bainbridge y le permitían meter su mano por debajo del vestido. Y sin pagar. Putas de cincuenta y de sesenta años. Sherman tenía entonces dieciocho, y quería ser músico de jazz al estilo de Lenny Tristano. Ya lo habían destinado a Servicios Especiales debido a su talento musical, e iba a dirigir como maestro de ceremonias los espectáculos de la base, además de ayudar al suboficial principal a organizarlos. Sherman era un caso raro en el mundo del espectáculo: un estupendo zapateador cómico que sabía hacer unas imitaciones de Bojangles Robinson con las que su hermano menor se partía de risa. Con sus trece años, Zuckerman esperaba grandes cosas de un hermano capaz de hacer tantas cosas. Sherman le habló acerca de cuestiones de profilaxis sexual y de las películas sobre enfermedades venéreas, y le permitió leer los relatos mimeografiados que los reclutas hacían circular entre ellos las noches en que estaban de guardia. Increíble. Al adolescente le pareció

que su hermano mayor había encontrado el camino a una vida bastante más audaz y viril.

Y cuando, al ser licenciado, Sherman se dirigió directamente a Nueva York y encontró un empleo como pianista en un bar de Greenwich Village, el menor de los Zuckerman se quedó extasiado, en contraste con el resto de la familia. Sherman les dijo que su ambición era tocar con la orquesta de Stan Kenton. El padre, si hubiese tenido una escopeta, seguramente la habría sacado y lo habría matado. Nathan, entretanto, confió a sus compañeros de instituto anécdotas de la vida de su hermano « en el Village ». Solían preguntarle (los muy tontos): « ¿Qué Village? ». Y él se lo explicaba con tono desdeñoso; les hablaba del bar San Remo en la calle McDougal, que él mismo no había visto nunca, pero era capaz de imaginar. Y luego Sherman fue a una fiesta, una noche después del trabajo, o sea, a las cuatro de la madrugada, y conoció a June Christie, la vocalista rubia de Kenton. *Eso* puso en marcha alguna que otra fantasía en la mente del hermano menor. Entonces sí que todo comenzaba a sonar como si las posibilidades para alguien con tan buena disposición y tan deseoso de aventuras como Sherman Zuckerman (o Sonny Zachary, como se llamaba en la sala de cócteles) prometieran ser casi infinitas.

Y entonces Sherman comenzó a asistir a la Universidad de Temple, a los cursos básicos de odontología. Y luego se casó, no con June Christie, sino con una chica del montón: una muchacha judía muy delgada, de Bala-Cynwyd, en las inmediaciones de Filadelfia, que hablaba como una niña de doce años y trabajaba como ayudante de dentista en algún sitio. Nathan no podía creerlo. « ¡Dime que no es verdad, Sherm! ». Recordaba los enormes melones colgantes de las mujeres de sonrisa lúbrica en las fotografías pornográficas que solía traer Sherman del cuartel, y de inmediato pensaba en Sheila, con su pecho de boxeador, Sheila, la ayudante de dentista con quien Sherman debía acostarse ahora todas las noches, durante el resto de su vida, y no conseguía entenderlo. ¿Qué le había sucedido a su fascinante hermano? « Vio la luz, eso es lo que sucedió —explicaba el señor Z. a los parientes y amigos, pero dirigiéndose *en particular* al pequeño Nathan. Vio lo que le convenía hacer y recobró el sentido común » .

Diecisiete años, pues, de vida y afecto familiares como el que imaginaba todos recibían, más o menos, y luego cuatro años en la Universidad de Bass; según Zuckerman, una institución que se distinguía en buena medida por su ubicación en un cuadro pastoril, en medio de un valle al oeste de Vermont. El sentido de superioridad que el padre había conseguido atemperar en el hijo con la ayuda del libro de Dale Carnegie sobre cómo hacer amigos e influir en la gente florecía ahora en plena campaña de Vermont como un hongo en medio de la selva. Allí estaban los estudiantes de rostro sonrosado y zapatos de ante blanco. Allí estaba el *Bastion*, que cada semana reclamaba en su editorial « más espíritu

universitario». Allí, en la capilla, se oían los habituales sermones de la mañana de los miércoles, pronunciados por clérigos de distintas zonas de Vermont. Allí se producían aquellas charlas amistosas en los dormitorios de los estudiantes, todos los lunes por la noche, con la asistencia de destacadas personalidades, como aquel jefe de estudios: un tío que aseguraba a los estudiantes novatos que « en las noches de luna llena, la hiedra de los muros exteriores de la biblioteca susurraba la palabra “tradición” » ; nada de eso sirvió para convencer a Zuckerman de que debía ser mejor compañero para sus condiscípulos. Pero, por otra parte, aquellas fotografías del libro de Bass, aquellos chicos de mejillas sonrosadas como manzanas y zapatos de ante blanco cruzando el parque en compañía de chicas de mejillas sonrosadas y zapatos de ante blanco, era lo que había atraído a Zuckerman a esa universidad. Para él y para sus padres, la maravillosa Universidad de Bass resumía, al parecer, todo lo que en la palabra « universitario » resuena como música celestial para los que no han pasado del instituto. Además, cuando la familia fue a visitar las instalaciones en primavera, la madre había visto al jefe de estudios. (Se trataba del mismo personaje que tres años más tarde diría a Zuckerman que iba a tener que echarle a golpes de horquilla, a causa de la así denominada « parodia » escrita por él en su carácter de colaborador de una revista literaria; el tema había sido la reina del cuerpo estudiantil y la muchacha era —¡nada menos!— huérfana de Rutland). Y este mismo jefe de estudios de hombres, con su pipa de brezo y sus hombros de atleta cubiertos de tweed, le había parecido a la señora Zuckerman un hombre « sumamente distinguido », y con este juicio la decisión quedó tomada. Se sumó el hecho de que, según el jefe de estudios, había « una fraternidad estudiantil judía de primer rango » en la universidad, así como una agrupación femenina equivalente para las treinta muchachas judías de cualidades sobresalientes, las « niñas », como él las llamaba.

¿Quién sabía entonces, quién, en la familia de Zuckerman, que el mismo mes en que se preparaba para iniciar su primer año como estudiante en la universidad Nathan iba a leer un libro titulado *Del tiempo y del río*, y que la obra habría de cambiar su actitud no sólo ante Bass, sino también ante la vida misma?

Cuando salió de Bass tuvo que cumplir el servicio militar. Si hubiese continuado con su participación activa en el entrenamiento de futuros oficiales de la reserva, podría haber entrado en el ejército como subteniente en el Cuerpo de Transportes, pero, única excepción entre los estudiantes no graduados de Bass, estaba contra la enseñanza y la práctica de las artes bélicas en una institución universitaria privada. Así que, pasados los dos meses obligatorios de marchas por el campo una vez por semana y con un rifle al hombro, rechazó la invitación del coronel para seguir adelante con su preparación militar. Esta decisión enfureció al padre, especialmente porque ya había estallado otra guerra. Otra vez, y en defensa de la democracia, los jóvenes norteamericanos abandonaban este

mundo para dirigirse al del olvido, ahora a un ritmo de uno cada sesenta minutos, y el doble de esa cifra perdía cada hora una parte de su cuerpo en las nevadas mesetas y campos de lodo de Corea.

—¿Estás loco, estás chiflado para rechazar una buena oportunidad como la de entrar en el Cuerpo de Transportes, algo que podría significar para ti la diferencia entre la vida y la muerte? ¿Quieres que te destrocen el culo a tiros en infantería? ¡Ah, estás buscando dificultades, hijo, y las hallarás, te lo aseguro! La mierda caerá sobre el ventilador, amigo, y no te gustará que te salpique. ¡Sobre todo si estás muerto!

Pero nada que se le ocurriese gritar al viejo Zuckerman logró hacer cambiar de parecer al obstinado hijo en una cuestión de principios como aquélla.

El señor Zuckerman había reaccionado ante el anuncio de su hijo, durante su primer año de estudios, referente a que tenía la intención de abandonar la fraternidad estudiantil judía cuyas condiciones de ingreso venía cumpliendo desde hacía un mes con algo menos de vehemencia pero no menos confusión.

—Dime, Nathan, ¿cómo vas a salir de algo en lo cual todavía no has ingresado? ¿Cómo puedes mostrarte tan soberbio ante algo que ni siquiera conoces, sobre todo porque aún no *perteneces* a ello? ¿Es esto lo que de pronto tengo por hijo? ¿Un cobarde?

—Ante ciertas cosas, sí —fue la respuesta del estudiante, pronunciada con el tono de fría deferencia que alteraba los nervios de su padre como si le hubiesen pinchado con una púa de acero.

A veces, cuando empezaba a hervir de furia, Zuckerman apartaba medio metro de distancia el auricular del teléfono y lo contemplaba con expresión impávida, una estrategia que había visto aplicar a mucha gente, aunque, desde luego, sólo en las películas y para obtener un efecto cómico. Después de haber contado hasta cincuenta, trataba de restablecer la comunicación con su patrón. «Está por debajo de mi dignidad, eso es». O bien: «No, no estoy contra las cosas por estar contra las cosas, estoy contra ellas por mis principios».

—En otras palabras —replicaba, o más bien se desbordaba, el señor Zuckerman—, si te entiendo bien, tú tienes razón, y el resto del mundo está equivocado. ¡Es eso, Nathan, eres el nuevo dios que tenemos aquí, y el resto del mundo que se vaya al infierno!

Fría, tan friamente que el sismógrafo más sensible conectado a la conversación telefónica no habría registrado ni el más imperceptible temblor en la voz de Nathan, el joven explicó:

—Papá, llevas hasta tal punto los términos de nuestra discusión con declaraciones como ésta, que... —y así, moderado, en una palabra, «razonable», dijo todo lo que hacía falta para provocar al volcán de New Jersey.

—Cariño —intervenia suavemente la voz de la madre a través de la línea. ¿Has hablado con Sherman? ¿No has pensado en hablar de esto con él, al menos?

—¿Por qué habría de hablarlo con él?

—¡*Porque es tu hermano!* —le recordaba su padre.

—Y te quiere —añadía la madre. Siempre te ha cuidado como si fueses una pieza de porcelana valiosa, cariño, debes recordarlo siempre. Te trajo esa chaqueta marinera que usaste hasta que estaba en andrajos, te gustaba muchísimo... Oh, Nathan, por favor, tu padre tiene razón, si no nos escuchas a nosotros, escucha a Sherman, porque cuando él dejó la marina pasó por una etapa de independencia exactamente igual que la que tú estás pasando ahora. Exactamente igual.

—Digamos que no le sirvió de mucho, ¿eh, mamá?

—¿CÓMO? —replicó el señor Zuckerman, anonadado, pero sin dejar de insistir—. ¿Qué manera es esa de hablar de tu hermano, maldita sea? ¿Acaso eres mejor que él, eso crees? Dame un solo nombre, para que lo apunte. ¿Mahatma Ghandi, quizá? ¿Yehudi? ¡Ah, cuánta falta te hace que te inculquen un poco de humildad, aunque sea a golpes! ¡Tendrías que seguir un curso intensivo con Dale Carnegie! Da la casualidad de que tu hermano es un ortodoncista que trabaja muchísimo, y además *es tu hermano*.

—Papá, los hermanos pueden tener sentimientos encontrados entre ellos. Yo creo que tú mismo los tienes con respecto a tus hermanos.

—Este problema no tiene nada que ver con mis hermanos, sino con el tuyo. No desvíes la cuestión con tu ARROGANCIA DE SABELOTODO, PORQUE NO SABES NADA DE LA VIDA, ¡NADA DE NADA!

A continuación, el servicio militar en Fort Dix: medianoche en el polígono de tiro, cuerpo a tierra bajo la lluvia, montañas de puré de patatas y de fruta en conserva para lo que llamaban «cena». Y luego el desayuno, al amanecer, con huevos desecados, y antes de que hubiesen terminado las primeras cuatro de las ocho semanas de entrenamiento militar básico, un graduado de Seton Hall de su compañía, muerto de meningitis. ¿Acaso su padre tenía razón? ¿Era posible que su propia actitud frente a la preparación de oficiales de reserva no hubiese sido otra cosa que una locura, dada la realidad de la vida en el ejército y la realidad de la guerra en Corea? ¿Era posible que él, que había terminado con diploma honorífico, pudiese haber cometido ese error sin remedio? ¡Oh, Dios, y si ahora contrayese la meningitis por haberse visto obligado a defecar diariamente en compañía de cincuenta compañeros...! ¡Pagar ese precio por tener principios ante el programa de capacitación militar para universitarios! ¿Y si llegaba a contraer la enfermedad mientras fregaba el centenar de hediondos cubos de basura de la compañía... una tarea que al parecer siempre le tocaba a él cuando era su turno en la cocina? El programa de capacitación de oficiales en la reserva podía pasarse muy bien sin él, como había vaticinado su padre —en realidad, mejor aún sin él que con él—, pero ¿qué pasaba con el hombre de principios? ¿Caería desmayado dentro de un cubo de basura, o bien estaría muerto antes de

llegar siquiera a la línea de combate?

Pero, como Dilsey (y sólo Zuckerman sabía quién era, en su pelotón de puertorriqueños), sobrevivió. Aun así, el entrenamiento básico no dejó de ser una dura prueba, sobre todo porque siguió inmediatamente al año triunfal de Bass, durante el cual uno de los dos únicos cursos a los que asistió, con nueve horas semanales de créditos para su título, fue el seminario especial de lengua inglesa dirigido por Caroline Benson. Junto con otros dos judíos desplazados, Zuckerman fue la dinamo intelectual del seminario, cuyos miembros se reunían todos los miércoles por la tarde, de tres a seis del atardecer en primavera y otoño y de la noche en invierno, sentados en sillas Reina Ana sobre la raída alfombra oriental de la sala de la señorita Benson, en su confortable casa, con sus libros y sus chimeneas. Los siete críticos cristianos del seminario apenas osaban hablar cuando los tres judíos de tez oscura comenzaban a gritar y a gesticular al discutir sobre *Sir Gawain y el Caballero Verde*, los tres refugiados de la fraternidad estudiantil de primer rango y fundadores de la primera revista literaria de Bass desde... (¡ah, cuánto le gustaba decirlo...!), desde finales del siglo XIX. Solterona y en franco contraste con su propia madre, sin aparentar la mitad de la edad que tenía, Caroline Benson había nacido, como todos sus antepasados norteamericanos, en Manchester, y luego había sido educada en la Universidad de Wellesley, para chicas, y «en Inglaterra». Como él llegó a saber mediada su carrera universitaria, «Caroline Benson y su judío de Nueva York» eran ya una verdadera tradición local: formaban parte de Bass tanto como el espíritu del saludo fraternal que entusiasmaba al jefe de estudios, y como la rivalidad del equipo de fútbol con el de la Universidad de Vermont, que una vez al año llevaba al ámbito de la universidad local, por lo general tan sereno, a un paroxismo de fervor religioso rara vez visto en este siglo, como no fuera en el desierto australiano. Los profesores más ocurrentes, con su característico acento bostoniano, hacían juegos de palabras con el David del momento, diciendo que «la experiencia de Caroline con su Davy judío, su poeta laureado», siempre daba la impresión de ser algo repetido, algo que ya había ocurrido durante el semestre anterior. En efecto, Nathan era el último de una línea de antecesores, pero eso no le importaba. ¿Quién era Nathan Zuckerman de Camden, New Jersey, para volverle la espalda a la sabiduría de Caroline Benson, educada en Inglaterra? Ella era quien le había enseñado, desde el primer año en que cursó literatura inglesa, a arrastrar la g. Al llegar las vacaciones de Navidad había aprendido ya a aspirar la h de *whale*, y antes de fin de año había eliminado definitivamente de su vocabulario la palabra «tipo» para sustituirla por «individuo». Mejor dicho, ella la había eliminado. Y con facilidad, además.

—Señor Zuckerman, en *Orgullo y prejuicio* no hay «tipos».

Pues bien, en realidad a él le alegraba saberlo; más aún, le encantaba. Solía provocarle un rubor intenso con comentarios como éste, formulados con su tono

cortante típico de Vermont, pero a pesar de su vanidad, Nathan lo aceptaba todo sin una queja; cualquier crítica o corrección, por trivial que fuera, la asumía con la exaltación de un santo mártir.

—Creo que debería aprender a llevarme mejor con la gente —le dijo un día a la señorita Benson, cuando ella se lo encontró en un pasillo del departamento de literatura y le preguntó qué hacía usando un alfiler de aspirante a miembro de una fraternidad estudiantil. Lo llevaba sobre el pecho del jersey con escote en «V» con el cual, según decía su madre, tenía un aspecto tan «de universitario». La reacción de la señorita Benson a sus planes de mejorarse a sí mismo fue a la vez tan profunda y expresada con tanta sencillez que Zuckerman pasó muchos días repitiéndose aquella simple frase interrogativa. Como *Del tiempo y del río*, ratificaba algo que siempre había sabido en el fondo de su alma, pero en lo cual no habría podido depositar su fe hasta que alguien de indiscutible prestigio y pureza moral llegara a formularlo explícitamente.

—¿Por qué —preguntó la señorita Caroline Benson al muchacho de diecisiete años— habría de querer aprender semejante cosa?

La tarde de mayo, durante el último año de carrera, en que lo invitaron —no fue Osterwald el invitado, ni Fishbach, sino él, Zuckerman, el elegido entre los elegidos— a tomar el té con Caroline Benson en el jardín «inglés» de detrás de su casa fue, indiscutiblemente, el período de cuatro horas más civilizado de toda su vida. La señorita Benson le había pedido que llevase el trabajo que acababa de terminar, y allí, con americana y corbata, entre cientos de variedades de flores, ninguno de cuyos nombres conocía, salvo el de la rosa, sorbiendo la menor cantidad de té posible sin incurrir en descortesía (todavía no había conseguido dejar de relacionar el té caliente con limón con la cama de enfermo de su infancia) y masticando sándwiches de berros (de los cuales nunca había oído hablar hasta esa tarde y tampoco extrañaría nunca si nadie volvía a mencionarlos), leyó en voz alta a la señorita Benson su trabajo de treinta páginas titulado «La histeria contenida: estudio de las corrientes subterráneas de desesperación en algunas novelas de Virginia Woolf». El trabajo estaba repleto de todas esas palabras que tanto le fascinaban entonces, pero que nunca, casi nunca, había pronunciado en la sala de su casa en Camden: «ironía», «valores», «destino», «volición», «visión», «autenticidad», y desde luego, «humano», su término predilecto. Había sido necesario alertarle repetidamente en notas marginales sobre su uso implacable de la palabra. «Innecesario», escribía la señorita Benson, «Redundante», «Amanerado». ¡Bien!, tal vez fuese innecesario para ella, pero no para un no iniciado: carácter humano, posibilidades humanas, error humano, angustia humana, tragedia humana. Sufrimiento y fracaso, el tema de tantas novelas que le «conmovían», eran «situaciones humanas» de las cuales podía hablar con sorprendente lucidez, e incluso con gravedad, cuando era estudiante de último año y figuraba entre los más

brillantes, algo sorprendente teniendo en cuenta que, después de todo, él era en parte alguien cuyos propios sufrimientos, hasta entonces, se habían limitado a los del sillón del dentista.

Hablaron primero del trabajo, y luego sobre el futuro. La señorita Benson deseaba que después del servicio militar prosiguiera sus estudios en Oxford o en Cambridge. Creía que sería muy provechoso para Nathan pasar un verano recorriendo Inglaterra en bicicleta para visitar las grandes catedrales. A él, esto le sonaba muy bien. No se abrazaron al finalizar aquella tarde perfecta, pero fue sólo debido a la posición social y al temperamento de la señorita Benson. Zuckerman había estado dispuesto, e incluso deseoso, de hacerlo, pues sus ansias de abrazar y de ser abrazado eran poco menos que arrolladoras.

Las ocho semanas melancólicas de su entrenamiento básico para la infantería fueron seguidas por ocho semanas igual de melancólicas de entrenamiento para la policía militar, con una caterva de matones de ciudad y de palurdos de las montañas del sur, bajo el sol ecuatorial de Fort Benning, Georgia. En Georgia aprendió a dirigir el tráfico de manera que sus movimientos fluyesen de las caderas, como rezaba el manual, y a romperle la laringe a un hombre, si así lo deseaba, con un golpe de porra. En estas escuelas del ejército, Zuckerman se mostró atento y bien dispuesto, como si aspirara a ganar un diploma de honor como el de la Universidad de Bass. No le gustaban el ambiente, ni sus compañeros, ni «el sistema», pero tampoco deseaba morir en Asia, de modo que se aplicó con diligencia a dominar cada aspecto del entrenamiento como si su vida dependiera de ello, como de hecho sucedía. No fingió, como otros universitarios de su compañía, que los ejercicios con bayoneta le ofendían o bien le divertían. Una cosa es despreciar las artes del soldado cuando se es estudiante en Bass, y otra cuando se forma parte de un ejército en guerra. «¡MATAR, MATAR!», gritaba con toda la agresividad con que le enseñaban a hacerlo, mientras hundía profundamente la bayoneta en las entrañas de un saco de arena. Si le hubiesen dicho que formaba parte de la técnica aceptada, incluso habría escupido sobre el agonizante muñeco. Sabía cuándo mostrarse superior y cuándo no hacerlo, o al menos estaba aprendiendo a hacerlo. «¿Qué son ustedes?», les gritaba, furioso, el sargento Vinnie Bono desde la plataforma de instrucción. (Jockey antes de Corea, el sargento Bono tenía la reputación de haber matado a un pelotón entero de soldados de Corea del Norte sin otra arma que una pala de cavar trincheras). «¿Qué son ustedes, reclutas con esos pitos duros como el acero? ¿Gatitos, o leones?». «¡LEONES!», rugía Zuckerman, porque no quería morir en Asia, ni, desde luego, en ninguna otra parte del mundo.

Pero temía que habría de morir más bien pronto que tarde. En aquellas formaciones de toque de diana en Georgia, el capitán, hombre difícil de contentar, solía dirigir a los reclutas la primera arenga de la jornada.

—Yo les garantizo, soldados, que ni un solo maldito policía militar saldrá de

este jodido campamento hasta que sea capaz de comerse su propia mierda...

Y Zuckerman, por lo general alegre, entusiasta y madrugador, se veía de pronto bajo el peso de un infante de Marina ebrio en la callejuela trasera de los bajos fondos de un burdel de Seúl. Golpeaba expertamente al soldado en la laringe, en la ingle, en la rótula, en todos los puntos donde había golpeado a los muñecos durante el entrenamiento, pero el hombre de bruceas en el barro era Zuckerman, aplastado bajo la fuerza bruta del infractor ebrio, y entonces, sin saber de dónde, llegaba su fin por la acción del cuchillo o de la navaja. Las escuelas y los muñecos eran una cosa, y el mundo real otra. ¿Cómo podía Zuckerman encontrar el modo de golpear con su porra una rótula de verdad, si nunca había sido capaz de golpear la cara a nadie con el puño en las peleas del patio de la escuela? A pesar de todo, tenía el carácter de su padre, ¿no? Y también la ardiente autocomplacencia que acompañaba a ese carácter. Tampoco carecía totalmente de valor físico. Después de todo, cuando era adolescente nunca había tenido mucho más que piel y huesos bajo las almohadillas protectoras del casco de béisbol, y a pesar de ello, en los solares donde jugaba todas las semanas en otoño, jamás se había rendido ni había gritado cuando la avalancha se acercaba a su línea de defensa. Era veloz, era escurridizo, era «duro», calificativo con el que le había gustado describirse entonces... «El duro Nate Zuckerman» ... y, además, era «listo», y sabía fingir, y escabullirse, y zafarse y abrirse paso entre una horda de chicos de trece años con constitución de hipopótamos, mientras que la suya era de jirafa. En realidad, siempre había sido intrépido en el campo de juego, *siempre que todos respetasen las reglas y mantuviesen el espíritu deportivo*. Pero cuando, con la consiguiente sorpresa, la era de la fraternidad llegó a su fin, el duro Nate Zuckerman se retiró. Que lo derribasen por ser el lateral izquierdo que corría hacia la línea de goles con el balón, siempre le había parecido bien. Incluso le había gustado el relativo drama de barajar un instante la posibilidad de realizar un tiro en espiral y al siguiente encontrarse mordiendo el polvo mientras una montaña de kilos de los otros jugadores se apilaban sobre él. No obstante, un día, una mañana de sábado del otoño de 1947, uno de los chicos irlandeses de los Huracanes de Mount Holly se acercó volando a la pila de jugadores bajo la cual yacía Zuckerman con el balón gritando «¡Haced migas al judío!» . Entonces supo que su carrera futbolística había terminado. En lo sucesivo el fútbol ya no sería un juego en el que se seguían ciertas reglas, sino una batalla en la cual los combatientes tratarían siempre de hacer las peores cosas con la máxima impunidad, fueran cuales fuesen sus razones. Y Zuckerman nunca gozaría de esa impunidad, puesto que ni siquiera era capaz de pegar cuando le pegaban. Sabía utilizar toda la fuerza de que disponía para contener a quien le atacaba. Sabía luchar como un demonio para evitar golpes o desfiguraciones en el rostro. Pero cuando se trataba de poner sus propios puños o sus rodillas en violento contacto con otra persona, simplemente no podía hacerlo. Si nunca había podido hacerlo

en el patio de la escuela, sin duda se quedaría paralizado en medio del continente asiático. Estudiante atento y lleno de iniciativa, se había ganado la estima de un asesino profesional por la forma en que destripaba el saco de arena en el entrenamiento básico: « ¡Eso es, Flaco! —solía gritar el sargento Bono por el megáfono a su universitario favorito—. ¡Eso es agarrar al tío por el cogote, eso se llama cortar el pito a ese jodido comunista!» . Pero frente a frente, con un enemigo de carne y hueso, lo mismo le valdría llevar sombrilla y polisón: el beneficio que le aportaría su entrenamiento para la guerra, tanto a sí mismo como al Mundo Libre, sería nulo.

Así pues, lo más probable era que nunca llegase a realizar esa peregrinación a Canterbury, ni tampoco a visitar el Poet's Corner en la abadía de Westminster, ni las iglesias donde había predicado John Donne, ni la región de los Lagos cantada por los poetas, ni Bath, lugar donde se desarrolla *Persuasión* (la novela predilecta de la señora Benson), ni el teatro Abbey, ni el río Liffey, y mucho menos que llegase a vivir para ser algún día profesor de literatura, con un doctorado de Oxford o Cambridge y una confortable casa propia, con sus chimeneas y sus paredes cubiertas de libros. Nunca volvería a ver a la señorita Benson, ni su jardín, ni a aquellos afortunados seres declarados no aptos para el servicio, Fishbach y Osterwald... y, lo que era peor, nadie, nunca, volvería a verle a él.

Era como para echarse a llorar. Y siempre lloraba después de haberse mostrado heroicamente despreocupado al teléfono, al hablar con sus preocupados padres en New Jersey. Sí, fuera de la cabina, desde donde alcanzaba a oír el tocadiscos automático —« ¡Ah, el rojo que queremos es el rojo que tenemos en la roja, blanca y azul!» —, se hallaba, a sus veintiún años, tan lacrimoso y presa del pánico como a los cuatro, cuando por fin tuvo que aprender a dormir con las luces de su cuarto apagadas. Y tampoco ansiaba menos que entonces los abrazos de su madre y sentir la mejilla barbuda de su padre.

Llamar a Sharon, mostrarse valiente con ella, también lo reducía a las lágrimas. Lograba dominarse mientras conversaban, pero luego llegaba el momento de dejar paso al soldado que esperaba turno detrás de él. Entonces salía de la cabina dentro de la cual se había mostrado tan capaz de alegrar a la muchacha y emprendía el regreso en la oscuridad, a través de un campamento que le resultaba extraño. « ¡Sí, el rojo que queremos es el rojo que tenemos en la roja, blanca y azul!» . En esos momentos necesitaba todas sus fuerzas para no gritar contra la horrible injusticia de su inminente fin. ¡No más Sharon! ¡No más Sharon! ¡NO MÁS SHARON! ¡Qué proporciones alcanzaba en la mente de Zuckerman la pérdida de Sharon Shatzky! ¿Y quién era Sharon? ¿Quién era Sharon Shatzky para que la idea de dejarla para siempre le hiciese llevarse la mano a la boca y evitar así lanzar aullidos a la luna?

Sharon era la hija de diecisiete años de Al Shatzky, el «Rey de las Cremalleras». Recientemente se había mudado con su familia a Country Club Hills, el barrio de elegantes casas de una sola planta donde sus propios padres vivían ahora, sobre un terreno tan llano y desnudo de árboles como las áridas tierras de Dakota. Zuckerman la había conocido en las cuatro semanas que transcurrieron entre su salida de Bass y su incorporación al ejército, en julio. Antes de que ellos se conocieran, su madre la había descrito como «una verdadera señorita», y su padre había dicho que era «una muchacha hermosa, hermosa». A causa de ello, Zuckerman no estaba en absoluto preparado para la amazona de largas piernas, pelirroja y con ojos verdes, que llegó esa noche con sus cortísimos pantaloncitos, caminando de mala gana detrás de Al y Minna. Los cuatro progenitores competían para tratarla como si fuera un bebé, como si con ello pudieran convencer a un chico universitario de que debía apartar los ojos de la poderosa curva de unas caderas que la escasa indumentaria veraniega de la chica apenas lograba ocultar. Ese mismo día, la señora Shatzky había llevado a Sharon a Filadelfia para comprar su «ajuar para la universidad».

—¡Mamá, por favor! —dijo Sharon cuando Minna empezó a describir lo «encantadora» que estaba Sharon con cada una de las nuevas prendas.

Al dijo con orgullo que Sharon Shatzky tenía ahora más pares de zapatos que él calzoncillos.

—¡Papá! —se quejó Sharon cerrando los ojos con aire impaciente.

El padre de Zuckerman dijo que si Sharon tenía preguntas que hacer sobre la vida universitaria, allí estaba su hijo, que había sido editor del periódico universitario. Lo que Zuckerman había dirigido era la revista literaria, pero para entonces ya se había acostumbrado a las inexactitudes que acompañaban a los halagos públicos que sus padres le hacían por sus éxitos. De hecho, últimamente su tolerancia respecto a los defectos paternos aumentaba de forma vertiginosa. Mientras que el año anterior se hubiera sentido indignado al oír una frase de su madre que reconocía como cita textual de una revista femenina, o por el hecho de que no supiera qué era un correlativo femenino, o en qué siglo había vivido Dryden, ahora todo eso apenas le importaba. Además, había renunciado a educar a su padre en cuanto a los misterios y vericuetos del silogismo. Era evidente que el hombre no podía meterse en la cabeza que un argumento en el cual el término central no se distribuía al menos una vez no podía ser válido. Pero ¿qué le importaba a Zuckerman todo eso?, podía permitirse el lujo de ser indulgente con unos padres que le querían tanto, aunque fuesen tan ilógicos y tan poco cultos. Además, si tenía que ser sincero, en los últimos cuatro años había sido más el estudiante de la señorita Benson que el vástago de sus padres... Se mostró, pues, amable y tolerante con todos esa noche, a pesar de que le «divertía» mucho lo que veía y oía, y respondió a las preguntas de los Shatzky sobre la «vida universitaria» sin asomo de sarcasmo o desdén, o al menos así se

lo pareció a él mismo. Además, durante todo el tiempo intentó (sin éxito) mantener los ojos apartados de los turgentes pechos de la hija bajo la pequeña camiseta, y de las tentadoras formas de su torso sobre la cintura fina y flexible, y del aire de pantera con que se movía por el suelo alfombrado casi de puntillas con los pies descalzos... Después de todo, ¿qué tenía que ver un estudiante de literatura inglesa que había estado tomando el té y comiendo sándwiches de berros hacía apenas unas semanas en el jardín de Caroline Benson con la mimada hija de una familia de clase media, con la hija de Al Shatzky, el « Rey de las Cremalleras » ?

Cuando Zuckerman estaba a punto de acabar —el tercero de su promoción, como en la universidad— el curso de policía militar, Sharon cursaba su primer año en Juliana Juniors College, cerca de Providence. Todas las noches ella le escribía cartas escandalosas en el papel rosado, con monograma y bordes ondulados, que la madre de Zuckerman había regalado a la perfecta señorita como recuerdo antes de partir para la universidad. « Querido, querido, querido, es lo único en que atinaba a pensar cuando estaba jugando al tenis, y en la clase de gimnasia pensaba en gatear por el cuarto y acercarme a tu polla, y pegar la cara a ella, la quiero contra mis mejillas, mis labios, mi lengua, mi nariz, mis ojos, mis orejas y envolverla en mi pelo... », y así sucesivamente. Aquella palabra, entre otras que él le había enseñado y que la había inducido a usar durante el acto sexual y también, con fines de excitación erótica, por teléfono y por carta, tenía un fuerte atractivo para esa muchacha encerrada en un dormitorio universitario femenino en Rhode Island. « Cada vez que la pelota saltaba sobre la red —escribía Sharon—, veía tu preciosa polla sobre ella ». Esto último, naturalmente, él no se lo creía. Si Sharon tenía algún defecto como estudiante de la actividad carnal, era precisamente cierta tendencia a mostrar excesivo entusiasmo, con el resultado de que su prosa (a la cual Zuckerman, formado por la señorita Benson en su peculiar método de Nueva Crítica, se sentía particularmente receptivo) le ofendía a menudo por el uso de una hipérbole demasiado simplificada. En lugar de actuar sobre él como afrodisíaco, el estilo de ella le irritaba con su insistencia banal, recordándole menos a un Lawrence y más a aquellos cuentos mimeografiados que su hermano solía sacar a hurtadillas del cuartel. En especial, su uso del sustantivo « vulva » modificado por « caliente », o de « fallo » modificado por « grande » o « estupendo », o bien por ambos adjetivos, llegaba a ser tan declamatorio y amanerado, en una palabra, tan sentimental como el uso o el abuso que en su época de la universidad él mismo había hecho del adjetivo « humano ». Tampoco le agradaba la negativa categórica de ella a seguir las reglas gramaticales más elementales. A juicio de Zuckerman, la falta de puntuación y de mayúsculas en sus cartas obscenas no era exactamente un gesto de desafío, no era una muestra de originalidad ni algo interesante en absoluto, ya se llamase el inoclista Shatzky o Cummings. Ese

medio de comunicar el torrente pasional incontenible le parecía concebido en un nivel de imaginación bastante primitivo: Nathan se declaraba devoto no sólo de *La señora Dalloway* y de *Al faro*, sino también de *Madame Bovary* y de *Los embajadores* y, en realidad, ya no soportaba a Thomas Wolfe.

En cualquier caso, no tenía nada que objetar a la pasión en sí.

Prácticamente de la noche a la mañana (no: de la noche a la mañana), la virgen cuya sangre le había manchado los muslos y humedecido el vello púbico cuando la había poseído sobre una manta en el asiento trasero del Cadillac nuevo de su padre se había convertido en la criatura más licenciosa que había conocido hasta entonces. Durante sus años en Bass, nadie había estado tan pendiente de él como Sharon. Al menos nadie a quien él hubiese desnudado, y ello a pesar de sus relaciones con las seis bohemias con que contaba la universidad. Ni siquiera Barbara Cudney, primera actriz de la Sociedad Teatral de Bass y compañera de Zuckerman durante ese año final de éxito y celebridad, la chica que se había revolcado por todo el escenario como Medea y estudiaba ahora en la Escuela de Arte Dramático de Yale, tenía nada que se asemejase al sensual espíritu de aventura y la teatralidad de Sharon. A Zuckerman tampoco se le había ocurrido pedir a Barbara, mujer libre y sin inhibiciones, los favores que ahora Sharon le suplicaba virtualmente que aceptase. En realidad, el maestro no estaba tan adelantado respecto a su alumna como le hacía creer. Sin duda, su sorpresa frente a la disposición de ella a cumplir sus caprichos y deseos más descabellados era algo que no contaba a nadie. De entrada, la bestialidad que había despertado en ella por el mero hecho de haberla penetrado estaba más allá de su capacidad de comprensión, y le recordaba ciertas metamorfosis desconcertantes y misteriosas de las que ya había sido testigo, como la transformación de su madre en la Doncella Desolada cuando Sherman partía para el cuartel, o el descenso del mismo Sherman de su pedestal de hombre fascinante hasta la vulgar posición de ortodoncista. Con Sharon, bastaba sólo aludir a tal o cual fantasía sexual, o insinuar el más leve interés (puesto que él no dejaba de tener sus inhibiciones), para que ella adoptase inmediatamente la postura apropiada o apareciera con la utilería necesaria.

« Dime qué quieres que diga, Nathan, dime qué quieres que haga » .

Y como Zuckerman era un joven de gran imaginación y Sharon tenía tantos deseos de complacerle, durante aquel mes de junio casi todas las noches hubo algo nuevo y excitante que hacer.

La sensación de aventura que rodeaba su relación amorosa (si cabe emplear tal término) se veía aún más intensificada por la presencia de los padres en algún lugar de la casa o bien en la terraza del fondo, donde bebían té helado y charlaban. Mientras practicaba la penetración anal con Sharon, debajo de la mesa de ping-pong en el sótano de la casa de sus padres, Zuckerman solía gritar cada pocos minutos « ¡Buen tiro! ¡Buen saque, Sharon! » , mientras la afiebrada

chica murmuraba desde su posición a cuatro patas: « Ah, qué extraño. Duele, pero no duele. ¡Ah, Nathan, *qué extraño!* » .

Todo era bastante picante, y más audaz de lo que él había querido —Al Shatzky no había llegado a la cima de la industria de las cremalleras por la dulzura y ecuanimidad de su carácter—, pero, aun así, era irresistible. Por iniciativa de los adultos, solían ir a la cocina por la noche y sentarse allí como niños juiciosos a comer enormes cantidades de helado cubierto de caramelo en boles para cereales llenos hasta arriba. Fuera, en la terraza, los adultos reían al ver el apetito de aquellos dos chicos; sí, éstas eran las palabras del padre de ella, mientras por debajo de la mesa a la cual estaban sentados, Zuckerman llevaba a Sharon al orgasmo con el dedo gordo del pie.

Lo mejor de todo eran « los espectáculos » . Por instigación de Zuckerman y para su placer, Sharon se exhibía en el cuarto de baño con la puerta abierta, bajo la cruda luz eléctrica del techo, actuando para él como si estuviera en un escenario. El joven se sentaba en la sala a oscuras, al final del pasillo, y fingía ver la televisión. El « espectáculo » consistía en que Sharon se quitaba la ropa muy lentamente, con sugerentes movimientos casi de profesional, y luego, con la ropa a sus pies, se introdujese diversos objetos. Transfigurado en apariencia por el partido de béisbol, Zuckerman contemplaba a la muchacha agitándose, como él le había indicado, alrededor del mango de plástico de su cepillo, o del aplicador de anticonceptivo, y en una ocasión con un pepino comprado a tal efecto aquella misma mañana. La visión del verde y, por supuesto, crudo pepino entrando y saliendo de su sexo, el espectáculo de la hija del « Rey de las Cremalleras » sentada en el borde de la bañera con las piernas abiertas, entregándose sin asomo de pudor, con todo su metro setenta de estatura, a los placeres del pepino era el espectáculo más misterioso y absorbente que Zuckerman había contemplado en su vida reconocidamente secular. Era casi tan excitante como cuando una noche se acercó sigilosa, cruzando el gran salón de sus padres, con los ojos fijos en el miembro expuesto de Zuckerman y relamiéndose los labios. « Quiero ser tu puta », susurraba, y sin que él se lo hubiese pedido, mientras, en la terraza, la madre de ella contaba a la madre de él lo adorable que estaba Sharon con el abrigo de invierno que le había comprado esa tarde.

No era, en definitiva, ninguna rebelión complicada la de Sharon, ya que en realidad ella no era una chica complicada. Si su conducta lograba desafiar cualquier interpretación era porque resultaba patéticamente *transparente*. Sharon odiaba a su padre. Una de las razones de su odio, o eso decía ella, era el apellido horrible que tenían y que *él se había negado a cambiar*. Hacía muchos años, cuando Sharon estaba aún en la cuna, los cinco hermanos Shatzky se habían reunido para decidir el cambio de apellido paterno por « razones de negocios » . Habían optado por « Shadley » . De los cinco, sólo su padre se había negado a hacerlo. « No me avergüenzo », dijo a los otros cuatro; continuó con el mismo,

según informó a su hija, y pasó a ser el de mayor éxito de todos. ¡Como si eso, le decía Sharon a Zuckerman, probase algo! ¿Y la absoluta *fealdad* del apellido? ¿Y cómo le sonaba a la gente? ¡Especialmente en una chica! ¡Era como una palabrota! Su prima Cindy era Cindy Shadley, su prima Ruthie era Ruthie Shadley. ¡De las chicas de la familia, sólo ella seguía siendo Shatzky!

—Calla, ¿quieres? —le decía su padre. Yo soy una marca registrada. Me conocen en todo el país. ¿Quieres que de pronto me transforme en Al Shadley, Rey de las Cremalleras? ¿Quién es ese, hija?

Así que cuando Sharon cumplió quince años ya tampoco soportaba que apodasen a su padre «Rey de las Cremalleras». Las asociaciones con los cierres automáticos eran aún peores. Rey de las Cremalleras era casi tan indecente como Shatzky, y, en cierto modo, incluso peor. Quería un padre con un nombre que no fuera un chiste, ni una mentira descarada. Quería un verdadero apellido. Y llegó a advertir a su padre que cuando tuviera edad suficiente recurriría a un abogado y pediría ese nuevo apellido.

—¡Lo tendrás, lo tendrás! ¿Sabes cómo? Como todas las chicas decentes. Te casarás. Y si lloro durante la ceremonia será porque nunca volveré a oír hablar de este asunto del apellido.

Y así fue, o más o menos así, durante los cinco años de la adolescencia de Sharon. Que todavía no había terminado.

—¿Qué es Shatzky —gritó con pena a Zuckerman—, sino el pretérito de mierda de Shitzky? Ay, ¿por qué no se lo cambia? ¿Cómo puede ser tan terco?

En sus cargos contra el apellido familiar, Sharon llegaba al máximo de su ingenio en el arte de conversar, aunque este ingenio fuese involuntario. La verdad es que cuando no ofrecía a Zuckerman aquellos espectáculos circenses, lo aburría soberanamente. No sabía nada de nada. No pronunciaba la *g* arrastrándola, ni aspiraba la *h* en *when* ni en *why*, y tampoco la habría aspirado en *whale* si hubiese aludido alguna vez a la ballena de Melville. Su *o*, en fin, era un cruce de los más bajos fondos londinenses con los bajos fondos de Filadelfia, como la de un taxista. Si llegaba a comprender uno de los chistes de Zuckerman, levantaba los ojos al cielo, como si sus sutilezas fuesen tan pobres como las de su padre. ¡Las sutilezas de Zuckerman, el que fuera el H. L. Mencken de la Universidad de Bass...! ¡Si la señorita Benson había comparado el estilo de sus editoriales sobre los fallos de la administración y del cuerpo estudiantil con el estilo de Jonathan Swift, por su ingenio cargado de malignidad! ¿Cómo podría llevar a Sharon a Bass, a tomar el té con la señorita Benson? ¿Y si se ponía a contarle aquellas interminables historias sobre ella misma, o sobre sus compañeras del instituto? Cuando ella empezaba a hablar, el tedio lo abrumaba. Cuando conversaba, Sharon rara vez terminaba una frase, sino que, con gran disgusto de Zuckerman, pegoteaba las palabras en la frase con una repugnante mezcla de «¿sabes?» y «quiero decir» y con expresiones de entusiasmo como

« fantástico », « realmente fenomenal » y « realmente estupendo » ... Con esta última expresión se refería en general al grupo de chicos con quienes había alternado en Atlantic City a los quince años: hacía sólo dos veranos.

Grosera, pueril, ignorante, por entero desprovista de esa exquisitez de sentimientos y de esa finura de espíritu que él tanto había llegado a admirar en las novelas, y en la persona de Virginia Woolf, cuya fotografía había permanecido sobre su mesa durante su último semestre en Bass... Zuckerman se incorporó al ejército después de ese mes junto a Sharon, tan febril y descabellado, sintiendo el secreto alivio de dejar —en apariencia, tal como la había encontrado— a la hijita de un metro setenta de Al y Minna. Era una esclava subyugante y una compañera sexual extraordinaria, pero distaba mucho de ser el alma gemela de alguien que sintiera lo que él sentía respecto a los grandes escritores y los libros. Por lo menos ese era su estado de ánimo hasta el día en que le entregaron el rifle M1 y descubrió que necesitaba desesperadamente a cualquiera que tuviese cerca.

—¡Quiero tu polla! —lloriqueaba la chica por el teléfono. ¡La extraño tanto, tanto...! Ay, Nathan, estoy tocándome e imaginando que me tocas tú: ¿Nathan, quieres que me corra al teléfono? ¿Nathan...?

Bañado en lágrimas, aterrorizado, Nathan salió trastabillando de la cabina telefónica. ¡Pensar que muy pronto tanto él como sus genitales estarían muertos...! ¡Oh, y qué horror si perdía los genitales pero seguía viviendo...! ¡Si le llegase a explotar una mina bajo sus botas, y él volvía junto a una chica como Sharon, sin nada entre las piernas! « No —se dijo—, deja de pensar en esas cosas. ¡Basta! ¡Piensa con la cabeza! ¡Es un sentido irracional de culpabilidad por lo de Sharon y el pepino, es sólo miedo al castigo por haber fornicado con la chica ante las narices de su padre! ¡Fantasía de venganza! ¡*Esas cosas no pueden suceder!* » . Quería decir que no podían sucederle a él, porque, sin duda, en la guerra esas cosas suceden todos los días.

Y entonces, después de las ocho semanas de entrenamiento de infantería, seguidas por otras ocho en la escuela de policía militar, lo destinaron como dactilógrafo a una oficina del cuartel general de Fort Campbell, en el extremo sudoeste de Kentucky, a cien kilómetros de Paducah, a cien mil de los campos de minas. ¡Afortunado Zuckerman! Beneficiario de uno de esos errores administrativos merced a los cuales, de pronto, se perdona a un condenado a muerte, y, de un instante al siguiente, se condena a morir a algún despreocupado. Estas cosas también suceden todos los días.

Zuckerman escribía a máquina sólo con dos dedos, y no sabía nada de manejar ficheros ni de rellenar formularios. Pero, afortunadamente para él, el encargado del almacén al cual estaba destinado sentía tal alegría de tener a un judío a quien torturar —al parecer, eso también suele suceder— que se mostró dispuesto a conformarse con un ayudante inepto. Nunca informó, como el

ayudante inepto temía, sobre el error de clasificación que había llevado a Zuckerman a Fort Campbell y no a una muerte sangrienta en el barro del callejón trasero de un burdel de Seúl, ni tampoco pidió un sustituto para la sección de personal. En lugar de ello, todas las tardes, antes de partir hacia el campo de golf de la base aérea, el capitán Clark perfeccionaba su juego enviando pelotas de algodón desde su oficina hacia el cubículo ocupado por el dactilógrafo *manqué*. Zuckerman hacía todo lo posible por aparentar serenidad cuando las pelotillas rebotaban sobre su camisa.

—Blanco, señor —decía sonriendo.

—Creo que no —respondía la voz sureña y totalmente absorta de su superior. Ah, ahora sí, Zuckerman, justo en la nariz.

¡Matón, sádico! ¡Negrero del Sur! Al final de la jornada, Zuckerman salía del almacén y se dirigía a la oficina del segundo jefe con el designio de formular cargos contra el capitán Clark, que, por lo que él podía apreciar, sin duda era miembro secreto del Ku-Klux-Klan. Pero dado que en realidad Zuckerman no tenía ni siquiera que estar en Kentucky, sino que estaba destinado desde un principio para el exterminio en Corea y podría muy bien terminar allí si provocaba dificultades con Clark, invariablemente encontraba que era mejor dominar su indignación y continuar hasta la cantina para comer, y luego ir a la biblioteca para llevar a cabo sus investigaciones con la lectura de los autores del grupo de Bloomsbury. Cada hora se concedía unos minutos para releer la carta pornográfica diaria de su depravada adolescente, a quien todavía no había podido resignarse a renunciar del todo. Pero, por Dios, ¡qué furioso estaba!: ¡su dignidad humana!, ¡sus derechos humanos!, ¡su *religión*! Ah, cada vez que la pelota rebotaba blandamente contra su cuerpo, cómo hervía de indignación, aunque eso no era, después de todo (como bien sabía el soldado Zuckerman), lo mismo que sangrar. Y, bien pensado, tampoco es lo que significa en la literatura —y ni siquiera en la vida— el sufrimiento o el dolor.

Pero con el tiempo el dolor habría de alcanzar a Zuckerman en forma de alienación, mortificación y oposición feroz e implacable, unos antagonistas que no eran respetables jefes de estudios, ni amantes padres, ni estúpidos oficiales del cuartel general del ejército. Ah, sí, el dolor entraría muy pronto en su vida, y no sin haber sido invitado. ¿Acaso no le había advertido el amante padre que si buscaba dificultades las iba a encontrar, y que le sorprenderían porque, en cuanto a intensidad y duración, en cuanto a puro dolor, no iban a parecerse a nada que hubiese conocido en el seno de su familia o en el servicio militar? Tampoco sería nada de lo que había imaginado al contemplar el rostro atormentado y nostálgico de Virginia Woolf, ni cuando escribía sus trabajos de sobresaliente sobre las corrientes subterráneas de angustia en las novelas de la Woolf. Como última dosis de la llamada suerte del principiante, por un error providencial, Zuckerman fue despachado al sur en lugar de ser enviado a la carnicería de Corea. La

adversidad todavía habría de tardar un poco más en alcanzar al joven conquistador. Comenzaría a pagar por su vanidad y su ignorancia, sin duda, pero sobre todo por sus contradicciones: lengua cortante y piel de cordero, aspiraciones espirituales y deseos lascivos, necesidades de niño mimado y viriles ambiciones de ser *maestro*. Efectivamente, durante los diez años siguientes de su vida habría de aprender, y con creces, todo lo que su padre había deseado que le enseñara Dale Carnegie sobre la humildad.

Pero ésta es otra historia, una historia que tiene que ver con el antisemita del pueblo del Sur que le arrojaba pelotas de golf a la nariz, que tiene que ver incluso con Sharon Shatzky manejando el pepino como una prostituta de Pigalle en una función para turistas, una historia que debe tanto a su idealista e inocente juventud como aquella tarde que pasó bebiendo té a sorbos y comiendo sándwiches de berros en el jardín de Caroline Benson. La historia de los sufrimientos de Zuckerman exige un enfoque mucho más *serio* que el que se juzgó apropiado para el relato de su apacible época de candor juvenil. Narrar con fidelidad los infortunios de Zuckerman entre sus veinte y sus treinta años exigiría un sondeo más profundo, un sentido más sombrío de la ironía, una voz grave y reflexiva en lugar de aquel punto de vista olímpico y divertido... o quizá lo que necesite una historia así no sea gravedad ni complejidad, sino otro autor capaz de verla como la sencilla comedia de cinco mil palabras que bien podría haber sido. Por desgracia, el autor de este relato —que ha experimentado por sí mismo infortunios similares, y aproximadamente a la misma edad—, no tiene dentro de sí ni siquiera ahora, mediada la treintena, lo que le permitiría relatar esa historia de un modo breve o en un tono divertido. « Por desgracia », porque el autor se pregunta si no será esto, antes que el infortunio, la medida del hombre.

En busca del desastre

(O seriedad en los cincuenta).

No, no me casé por razones sentimentales. Nadie puede acusarme de eso. No elegí a mi mujer por temor a la soledad, ni para tener una «compañera» o una cocinera, o una «compañía» para mi vejez, y decididamente tampoco lo hice por lujuria. Digan lo que digan hoy de mí, el deseo sexual no tuvo nada que ver. Al contrario. Aunque mi mujer era bastante bonita: cabeza nórdica, cuadrada, fuerte, ojos azules de expresión decidida (que yo veía, lleno de admiración, como «tormentosos»), pelo liso, color de trigo, cortado sobre la frente, sonrisa generosa, risa atrayente, franca, las proporciones de su pequeño cuerpo recordaban casi a las de una enana, y desde el principio hasta el fin me resultó repelente. Su modo de andar me desagradaba especialmente: masculina, torpe, adquiriría un ritmo bamboleante cuando trataba de moverse con rapidez, y en mi mente la asociaba con imágenes de vaqueros y de marineros de buques de carga. Al verla correr a mi encuentro en una calle de Chicago, siendo ya amantes, yo retrocedía, incluso aunque estuviese lejos, ante la perspectiva de tener que abrazar ese cuerpo, frente a la idea de que deliberadamente la había hecho *mía*.

Lydia Ketterer era divorciada, cinco años mayor que yo y madre de una niña de diez años que vivía con el exmarido de Lydia y su segunda mujer en un barrio de nueva construcción de las afueras, al sur de Chicago. Durante su matrimonio, siempre que Lydia osaba criticar o cuestionar las opiniones de su marido, él la levantaba en vilo —era dos veces más pesado que ella y quince centímetros más alto— y la lanzaba contra la pared más próxima. En los meses que siguieron al divorcio la humillaba valiéndose de la hija, que entonces tenía seis años y estaba bajo la custodia de Lydia. Y más tarde, cuando dieron de alta a Lydia del hospital y volvió a su apartamento, se negó a devolver la niña a su madre.

Era el segundo hombre que había estado a punto de destrozarla. El primero, su padre, la había seducido cuando tenía doce años. Su madre estaba recluida en

la cama desde el nacimiento de Lydia, aquejada de algo que parecía ser sólo lumbago, pero sufría una debilidad crónica y estaba siempre al borde de la muerte. Después de la huida de su padre, llevaron a Lydia a vivir con dos tías solteronas en Skokie. Hasta que se escapó con Ketterer a los dieciocho años, compartió con su madre un cuarto al fondo de ese acogedor hogar, cuyos dioses eran el aviador Lindbergh, el senador Bilbo, el cura Coughlin y el patriota Gerald K. Smith. Fue para ella una vida con poco más que castigo, humillaciones, traición y derrota, y era todo esto lo que me atraía, a pesar de todas mis prevenciones.

Por supuesto, el contraste con mis propios orígenes, llenos de afecto y solidaridad familiar, era avasallador. Mientras Lydia recordaba la cantidad de noches que se había pasado aplicando linimento Sloan en la espalda de su madre, yo no recordaba ni una sola hora de mi infancia en que mi madre estuviera incapacitada para cumplir los ritos de su cargo. Y si en verdad alguna vez había estado enferma, no había interrumpido jamás su costumbre de silbar aquel continuo popurrí de «canciones populares» que la acompañaba a lo largo de su jornada de trabajo doméstico y familiar. El enfermo en mi casa era yo: difteria asfixiante, las subsiguientes infecciones respiratorias (una vez al año), debilitantes fiebres glandulares, misteriosas crisis de «alergia»... Hasta la pubertad, solía pasar tanto tiempo en cama o debajo de una manta, en el sofá de la sala, como sentado a mi pupitre escolar, todo lo cual confiere al carácter de mi madre, que siempre estaba silbando —el cartero la llama «la señora Jilguero»— una cualidad más portentosa aún. También mi padre estaba siempre alegre, a pesar de su recio carácter. Aunque estaba en su naturaleza ser mucho más solemne que la enérgica campesina que era mi madre, sabía estar a la altura de todas las dificultades que mi familia debía encarar: la depresión económica, mis enfermedades y los inexplicables matrimonios de mi hermana mayor. Sonia se había casado dos veces con hijos de sicilianos. Su primer marido fue un estafador y luego un suicida, y el segundo era honesto en sus negocios pero, en otros aspectos, «tosco como un adoquín», y, según el término yiddish que resumía a la perfección todo el peso de nuestra decepción y desprecio, *prust*.

Nosotros mismos no éramos elegantes, pero, por otra parte, tampoco éramos del todo rústicos. Me habían inculcado que la dignidad no tenía nada que ver con el rango social. El carácter, la conducta, lo eran todo. Mi madre solía reírse y mofarse de las mujeres que soñaban con abrigos de visón y con vacaciones en Miami Beach. «Para esa mujer —solía decir desdenosamente de alguna vecina tonta—, el principio y el fin de la vida es usar zorros plateados y salir a alternar con el *hoi polloi*». Sólo cuando fui a la universidad y empleé la expresión incorrectamente en una ocasión, descubrí que mi madre se refería al gran mundo, tal vez porque *hoi polloi* le sonaba a ella como una de esas expresiones que se usan para referirse a la gente que se da aires; pero, en realidad,

significaba « las masas» .

Hasta aquí lo relativo a la lucha de clases como tema candente en mi casa, o al resentimiento social y la ambición como motivaciones de la conducta. Mucho más que una gran cuenta bancaria, el carácter era para mis padres la medida del valor de un individuo. Gente decente, sensata. Es difícil de comprender por qué sus dos vástagos malgastaron su vida como lo hicieron, por qué los matrimonios de sus dos hijos fueron desastrosos. Que el primer marido de mi hermana y que la única mujer que yo tuve se hubiesen suicidado podría indicar algo acerca de nuestra propia formación. Pero ¿qué? No tengo teorías al respecto. Si hay padres que no son responsables de la insensatez de los hijos, éstos fueron los míos.

Mi padre era contable. Gracias a su excelente memoria y a su rapidez en materia de números, lo consideraban el sabio local en nuestro vecindario de judíos laboriosos, norteamericanos de primera generación, y era el contable más consultado por la gente que pasaba por dificultades económicas. Hombre magro, austero, desprovisto de cualquier asomo de sentido del humor, vestido siempre con camisa blanca y corbata, me comunicaba su afecto de una manera lacónica, insípida, que me causa hoy un dolor cargado de ternura, especialmente ahora que está encamado y que yo vivo en un exilio voluntario, a miles de kilómetros de su cabecera.

Cuando yo era el paciente enfermizo y febril, sentía algo más que curiosidad respecto a mi padre, como si él fuera una especie de juguete eléctrico que venía a jugar conmigo todas las tardes a las seis en punto. Su idea de divertirme consistía en enseñarme a resolver los problemas de aritmética, que para él eran como un truco de magia. « Rebaja —anunciaba, casi como un estudiante que recita el título de un poema—. Un comerciante que deseaba vender un abrigo cortado a la moda del año anterior, lo rebaja de su precio original de treinta dólares, a veinticuatro. Como no logra venderlo, vuelve a rebajarlo a diecinueve dólares con veinte centavos. Tampoco encuentra comprador, así que lo rebaja nuevamente, y esta vez lo vende» . En este punto se detenía. Si yo quería, podía pedirle que repitiera algunos detalles, o bien todos. Si yo callaba, proseguía: « Bien, Nathan, ¿cuál fue el último precio de venta, si la última rebaja fue proporcional a las anteriores?» . También estaba el problema « Cadenas » : « Un leñador tiene seis trozos de cadena, cada uno de ellos con cuatro eslabones. Si el coste de abrir uno de esos eslabones...» . Y así sucesivamente. Al día siguiente, mientras mi madre silbaba algo de Gershwin y lavaba las camisas de mi padre, yo, en la cama, soñaba despierto con el comerciante y con el leñador. ¿A quién le había vendido, por fin, el abrigo? ¿Se había dado cuenta el comprador de que era un abrigo del año pasado? Si lo usaba para ir al restaurante, ¿se reiría de él la gente? ¿Y cómo era el estilo del año pasado, ahora que pensaba en ello? « Tampoco encontró comprador » , me repetía en voz alta, sintiendo motivos para estar triste ante esta idea. Aún recuerdo la carga que tenía para mí la palabra

«compradores» . ¿Podría haber sido el leñador con los seis pedazos de cadena quien, en su rústica inocencia, había comprado el abrigo cortado al estilo del año pasado? ¿Y por qué de pronto necesitaba un abrigo? ¿Habría sido invitado a un baile de gala, quizá? ¿Quién lo había invitado? A mi madre, las preguntas que le hacía le parecían «adorables» y se alegraba de que me diesen algo en que pensar mientras ella estaba ocupada con las labores domésticas y no tenía tiempo para ir a jugar a las cartas o a las damas conmigo. Mi padre, en cambio, se desesperaba al ver que me intrigaban los detalles fantásticos y sin importancia de la geografía, y la personalidad, y las intenciones, en lugar de la sencilla belleza de las soluciones aritméticas. No veía en ello la prueba de una gran inteligencia, y tenía razón.

No siento nostalgia por esa infancia enfermiza. Ni un ápice de nostalgia. Al comenzar mi adolescencia, soportaba humillaciones diarias en el patio de la escuela (en ese momento, para mí no podía haber nada peor) debido a mi apocamiento físico y mi torpeza en todos los deportes. Además, vivía constantemente enfurecido por la solicitud que mis padres insistían en prodigarme en cuestiones de salud, aun después de haberme transformado, a los dieciséis años, en un muchacho fuerte y de anchas espaldas. A esa edad, para compensar mi desmañada y ridícula actuación en el lado izquierdo o en la línea de faltas, opté por quedarme jugando a los dados en la fétida trastienda de la confitería de la esquina y por salir todas las noches de sábado, en un coche viejísimo y repleto de «tipos que fuman y lo saben todo», como los describía mi padre, a la vana búsqueda del burdel que, según los rumores, tenía que estar en algún punto del estado de New Jersey. El temor que yo sentía era, desde luego, mucho mayor que el de mis padres. Estaba seguro de que me despertaría una mañana luchando por respirar, con un soplo cardíaco, o bien con uno de mis accesos de fiebre de cuarenta y un grados... Estos temores hacían que mi agresividad contra mis padres fuese particularmente cruel incluso para un adolescente como yo, y los dejase atónitos y amedrentados durante años. Si mi peor enemigo me hubiera dicho «¡Ojalá te mueras, Zuckerman!», no me habría sentido más irritado que cuando mi bienintencionado padre me preguntaba si había recordado tomar mis vitaminas, o cuando mi madre me daba un largo beso en la frente mientras comíamos para ver si el resfriado me había subido la fiebre. ¡Cuánto me enfurecía esa ternura! Recuerdo haber sentido verdadero alivio cuando sorprendieron al primer marido de mi hermana con la mano dentro de la caja en la empresa de combustibles para calefacción de su tío, y Sonia pasó a ser el motivo de preocupación de mis padres. Y de mí mismo. A veces venía a casa a llorar sobre mi hombro de diecisiete años, después de haber visitado a Billy en la cárcel donde cumplía una condena de un año y un día. Y qué agradable era, qué edificante, no estar en el papel de recibir toda esa solicitud, como había sido el caso cuando Sonia y yo éramos niños, y yo era el pequeño

enfermo que no salía y a quien ella entretenía sin quejarse durante horas.

Unos años más tarde, estando yo en la Universidad de Rutgers, Billy hizo a mis padres el favor de colgarse con una cuerda del riel de las cortinas de su dormitorio. Supongo que pensó que no aguantaría su peso. Conociendo a Billy, me imagino que esperaba que la barra se rompiera y que le encontrasen, respirando aún, tendido en el suelo, cuando mis padres volvieran de hacer la compra. Cabía suponer que el espectáculo de un yerno con los tobillos hinchados y una cuerda al cuello llevaría a mi padre a pagar la deuda de cinco mil dólares que Billy tenía. Pero la barra resultó ser más resistente de lo que Billy había supuesto, y Billy se ahorcó. Por fin, hay quien hubiese pensado. Pero no; al año siguiente, Sunny se casó «con otro de éstos», como decía mi padre. El mismo pelo negro y crespo, el mismo mentón varonilmente partido, los mismos repugnantes antecedentes familiares. La debilidad de Johnny no eran los caballos, sino las mujerzuelas. En cualquier caso, el matrimonio ha funcionado. Cada vez que mi cuñado es sorprendido en falta, cae de rodillas e implora el perdón de Sunny, un gesto que parece dar resultado con mi hermana, pero no con mi padre. «¡Le besa los zapatos —suele decir—, como si fuera una señal de respeto, de amor, de algo!». Tienen cuatro hermosos niños de pelo ondulado, o al menos eran guapos la última vez que los vi, en 1962: Donna, Louis, John hijo y Marie, cuyo nombre fue el que más nos ofendió. John padre construye piscinas de natación y gana lo suficiente como para poder pagar cien dólares por acostarse con una prostituta de lujo de Nueva York y no sentir nada, al menos económicamente hablando. La última vez que la visité, en la casa de verano de la colonia de descendientes de italianos de los Catskills, la cantidad de almohadones rosados, estilo harén, que vi en la sala era mayor aún que la que hay en la sala de la casa de Scotch Plains. Y el molinillo de pimienta es aún más espectacular que el otro. En ambas «residencias» la platería y la ropa blanca llevan el monograma SZR, las iniciales de mi hermana.

Pero ¿cómo? Esta pregunta me obsesionaba. ¿Cómo podía ser que mi hermana, que había ensayado en la sala, una y otra vez, las canciones de *Canción de Noruega* y las de *El príncipe estudiante*, durante tantas horas que yo hubiera querido ser noruego, o príncipe; la hermana que estudiaba «canto» con el doctor Bresslenstein en su estudio del norte de Filadelfia y a los quince años ya cantaba «Because» por dinero, en las bodas; mi hermana, con sus voluptuosos y altivos aires de *prima donna* cuando las otras chicas estaban todavía obsesionadas por los chicos y por el acné, cómo podía haber terminado en una casa que parecía un harén, con hijos educados por monjas, y poniendo *Jerry Vale interpreta éxitos italianos* en el estéreo para entretener a mis mudos padres cuando iban a visitarla los domingos? ¿Cómo? ¿Por qué?

Cuando Sonia se casó por segunda vez, no dejaba de preguntarme si no se habría metido en alguna secta religiosa secreta y misteriosa, si no estaría

empeñada en mortificarse deliberadamente para sondear los arcanos de su espíritu. Me la imaginaba en la cama, sí, en la cama por la noche, con ese estúpido y apuesto marido a su lado. Sin duda, se regocijaba en la oscuridad por saber que, sin que nadie lo sospechara —y el «nadie» se refería a sus perplejos padres y al incrédulo hermano universitario—, seguía siendo la misma persona que nos deleitaba desde el escenario de la Asociación de Jóvenes Judíos con lo que Bresslenstein, un pobre refugiado de Palestina, pero, según él mismo, famoso empresario de Munich, la describía ante mi madre como alguien que tenía «una bellísima coloratura: una nueva Lily Pons». La imaginaba una noche a la hora de la comida, golpeando la puerta de servicio de nuestro apartamento, con el pelo suelto sobre los hombros, como antes, vestida con el mismo vestido largo bordado que había usado en *El príncipe estudiante*: mi hermosa y vivaz hermana, cuya aparición en el escenario hacía que se me saltaran las lágrimas de orgullo, nuestra Lily Pons, nuestra Galli-Curci, nos era devuelta, encantadora como siempre y no *corrompida*: «Tenía que hacerlo —nos explicaba cuando los tres corríamos a abrazarla—, si no, no habría tenido sentido».

En resumen, me costaba reconciliarme con el hecho de tener una hermana en las afueras. Yo, un universitario arrogante, un elitista que ya leía a Allen Tate sobre lo sublime, y los del profesor Leavis sobre Matthew Arnold mientras desayunaba un tazón de cereales. Los pasatiempos y los adornos de ella me parecían tan vulgares como los de millones y millones de familias norteamericanas. En lugar de ello, imaginaba a Sonia Zuckerman Ruggieri en el purgatorio.

A Lydia Jorgenson Ketterer la imaginaba en el infierno. Pero ¿quién, al oír las historias sobre su espeluznante pasado, podría no imaginarla allí? En comparación, mi propia infancia, mi debilidad, mis fiebres y todo lo demás parecían una versión del paraíso, puesto que mientras yo había sido el niño servido, ella había sido la niña sirvienta, la esclava, la enfermera a todas horas de una madre hipocondríaca y la víctima de un padre enloquecido.

La historia del incesto, tal como la relataba Lydia, era relativamente simple, tan simple que me dejó atónito. En esa época, yo no podía concebir en absoluto que un acto que asociaba exclusivamente con una obra maestra del drama clásico hubiese ocurrido realmente, sin mensajeros, ni coros, ni oráculos, entre un repartidor de leche de Chicago con su mono de las Granjas Bloomfield y su adormilada hijita de ojos azules, antes de que ella se fuese a la escuela. Pero había ocurrido. «Una vez —a Lydia le gustaba empezar así la historia—, una mañana de invierno, muy temprano, cuando iba a salir a buscar la camioneta de reparto, un padre entró en el cuarto de su hija y se echó junto a ella en la cama, vestido para ir al trabajo». Estaba temblando y sollozando. «Eres todo lo que

tengo, Lydia, eres todo lo que tiene tu papaito. Estoy casado con un cadáver». Luego se bajó el mono hasta los tobillos, simplemente porque estaba casado con un cadáver. «Fue fácil», dijo Lydia. Cuando se puso encima de ella, Lydia la niña, como Lydia la mujer, no gritó ni levantó la cabeza para clavarle los dientes en el cuello. Se le ocurrió morderle la nuez, pero temió que gritara y despertara a su madre, que necesitaba dormir. *Temió que los gritos de su padre despertaran a su madre.* Además, no quería hacerle daño: era su padre. El señor Jorgenson fue al trabajo esa mañana, pero más tarde encontraron su camión abandonado en la reserva forestal. «Y adónde fue —seguía diciendo Lydia con la serenidad de quien relata un cuento de hadas— es algo que nadie supo nunca», ni la inválida a quien había abandonado sin un centavo, ni la aterrorizada hija. En un principio algo hizo suponer a Lydia que había huido al «Polo Norte», aunque al mismo tiempo estaba convencida de que acechaba en el barrio, preparado para destrozarle el cráneo de una pedrada si llegaba a contar a alguna de sus amiguitas qué le había hecho antes de desaparecer. Durante los años siguientes —incluso siendo ya una mujer adulta, incluso después de su crisis nerviosa— siempre que iba al Loop en Navidad se preguntaba si alguno de los Papá Noel que agitaban una campanilla a la entrada de las tiendas para atraer a los compradores sería su padre. De hecho, cuando a los dieciocho años decidió huir de Skokie con Ketterer, se había aproximado al Papá Noel que estaba a la puerta de Golblatt's y le había dicho: «Voy a casarme. Ya no me importas. Me caso con un hombre que mide un metro ochenta y cinco y pesa cien kilos, y si alguna vez llegas a seguirme, te romperá los huesos».

«Todavía no sé qué era una locura peor —decía Lydia—: fingir que ese sorprendido Papá Noel era mi padre, o imaginar que el palurdo con quien me casaba era un hombre».

El incesto, el violento matrimonio, luego lo que Lydia llamaba su «coqueteo con la locura». Un mes después de que Lydia se hubo divorciado de Ketterer alegando malos tratos, su madre consiguió por fin sufrir el ataque cerebral para el cual había estado preparándose toda su vida. Durante la semana que la mujer pasó postrada en el hospital, con una mascarilla de oxígeno sobre la cara, Lydia se negó a visitarla. «Les dije a mis tías que ya había dedicado a esa causa todas las horas que me correspondían. Si iba a morir, ¿cómo podía yo contribuir a evitarlo? Y si estaba fingiendo otra vez, me negaba a ser cómplice». Y cuando la madre, por fin, expiró, la pena, el alivio, el júbilo o la culpabilidad de Lydia tomaron la forma de una especie de sopor. Al parecer, no merecía la pena hacer nada: alimentaba y vestía a Mónica, su hija de seis años, pero no mucho más. No se cambiaba de ropa, ni hacía las camas, ni lavaba los platos. Cuando abría una lata para comer algo, invariablemente descubría que era una lata de comida para gatos. Empezó a escribir en las paredes con una barra de labios. El domingo que siguió al funeral, cuando Ketterer llegó para llevarse a Mónica a pasar el día con

él, encontró a la niña vestida y preparada para salir, sentada en una silla, y las paredes del apartamento cubiertas de preguntas en letras mayúsculas: «¿POR QUÉ NO? ¿TÚ TAMBIÉN? ¿POR QUÉ HABRÍAN DE HACERLO? ¿QUIÉN LO DICE? ¿LO HAREMOS?»

—Ah, cómo le gustó eso —me decía Lydia. Casi podía ver lo que pasaba por su mente, o como quieras llamarla. ¿Sabes?, no podía soportar que me hubiese divorciado de él, no podía soportar que un juez se hubiera enterado de lo brutal que era. No podía soportar haberse quedado sin su saco de boxeo. «Te crees tan inteligente porque vas a todos esos museos de arte, crees que puedes dar órdenes a tu marido». Ése era el momento en que me levantaba en el aire y me arrojaba contra la pared. Siempre me repetía que tendría que haber vivido de rodillas porque él me había salvado de la casa de mis tías, que debía *idolatrarlo* por haberse hecho cargo de alguien que era prácticamente una huérfana y haberle dado un hogar y una hija y dinero que gastar en entradas a museos. En esos siete años sólo una vez, ¿sabes?, había ido al Art Institut con mi primo Bob, que es soltero y profesor de instituto. Me llevó a un museo, y cuando estábamos solos en una de las salas vacías, me mostró sus genitales. Me dijo que sólo quería que lo mirara, que eso era todo. Me dijo que no quería que lo tocara. Así que no le toqué. No hice nada. Como con mi padre, sentí lástima por él. Allí estaba yo, casada con un monstruo, y allí estaba mi primo Bob, al que mi padre llamaba «ese tragalibros». Qué familia tan distinguida la mía. En cualquier caso, Ketterer derribó la puerta y vio que lo de las paredes estaba escrito con mi letra, y yo no podría haberme sentido más feliz. Sobre todo cuando vio lo que yo fingía estar tomando como desayuno. No tenía la más mínima intención de beber mi propia orina ni de comer mierda de gato y rebanadas de vela. Sabía que él vendría, y por eso había preparado todo. ¡Si hubieras visto qué solicitud mostré! «Necesitas un médico, Lydia, necesitas un médico inmediatamente». Pero llamó a la ambulancia municipal. Cuando dos hombres con batas blancas entraron en el apartamento, no pude evitar sonreír. No tenía de qué reírme, pero me reí. Y luego les dije «¿Señores, no quieren comer un poco de mierda de gato?», porque sabía qué tipo de cosas dice uno cuando está loco. O al menos es lo que suponen todos. Lo que en realidad digo cuando estoy loca son cosas como «Hoy es martes», o bien «Deme un kilo de carne picada». No, esto no es más que pura astucia. No escribas esto. No sé lo que digo cuando estoy loca, ni tampoco si alguna vez estuve loca. La verdad es que no era más que una especie de coqueteo.

Sin embargo, sea como fuere, aquello significó el final de su maternidad. Al ser dada de alta en el hospital cinco semanas más tarde, Ketterer le anunció que volvía a casarse. No había pensado «abordar la cuestión» tan pronto, pero ahora que Lydia había demostrado públicamente que era la loca que él había tenido que soportar a solas durante siete desgraciados años, sentía la obligación de

proporcionar a su hija un hogar y una madre normales. Y si Lydia quería apelar la decisión ante la justicia, pues ya podía intentarlo. Al parecer, había hecho fotografías de las paredes pintarrajeadas y reunido a unos cuantos vecinos dispuestos a declarar sobre el aspecto y el mal olor de su mujer durante la semana anterior al día en que... «te destapaste, chica», le decía Ketterer. No le importaba cuánto tendría que gastarse en los honorarios de un abogado. Se gastaría hasta el último centavo para salvar a Mónica de una loca que se comía sus propias heces. Y —añadía Lydia—, para zafarse de la obligación de pasarme dinero por alimentos.

«Estuve de acá para allá, enloquecida, durante días, implorando a los vecinos que no declarasen contra mí. Sabían cuánto quería a Mónica, sabían cuánto me quería ella, sabían que todo había sido por la muerte de mi madre, porque estaba agotada y todo lo demás. Estoy segura de que les aterroricé, diciéndoles que con todo lo que “sabían” y no tenían ni para empezar a saber algo de mi vida. Estoy segura de que quería aterrorizarlos. Incluso recurrí a un abogado. Me senté en su oficina y lloré, y él me aseguró que tenía derecho a pedir que me devolvieran a mi hija, y que para el señor Ketterer la cosa sería algo más difícil de lo que él creía, etcétera. Muy alentador, muy comprensivo, muy optimista. Así que salí de su oficina, fui caminando hasta la terminal de autobuses y tomé uno para Canadá. Fui a Winnipeg en busca de una agencia de empleo. Quería trabajar como cocinera en un aserradero. Cuanto más al norte, mejor. Quería cocinar para cien hombres fuertes y hambrientos. Durante todo el viaje hasta Winnipeg me imaginaba en la cocina de un campamento enorme, en medio de los bosques helados, preparando huevos fritos con beicon y pan casero, y una cafetera tras otra de café negro para la comida matinal, preparándoles el desayuno cuando todavía estaba oscuro, y yo la única persona despierta en todo el campamento. Y luego las mañanas largas y soleadas, la limpieza y los preparativos para la cena, cuando por la noche llegaran todos, cansados por el pesado trabajo en el bosque. Era la fantasía más simple e infantil que se pueda imaginar. Que yo podía imaginar. Sería la sirvienta de cien hombres vigorosos, y a cambio de ello me protegerían de todo mal. Sería la única mujer en toda la explotación, y como era la única allí, nadie se atrevería nunca a aprovecharse de mi situación. Me quedé tres días en Winnipeg. Me dediqué a ir al cine. Tenía miedo de ir a un aserradero y pedir trabajo allí; estaba segura de que me tomarían por una prostituta. ¡Ah, qué banal es estar loca! O quizá sea banal ser yo misma, simplemente. ¿Qué puede ser más banal que haber sido seducida por tu propio padre y vivir desde entonces con esa “herida”? Quiero decir que siempre estaba pensando: “No tengo por qué actuar de este modo. No hay necesidad de actuar como una loca, nunca la ha habido. No hay necesidad de huir hasta el Polo Norte. Estoy fingiendo. Lo único que tengo que hacer para cambiar es *cambiar*”. Siempre me acordaba de mis tías cuando me decían, si llegaba a insinuar llanto o la menor

objeción frente a cualquier cosa: “Calma, Lydia, espíritu sobre materia”. No debes lamentarte por lo que ya no tiene remedio, Lydia. Allí estaba, en Canadá, sentada en el cine y viendo películas, y se me pasaban por la mente todas esas expresiones que tanto había odiado siempre, pero que tenían un sentido indudable. Serénate, Lydia. Espíritu sobre materia, Lydia. No hay que lamentar lo ya sucedido, Lydia. Si no tienes éxito, Lydia (y la verdad es que no lo tienes), prueba otra vez. Nada podría haberme resultado más claro en aquel momento que la idea de que estar sentada en un cine de Winnipeg tenía menos sentido que ninguna otra cosa que pudiese intentar para salvar a Mónica de su padre. No pude evitar concluir que en realidad no quería salvarla. La doctora Rutherford me dice ahora que eso era así, ni más ni menos. No es que sea necesario ser un psicoterapeuta muy experto para ver dentro de alguien como yo. ¿Cómo volví a Chicago? Según la doctora Rutherford, cumpliendo lo que me había propuesto hacer. Vivía en un hotel de dos dólares la noche, que resultó estar situado en el peor de los arrabales de Winnipeg. Como si Lydia no lo supiera, dice la doctora Rutherford. A la tercera mañana, cuando bajé a pagar la habitación, el empleado que atendía el mostrador me preguntó si quería ganar un dinero fácil. Podía ganar mucho posando para fotografías, me dijo, sobre todo si era rubia por todas partes. Empecé a llorar a gritos. El hombre llamó a un policía, y éste a un médico, y decidieron que debía volver aquí. Así fue como me deshice de mi hija. Cualquiera podría haber pensado que lo más sencillo habría sido ahogarla en la bañera» .

Podría decir que me fascinaba su historia, de tan espeluznante, pero sería una verdad a medias. Estaba, además, la forma que le daba al relato: la actitud serena, familiar, incluso íntima, de Lydia ante el dolor, su cómica aceptación de su propia locura, aumentaban considerablemente el atractivo de la historia, o, para expresarlo de otro modo, contribuían en buena parte a calmar los temores que pudiesen esperarse en un hombre joven y sin experiencia, proveniente de un medio convencional, respecto de una mujer con un pasado tan difícil. ¿Quién podría detectar indicios de un impulso suicida y homicida en un estilo retórico tan exento de ira o de furor vengativo? No, no, era una mujer que había *elaborado* su experiencia, que había adquirido *profundidad* por medio de todo aquel dolor. Alguien así, de aspecto decididamente vulgar, una norteamericana rubia, menuda y guapa, con un rostro como el de un millón de otras, sin la ventaja de lectura alguna ni de maestro alguno, tendría que haber utilizado cada partícula de su inteligencia para llegar a una especie de *sabiduría* acerca de sí misma. Sin duda, hacía falta sabiduría para recitar con un sarcasmo tan suave, incluso indulgente, una crónica tan espantosa, llena de mala suerte y de injusticias. Yo creía que era necesario tener un alma tan cruel como la de Ketterer para no apreciar el triunfo moral que eso representaba... o bien hacía falta ser simplemente alguien diferente de yo mismo.

Conocí a la mujer junto a la cual habría de arruinar mi vida, apenas unos meses después de haber vuelto a Chicago, en el otoño de 1956, después de ser licenciado del ejército antes de la fecha prevista. Iba a cumplir veinticuatro años, tenía una licenciatura de letras y antes de incorporarme a filas me habían invitado a volver a mi universidad, al finalizar el servicio militar, como profesor para los cursos de técnica narrativa en lengua inglesa. Fuera como fuese, mis padres se habían sentido entusiasmados por lo que consideraban el carácter eminente de mi cargo. De hecho, veían en ese «honor» algo así como una recompensa divina por la desgracia que había recaído sobre mi hermana. Dirigían sus cartas, sin ninguna ironía, al «profesor Nathan Zuckerman». Estoy seguro de que muchas de ellas, que no contenían más que una o dos líneas sobre el tiempo que hacía en New Jersey, eran remitidas sólo por el placer de escribir el nombre del destinatario en el sobre.

Yo mismo estaba satisfecho, aunque no deslumbrado. En realidad, el ejemplo de mis propios padres, incansables y resueltos, había inculcado tan profundamente en mí los hábitos que contribuyen al éxito que apenas tenía una somera comprensión del fracaso. ¿Por qué fracasaba la gente? En la universidad había contemplado con admiración y respeto a los compañeros que se presentaban a los exámenes sin haberse preparado, o que no entregaban sus trabajos cuando debían. ¿Por qué, me preguntaba, habrían de querer hacer las cosas de ese modo? ¿Por qué habría de preferir alguien la ignominia de la derrota a los auténticos placeres del éxito? Sobre todo cuando era tan fácil de obtener. Sólo había que prestar atención, ser metódico, meticuloso, puntual y perseverante. Sólo había que ser ordenado, paciente, industrioso, disciplinado... y, por supuesto, inteligente. Sólo eso. ¿Había algo más sencillo?

¡Cuánta confianza tenía en aquella época! ¡Cuánta fuerza de voluntad y cuánta energía! ¡Y cómo devoraba horarios y programas! Todas las mañanas me levantaba a las siete menos cuarto para ponerme un viejo bañador y hacer media hora de ejercicios en el suelo, además de flexiones y muchos otros de los que se ilustraban en un manual de gimnasia que conservaba desde mi adolescencia y que aún me resultaba útil. Había sido editado en la Segunda Guerra Mundial, y se titulaba *Cómo ser duro como un marine*. A las ocho y a había recorrido en mi bicicleta el kilómetro y medio que había hasta mi oficina sobre el Midway. Allí hacía una revisión rápida de la clase del día y del programa de composición literaria, dividido en secciones, cada una de las cuales ilustraba una serie de técnicas retóricas: los pasajes eran breves para que fuera posible analizarlos prolijamente, y casi todos provenían de obras de los olímpicos: Aristóteles, Hobbes, Mill, Gibbon, Pater, Shaw, Swift, sir Thomas Browne... Mis tres clases de composición literaria de primer curso me ocupaban una hora cada una, cinco veces por semana. Comenzaba a las ocho y media y terminaba a las

once y media, tres horas consecutivas de oír más o menos el mismo tipo de debate entre los estudiantes y de objetar más o menos las mismas observaciones. A pesar de ello, mi entusiasmo no disminuía. En realidad, gran parte del placer que yo sentía estribaba en lograr que cada hora pareciese la primera del día. Además, había algo de la satisfacción que para un hombre joven deriva de ejercer cierta autoridad, especialmente cuando dicha autoridad no exige el uso de otras divisas que la inteligencia, la industriosisdad, una corbata y una chaqueta. Y desde luego disfrutaba, como cuando era estudiante, de la cortesía y la seriedad del « intercambio pedagógico ». Era bastante común en la universidad que profesores y estudiantes se dirigiesen unos a otros por su nombre de pila, al menos fuera de las aulas. Pero yo nunca consideré esto como una posibilidad, del mismo modo que a mi padre jamás se le habría ocurrido mostrar familiaridad en las oficinas de quienes lo empleaban para llevar sus libros de cuentas. Como mi padre, prefería que me considerasen lo suficientemente rígido como para dejar fuera cualquier consideración ajena al trabajo que había que hacer, de modo que ninguna de las partes se viese tentada de desplegar una responsabilidad menor a la « adecuada ». Para alguien cuya edad estaba tan próxima a la de sus alumnos, había un peligro especial en tratar de parecer « un buen chico », uno de sus « colegas ». Pero también estaba el peligro de asumir una actitud de superioridad que fuese no sólo injustificada en alguien con mis antecedentes, sino también vergonzosa en sí misma.

Que me resultara necesario mantenerme alerta con relación a cada uno de los aspectos de mi conducta podía sugerir la idea de que no tenía aptitud natural para desempeñar mi puesto. Pero en realidad mi estado de ánimo era la expresión del entusiasmo que sentía por lo que veía como mi vocación. Y en aquella época ponía un empeño apasionado en juzgarme en todos los detalles y según las pautas más estrictas.

A mediodía regresaba a mi pequeño apartamento y, después de haberme comido un bocadillo que yo mismo me había preparado, me sumergía en la tarea de escribir cuentos. Los tres cuentos cortos que había escrito por las noches durante mi época en el ejército habían sido aceptados por una respetada revista cuatrimestral. Eran, no obstante, afortunadas imitaciones del tipo de relato que me habían enseñado a admirar siendo estudiante universitario, cuentos del estilo de *Fiesta en el jardín*, y que los quisiesen publicar era algo que me provocaba más curiosidad que orgullo. Me debía a mí mismo, pensaba, descubrir si poseía un talento que fuera exclusivamente mío. « Deberme a mí mismo », dicho sea de paso, era un concepto del todo característico de un hombre como mi padre, cuya influencia en mi pensamiento era más profunda de lo que cualquiera, incluido yo mismo, habría podido advertir si me hubiese oído discutir en clase la filosofía de Aristóteles o una metáfora de *sir* Thomas Browne.

A las seis de la tarde y después de escribir durante cinco horas, y de otra hora

de pulir mis conocimientos de francés, ya que pensaba viajar a Europa durante las vacaciones de verano, volvía en bicicleta a la universidad para cenar en el gran salón donde ya lo hacía cuando era estudiante graduado. Las tonalidades de la oscura madera de los paneles del enorme recinto y los retratos de los muertos ilustres de la universidad, colgados en las paredes del comedor, satisfacían mi profunda inclinación por la dignidad institucional. En ese ambiente, me gustaba comer solo. De hecho, no habría dejado de considerarme afortunado si alguien me hubiese dicho que tenía que comer en una bandeja, pero en ese comedor, aquellos guisos durante el resto de mi vida. Luego debía volver al apartamento para corregir una séptima parte de los sesenta o más trabajos de mis alumnos de primer curso —puesto que ésa era la cantidad que podía analizar con minuciosidad en una sesión de trabajo— y para preparar la clase del día siguiente. Pero antes salía a curiosear tranquilamente, durante media hora, por las librerías de viejo del barrio. Poseer mi propia «biblioteca» era mi única ambición material. En realidad, tratar de decidir qué dos libros entre los miles que había compraría esa semana llegaba a producir en mí tal entusiasmo que, una vez consumada la compra, a menudo tenía que visitar el cuarto de baño de la librería. Dudo que ningún microbio o laxante haya actuado sobre mi organismo con tanta intensidad como el hecho de descubrir de pronto que era el dueño de un ejemplar ligeramente estropeado de *Seven Types of Ambiguity* de Empson en su edición original inglesa.

A las diez, terminados mis preparativos para las clases, solía ir a un café de estudiantes de las inmediaciones, donde por lo general encontraba a alguien con quien tomar una cerveza. Una cerveza, una partida de fútbolín y luego a casa, pues antes de dormir me quedaban aún cincuenta páginas que subrayar y comentar de alguna obra fundamental de la literatura europea que no había leído, o que había leído mal la primera vez. Llamaba a esto «llenar huecos». Leer y anotar cincuenta páginas por noche me daba un promedio de tres libros por mes, y de treinta y seis por año. Sabía también cuántos cuentos, aproximadamente, podría terminar en un año si les dedicaba treinta horas a la semana, cuántos trabajos era capaz de clasificar en una hora, y qué cantidad de volúmenes contendría mi biblioteca diez años más tarde si seguía comprando libros con el mismo presupuesto que tenía en ese momento. Y me gustaba saber todas esas cosas, y hasta el día de hoy estoy satisfecho de que haya sido así.

Me veía a mí mismo como el más rico de los hombres en cuanto a bienes espirituales, y en cuanto a los materiales, ¿qué más podía necesitar que no tuviese ya? Tenía una bicicleta para moverme por el barrio y hacer ejercicio, una máquina de escribir portátil Remington (regalo de mis padres al acabar el instituto), un portadocumentos (su regalo al acabar la primaria), un reloj de pulsera Bulova (su regalo de *bar mitzvah*), y conservaba, de mi época de estudiante, dos chaquetas, de mezclilla muy gastada y con sus coderas de piel,

para ir a clase, los pantalones de color oliva del ejército para cuando escribía o iba a tomar cerveza, un traje de cuadros príncipe de Gales marrón para vestir, un par de zapatillas de tenis, un par de zapatos de piel granate, unas viejas zapatillas que tenían diez años, un jersey con cuello en «V», varias camisas y calcetines, y los mismos calzoncillos y camisetas de punto, de una rancia marca nacional, que había llevado desde que dejé los pañales. ¿Para qué cambiar de marca? Me encontraba muy cómodo con ellos. Lo único que necesitaba para sentirme todavía más feliz era más libros a los que ponerles mi nombre. Y viajar dos meses por Europa para visitar sus célebres centros culturales y los lugares de interés literario. Dos veces al mes me sorprendía encontrar en mi buzón un cheque de la universidad por valor de ciento veinticinco dólares. ¿Por qué diablos me mandaban dinero? Sin duda, era yo quien debería estarles pagando por el privilegio de llevar una vida tan completa, independiente y honorable.

En medio de toda mi felicidad había una sombra: mis dolores de cabeza. Siendo soldado, empecé a sufrir jaquecas tan intensas que finalmente tuvieron que darme de baja por razones de salud después de haber cumplido sólo once meses de mi servicio de dos años. Por supuesto, no echaba de menos el tedio y la monotonía de la vida militar en tiempo de paz. Desde el día en que me incorporé a filas había contado los días que faltaban para volver a una vida no menos disciplinada y reglamentada que la de un soldado, pero dirigida por mí y para beneficio de mis estudios literarios. A pesar de ello, que me hubiese liberado para ejercer mi vocación por razones de ineptitud física era desconcertante para alguien que, como yo, había invertido diez años en transformarse, por medio del ejercicio físico y la buena alimentación, en un joven robusto con todo el aspecto de saber defenderse en este mundo cruel. ¡Con qué perseverancia había trabajado para enterrar al niño débil que se quedaba en cama cavilando sobre los problemas de aritmética de su padre, mientras los otros chicos estaban en la calle, aprendiendo a ser ágiles y audaces! Incluso, hasta cierto punto, me habría gustado que me hubiesen destinado a la escuela de policía de Georgia: evidentemente, allí no transformaban afeminados incapaces en agentes de policía militar. Debía transformarme en un hombre con pistola a la cintura y almidonada rigidez en el filo de cuchillo de sus pantalones caqui: un humanista que se pavonea, un profesor de literatura inglesa con porra. Los cuentos completos de Isaac Babel no habían aparecido todavía en su famosa edición de bolsillo, pero cuando los leí, cinco años más tarde, reconocí en las experiencias de Babel, en su biografía de judío con gafas que cabalgaba con la Caballería Roja, algo así como una intensa versión de lo que yo había sufrido durante mi breve incursión en la vida en época de paz, como aspirante a policía militar en el estado de Georgia. Policía militar hasta que los dolores de cabeza me derribaron de mis botas lustradas como espejos... y comenzar a pasar temporadas de yacer

inerte como una momia las veinticuatro horas del día, temporadas en las que el ruido más leve y común, al otro lado de la ventana del cuartel —un soldado pasando un rastrillo por el césped, alguien que pasaba silbando entre dientes—, era tan insoportable como si me introdujesen un clavo en el cerebro. En esos momentos, hasta el más leve rayo de luz que se filtrase por una zona algo gastada de la cortina verde que había detrás de mi cama, un rayo no más grueso que una cabeza de alfiler, me resultaba intolerable.

Mis «colegas», que en su mayoría no habían completado los estudios secundarios, imaginaban que el genio universitario, y además judío, fingía estar enfermo, especialmente cuando descubrieron que era capaz de presentir *el día anterior* la amenaza de uno de esos paralizantes dolores de cabeza. Yo argumentaba que si me permitían retirarme y acostarme antes de que comenzara la jaqueca, y quedarme a oscuras y en silencio cuatro o cinco horas, podría evitar un acceso de otro modo inexorable.

—Mire, yo también lo creo así —me respondía el astuto sargento después de negarme el permiso—. Muchas veces he pensado lo mismo respecto de mí. No hay nada mejor que pasarse un día panza arriba para sentirse como nuevo.

El médico de guardia no se mostraba más comprensivo. No lograba convencer a nadie, ni siquiera a mí mismo. La sensación de «flotar», de ser un «fantasma», el aura de malestar que actuaba como mi especial sistema de radar, eran en realidad tan tenues, tan leves, que yo mismo llegué a preguntarme si no estaría imaginándomelos, y luego «imaginando» la jaqueca para justificar el hecho de haberla anticipado.

Eventualmente, cuando los dolores de cabeza comenzaron a derribarme con regularidad cada diez o doce días, me internaron en el hospital de la base para tenerme «en observación», lo cual significaba que, salvo cuando estaba en plena jaqueca, debía ir vestido con el pijama azul reglamentario y pasar una escoba por el suelo. Eso sí, cuando se aproximaba el aura premonitoria podía acostarme de inmediato, algo que servía, en definitiva, para postergar la jaqueca unas doce horas, más o menos. Por otra parte, si hubiese podido quedarme *siempre* en la cama... pero no podía hacerlo. Para decirlo como Bartleby el escribiente (unas palabras que recordaba a menudo en el hospital a pesar de que había leído el relato hacía muchos años), prefería no hacerlo; prefería ir de una sala a otra con mi escoba y esperar a recibir el golpe.

No tardé en llegar a creer que mi rutina diaria de trabajo había sido planeada por las autoridades del hospital como castigo y tratamiento combinados. Me habían entregado la escoba para que me pusiera en contacto con los que estaban verdaderamente enfermos, enfermos de forma terrible, irreversible. Todos los días, por ejemplo, iba a barrer el suelo entre las camas de los pacientes de la sala de quemados, unos muchachos que habían resultado tan desfigurados por el fuego que, al principio, o bien no soportaba mirarlos o, por el contrario, no

conseguía apartar la mirada de ellos. Estaban también los amputados, que habían perdido miembros en accidentes durante el entrenamiento, en accidentes de coche o en operaciones que pretendían detener el avance de algún tumor maligno. Al parecer, la idea era que mi supuesta enfermedad desaparecería por la vergüenza que debería experimentar al hacer mi recorrido entre aquellos desgraciados mortales, la mayoría de ellos de mi misma edad. Sólo después de que me llamasen a comparecer ante la junta médica y me dieran la baja me enteré de que en mi caso no se había dispuesto una terapia tan sutil y sádica. Mi internamiento en el hospital había obedecido a un requisito burocrático, y no había sido una purificadora y curativa forma de encierro. Dicha «terapia» era fruto exclusivo de mi imaginación, ya que mis obligaciones de limpieza eran mucho menores de lo que yo había supuesto. La enfermera jefe de mi sección, una mujer bondadosa y de buen carácter, se divirtió mucho, el día en que salí del hospital, al enterarse de que había estado vagando por multitud de salas de nueve de la mañana a cinco de la tarde, limpiando los suelos de todas las que estaban abiertas, cuando las instrucciones que ella me había dado eran que limpiara todas las mañanas sólo alrededor de mi cama. Hecho esto, debía haberme considerado libre para hacer lo que quisiera, siempre que no abandonara el hospital.

—¿Nunca te detuvo nadie? —preguntó.

—Sí, al principio —repuse—. Pero les dije que tenía orden de limpiar.

Fingí que aquella «confusión» me hacía tanta gracia como a ella, pero me pregunté si no sería la mala conciencia lo que la llevaba a mentir en aquel momento en cuanto a las instrucciones que me había dado el día en que me convertí en su paciente.

En Chicago, otra vez en la vida civil, me examinó un neurólogo del hospital Billings que no pudo aportar ninguna explicación para las jaquecas, salvo decir que la sintomatología era típica. Me recetó los mismos medicamentos que en el ejército, ninguno de los cuales me hizo efecto, y me dijo que lo normal sería que, con el tiempo, los dolores de cabeza fuesen disminuyendo en intensidad y frecuencia, y que por regla común desaparecían hacia los cincuenta años de edad. Había tenido una vaga esperanza de que los míos desaparecieran en cuanto volviera a ser dueño de mí mismo y regresase a la universidad. Como mi sargento y mis envidiosos compañeros, seguía convencido de haberme provocado la enfermedad para tener motivos justificados para recibir la baja de un ejército que me hacía perder un tiempo tan importante para mí. Pero el mal no sólo siguió asediándome, sino que, además, en los meses inmediatos a mi baja se intensificó hasta que el dolor llegó a abarcar las dos mitades del cráneo. Eso sirvió para reforzar, de forma bastante deprimente para mí, el sentido de mi propia honradez.

A menos que, por supuesto, estuviese intentando ocultar mi culpabilidad mediante la prolongación de las jaquecas más allá del nivel deseable para mi

vida física, todo para garantizarme la tranquilidad moral. Así que ¿quién podría reprocharme que me había puesto enfermo sólo para interrumpir mi servicio militar? Porque era evidente que la halagadora vida académica a la cual había estado tan ansioso de reintegrarme se veía tan negativamente afectada por mi enfermedad como mi poco satisfactoria vida militar. Cada vez que salía a flote después de otras veinticuatro horas de dolor, pensaba para mis adentros: «¿Cuántos ataques más, antes de que haya hecho frente a mi obligación?». Me preguntaba si no era tal vez el «designio» de estos dolores de cabeza caer sobre mí hasta el día en que me habría correspondido abandonar el ejército en condiciones normales. ¿Le debía, por decirlo de algún modo, una jaqueca al ejército por cada mes de servicio militar que me había ahorrado, o bien por cada semana, o por cada día, o por cada hora? Esperar que desapareciesen a los cincuenta años tampoco era gran consuelo para un ambicioso joven de veinticuatro años con la aversión a la cama de enfermo que yo había adquirido durante mi infancia. Además, para alguien entusiasta del cumplimiento de exigencias estrictas en cuanto a horarios y programas, la perspectiva de yacer inane para el mundo y para mi trabajo cotidiano veinticuatro horas cada diez días durante los siguientes treinta y seis años, la mera idea de tanto derroche, era tan desesperante como el sufrimiento anticipado del dolor mismo: tres veces al mes, durante sabía Dios cuánto tiempo, me vería obligado a yacer en un ataúd (ésa era mi descripción de aquel estado, y reconozco que me dejé dominar por la autocompasión) y enterrado en vida. ¿Por qué?

Había considerado ya (para desecharla enseguida) la idea de recurrir a un psicoanalista incluso antes de que el neurólogo de Billings me informara de que estaba a punto de iniciar un estudio de medicina psicosomática en una clínica de North Shore, bajo la dirección de un eminente psicoanalista freudiano. Creía más que probable que me aceptasen como paciente por una suma módica, sobre todo porque, al parecer, estaban especialmente interesados en los desórdenes que se manifiestan en « intelectuales » e « individuos creativos ». El neurólogo no quería sugerir que las jaquecas fuesen necesariamente síntomas de perturbaciones características de la « personalidad neurótica » ; su interés respondía más bien, según dijo, a lo que consideraba la « orientación freudiana » de las preguntas que yo le formulaba y a la forma que yo había elegido para presentarle la historia de mi enfermedad.

Lo que yo no sabía, en cambio, era que se tratase de una orientación freudiana y no de una mera actitud intelectual literaria a la cual el neurólogo no estaba habituado. Quiero decir que no podía dejar de reflexionar sobre mis dolores de cabeza en los mismos términos supramédicos con que habría interpretado las enfermedades de Milly Theale o de Hans Castorp o del reverendo Arthur Dimmesdale, o con que habría entendido la transformación de Gregorio Samsa en cucaracha, o con que hubiera buscado el « significado » del

cuento de Gogol sobre el asesor colegiado Kovalev y la pérdida temporal de su nariz. Mientras que un hombre corriente seguramente habría comentado «Me dan estos malditos dolores de cabeza» y se habría dado por satisfecho con dicho comentario, yo tendía, como estudiante de literatura o como el salvaje que pinta su cuerpo de azul, a ver mis jaquecas como *símbolo de algo*, como una revelación o una «epifanía» aislada o accidental, inexplicable sólo para quien fuese ciego a la trama de la vida o de un libro. ¿Qué *significaban* mis jaquecas?

Las posibilidades que se me ocurrían no satisfacían a un estudioso tan «sofisticado» como yo. Comparada con *La montaña mágica* e incluso con «La nariz», la consistencia de mi propia historia era tan endeble que rozaba la transparencia. Era desilusionante, por ejemplo, hallarme asociando el mal que me aquejaba con el día en que comencé a llevar pistola al cinto, o con mi aversión adolescente a la actividad física o bien con algún tradicional horror judío a la violencia. Semejantes explicaciones se me antojaban demasiado convencionales y «simplistas», demasiado «fáciles». Una idea en definitiva más atrayente, aunque menos obvia, tenía que ver con una especie de guerra civil psíquica entre el niño soñador, necesitado y débil que había sido y el adulto independiente, robusto y varonil que quería ser. En el momento en que lo recordé, la fórmula pasiva, pero desafiante, de Bartleby, «Preferiría no hacerlo», me había golpeado con la voz del hombre que había dentro de mí en pleno desafío al niño inclinado a la impotencia. Pero ¿no podría ser al revés: la voz del niño enfermizo que respondía a la llamada a cumplir las obligaciones de un hombre? ¿O de un agente de la ley? No, no, esto era demasiado directo. Sin duda mi vida debía de ser más sutil y compleja. *Las alas de la paloma* era más compleja. No, no podía imaginarme escribiendo una historia psicológicamente tan coherente y tan fácil como la mía, y mucho menos me imaginaba viviendo dicha historia.

Los cuentos que *estaba* escribiendo, el hecho mismo de escribir, no escapaban a mi escrutinio. Para mantener abiertas las vías a mi salud mental y a mi inteligencia, para dedicarme a una actividad reflexiva y solitaria al finalizar esos días maquinales de dirigir el tráfico y de controlar los permisos de salida a la ciudad, había comenzado a escribir tres horas todas las noches, sentado a una mesa en un rincón de la biblioteca de mi unidad. Sin embargo, al cabo de unas pocas noches dejé a un lado las notas para el artículo sobre algunas de las novelas de Virginia Woolf que venía planeando y que se publicaría en un número de *Estudios de Ficción Moderna* exclusivamente dedicado a su obra. En cambio, comencé a escribir lo que iba a ser mi primer cuento publicado. Poco tiempo después, al empezar mis jaquecas, con la búsqueda de una causa, una razón, un significado, creí ver en el imprevisto giro de mi actividad creativa algo análogo a aquel desplazamiento de mi atención que tanto desconcertaba a mi padre cuando presentaba al niño, en su cama de enfermo, los armónicos problemas de

aritmética. Era el movimiento desde el análisis intelectual y lógico hacia las especulaciones en apariencia no pertinentes propias de un espíritu imaginativo. Y en el hospital, donde después de seis semanas había escrito el segundo y el tercero de mis cuentos, no pude evitar preguntarme si la enfermedad no sería para mí un catalizador indispensable para activar mi imaginación. Comprendía que esto no era una hipótesis original, pero no podía determinar si este hecho la hacía más o menos aplicable. Tampoco sabía cómo interpretar el hecho de que la enfermedad fuese la misma que había asediado crónicamente a Virginia Woolf y que hasta cierto punto contribuyó a debilitarla e impulsarla al suicidio. Conocía las jaquecas de Virginia Woolf porque había leído acerca de ellas en su obra póstuma *Diario de una escritora*, editada por su marido y publicada el último año de mis estudios universitarios. Incluso llevaba el libro en mi pequeño baúl de campaña para utilizarlo en el ensayo que pensaba escribir sobre su obra. ¿Qué debía pensar, entonces? ¿Se trataba de una simple coincidencia? ¿O bien estaba imitando el tormento de tan admirable escritora, del mismo modo que en mis cuentos imitaba las técnicas y simulaba la sensibilidad de otros escritores a quienes admiraba?

Después del examen del neurólogo, decidí dejar de preocuparme por el « significado » de mi dolencia. Traté de considerarme, como a todas luces había hecho el neurólogo, como setenta y cinco kilos de tejido vivo, sujeto a los estados patológicos comunes a mi especie, antes que como un personaje de novela que algún lector podría llegar a diagnosticar por medio de teorías morales, psicológicas o metafísicas. No podía conferir a mi condición la densidad ni la originalidad necesarias para satisfacer mis propios gustos literarios, del mismo modo que no podía hacer con *mis* jaquecas lo que Mann había hecho con la tuberculosis en *La montaña mágica*, o con el cólera en *Muerte en Venecia*. Decidí, pues, que lo único sensato era soportar mis dolores de cabeza y olvidarme de ellos hasta el siguiente acceso. Buscar significados era estéril, además de pretencioso. Aun así, no podía dejar de preguntarme si no sería posible diagnosticar las jaquecas mismas como « pretenciosas » en su origen.

Luché, además, contra la tentación de someterme a una entrevista en la clínica de North Shore, donde se realizaba el estudio sobre enfermedades psicosomáticas. No se trataba de que hubiese dejado de ver con simpatía las teorías y técnicas de la psicoterapia según las entendía a través de mis lecturas. Se trataba, más bien, de que, dejando aparte los dolores de cabeza, era tan vigoroso en la ejecución de mi trabajo y seguía tan entusiasmado por mi manera de vivir, como siempre había soñado. Con seguridad, tratar de enseñar a setenta y cinco alumnos de primer año a escribir una oración clara, lógica y precisa no era siempre una experiencia maravillosa. A pesar de ello, aun cuando la enseñanza me resultaba más monótona, conservaba mi espíritu misionero, y con él la convicción de que con cada frase trillada o argumento sin sentido que

marcaba en los márgenes de los trabajos de mis estudiantes estaba librando una especie de guerra de guerrillas contra el ejército de holgazanes, aficionados y bárbaros que creía dominadores de la mentalidad nacional, ya fuera desde los medios de comunicación o desde el gobierno. Las conferencias de prensa del presidente me proporcionaban abundante material para numerosas clases. Preparaba copias de fragmentos de la papilla pronunciada por Eisenhower, las distribuía entre los estudiantes y las dejaba en sus manos para que corrigieran y clarificaran los textos. Sometía para su análisis lo mismo un sermón de Norman Vincent Peale, consejero religioso del presidente, como un anuncio de la General Motors o un editorial del *Time*. Con tantos programas televisivos de preguntas y respuestas, tantas agencias de publicidad, y la guerra fría en pleno apogeo, en esa época un profesor de escritura creativa no necesitaba poseer las credenciales ni las doctrinas de un varón de la Iglesia para considerarse comprometido en la tarea de salvar almas.

La clase me llevaba a pensar en mí mismo como una especie de sacerdote; las inmediateces de la universidad eran para mí algo así como mi parroquia, y también, desde luego, una versión de Bloomsbury, la colectividad de los fieles, de los que observan los sacramentos de la cultura, la benevolencia, el buen gusto y la preocupación por lo social. Mi propia calle, con sus bajos edificios de apartamentos cubiertos de hollín, que tendía a ser algo sórdida hasta el año anterior, era ya un montón de escombros, arrasada por las máquinas para dar paso a un plan de reconstrucción urbana. Además, durante el año en que estuve lejos de aquel barrio se había registrado un grave e indiscriminado aumento de la violencia nocturna. A pesar de todo, aún no había pasado una hora de mi regreso y ya me sentía tan cómodo y a gusto como cualquiera cuya familia hubiese residido en la misma pequeña población durante generaciones. Al mismo tiempo, no olvidaba en ningún momento que no era en semejante paraíso de verdaderos iniciados donde yo había nacido y me había criado. Y aunque tuviese que vivir en Hyde Park los siguientes cincuenta años —¿y por qué habría de querer vivir en otra parte?—, la ciudad misma, con calles cuyos nombres recordaban las llanuras y el río Wabash, con trenes llamados *Central Illinois* y un lago llamado Michigan, siempre tendría el sabor de lo lejano para alguien cuyas fantasías aventureras se habían desarrollado en una cama de enfermo en Camden, New Jersey, durante muchas y largas tardes solitarias. ¿Cómo podía yo encontrarme en Chicago? No era capaz de responder a esa pregunta, que me planteaba mientras hacía compras en el Loop, cuando estaba viendo una película en el Hyde Park Theatre, o simplemente cuando estaba abriendo una lata de sardinas para el almuerzo en mi apartamento de la calle Drexel. Supongo que mi sentimiento de fascinación y mi júbilo eran bastante semejantes a los de mis padres cada vez que me dirigían aquellas maravillosas cartas a la dirección de la Asociación de Profesores: ¿cómo podía ser profesor él, él que apenas podía

respirar por la bronquitis?

Todo esto era para explicar por qué no me obligué a ir a aquella clínica para el estudio de las enfermedades psicosomáticas ni a ofrecer mi osamenta y mi subconsciente para la investigación. Me sentía demasiado feliz. Todo lo que formaba parte de mi crecimiento como individuo me parecía algo placentero. Quería independencia y autoridad, sin duda, pero en no menor medida anhelaba refinar y fortalecer mi personalidad moral, ser magnánimo cuando antes había sido egoísta y porfiado, ser capaz de perdonar cuando antes había mostrado rencor, ser paciente cuando antes había sido impetuoso, ser generoso y servicial cuando antes había sido exigente... Me parecía tan natural, a los veinticuatro años, ser solícito con mis padres de sesenta como mostrarme firme y dueño de la situación ante mis estudiantes de dieciocho y diecinueve años. Algunas de las chicas que asistían a mis clases eran tan guapas y deseables como la alumna de tercer curso de la Universidad de Pembroke con quien acababa de romper una relación amorosa. Pero ante ellas me comportaba como se esperaba que lo hiciera. No es necesario señalar que como profesor no debía permitirme ningún interés sexual, ni aprovechar mi autoridad para satisfacer mis instintos naturales. Ninguna dificultad que encarase quedaba, aparentemente, fuera de mis posibilidades de salir victorioso, ya se tratara de una relación amorosa, de la enseñanza de los principios de la lógica a mis alumnos más tontos, o de ponerme en pie, con la boca reseca, para dirigirme al consejo universitario o, en definitiva, de reescribir cuatro veces uno de mis cuentos hasta que me quedase «bien» ... ¿Cómo ponerme en manos de un psicoanalista, como un « caso » clínico? Todos los aspectos de mi vida, con la excepción de las jaquecas, eran un argumento poderoso contra tal paso, y mucho más aún para alguien como yo, para quien era tan importante no volver a ser nunca clasificado como paciente. Además, inmediatamente después de mis dolores de cabeza, experimentaba una sensación de júbilo tan intensa, sólo por la *ausencia* del dolor, que casi llegaba a convencerme de que, fuera lo que fuese lo que me había infligido semejante dosis de sufrimiento, había quedado desalojado para siempre de mi cuerpo, que el poderoso enemigo (sí, ésta era una interpretación más floja, o bien una superstición), que había descargado aquella violencia sobre mí, que me había degradado hasta el colmo de mi resistencia, habría demostrado ser, a fin de cuentas, incapaz de destruirme. Cuanto peor era el dolor de cabeza, más seguro estaba, cuando pasaba, de haber vencido el mal de una vez por todas. *Y por ello era un hombre mejor.* Y... no, no me pintaba el cuerpo de azul en aquella época, como, por otra parte, no creía en ángeles, demonios ni deidades. A menudo sufría vómitos durante las jaquecas, y luego, sin atreverme a hacer el menor movimiento por temor de que se me quebrase algo dentro del cuerpo, me quedaba tumbado en el suelo del cuarto de baño con el mentón apoyado sobre el borde del inodoro, contemplándome en un espejo de mano, en una parodia, tal

vez, de Narciso. Quería ver qué aspecto tenía después de haber sufrido así y sobrevivido. En aquel estado de debilidad y euforia no me hubiera asustado — más aún, me hubiera enardecido— ver efluvios negros, como si fuese humo de cañones, saliéndome de las orejas y de la nariz. Entonces me miraba a mis propios ojos, tranquilizándolos como si fueran los de otro:

—Ya está, se acabó, no más dolor.

Pero, de hecho, habría mucho más dolor; el experimento que todavía no ha terminado apenas estaba en sus comienzos.

Sucedió durante el segundo semestre de ese año fatídico: no sirve otra expresión, y si suena a culebrón, no es intencionado. Me preguntaron si querría hacerme cargo, además de mis cursos regulares, de uno nocturno de « escritura creativa » en el anexo de la universidad situado en el centro de la ciudad; sería una clase semanal de tres horas consecutivas los lunes por la noche, con un salario de doscientos cincuenta dólares por semestre. Vi esto como si me hubiese tocado la lotería, ya que representaba el precio de mi pasaje de ida y vuelta en el *Rotterdam*. En cuanto a mis estudiantes, apenas conocían las reglas de la sintaxis y la ortografía y por lo tanto eran, como pude descubrir, casi totalmente incapaces de llegar a comprender algo de la lección magistral que, con mi prolijidad característica, había preparado durante una semana para pronunciar durante nuestra primera clase. Titulada « Estrategia e intenciones de la ficción », estaba llena de largas y (eso creía yo) excelentes citas de la *Poética* de Aristóteles, la correspondencia de Flaubert, los diarios de Dostoievski y los prólogos críticos de James. Yo sólo citaba a los maestros, sólo señalaba los monumentos: *Moby Dick*, *Anna Karenina*, *Crimen y castigo*, *Los embajadores*, *Madame Bovary*, *Retrato del artista adolescente*, *El sonido y la furia*. « Lo que considero el logro más elevado y más difícil del arte no es que nos haga reír o llorar, o que despierte nuestra lujuria o nuestra ira, sino que haga lo que hace la naturaleza, es decir, que nos llene de asombro. Las obras más bellas tienen esta cualidad. Tienen un aspecto sereno, incomprensible... *implacable* ». Flaubert, cité en una carta de Louise Coolet, 1853, en el mejor estilo erudito y responsable, y expliqué que era el año en que estaba escribiendo *Madame Bovary*. « El edificio de la ficción tiene, en pocas palabras, no una ventana, sino un millón de ellas... cada una de ellas se abre, o se deja abrir, gracias a las aspiraciones de la visión individual y a la insistencia de la voluntad individual... »: James, prólogo al *Retrato de una dama*. Terminé mi lección con la lectura de un largo fragmento de la edificante introducción de Conrad a *El negro del Narciso* (1897): « ... el artista baja a su interior, y en esa solitaria región de esfuerzo y de lucha, si se lo merece y tiene suerte, encuentra los términos de su apelación al lector. Esta apelación se dirige a nuestras facultades menos obvias: a esa parte de nuestra naturaleza que,

debido a lo conflictivo de la existencia, se mantiene necesariamente oculta a la vista, bajo las cualidades más resistentes y más sólidas, como un cuerpo frágil bajo una armadura de acero. Esta apelación es poco estridente, muy profunda, poco discernible, muy conmovedora... y se olvida pronto. Pero, aun así, su efecto perdura. La sabiduría cambiante de las sucesivas generaciones desecha ideas, cuestiona hechos, destruye teorías. El artista, en cambio, apela a esa parte de nuestro ser que no depende de la sabiduría, a aquello que es un don en nosotros y no una adquisición y, por lo tanto, mucho más perdurable. Habla a nuestra capacidad de deleitarnos y maravillarnos, al sentido de misterio que envuelve nuestras vidas, a nuestro sentido de la compasión, y de la belleza, y del dolor, al sentido latente de fraternidad ante la creación, a la sutil pero invencible convicción de que existen lazos de solidaridad que unen a innumerables corazones solitarios, la solidaridad en los ensueños, en el júbilo, en el pesar, en las aspiraciones, en las ilusiones, en la esperanza, en el temor que une a toda la humanidad, a los muertos con los vivos, y a los vivos con los que aún no han nacido...».

Cuando terminé de leer mis veinticinco páginas y pedí que los presentes formularan preguntas, para mi sorpresa y desilusión, hubo sólo una. Como quien tenía la mano levantada era la única persona negra de la clase, me pregunté si, después de todo lo que yo había expuesto, aquella mujer iba a decirme que se sentía ofendida por el título de la novela de Conrad. Estaba preparando ya una explicación que quizá transformase su susceptibilidad en una discusión sobre la franqueza en la ficción, la ficción como lo secreto y los tabúes sacados a la luz del día, cuando, en una actitud de firme y respetuosa deferencia, se puso en pie, una mujer delgada y de mediana edad que llevaba un traje negro y un pequeño sombrero cilíndrico, y me preguntó:

—Profesor, sé que cuando se escribe una carta amistosa a un joven se debe poner en el sobre « Señor» . ¿Qué pasa si uno escribe una carta amistosa a una chica? ¿Qué hay que poner? ¿« Señorita» ?

La clase, después de dos horas de soportar tantas palabras que seguramente ninguno de ellos había oído nunca fuera de la iglesia, aprovechó la ocasión ofrecida por aquella pregunta en apariencia absurda para reír ruidosamente. La mujer como el chaval que al acabar la conferencia sobre decoro y disciplina de la directora se tira un pedo. La hilaridad se dirigió *intencionadamente* a la estudiante, no al profesor. A pesar de ello, me puse rojo de vergüenza y seguí sonrojado unos instantes mientras la señora Corbett, obstinada e imperturbable ante el regocijo de la clase, aguardaba para obtener el conocimiento que había venido a buscar en mi curso.

Lydia Ketterer resultó ser, con diferencia, la alumna más dotada de la clase, y, aunque era mayor que yo, era la más joven de mis alumnos, aunque no tan joven como aparentaba ser en pleno invierno melancólico en Chicago, vestida

con botas de goma y calcetines, falda escocesa, jersey escandinavo, gorro de lana de color rojo con pompón y el cabello color trigo cayéndole lacio a los lados de la cara. Vestida para la nieve y el frío, parecía, entre todos aquellos rostros cansados de alumnos de escuela nocturna, una alumna de instituto, cuando en realidad tenía veintinueve años y era madre de una niña de diez cuyos incipientes senos eran más atractivos que los suyos propios. Vivía cerca de Hyde Park, pues cuatro años antes se había mudado a las inmediaciones de la universidad tras una crisis nerviosa, con la esperanza de que cambiara su suerte. Y, de hecho, cuando nos encontramos en mi curso estaba viviendo los meses seguramente más dichosos de su vida. Tenía un empleo que le gustaba, como entrevistadora en un programa de investigaciones sociales patrocinado por la universidad, por el cual le pagaban dos dólares por hora, y unos cuantos amigos entre los estudiantes graduados que trabajaban en el programa, además de una pequeña cuenta en el banco y un apartamento agradable, con chimenea, desde el cual podía ver, detrás del Midway, las fachadas góticas de la universidad. Además, en aquella época era la dócil y agradecida paciente de una psicoanalista profana, una mujer llamada Rutherford. Para ella se acicalaba con las prendas de vestir más infantiles que yo había visto desde mi paso por la escuela elemental, con mangas abullonadas y enaguas almidonadas, prendas que llevaba todos los sábados por la mañana en sus visitas al consultorio de Hyde Park Boulevard. Los cuentos que escribía estaban inspirados, en su mayor parte, en los recuerdos infantiles que proporcionaba a la doctora Rutherford durante las sesiones, y se referían casi todos a la época posterior al episodio de la violación y huida paterna, cuando ella y su madre fueron acogidas como invitadas (su madre como invitada, Lydia como Cenicienta) por las dos tías en su virginal casa-prisión de Skokie.

Era la acumulación de pequeños detalles lo que daba tanta calidad a los cuentos de Lydia. Registraba con meticulosa prolijidad las costumbres y actitudes de sus tías, como si cada detalle arrojase un pequeño guijarro hacia atrás y hacia su pasado contra las dos menudas torturadoras de rostro marchito. Los relatos revelaban que el tema predilecto en aquella casa era, por extraño que parezca, « el cuerpo » . « Evidentemente, el cuerpo no necesita tal cantidad de leche en un tazón de cereales, cariño » . « El cuerpo soporta cierta cantidad de abusos, y luego se *rebela* » . Y así sucesivamente. Por desgracia, los pequeños detalles, observados con precisión y enumerados con objetividad, no interesaban mucho a la clase, salvo cuando el detalle era « simbólico » o sensorial. Los que más detestaban los cuentos de Lydia eran Agniashvily, un emigrante ruso de mediana edad que escribía « Clásicos originales del género libertino » (en el ruso de Georgia, que su hijastro, de oficio restaurador, traducía al inglés para su lectura en el curso) que apuntaban al mercado de revistas tipo *Playboy*; Todd, un policía que no podía escribir doscientas palabras sin que algo corriera por la alcantarilla —sangre, orina, el modesto almuerzo del sargento Darling— y que era

aficionado, como no lo era yo, a los desenlaces al estilo O. Henry, y por ello chocábamos; la negra señora Corbett, empleada de archivos de la compañía de seguros Prudential por la mañana, y por la noche autora de patéticas y transparentes fantasías sobre un perro ovejero que correteaba todo el día por una granja cubierta de nieve de Minnesota; Shaw, un «experiodista» con preferencia por los adjetivos que siempre nos citaba algo que «Max». Perkins le había dicho a «Tom». Wolfe, al parecer en presencia de Shaw, y un melindroso enfermero llamado Wertz, que desde su asiento de la última fila mantenía con su profesor una relación de las denominadas de «amor-odio». Las admiradoras más fervientes de Lydia; aparte de mí mismo, eran dos «señoras»: una de ellas, propietaria de una librería de textos religiosos en Highland Park, tendía a magnificar las moralejas que podrían extraerse de las historias de Lydia, y la otra, la señora Slater, era un angulosa e interesante ama de casa de Flossmoor que para mis clases se ponía trajes de mezclilla de tonos verdosos y escribía cuentos «agridulces» que, por lo general, terminaban con dos personajes que se tocaban «sin querer». Las estupendas piernas de la señora Slater estaban casi siempre directamente debajo de mi nariz, cruzándose y descruzándose con un ruido susurrante de nailon que yo alcanzaba a percibir a pesar del entusiasmo de mi propia voz. Los ojos de la señora Slater eran grises y elocuentes: «Tengo cuarenta años, y lo único que hago es ir al supermercado y traer y llevar a mis hijos de un lado a otro. Vivo para esta clase. Vivo pensando en nuestras citas de tutoría. Tócame, queriendo o sin querer. No diré que no ni se lo contaré a mi marido».

En total eran dieciocho, y con la excepción de la librera religiosa, no había nadie capaz de fumar menos de un paquete de cigarrillos por noche. Escribían en el dorso de formularios usados y en papel de oficina, escribían con lápiz y con bolígrafos de color, y olvidaban numerar las páginas y ponerlas en orden correlativo, aunque esto último, debo decirlo, con menor frecuencia de lo que yo había temido. A menudo la primera página de un cuento presentaba manchas de comida, o bien varias estaban pegadas entre sí, como en el caso de la señora Slater, con el engrudo derramado por alguno de sus hijos; en el caso del señor Wertz, el enfermero, con lo que yo suponía que era semen derramado por él mismo.

Cuando la clase entraba en un debate acerca de si un cuento era «universal» en sus implicaciones, o sobre si un personaje era «agradable», generalmente no había forma, como no fuera recurriendo a los gases lacrimógenos, de sacarlos del tema durante el resto de la noche. Juzgaban a las personas que aparecían en la ficción de otros no como si cada personaje fuese una serie de atributos (bigote, cojera, acento del Sur) a los cuales el autor hubiese asignado arbitrariamente un nombre de pila, sino como si estuvieran hablando sobre almas humanas al borde de caer en el infierno o de ser santificadas, según lo que decidiera la clase. El

más vociferante de ellos era quien tenía peor gusto y menos interés en lo conocido y familiar, y mi admiración por los cuentos de Lydia solía ponerle fuera de sí; cuando yo leía en voz alta, invariablemente presentaba las creaciones de *alguien* como un modelo que podrían seguir; por ejemplo, la sencilla descripción de Lydia del modo en que sus dos tías disponían sobre un pañito bordado en el dormitorio de cada una su cepillo, su peine, sus horquillas, su cepillo de dientes, su jabonera y un bote de polvos dentífricos. Otras veces leía algún pasaje como el que sigue: «Mientras escuchaba al padre Coughlin razonar con los veinte mil cristianos reunidos en el estadio Briggs, mi tía Helda se aclaraba la garganta sin cesar, como si ella fuera a ser la siguiente en hablar». Estas oraciones no eran, sin duda, tan ricas y flexibles como para justificar esa especie de exégesis prolongada y elogiosa que yo siempre les dedicaba, pero en comparación con gran parte de la prosa que debí leer ese semestre, la línea de la señora Ketterer donde describía a su tía Helda oyendo la radio en la década de los cuarenta podría haber sido extraída de *Mansfield Park*.

Tenía ganas de poner un letrero sobre mi escritorio que dijera: «TODO AQUEL QUE SEA SORPRENDIDO USANDO SU IMAGINACIÓN EN ESTE CURSO SERÁ PASADO POR LAS ARMAS». Eso mismo era lo que quería decir, pero en términos más suaves, cuando los sermoneaba como un padre:

—No pueden ustedes escribir fantasías y llamarlo «literatura». Basen sus cuentos en la propia experiencia. Aténganse a eso. Por el contrario, algunos de ustedes tienden a tejer ensueños baratos, o a la pesadilla, a lo grandioso y a lo romántico... y nada de eso es bueno. Traten de escribir con precisión, exactitud, mesura.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dice de Tom Wolfe? —me preguntaba el lírico experiodista Shaw—. ¿Llamaría a eso medido, Zuckerman? —No se podía esperar que llamase «profesor» o «señor» a alguien a quien le doblaba la edad —. ¿Y qué me dice de la prosa poética, también está contra ella?

En otras ocasiones, Agniashvily, con la jerga con acento ruso que brotaba de su torso de barril, me humillaba invocando a Spillane.

—¿Y cómo es que Spillane vende diez millones de ejemplares, profesor?

O, por fin, la señora Slater me preguntaba, *tête a tête* y rozando mi brazo sin querer:

—Pero usted lleva una chaqueta de mezclilla, señor Zuckerman. Por qué es «un amor» ... no comprendo... si Craig en mi cuento lleva...

Ya no podía escuchar más.

—Y la pipa, señora Slater. Dígame, ¿por qué cree usted que debe tenerlo constantemente echando bocanadas de humo por esa pipa?

—Pero los hombres *fuman* en pipa...

—Todo es «un amor», señora Slater. Demasiado «amor».

—Pero...

—Vamos, señora Slater, escriba un cuento sobre sus compras en Carson's.
¡Hable de la tarde que pasó comprando en Saks!

—¿Sí?

—¡Sí, sí, sí!

La verdad es que cuando se trata de grandilocuencia y sentimentalismo o de cualquier manifestación de romanticismo empeñado en inflar el ego, no tenía escrúpulos en darles a probar la lengua afilada de un Zuckerman. Eran las únicas ocasiones en que perdía los estribos, y no hace falta que aclare que perderlos era siempre algo calculado, planeado, escrupulosamente elaborado.

Por cierto, el psiquiatra del ejército había señalado que la *furia contenida* era la causa de mis jaquecas. Me había preguntado si había querido más a mi padre que a mi madre, cómo reaccionaba ante las alturas y las multitudes, y qué pensaba hacer cuando volviera a la vida civil, y después de oír mis respuestas llegó a la conclusión de que yo era un volcán de *furia contenida*. Él era otro escritor en ciernes, aunque llevase uniforme y tuviese el rango de capitán.

Amigos míos (mi único enemigo real ha muerto ya, aunque tengo bastantes censores), amigos míos, yo me ganaba esos doscientos cincuenta dólares enseñando «escritura creativa» en cursos nocturnos, y me ganaba cada dólar. Porque, sea lo que sea lo que el hecho pueda o no pueda «significar», ni una vez durante ese semestre sufrí una jaqueca en lunes. Aunque en ocasiones casi las deseaba, cuando en el programa del día figuraba un cuento de tipos duros del policía Todd, o bien uno agrisado de la señora Slater... No, para ser franco, me parecía una especie de bendición que las migrañas coincidiesen, a veces, durante el fin de semana, cuando no tenía obligaciones. Mis superiores de la universidad y de la facultad se mostraban comprensivos y me aseguraban que no perdería mi puesto por el hecho de estar «enfermo de vez en cuando», y hasta cierto punto les creía. No obstante, estar incapacitado un sábado o un domingo era para mí mucho menos agotador espiritualmente que tener que pedir indulgencia a mis colegas o a mis alumnos.

La armónica, juvenil, bien torneada, escandinava cabeza de Lydia y —por extraño que parezca a muchos— el exotismo del tétrico ambiente de pequeño pueblo protestante sobre el que escribía y al que había logrado sobrevivir íntegra, provocaban en mí una especie de curiosidad erótica. Pero, fueran cuales fuesen mis sentimientos, se veían contrarrestados con firmeza por mi certidumbre de que llevar a mi cama a una estudiante sería traicionar mi vocación y dañar el respeto que me tenía a mí mismo. Como ya he dicho, suprimir deseos y sentimientos ajenos a los propósitos que nos habían puesto en contacto era, a mi juicio, esencial para el éxito del intercambio —creo que así lo llamaba entonces—, un intercambio pedagógico que permitía a cada uno de nosotros mostrarse tan maestro o tan alumno como su capacidad se lo permitiese, sin malgastar tiempo ni espíritu mostrándose provocativos, encantadores, falsos, susceptibles, celosos o

maquinadores. Todo eso quedaba para el mundo exterior. Mi experiencia me dictaba que sólo en el aula era posible aproximarse unos a otros con la intensidad que de ordinario se asocia con el amor, y a la vez limpios de extremismos emotivos y libres de objetivos inconfesables como el propio provecho o el poder. Sin duda, en más de una ocasión mi clase nocturna era tan desconcertante como un tribunal kafkiano, y mis clases de escritura creativa tan fatigosas como el trabajo en la cadena de montaje de una fábrica, pero era indiscutible que, en el fondo, nuestro esfuerzo se caracterizaba por la modestia y la confianza recíproca, y que lo llevábamos tan ingenuamente como la dignidad permitía. Ya fuese porque ello respondía a la grave e ingenua pregunta de la señora Corbett sobre cómo dirigir una carta a una niña, o bien a mi no menos grave e ingenua clase magistral, lo que Lydia y yo nos decíamos nunca se pronunciaba en nombre de nada que fuera vil o mundano. A los veinticuatro años, disfrazado de hombre con mi camisa blanca y mi corbata, y con restos de tiza en los faldones de mi gastada chaqueta de mezclilla, esto era para mí una verdad que debía considerarse evidente por sí misma. ¡Ah, cuánto anhelaba un alma pura e inocente!

En el caso de Lydia, mi discreción profesional se veía hasta cierto punto reforzada —o al menos así tendría que haber sido— por su bamboleante y masculina manera de caminar. La primera vez que la vi entrar en el aula llegué a preguntarme si sería gimnasta o acróbata, o si pertenecía a alguna asociación femenina de atletismo. Pensé inmediatamente en las fotografías de las revistas populares que muestran vigorosas atletas de ojos azules que han ganado medallas olímpicas para la Unión Soviética. A pesar de ello, sus hombros eran patéticamente frágiles, como los de un niño, y su piel pálida era casi luminosamente suave. Sólo de cintura para abajo parecía desplazarse sobre un cuerpo de mi propio sexo más que sobre uno del suyo.

Antes de un mes la había seducido, tanto contra sus deseos y principios como contra los míos. Fue un proceso bastante corriente, bastante parecido al que la señora Slater podría haber imaginado. Una entrevista a solas en mi oficina, un viaje en el tren elevado de regreso a Hyde Park, una invitación a tomar una cerveza en el bar más cercano, el paseo lleno de intenciones tácitas hasta su apartamento, mi sugerencia de que me invitase a un café en su casa... Me suplicó que pensara bien lo que iba a hacer, me lo dijo incluso al volver del cuarto de baño, donde se había colocado su diafragma; y yo ya le había quitado las bragas por segunda vez y estaba inclinado, desnudo, sobre su cuerpo menudo y poco proporcionado, preparado para poseerla. Ella estaba turbada, divertida, alarmada, perpleja.

—Hay tantas chicas guapas y jóvenes..., ¿por qué elegirme a mí si podrías haber tenido a cualquiera?

No me tomé el trabajo de responderle. Sonreí, como si fuera ella quien se

mostraba coqueta o insensata.

—Mírame, mírame bien.

—Es lo que estoy haciendo.

—¿Sí? Tengo cinco años más que tú. Tengo el pecho caído, aunque, de todos modos, nunca fue muy bonito. Fíjate, tengo estrías. Mi culo es demasiado grande. Cojeo... Mira, profesor, no tengo orgasmos. Quiero que lo sepas de antemano. Nunca he tenido un orgasmo.

Cuando, más tarde, nos sentamos a tomar café, Lydia, envuelta en una bata, dijo lo siguiente:

—Nunca sabré por qué has querido hacer esto. ¿Por qué no la señora Slater, que te lo está pidiendo a gritos? ¿Por qué habrías de querer a alguien como yo?

Evidentemente, yo no la «quería»; ni entonces ni después, nunca. Vivimos juntos casi seis años, los primeros dieciocho meses como amantes, y los cuatro años siguientes, hasta su suicidio, como marido y mujer, y durante todo ese tiempo su cuerpo nunca dejó de ser para mí tan poco apetecible como ella misma había proclamado la primera vez. Sin sentir ni un atisbo de sensualidad, la seduje esa primera noche, a la mañana siguiente, y centenares de veces a partir de entonces. En cuanto a la señora Slater, le hice el amor probablemente no más de diez veces, y nunca en otro lugar que no fuese mi imaginación.

Transcurrió otro mes antes de que conociera a Mónica, la hija de diez años de Lydia, de manera que no servirá, como en el caso del astuto bandido de Nabokov, afirmar que soporté a la madre poco atrayente para tener acceso a la seductora y seducible hija. Eso vino después. En un principio, Mónica no me atraía en absoluto, ni por su carácter ni por su físico: desgarrada, de pelo áspero, flaca, torpe, sin el menor asomo de curiosidad ni de encanto, tan ignorante que a los diez años todavía no sabía decir qué hora era. Con sus vaqueros y sus camisetas desteñidas, tenía un aspecto montañés, un vástago de la miseria y las privaciones. Era peor aún cuando se vestía para salir, con su vestido blanco y su sombrero de paja, con sus zapatos de charol con hebillas y con una Biblia y una cartera escolar (blancas también): me recordaba a las niñas cristianas que los domingos solían pasar por delante de mi casa camino de la iglesia, y hacia las cuales abrigaba emociones casi tan intensas como la aversión hacia mis propios abuelos. Secretamente, y a mi pesar, llegué casi a despreciar a esa chica estúpida y obstinada cada vez que aparecía con sus tontas galas de ir a la iglesia, y también Lydia llegó a detestarla, puesto que le recordaba las ropas que ella había tenido que ponerse todos los domingos en Skokie, antes de que sus tías Helda y Jessie la arrastraran al servicio religioso luterano. Como decía el cuento: «Le hacía a uno bien meterse una vez por semana dentro de esa ropa elegante y almidonada, y permanecer inmóvil».

Me sentía atraído por Lydia no porque sintiese pasión por Mónica —no aún—, sino porque había sufrido mucho y porque era muy valiente. No sólo que hubiese

sobrevivido, sino también aquello a lo que había sobrevivido, le aportaban una inmensa dimensión moral, la hacían bella a mis ojos. Por un lado, la austeridad puritana, la mojigatería, la insipidez, la xenofobia de las mujeres de su familia, y, por el otro, el instinto criminal de los hombres. Sin duda yo no equiparaba el haber sido violada por el propio padre con haber sido educada con la sabiduría divulgada por el principal diario de Chicago. Lo que hacía que a mí me pareciese tan valiente era que la habían sometido a toda clase de barbaridades, desde la más común hasta la más malévola; que la habían explotado, maltratado y traicionado todos y cada uno de quienes la habían cuidado, que luego había perdido la razón, y que, finalmente, había demostrado ser indestructible. Ahora vivía en un pequeño apartamento cuidadosamente amueblado a poca distancia del campanario de la torre de la universidad, esa universidad llena de los ateos, comunistas y judíos que su familia había odiado tanto, y, sentada a la mesa de la cocina de ese apartamento, todas las semanas escribía para mí diez páginas en las cuales yo creía que lograba recordar, heroicamente, todos los detalles de su brutal existencia con un estilo del todo alejado de la ira y la locura. Cuando comenté a la clase que lo que más admiraba de los cuentos de la señora Ketterer era su « control », quería decir más de lo que aquellos extraños eran capaces de suponer.

Teniendo en cuenta todo lo que yo encontraba de conmovedor en el carácter de Lydia, me resultaba incomprensible sentirme tan repelido por su cuerpo como me sentí aquella primera noche. Por mi parte, logré llegar al orgasmo, pero luego me sentí exhausto por el « esfuerzo » que ello había exigido. Mientras la acariciaba, había experimentado cierto disgusto al palpar sus partes más íntimas. Al tocar los pliegues de su entrepierna, los noté anormalmente gruesos, y cuando miré sus labios vaginales, buscando el placer de conocerla a fondo, me parecieron tan marchitos y descoloridos que me poseyó la aprensión. Llegué incluso a imaginar que estaba contemplando los órganos sexuales de una de las tías solteronas de Lydia, en lugar de los de una mujer joven y sana que aún no había cumplido treinta años. Casi cedí a la tentación de relacionarlo con el hecho de haber sido víctima del abuso sexual de su padre, pero, desde luego, esto era demasiado literario; demasiado poético como concepto para poder aceptarlo... no había tal estigma, por mucho recelo que yo experimentase.

El lector podrá imaginar, llegados a este punto, cómo podía reaccionar un joven de veinticuatro años ante tal recelo: por la mañana, sin más preámbulos, le hice un cunnilingus.

—No —me dijo—, no hagas eso, por favor.

—¿Por qué no?

Esperaba la respuesta: « Soy muy fea ahí ».

—Ya te lo he dicho: no llegaré al orgasmo. Por mucho que te esfuerces.

Como un sabio que lo ha visto todo y ha estado en todas partes, dije:

—Estás exagerando.

Los muslos de Lydia no eran tan largos como mis antebrazos (eran más bien como uno de los zapatos de la señora Slater) y sólo lograba separarlos cuando yo lo hacía con las dos manos. Pero la besé en todas aquellas partes donde era reseca, pardusca, curtida. No sentí ningún placer en ello, y al parecer tampoco Lydia sintió nada. Al menos, llegué a hacer lo que siempre había temido hacer: besarla donde más la habían violentado, como si (era tentador expresarlo de esta manera) tal acto pudiera redimirnos a ambos.

«Como si ello pudiera redimirnos a ambos»: era una idea tan pretenciosa como superficial, surgida sin duda de mis «serios estudios literarios». Mientras Emma Bovary había leído demasiadas novelas románticas de su época, al parecer yo había leído demasiada crítica literaria de la mía. Que estuviese, al «comérmela», tomando una especie de sacramento era una idea atrayente, aunque la había rechazado al comenzar mi obsesión por Lydia. De hecho, seguía resistiéndome a aceptar esas interpretaciones grandilocuentes, ya se refiriesen a mis jaquecas o a mis relaciones con Lydia. Sin embargo, tenía una marcada sensación de que mi vida se iba pareciendo cada vez más a uno de esos textos sobre los cuales los críticos literarios de la época solían verter todo su ingenio con gran placer. Yo mismo podría haber creado un trabajo bastante original sobre el tema para mi tesis premiada en la universidad: «Tentaciones cristianas de una vida judía: estudio sobre las ironías de buscar el desastre».

Así que, durante la semana, «tomaba el sacramento» con tanta frecuencia como podía vencer mi repugnancia, sintiendo a la vez vergüenza por experimentar repulsión, y sin creer ni dejar de creer en sombrías reverberaciones.

Durante los primeros meses de mi relación con Lydia seguí recibiendo cartas y, en alguna ocasión, llamadas telefónicas de Sharon Shatzky, la estudiante de tercer curso de Pembroke con quien había interrumpido un apasionado romance antes de volver a Chicago. Sharon era una chica alta, atractiva, de pelo castaño rojizo, estudiosa, alegre y vivaz, alumna destacada en literatura e hija de un próspero fabricante de cremalleras con tarjeta de socio en el club local y una casa de cien mil dólares en las afueras, un hombre que, impresionado por mis credenciales, se había mostrado muy hospitalario conmigo hasta que comencé a sufrir migrañas. Al ocurrirme esto, el señor Shatzky tuvo miedo de que su hija se encontrase un día casada con un hombre al que tendría que cuidar y mantener el resto de su vida. Sharon se enfureció ante la «falta de compasión» de su padre.

—Ve mi vida —dijo enojada— como una inversión mercantil.

La enfureció más aún que yo saliese en defensa de su padre. Le dije que su deber de padre era dejar claro a su joven hija cuáles podrían ser las consecuencias a largo plazo de una enfermedad como la mía, del mismo modo

que cuando era niña había tenido que preocuparse de que le pusiesen la vacuna contra la viruela. Su padre no quería que sufriese sin razón.

—Pero yo te quiero —dijo Sharon—. Mi «razón» es esa. Quiero estar a tu lado cuando estés enfermo, no quiero abandonarte, quiero cuidarte.

—Lo que él dice es que no sabes lo que puede implicar eso de «cuidarme».

—Y yo te digo... que *te quiero*.

Si hubiese deseado casarme con Sharon (o con su dinero) tanto como suponía su padre, no me habría mostrado tan comprensivo frente a su oposición. Pero como en aquel momento tenía poco más de veinte años, la perspectiva de casarme, aunque fuese con una chica preciosa hacia la cual sentía una atracción erótica tan intensa, no estaba dentro de mis proyectos. Antes bien, diría yo, era precisamente a causa de esa fuerte *atracción erótica* que desconfiaba de contraer un vínculo duradero. Más allá de un lazo tan indudablemente poderoso, pensaba, ¿qué había de significación, de *importancia*, entre Sharon y yo? Aunque sólo tenía tres años menos que yo, veía a Sharon como a alguien muchísimo más joven, alguien que en buena medida vivía a mi sombra, con escasas actitudes o intereses propios. Leía los libros que yo le recomendaba —devoró docenas de ellos durante el verano en que nos conocimos— y repetía entre sus amigos y sus profesores, como si fuesen de su propia cosecha, las opiniones que me había oído a mí. Tal era mi influencia sobre ella que incluso había reorientado sus estudios de ciencias políticas hacia las letras. Eso me causó satisfacción en un principio, durante la etapa paternal de mi entusiasmo por ella, pero más tarde llegué a verlo como un signo más de lo que se me antojaba un exceso de sumisión y maleabilidad por su parte.

En aquella época no se me ocurría buscar la prueba de que ella poseía carácter, inteligencia e imaginación en su generosa sexualidad, ni en el equilibrio que conseguía mantener entre una animalidad atrevida y vivaz y un temperamento tierno y complaciente. Tampoco llegué a comprender entonces que era en esa tensión de equilibrio, antes que en su sexualidad misma, donde residía su atractivo. En lugar de ello, pensaba desalentado, «Es lo único que realmente tenemos», como si un amor físico espontáneo y apasionado, mantenido a lo largo de varios años, fuera un fenómeno común.

Una noche, cuando Lydia y yo estábamos durmiendo ya en mi apartamento, Sharon llamó por teléfono para hablar conmigo. Estaba llorando, y no intentaba disimularlo. No podía soportar más la *estupidez* de mi decisión de no volver a verla. No era posible que ella tuviera que pagar por la actitud inhumana de su padre, si es que ésa era la explicación de lo que yo estaba haciendo. ¿Qué estaba haciendo, por cierto? ¿Cómo me iba? ¿Estaba bien? ¿Estaba enfermo? ¿Cómo iban mis cuentos, mis clases...? Tenía que permitirle venir a Chicago... Pero le dije que debía quedarse donde estaba. Me mantuve tranquilo y firme durante toda la conversación. No, ella no era responsable de las actitudes de nadie; sólo de su

propia conducta, que era intachable. Le recordé que no era yo quien había acusado a su padre de actuar de forma inhumana. Cuando Sharon insistió en que debía recuperar el sentido común, le dije que era ella quien debía enfrentarse a los hechos, sobre todo porque no eran tan desagradables como ella imaginaba. Era una mujer hermosa, inteligente, apasionada, y si dejaba de lamentarse de esa manera tan teatral y volvía a aceptar la vida...

—Pero, si soy todo lo que dices, ¿por qué quieres dejarme? Te aseguro que no te entiendo... ¡quiero que me lo aclares! Si soy tan ejemplar, ¿por qué *tú* no me quieres? ¡Oh, Nathan! —Sharon lloraba ahora desconsoladamente. ¿Sabes lo que creo? ¡Que a pesar de todos tus escrúpulos, tu honradez y tu raciocinio, estás loco! ¡A veces creo que a pesar de toda tu «madurez» no eres más que un niño, un niño loco!

Colgué el teléfono de la cocina y regresé a la sala de estar; Lydia estaba sentada en el sofá cama.

—Era esa chica, ¿verdad? —dijo, pero sin asomo de celos, a pesar de que yo sabía que odiaba a Sharon, aunque fuese de una forma abstracta. Quieres volver con ella, ¿verdad?

—No.

—Pero tú sabes que lamentas haber empezado esta relación conmigo. Lo sé. Y ahora no sabes cómo librarte de mí. Tienes miedo de desilusionarme, de hacerme daño, y por eso dejas pasar las semanas... pero yo no puedo soportar esta incertidumbre, Nathan, ni esta confusión. Si vas a dejarme, hazlo esta noche, ahora mismo. Échame, te lo ruego... ¡Porque no quiero que me soportes, ni que me tengas lástima, ni lo que sea que está pasando aquí! ¿Qué estás haciendo conmigo...? ¿Qué estoy haciendo yo con alguien como *tú*? ¡Llevas el éxito dibujado en la cara, en toda tu persona! Así que ¿de qué va todo esto? Sabes que preferirías dormir con esa chica a hacerlo conmigo... ¡Deja de fingir lo contrario, y vuelve con ella, hazlo!

Ahora ella lloraba con tanto desconsuelo y tanta perplejidad como Sharon. La besé, intenté consolarla. Le dije que nada era como ella decía, aunque sabía que todo lo que decía era verdad. Detestaba hacerle el amor, quería deshacerme de ella, no podía soportar la idea de hacerle daño, y después de aquella llamada telefónica quería realmente más que nunca volver con la mujer a quien Lydia llamaba «esa chica». Sin embargo, me negaba a confesar tal deseo y a actuar de acuerdo con él.

—Es atractiva, joven, judía, *rica*...

—Lydia, estás torturándote...

—Y yo soy horrible. Y no tengo *nada*.

No, si alguien era horrible era yo, añorando la dulce lascivia de Sharon, su sensualidad juguetona y audaz, lo que solía llamar su «ajuste perfecto», aquella infalible capacidad de responder con exactitud a cualquiera de nuestros gestos

eróticos; deseaba, recordaba, visualizaba todo aquello, mientras me agitaba sobre el cuerpo de Lydia, contrastándolo con sus recuerdos de infortunio físico. Lo que era «horrible» era ser tan susceptible y exigente ante las imperfecciones del cuerpo de una mujer, descubrirse adicto a las ideas hollywoodienses, tan *frías*, sobre lo que es apetecible y lo que no lo es. Lo que era «horrible», alarmante, vergonzoso, era la importancia que un hombre con mis pretensiones era capaz de dar a su lujuria.

Y había otras cosas que —sin llevarme a la extraña desolación en que me hundían lo que yo llamaba «mis reflejos sexuales primitivos»— me proporcionaban, al menos, nuevas razones para desconfiar de mí mismo. Estaban, por ejemplo, las visitas dominicales de Mónica. ¡Qué brutales eran! ¡Y cómo rechazaba mi ser lo que veía! Especialmente cuando, sintiendo plenamente haber sido objeto de una bendición, recordaba los domingos de mi propia infancia, la sucesión de visitas a lo largo del día, primero a casa de mis dos abuelas viudas, en la barriada donde habían nacido mis padres, y luego por todo Camden, a casa de media docena de tías y tíos. Durante la guerra, a causa del racionamiento de gasolina, para visitar a las abuelas teníamos que recorrer a pie siete u ocho kilómetros, lo cual da una medida bastante precisa del afecto que sentíamos por aquellas magníficas y dignas mujeres que se deslomaban trabajando. Ambas vivían en circunstancias más o menos parecidas: en pequeños apartamentos con olor a ropa recién planchada y a anticuado gas de carbón, rodeadas de una abundante colección de tapetes sobre los respaldos de los sillones, fotografías de fiestas de *bar mitzvah* y tientos con plantas, la mayoría de estas mucho más altas y vigorosas de lo que yo llegaría a ser jamás; había papel despegado en algunas zonas de la pared, linóleo gastado en los suelos, cortinas muy viejas y desteñidas... Todo ello era, no obstante, mi mundo de riqueza oriental, y yo, el pequeño sultán de las abuelas; incluso más: un sultán de salud precaria y cuya necesidad de golosinas y salsas era mucho mayor de lo habitual. ¡Ah, cómo me reconfortaban y me alimentaban con aquellos pechos de lavanderas a modo de almohada y aquellos mullidos regazos de abuela como trono!

Por supuesto, cuando estaba enfermo o hacía mal tiempo tenía que quedarme en casa, al cuidado de mi hermana, mientras mis padres, protegidos con sus zapatos de goma y sus paraguas, hacían solos su safari de visitas devocionales. Pero tampoco eso era desagradable, porque Sonia me leía en voz alta, con exagerados ademanes de diva, pasajes de un libro titulado *Doscientos argumentos de óperas*. De vez en cuando cantaba algún aria. «La acción se desarrolla en la India —leía—, y comienza en el templo sagrado del sacerdote hindú Nilakantha, que siente un odio inveterado hacia los ingleses. Durante su ausencia, llega un grupo de oficiales y damas inglesas, que entran por curiosidad en el hermoso jardín y se quedan fascinados por él. Luego todos se van, menos un oficial,

Gerald, quien, desoyendo la advertencia de su amigo Frederick, se queda para dibujar un boceto. Entonces aparece la bella hija del sacerdote, Lakmé, que llega por el río...». La expresión «que llega por el río», la ortografía de *hindoo* en el libro de Sunny, con dos o que parecían dos ojos atónitos, esencia de todo lo que yo consideraba misterioso, atraía poderosamente la imaginación del niño impedido que yo era, lo mismo que su entusiasta representación para un auditorio compuesto por una sola persona... «... Lakmé es llevada por su padre, ambos disfrazados de mendigos, al mercado de la ciudad. Obliga a Lakmé a cantar, esperando con ello atraer la atención de su amante, que seguramente se encuentra en el grupo de ingleses que están haciendo sus compras en el mercado». (A día de hoy, apenas me he recobrado del efecto que ejercía sobre mí la palabra *bazaar*, con esas dos a que la alargan como un suspiro). Allí, Sunny cantaba el «Aria de las campanas» de *La fille du pariah* imitando el acento francés de Bresslenstein, la balada de la hija del paria que, en la selva, salva a un extranjero de las fieras salvajes mediante el encantamiento de una campana mágica. Después de luchar con la difícilísima aria, mi hermana, sofocada y sin aliento por el esfuerzo, vuelve a la lectura altamente dramática del argumento. «Y el astuto plan tiene éxito, porque Gerald reconoce inmediatamente la maravillosa voz de la bella doncella hindú...», y es apuñalado por la espalda por el padre de Lakmé. Y ella lo cuida hasta que se repone «en la magnífica selva». Sólo que allí el hombre recuerda, cargado de remordimiento, a la hermosa joven inglesa que es su prometida, así que decide abandonar a mi hermana, que se suicida con hierbas venenosas, cuyos «zumos mortales bebe». Me costaba decidir a quién odiaba más, a Gerald, con sus remordimientos por «la hermosa joven inglesa», o bien al loco padre de Lakmé, que no quería que su hija amara a un hombre blanco. Si hubiese estado «en la India» en lugar de en mi casa en un domingo lluvioso, y si hubiese pesado algo más que treinta kilos, creo que podría haberla salvado de los dos.

Más tarde, en la puerta de atrás, mis padres se sacuden el agua como dos perros... nuestros fieles dálmatas, nuestros abnegados san bernardos. Dejan los paraguas abiertos dentro de la bañera para que se sequen. Me han traído —desde una distancia de cinco kilómetros, y con tormenta, y en plena guerra— un bote de col rellena de mi abuela Zuckerman y una caja de zapatos llena del *strudel* de mi abuela Ackerman: alimento para el hambriento Nathan, para enriquecer su sangre y devolverle la salud y la felicidad. Más tarde, mi exhibicionista hermana se situará exactamente en el centro de la alfombra de la sala, sobre el medallón «oriental», para practicar sus escalas, mientras mi padre lee las noticias en el diario dominical y mi madre me toma la temperatura con los labios, de manera que la lectura, llevada a cabo cada hora, termina siempre con un beso. Y yo, todo el tiempo, tumbado lánguidamente en el sofá, como una odalisca de Ingres. ¿Ha habido alguna vez algo mejor desde que se instituyó el día de descanso?

Cómo vuelven esos rituales de amor de mi pasado (¡nada de nostalgia!), en todos sus nostálgicos y lacerantes detalles, cuando contemplo el desarrollo de otro horrible domingo Ketterer. Tan ortodoxos como habíamos sido nosotros en la ejecución de las ceremonias del afecto familiar eran los Ketterer en la perpetuación de su árida y melancólica falta de amor. Ser testigo de la repetición del ciclo de desastre era tan escalofriante como ver una ejecución en la silla eléctrica... Sí, una electrocución lenta, el holocausto de la vida de Mónica Ketterer, eso era lo que parecía desarrollarse ante mis propios ojos un domingo tras otro. Aquella niña estúpida, rota, analfabeta, no distinguía su mano derecha de la izquierda, no sabía decir la hora, ni siquiera sabía leer las palabras de un cartel o de una caja de cereales sin que alguien la ayudara a salvar cada sílaba como si fuera una montaña. Mónica. Lydia. Ketterer. Yo pensaba «¿Qué estoy haciendo con estas personas?» , y al pensarlo no veía otra opción que quedarme con ellas.

Los domingos, Mónica era depositada en la puerta por Eugene Ketterer, hombre tan repelente como el lector que ya haya captado el tono de mi relato pueda imaginar. Otro clavo en el ataúd de Nathan. Si al menos Lydia hubiese exagerado, podría haberle dicho, como a veces es posible decir a un divorciado acerca de su excónyuge: «Vamos, vamos, no será tan malo...» . Si al menos hubiese podido decirle en tono de broma: «Fíjate, incluso me cae bien...» . Pero no, lo odiaba.

La única sorpresa fue descubrir que era más feo que lo que las palabras de Lydia sugerían. Como si su carácter no bastara. Mala dentadura, nariz rota, pelo endurecido por la brillantina para ir a la iglesia, y su forma de vestir, de palurdo de ciudad... ¿Cómo era posible que una mujer bonita, refinada e inteligente se hubiese casado con un individuo como aquél? La respuesta era muy simple: Era el único que se lo había pedido. Era el caballero medieval que había rescatado a Lydia de la casa-prisión de Skokie.

Para el lector que no haya «captado el tono» pero que empiece a parecerle imposible postergar su incredulidad respecto a un protagonista que deliberadamente mantiene una relación con una mujer sin atractivo alguno y además abrumada por las calamidades, debo aclarar en este punto que, en retrospectiva, a mí mismo me parece casi imposible de creer. ¿Por qué habría un joven de otro modo razonable, previsor, alerta, sensato e interesado en su propio bienestar, un hombre meticuloso y cuidadoso en los aspectos cotidianos de la vida, y un modelo de buena administración en cuanto a sus dotes, por qué habría seguido, en ese encuentro a todas luces oneroso, un curso de acción tan *desafiantemente* contrario a sus intereses? ¿Por el desafío mismo? ¿Eso les convence a *ustedes*? Sin duda algún instinto —de autoprotección, de conservación, algo así como el sentido común, el instinto animal, o un sistema biológico básico de alarma— tendría que haberle advertido de las inevitables

consecuencias de sus actos, de la misma manera que un vaso de agua fría arrojado a la cara del sonámbulo más empedernido lo salva de saltar por la ventana y de las avenidas desiertas. En vano busco algo que se asemeje a un verdadero sentido de misión religiosa —el que lleva a los misioneros a convertir salvajes o a cuidar leprosos—, o algo que señale una anomalía psicológica tan pronunciada como para explicar mi absurda conducta. Para ofrecer algún tipo de explicación, el autor subraya el «atractivo moral» de Lydia y desarrolla, tal vez con más detenimiento que amenidad, la idea de la «seriedad» de Zuckerman, llegando al extremo de describir en el subtítulo dicha seriedad como una especie de fenómeno social. Pero, para ser sinceros, ni siquiera al autor mismo le parece que tan sugerente subtítulo pueda dar respuesta a la objeción de implausibilidad, del mismo modo que al joven Zuckerman no le parecía que las vanidosas interpretaciones de sus jaquecas estuviesen en consonancia con el dolor mismo. E introducir términos como «enigmático» y «misterioso» en estas consideraciones va no sólo contra mi naturaleza, sino que además no ayuda a que los hechos resulten menos inconcebibles.

Seguro que habría sido de cierta utilidad haber mencionado, aunque fuese de pasada, los agradables paseos que Nathan y Lydia solían dar los sábados por la orilla del lago, sus comidas campestres, sus paseos en bicicleta, sus visitas al zoológico, al acuario, al Art Institute, al teatro cuando el Old Vic y Marcel Marceau estuvieron en la ciudad. Podría escribir sobre la amistad que trabaron con otras parejas de la universidad, de las reuniones de estudiantes graduados a las cuales solían acudir los fines de semana, de las conferencias de célebres poetas y críticos a las que asistían en Mandel Hall, de las veladas que pasaban leyendo juntos frente a la chimenea, en el apartamento de Lydia. Pero, en realidad, invocar esos recuerdos para que la relación resulte más creíble sería engañar al lector con respecto al tipo de hombre que era Nathan Zuckerman. Los placeres y comodidades de la vida social al uso no tenían importancia para él: opinaba que no tenían *contenido moral*. No se había casado con Lydia porque a los dos les gustara comer en los chinos de la calle Setenta y tres, ni siquiera porque ambos admiraran los cuentos cortos de Chéjov. Por esas razones, podría haberse casado con Sharon Shatzky, y por muchas otras. Por increíble que les parezca a algunos (y yo estoy entre ellos), fue *precisamente* la situación de «constante calamidad» la que abogó con mayor éxito por la causa de Lydia antes que todas las comidas íntimas, las caminatas, las visitas al museo y las agradables charlas junto al fuego en las que él corregía sus gustos en materia literaria.

Al lector que «cree» en el dilema de Zuckerman tal como yo lo describo, pero que a la vez duda en tomar a semejante personaje con la misma seriedad que yo, debo señalarle que yo mismo estoy tentado de reírme de él. Encarar esta narración como una especie de comedia no requería más que un ligero cambio

en el tono y la actitud. En el departamento de graduados, para un curso que se llamó «Shakespeare avanzado», escribí una vez un trabajo sobre *Otelo* en el cual proponía este mismo cambio de énfasis. Imaginaba, de forma detallada, varias versiones descabelladas, incluso una en la que Otelo y Yago se trataban el uno al otro como «Señor Interlocutor» y «Señor Huesos», y otra, algo más extrema, en la que la situación racial estaba totalmente invertida, con Otelo representado por un hombre blanco y el resto del reparto integrado por negros, con lo cual se arrojaba una luz distinta (ésa era mi conclusión) sobre la «malignidad inmotivada».

En la historia que nos ocupa, yo diría que (sobre todo desde el punto de vista de nuestra década) hay mucho que ridiculizar en la veneración del sufrimiento y del dominio de uno mismo, y en la supresión del hombre sexual. No requiere mucho ingenio por mi parte convertir a nuestro protagonista en un esnob insufrible de quien sólo cabe reírse, en un personaje de farsa. Y si no lo es el protagonista, podría serlo el narrador. Para algunos, lo más cómico de todo, o tal vez lo más extraño, no sea quizá mi comportamiento de entonces, sino la forma literaria que he elegido para narrar mi historia hoy: el decoro, el orden, la elemental sobriedad, ese estilo «responsable» que sigo adoptando. La verdad es que los estilos literarios han cambiado de manera radical desde que sucedió todo esto, hace diez años, a mediados de la década de los cincuenta, pero yo mismo no soy, ni mucho menos, lo que era ni lo que quería ser. No soy ya un miembro acreditado de esa comunidad de probada decencia y espíritu humanitario llamada «universidad», y tampoco soy el hijo a quien mis padres, orgullosos, solían dirigirse por correo bajo el título de «profesor». En virtud de mis propios criterios, mi vida privada es un fracaso y una vergüenza, nada decorosa, ni sobria, ni siquiera «responsable». O al menos eso me parece a mí. Me avergüenzo de mí mismo: creo que soy un personaje vergonzoso. No puedo imaginarme recobrando el valor necesario para volver alguna vez a vivir en Chicago ni en ningún otro lugar de Estados Unidos.

Actualmente, nosotros vivimos en una de las principales ciudades italianas. «Nosotros» somos yo mismo y Mónica, o Moonie, como en cierto momento pasé a llamarla cuando estábamos a solas. Los dos hemos estado juntos y solos hasta ahora, desde que Lydia se abrió las venas con el extremo metálico de un abrelatas y murió desangrada en la bañera de nuestro apartamento de la planta baja de una casa de Woodlawn, donde los tres vivíamos como una familia. Cuando murió, Lydia tenía treinta y cinco años, yo apenas treinta, y Moonie, dieciséis. Después del segundo divorcio de Ketterer, yo había iniciado, en nombre de Lydia, los trámites judiciales para obtener nuevamente la custodia de su hija... y gané. ¿Cómo podía perder? Era un profesor respetable y un escritor prometedor, cuyos cuentos aparecían en las revistas trimestrales serias. Ketterer maltrataba a sus mujeres. Así fue como Moonie vino a vivir con nosotros en

Hyde Park, y cómo Lydia llegó a sufrir su tormento final. De hecho, no podría haber estado más excluida de la vida de sus tías en Skokie, ni más relegada a la posición de Cenicienta privada de cariño, de lo que llegó a sentirse por lo que sucedió entre Moonie y yo, algo que durante años constituyó mi único anhelo sexual. Lydia solía despertarme en plena noche dándome puñetazos en el pecho. Y nada de lo que pudiera decirle la doctora Rutherford podía impedirselo: « ¡Si alguna vez llegas a ponerle la mano encima a mi hija —gritaba—, te hundiré un cuchillo en el corazón!» . Nunca me acosté con Moonie, al menos no mientras vivió su madre. Bajo el disfraz de padre e hija, nos tocábamos y nos acariciábamos, y con el paso de los meses tropezábamos el uno con el otro cada vez con mayor frecuencia, sin darnos cuenta, sin querer, cuando estábamos vistiéndonos o estábamos desnudos en el cuarto de baño, barriendo hojas secas en el fondo de la casa, o nadando frente al Point; nos mostrábamos juguetones, retozones, como podría esperarse de un hombre y su joven amante... pero a fin de cuentas, como si fuera mi propia hija o mi propia hermana, respetaba siempre el tabú del incesto. No resultó fácil. Fue entonces cuando encontramos a Lydia en la bañera. Probablemente ninguno de nuestros amigos y colegas se imaginaba que Lydia se había suicidado porque yo me acostaba con su hija... hasta que huí con Moonie a Italia. No sabía qué otra cosa podía hacer después de la noche en que por fin hicimos el amor. Tenía dieciséis años, su madre era una suicida, su padre un sádico ignorante, y ella, a causa de sus dificultades para la lectura, era todavía alumna de uno de los primeros cursos en el instituto. En vista de todo ello, ¿cómo podía abandonarla? Pero ¿cómo podíamos ser amantes en Hyde Park?

Así fue, pues, como por fin pude realizar el viaje a Europa que estaba planeando cuando Lydia y yo nos conocimos, aunque no fuese para ver centros culturales ni lugares de interés literario.

No creo que Moonie sea tan desgraciada en Italia como lo fue Anna Karenina con Vronski, y tampoco, ahora que llevamos ya un año aquí, me siento, ni mucho menos, tan perdido e impotente como Aschenbach por su pasión hacia Tadzio. Había esperado un tormento mayor. Con mi mentalidad literaria, algo propensa a la autodramatización, había llegado incluso a pensar que Moonie perdería la razón. Pero la verdad es que para nuestros amigos italianos somos simplemente un escritor norteamericano más con su bonita y joven amiga, una muchacha alta, tranquila, sombría, cuya única cualidad sobresaliente, aparte de su belleza, es su total devoción hacia mí. Ellos dicen que no están acostumbrados a ver tanta solicitud hacia su hombre en una rubia norteamericana de piernas largas. Sin embargo, la aprecian por ello. El único amigo que tengo a quien puedo llamar más o menos íntimo dice que cada vez que salgo de una habitación dejando allí a Moonie es como si ella dejase de existir. Él se pregunta por qué es así. Ya no es porque no conozca el idioma. Afortunadamente, aprendió el italiano

tan deprisa como yo, y con este idioma no parece tener las dificultades para la lectura que convirtieron en un infierno para los tres sus deberes nocturnos cuando vivíamos en Chicago. Ha dejado de ser estúpida, o testaruda. En cambio, demasiado a menudo es taciturna.

Cuando cumplió veintiún años y dejó de estar, en términos legales, bajo mi tutela, decidí casarme con Moonie. Lo peor había pasado ya, y con esto quiero decir la apetencia sexual voraz, frenética, así como el temor paralizante. Pensaba que el matrimonio quizá podría librarnos del tedio de una segunda etapa en la que ella tendía a mostrarse silenciosa y triste, y yo, mudo, constantemente ansioso, como si estuviera en una cama de hospital, esperando a que me llevaran al quirófano en una camilla. Debía casarme con ella o abandonarla, tomarla a mi cargo para siempre o acabar con todo definitivamente. Así que el día que cumplió los veintiún años, tomada ya la decisión, le propuse que nos casáramos. Pero Moonie dijo que no, que no quería ser nunca esposa. Perdí los estribos, comencé a hablar en inglés como un torrente, en un restaurante donde todos nos miraban.

—¿Quieres decir *mi* esposa?

—*E di chi altro potrei essere?* —replicó—. ¿De quién más podría serlo?

Así habían quedado las cosas la última vez que traté de hacerlas «bien». Por eso seguimos viviendo juntos sin estar casados, y yo sigo quedándome estupefacto cuando pienso quién es esta compañera mía con un sentido del deber tan agudo, quién ha sido, y cómo ha llegado a estar a mi lado. Podría suponerse que superaría esos sentimientos, pero, al menos en apariencia, no puedo o no quiero superarlos. Mientras nadie se entere aquí de nuestra historia, me siento capaz de dominar el remordimiento y la vergüenza.

En todo caso, ahogar la sensación de que estoy viviendo *la vida de otro* es algo superior a mis fuerzas. ¡Ésta no es la vida que planeé llevar y por la cual trabajé tanto! ¡O para la cual nací! En el aspecto exterior, sin duda, soy tan respetable en cuanto a mi indumentaria y mis modales como cuando inicié mi vida adulta como un serio aspirante a académico en el Chicago de la década de los cincuenta. Ciertamente, no *aparento* tener nada que ver con lo improbable o lo insólito. Bajo pseudónimo, escribo y publico cuentos que ahora son algo más míos que de Katherine Mansfield, pero que siguen marcados por la ironía y la tortuosidad. Para mi sorpresa, una tarde, no hace mucho, ojeando una de las revistas de la biblioteca de la oficina de información cultural de mi país, encontré por casualidad, en una publicación literaria norteamericana, un artículo donde se me mencionaba, a «Mí», al mismo tiempo que a varios escritores bastante famosos, como alguien cuyos intereses literarios y sociales están ya fuera de la actualidad. No había caído en la cuenta de que había adquirido tanta fama como para llegar a ser irrelevante. ¿Cómo puedo tener la certeza de nada desde aquí, ya se trate de mi reputación bajo seudónimo o de la real? Además, enseño

literatura inglesa y norteamericana en una universidad local a los estudiantes más dóciles y respetuosos que he tenido nunca. En la Universidad de Chicago nunca fue así. Gano algo de dinero extra, muy poco, leyendo novelas norteamericanas para una editorial italiana con el fin de dar mi opinión sobre ellas, y así he podido mantenerme al día con respecto a las últimas novedades en literatura. Y he dejado de tener jaquecas. Dejé de tenerlas unos veinte años antes de lo que me anticipó el neurólogo... Que cada uno interprete esto como prefiera... Por otro lado, con sólo imaginar la posibilidad de visitar a mi viejo y enfermo padre en New Jersey, con sólo pasar ante las oficinas de una empresa de transportes aéreos norteamericana, el corazón se me desboca y las piernas me tiemblan. El pensamiento, durante un solo minuto, de reunirme con los seres que me querían, o que simplemente me conocían, basta para que me sienta presa del pánico... el pánico del presidiario fugado que imagina que las autoridades le siguen la pista, aunque en este caso yo soy al mismo tiempo el policía y el fugitivo. *Porque realmente quiero volver.* ¡Si tuviera lo que se requiere para ordenar mi propia extradición! Cuanto más tiempo permanezca oculto como ahora, más se endurecerá la leyenda de mi miserable conducta. ¿Y cómo puedo saber, desde aquí, si tal leyenda no existe ya sólo dentro, y no fuera, de mi imaginación? Tal vez nunca haya existido. El Estados Unidos que vislumbro en la televisión y sobre el que leo aproximadamente una vez al mes en los periódicos de la biblioteca de la oficina cultural no me parece ya un lugar donde la gente se preocupe sobre quién se acuesta con quién. ¿A quién le importa ya que esta mujer de veinticuatro años haya sido mi hijastra alguna vez? ¿A quién le importa que le haya quitado su virginidad a los dieciséis años y que la acariciara «sin querer» a los doce? ¿Quién, allá, recuerda a la fallecida Lydia Zuckerman o las circunstancias que rodearon su suicidio y mi propia partida en 1962? Por lo que leo, se diría que en el Estados Unidos posterior al crimen de Oswald, un hombre con una historia como la mía puede dedicarse a sus cosas sin llamar demasiado la atención. Ni siquiera Ketterer podría perjudicarnos mucho. Eso diría, ahora que su hija ha dejado de ser menor de edad. Tampoco debe suponerse que sintiera mucho que nos viniéramos a Italia; antes bien, debió de sentir alivio por no tener que pasarnos los veinticinco dólares semanales fijados por la justicia como contribución al mantenimiento de Moonie.

Así pues, sé lo que debo hacer. Sé lo que hay que hacer. ¡Lo sé! Debo decidirme a abandonar a Moonie (y, mediante ese acto, liberarme del estado de confusión que su proximidad mantiene vivo en mí), o bien debo dejarla, aclarando bien de antemano que existe otro hombre en algún lugar del mundo con quien podría no solamente sobrevivir, sino con quien podría sentirse una persona más feliz, más alegre. Debo convencerla de que cuando yo me vaya ella no se quedará languideciendo sin remedio, sino que tendrá (estoy seguro) medio centenar de pretendientes en menos de un año. Habrá tantos hombres

serios que cortejen a una mujer dulce y escultural como ella como hay otros muchos frívolos que la siguen por la calle silbándole y lanzando besos al aire, italianos que imaginan que es escandinava e inmoral...; o bien debo dejar del todo a Moonie, *inmediatamente* (aunque por el momento sólo sea para mudarme al otro lado del río, y cuidarla desde allí como un padre que vive en la misma ciudad en lugar de ser el amante que duerme en su cama y a cuyo cuerpo se aferra ella mientras duerme), o bien debo volver con ella a Estados Unidos para vivir los dos como amantes, como hacen todos, si he de creer lo que se escribe sobre la «revolución sexual» en las revistas de actualidad de mi país.

Pero me siento demasiado humillado para hacer cualquiera de las dos cosas. El país puede haber cambiado, pero yo no. No sabía que tales extremos de humillación fuesen posibles, ni siquiera para mí. Lector del *Lord Jim*, de Conrad, y de *Thérèse*, de Mauriac, y de la *Carta al padre*, de Kafka, de Hawthorne y de Strindberg y de Sófocles... incluso ¡de Freud...!, y no sabía aún que la humillación pudiese cambiar tanto a un hombre. Resulta que o dicha literatura influye demasiado en mis ideas sobre la vida, o bien no soy capaz de establecer ninguna conexión entre su sabiduría y mi propia existencia. De hecho, soy incapaz de aceptar totalmente lo desesperado de mi situación, y, sin embargo, las líneas finales de *El proceso* son para mí tan familiares como mis propios rasgos: «¡Era como si la vergüenza hubiese de sobrevivirle!». Sólo que yo no soy un personaje de libro, y, desde luego, no de *ese* libro. Soy un ser real. Y mi humillación es igualmente *real*. ¡Dios, cuánto creía sufrir en la adolescencia cuando los tiros altos de la pelota de béisbol se escurrían entre mis manos separadas en el campo del colegio, y los atletas innatos del equipo se golpeaban la frente de desesperación! ¡Qué no daría hoy por estar viviendo una vez más en Chicago, enseñando durante toda la mañana los principios del ensayo a mis entusiastas alumnos de primer curso, comiendo mi sencilla cena servida en una bandeja en el gran refectorio, leyendo a los maestros europeos antes de dormir en mi cama de soltero, después de dejar cincuenta monumentales páginas anotadas y subrayadas...! Mann, Tolstoi, Gogol, Proust, estar en la cama con todos los genios... ¡Ah, tener otra vez esa sensación de valer algo, e incluso volver a sufrir los dolores de cabeza, si fuera necesario! ¡Cuánto ansiaba una vida digna! ¡Y cuánta confianza tenía en lograrlo!

Para terminar, en la mejor tradición de la narrativa, la historia de ese Zuckerman en ese Chicago se la dejo a los escritores que viven en el vistoso presente americano, y cuyas extravagantes novelas cato desde la distancia, para que traten lo improbable, lo absurdo y lo insólito de una forma diferente a la directa y reconocible.

En mi presencia, Eugene Ketterer hacía todo lo posible por mostrarse sereno,

tranquilo y nada agresivo, como si fuese un hombre normal. Yo le llamaba señor Ketterer, y él me llamaba Nathan, Nate, Natie. Cuando más tarde entregaba a Mónica a su madre, más desenfadada y (para mí) irritante era su actitud. A Lydia esto la enfurecía, y cuando tenía que enfrentarse a él revelaba una tendencia a la ira más vitriólica que nunca había mostrado en casa, en clase ni en sus escritos. Era inútil recomendarle que no cediera a las provocaciones de Ketterer. De hecho, en varias ocasiones me acusó —aunque luego se disculpó, hecha un mar de lágrimas— de defender a Ketterer, cuando mi única preocupación había sido evitar que perdiera los estribos en presencia de Mónica. Lydia reaccionaba contra las provocaciones de Ketterer como un animal enjaulado al que azuzan con un palo, y el segundo domingo que me tocó presenciar la crueldad de él y la reacción de ella me di cuenta de que no tardaría en tener que recordarle a «Gene» que yo no era un simple «espectador» desinteresado y que se excedía en su sadismo.

Al principio, antes de que Ketterer y yo nos hubiésemos enfrentado, cuando Lydia le pedía una explicación por aparecer a las dos de la tarde cuando debería haber llegado con Mónica a las diez y media de la mañana, me miraba *a mí* y me decía en tono fraternal: «¡Mis mujeres!». Si Lydia replicaba «¡Qué tontería! ¡Eso no quiere decir nada! ¿Qué puede saber de mujeres un matón como tú, ni de hombres, ni de niños? ¿Por qué la has traído tan tarde, Eugene?», él se encogía de hombros y murmuraba: «Se me ha hecho tarde». «¡Eso no es una explicación!». «Es la que tengo, Lydia. Me temo que no hay otra». E incluso, sin molestarse en contestarle, se dirigía a mí para decir: «Vive y aprende, Natie». La misma escena desagradable se repetía por la tarde, cuando llegaba para recoger a Mónica demasiado temprano o bien demasiado tarde. «Oye, no soy un reloj. Nunca he pretendido serlo». «Nunca has pretendido ser nada... ¡porque nunca has sido nada!». «Ya sé, soy un bruto y un cerdo y un criminal, y tú eres *lady* Godiva. Ya lo sé, no hace falta que me lo digas». «¡Eres un verdugo, eso es lo que eres! ¡Que me tortures ya no es importante, pero que puedas ser tan cruel y miserable como para torturar a una chica indefensa...! ¿Cómo puedes jugar así con nosotras, domingo tras domingo, año tras año...? ¡Troglodita! ¡Ignorante! ¡Vacuo!». «Vamos, Armónica (así llamaba a su hija), es hora de ir a casita con el Lobo Feroz».

Generalmente, Mónica se pasaba el día en casa de Lydia viendo la televisión con el sombrero puesto. Lista para salir en cualquier momento.

—Mónica —le decía su madre—, no puedes quedarte todo el día sentada viendo la televisión.

Sin comprender nada:

—Mmm...

—Mónica, ¿me oyes? Son las tres. Creo que ya has tenido suficiente televisión por hoy, ¿no crees? ¿Has traído tus deberes?

Completamente en las nubes:

—¿Mis... qué?

—¿Has traído tus deberes de esta semana, para que podamos repasarlos?

Murmullo:

—Mmmm... se me ha olvidado.

—Pero te dije que te ayudaría. *Necesitas* ayuda, y lo sabes.

Indignación:

—Hoy es *domingo*.

—¿Y qué?

Ley natural:

—Los domingos *no hago* deberes, no hago.

—No hables así, por favor. Antes nunca hablabas así, ni siquiera cuando tenías seis años. Sabes muy bien cómo se habla.

Rebelde:

—¿Qué?

—Repitiendo las cosas. Diciendo dos veces «no hago...», como tu papá. Y, por favor, siéntate bien.

Incrédula:

—¿Qué?

—Estás sentada como un hombre. Ponte los tejanos si quieres sentarte así. Si no, siéntate como las chicas de tu edad.

Desafiante:

—Estoy sentada.

—Mónica, escucha: creo que debemos practicar las restas. Tendremos que practicar sin el libro, puesto que no lo has traído.

Suplicante:

—Pero hoy es *domingo*.

—Pero necesitas ayuda con las restas. Es lo que necesitas, en lugar de ir a la iglesia: que te ayuden con la aritmética. ¡Mónica, quítate el sombrero! ¡Quítate ese estúpido sombrero ahora mismo! ¡Son las tres de la tarde, no puedes estar con el sombrero puesto todo el día!

Decidida, furiosa:

—¡El sombrero es mío! ¡Me lo dejo puesto!

—¡Pero estás en mi casa! ¡Y soy tu madre! ¡Y te estoy diciendo que te lo quites! ¿Por qué insistes en comportarte de una forma tan absurda? ¡Soy tu madre, lo sabes bien! Mónica, yo te quiero y tú me quieres... ¿no te acuerdas de cuando eras pequeña?, ¿no te acuerdas de cómo jugábamos? ¡Quítate el sombrero *antes de que te lo arranque de la cabeza!*

Arma decisiva:

—¡Tócame la cabeza y se lo contaré a papá!

—¡Y no le llames «papá»! ¡No soporto que llames «papá» a ese hombre que nos tortura a las dos! ¡Y siéntate como una chica! ¡Haz lo que te digo! ¡Junta las piernas!

Siniestra:

—Están juntas.

—¡Están abiertas y se te ven las bragas y basta! Eres demasiado mayor para eso... ¡Vas en el autobús, vas a clase, y si llevas vestido tienes que comportarte como corresponde! No puedes sentarte así, viendo la televisión, un domingo tras otro. No puedes, sobre todo si no sabes cuántas son dos más dos.

Filosófica:

—A quién le importa.

—¡A mí me importa! ¿Sabes cuántas son dos más dos? ¡Quiero saberlo! Mírame. Hablo en serio. Tengo que saber lo que sabes y lo que no sabes, y por dónde hay que empezar. ¿Cuántas son dos más dos? ¡Contéstame!

Estúpida:

—No sé.

—¡Sí lo sabes! Y no hables como una criatura. ¡Contéstame!

Fuera de sí:

—¡No sé! ¡Te digo que me dejes en paz!

—Mónica, ¿cuántas son once menos uno? A once le quitas uno. Si tienes once centavos y alguien te quita un centavo, ¿cuánto te queda? Tienes que saber *esto*.

Histérica:

—¡No lo sé!

—¡Lo sabes!

Explosión:

—¡Doce!

—¿Cómo pueden ser *doce*? Doce es *más* que once. Te pregunto qué es menos que once. Once menos uno son... ¿cuánto?

Pausa. Reflexión. Decisión:

—Uno.

—¡No! ¡Tienes once y le *quitas* uno!

Iluminación:

—¡Aaah! ¡Le *quito*...!

—Sí. Sí.

Impávida:

—Nunca hemos hecho *quitar*.

—Lo has hecho. Has tenido que hacerlo.

Firme:

—Te digo la verdad. No tenemos *quitar* en la escuela James Madison.

—Mónica, esto es *restar*... lo tienen en todas partes, en todas las escuelas, y

tienes que saberlo. Querida, no me importa lo del sombrero, ni siquiera me importa lo de tu padre, eso ya pasó. Me importas tú y lo que será de ti. Porque no puedes ser como una niña pequeña que no sabe nada. Si sigues así tendrás dificultades y una vida terrible. Eres mujer, y estás creciendo, y tienes que saber cómo obtener cambio de un dólar y qué viene antes del once, que es la edad que tendrás el *año que viene*. Y tienes que saber cómo sentarte... por favor, por favor, no te sientes así, Mónica, por favor, no vayas en el autobús ni te sientes así en público, aunque insistas en sentarte así aquí para hacerme enfadar. Por favor, prométemelo.

Hosca, perpleja:

—No te entiendo.

—Mónica, estás creciendo, aunque los domingos te vistan como una muñeca.

Justa indignación:

—Eso es para la *iglesia*.

—Pero la iglesia no tiene nada que ver contigo. Lo que es importante para ti es leer y escribir... Mónica, te juro que te digo todo esto sólo porque te quiero, y no quiero que te pase nada malo, nunca. ¡Te quiero, *debes saberlo!* Lo que puedan haberte dicho de mí no es verdad. No estoy loca, no soy una demente. No tienes que tenerme miedo, ni odiarme... He estado enferma, pero ahora estoy bien, y me dan ganas de ahorcarme cada vez que pienso que te dejé en manos de él, que pensé que te daría una madre y un hogar y todo lo que yo quería que tuvieses. ¡Y ahora no tienes madre... tienes esta persona, esta mujer, esta idiota que te viste con ese disfraz ridículo y te da una Biblia para llevarla en la mano cuando ni siquiera sabes *leer!* Y como padre tienes a ese hombre. ¡De todos los padres del mundo, *ése!*

En este punto, Mónica lanzó un alarido tan penetrante que salió corriendo de la cocina, donde había estado sentado a solas con una taza de café frío, sin saber qué pensar.

En la sala, lo único que había hecho Lydia era tomar una de las manos de Mónica, y sin embargo la chica gritaba como si fueran a matarla.

—Pero ¡si sólo quiero acariciarte! —decía Lydia entre sollozos.

Como si mi aparición fuese la señal para el comienzo de la verdadera violencia, Mónica empezó a echar espuma por la boca, gritando sin interrupción:

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡Dos y dos son cuatro! ¡No me pegues! ¡Son cuatro!

Escenas tan terribles como ésta se desarrollaban dos o tres veces en el transcurso de una sola tarde de domingo, como amalgamas de fragmentos de culebrón (otra vez este género), de Dostoievski, o de aquellas leyendas sobre la vida familiar entre los gentiles que yo solía oír de niño, generalmente por boca de mis abuelas inmigrantes, que nunca habían olvidado cómo había sido la vida allá, entre los campesinos polacos. Como en los conflictos de telenovela, la ferocidad

emotiva del argumento excedía en años luz la cuestión esencial, que las más de las veces era en sí mismo capaz de responder a un poco de lógica, de sentido del humor o bien cierta dosis de sentido común. A pesar de ello, y como en las escenas de guerra familiar de Dostoievski, durante esos domingos la muerte flotaba en el ambiente, y no desaparecía con bromas o razonamientos. La animosidad era profundísima entre aquellas dos mujeres de la misma sangre que simplemente estaban librando la habitual batalla norteamericana sobre los deberes del colegio, un tema que no es precisamente el de *Los hermanos Karamazov* ni de *Los demonios*, pero sí el de las películas de Henry Aldrich y de Andy Hardy. Y, a pesar de la sutileza del tema, no era imposible imaginarlas (desde otra habitación) librando dicha batalla con fusiles, pistolas, sogas y hachas. En realidad, la astucia de la chica, con su destructiva tozudez, no me resultaba tan desesperante como la insistencia de Lydia. Era fácil para mí visualizar y comprender a Mónica esgrimiendo un arma de fuego... «Bang, bang, estás muerta, se acabaron las restas». Pero imaginar a Lydia tratando de *matar a golpes* a su hija para enviarla a una vida mejor era algo que de verdad me chocaba y me aterraba.

Ketterer traía a mi mente aquellas historias moralizadoras sobre la barbarie de los gentiles que, al terminar mi adolescencia, había rechazado definitivamente como algo que no tendría significado alguno en la vida que yo tenía intención de vivir. Aunque eran absorbentes y estaban llenas de intriga para un niño desvalido, aquellas anécdotas espeluznantes sobre «su» alcoholismo, «su» violencia, «su» implacable odio hacia nosotros, aquellos relatos de opresores criminales y víctimas inocentes, no podían menos que ejercer una poderosa atracción negativa en cualquier niño judío, y en particular en un niño cuyo propio cuerpo era el de un no desamparado; cuando llegué a la mayoría de edad e inicié la tarea de despojarme de la psicología y la constitución física de mi infancia inválida, reaccioné contra esas leyendas con toda la intensidad que mi misión requería. No dudaba de que eran fieles descripciones de lo que los judíos habían sufrido. En el contexto de los campos de concentración nunca me atrevería a decir —ni me atreví entonces, a pesar de mi arrogancia de adolescente— que esas historias eran exageradas. Aun así, según informé a mi familia de que, como se daba el hecho de que yo había nacido como judío no en el Nuremberg del siglo XX, ni en el Lemberg del XIX, ni en el Madrid del XV, sino en el estado de New Jersey en el mismo año en que Franklin D. Roosevelt asumió el poder, etcétera, etcétera. Y en este punto iniciaba la ya muy conocida diatriba de los chicos norteamericanos de segunda generación. La vehemencia con que defendí mi posición me llevó por fuerza a otras bastante ridículas. Eso sucedió, por ejemplo, cuando mi hermana se casó con su primer marido, un hombre que, según cualquiera de los criterios aceptados, no valía absolutamente nada, y que decididamente me resultaba repulsivo a mí, con sus camisas de puños doblados,

sus mocasines de ante blanco, su anillo de oro en el dedo meñique y los gestos con que lo tocaba todo con sus manos bronceadas —la pitillera, su propio pelo, la mejilla de mi hermana—, como si fuera seda; tenía el aspecto afeminado de un hampón. Al mismo tiempo, y aunque mis sentimientos eran éstos, criticaba a mis padres por oponerse a que Sunny hubiese elegido por marido a tal individuo, y lo hacía arguyendo que si ella quería casarse con un católico, estaba en su derecho de hacerlo.

En medio de la angustia del momento, dejaban de captar la esencia de mi argumento, del mismo modo que yo, con mi liberalismo intelectualizado, dejaba de captar la de los suyos. En última instancia, fueron ellos, por supuesto, quienes resultaron ser proféticos, y hasta qué punto... Unos años más tarde, cuando yo por fin era dueño de mis actos, pude llegar a reconocer qué era lo tétrico y ridículo en los matrimonios de mi hermana. No se trataba de su preferencia por los jóvenes italianos del sur de Filadelfia, sino que en ambos casos hubiese elegido precisamente a los dos hombres que confirmaban, en casi todos los detalles, los prejuicios de mi familia contra ellos.

Por poco inteligente que parezca visto en retrospectiva —como ocurre con muchas cosas de mi vida—, sólo cuando aparecieron Ketterer y Mónica comencé a preguntarme si no estaría mostrando un espíritu de contradicción tan pronunciado como el de mi hermana. *Mucho más* que el de ella, porque, en contraste con mi hermana, yo tenía la intuición de lo que estaba haciendo. No era como si nunca hubiese tenido conciencia de que todo lo que había en los antecedentes familiares de Lydia servía para corroborar los comentarios de mis abuelas sobre el desorden y la corrupción moral de los gentiles. Era indudable que siendo niño nadie me había mencionado el incesto, pero no es necesario señalar que si cualquiera de estas dos poco mundanas inmigrantes hubiesen estado vivas y oído la totalidad de la historia de terror de Lydia, no se habrían sentido tan asombradas como yo, su nieto profesor universitario, ni siquiera en el caso de los más sombríos pormenores. E incluso sin ese caso de incesto en la familia había allí mucho más que suficiente para que un muchacho judío pudiera afrontarlo: la muy poco maternal madre, el poco paternal padre, las intolerantes y poco cariñosas tías. Mis abuelas no podrían haber inventado ellas mismas una *shiksa* con un legado personal más ominoso, ni desde el punto de vista de ellas, más representativo que la mujer elegida por su frágil Nathan. Con toda seguridad, el doctor Goebbels o el mariscal del Aire Goering tenían alguna hija que vagabundeaba por alguna región del mundo, pero, como bello ejemplo de esa especie, Lydia no estaba nada mal. Yo lo sabía. Pero debo decir que la Lydia que yo había elegido detestaba, contrariamente a lo que ocurría con los maridos de Sunny, su *propia herencia*. En parte, lo que para mí era tan conmovedor en ella era el precio que había pagado por renegar de tal herencia. Ese ambiente familiar le había hecho perder la razón, y a pesar de todo había sobrevivido para

contar su historia, para escribir su historia, y escribirla *para mí*.

En cambio, Ketterer y su hija Mónica, aunque estaban de algún modo en el mismo barco que Lydia, no eran, ninguno de los dos, ni narradores objetivos, ni intérpretes, ni enemigos de su mundo. En lugar de ello, eran más bien la personificación de lo que mis abuelas, mis bisabuelas y las antepasadas de éstas siempre habían detestado y temido, el matonismo *shagitz*, la astuta tortuosidad *shiksa*. Para mí eran como personajes de las leyendas populares del pasado judío, pero reales, exactamente como los sicilianos de mi hermana.

Pero, por supuesto, no podía tolerar seguir hipnotizado mucho tiempo por ese hecho. Había que hacer algo. En un principio, ese algo consistió, en general, en consolar a Lydia al culminar cada uno de sus fracasos como maestra, y luego traté de conseguir que dejara tranquila a Mónica, que renunciase a cualquier intento de salvarla los domingos y se limitara, simplemente, a hacerla tan feliz como fuera posible en las pocas horas que pasaban juntas. Eran los mismos consejos sensatos que recibía de la doctora Rutherford, pero ni siquiera la doctora y yo juntos, a pesar de la considerable influencia que teníamos sobre ella, lográbamos impedir que Lydia cayese en la instrucción más frenética antes de que terminara la tarde, o que bombardeara a Mónica con un curso acelerado de aritmética, gramática y virtudes femeninas antes de que Ketterer llegase para llevársela a su cueva de Homewood, en las afueras de Chicago.

Lo que siguió, siguió. Me convertí en maestro de escuela dominical de Mónica, salvo los días en que tenía jaqueca. Y Mónica empezó a aprender, o a tratar de aprender. Le enseñé operaciones simples de «quitar», le enseñé sumas elementales, y los nombres de los estados limítrofes de Illinois, le enseñé a diferenciar el Atlántico del Pacífico, a Washington de Lincoln, el punto y la coma, la oración y el párrafo, el segundero y el minuterio. Esto último lo logré haciéndola ponerse de pie y levantar los brazos como si fuesen las agujas del reloj. Le enseñé el poema que había compuesto a los cinco años, cuando estaba en cama con uno de mis ataques de fiebre, mi primer logro literario, según mi familia. «Tic, toc, Nathan es un reloj». «Tic, toc —decía Mónica—, Mónica es un reloj», y extendía los brazos a la posición de las nueve y cuarto, y al hacerlo su vestido blanco, que a medida que pasaban los meses le quedaba más apretado en el busto, aplastaba sus incipientes senos. Ketterer llegó a odiarme, Mónica se enamoró de mí, y Lydia llegó a aceptarme, al fin, como su tabla de salvación. Llegó a vislumbrar la liberación de su vida de infortunio, mientras que yo, al servicio de la Perversidad, la Caballeridad, la Moralidad, la Misoginia, la Santidad, la Locura, la Furia Contenida, la Enfermedad Psicosomática, la Locura Vulgar, la Inocencia, la Ignorancia, la Experiencia, el Heroísmo, el Judaísmo, el Masoquismo, el Odio a Mí Mismo, el Desafío, el Culebrón, la Ópera Romántica, o, en fin, el Arte de la Ficción, o bien nada de todo ello, o bien todo ello y mucho más, hallaba la entrada a mi propio infortunio. En aquella época no habría

encontrado fuerzas para salir a pasear después de mi cena en el refectorio y gastar cien dólares en los libros de segunda mano que deseaba tener para realizar mi sueño de la «biblioteca», las mismas fuerzas que con tanta facilidad y abandono malgasté al perder mi hombría.

SEGUNDA PARTE

Mi verdadera historia

Peter Tarnopol nació en Yonkers, estado de Nueva York, hace treinta y cuatro años. Se educó en escuelas públicas locales, y se graduó con diploma de honor en la Universidad de Brown, en 1954. Siguió cursos para posgraduados durante un breve período, y luego fue policía militar del ejército de Estados Unidos en Frankfurt, Alemania, donde transcurre la acción de Un padre judío, su primera novela, por la cual recibió, en 1960, el Prix de Rome de la Academia Norteamericana de Artes y Letras, así como una beca Guggenheim.

Desde entonces ha publicado sólo cuentos, dedicándose casi en exclusiva, en los años transcurridos, a una relación de pesadilla: su matrimonio con Maureen Johnson, de Elmira, Nueva York. La señora Tarnopol fue camarera en un bar, pintora abstracta, camarera en un restaurante, actriz (¡y qué actriz!), escultora, autora de cuentos cortos, mentirosa y psicópata. Los Tarnopol contrajeron matrimonio en 1959 y se separaron legalmente en 1962; ante el juez Milton Rosenzweig, de la Corte Suprema del condado de Nueva York, la señora Tarnopol acusó al autor de ser un «conocido seductor de estudiantes universitarias». (El señor Tarnopol ha enseñado literatura y técnicas narrativas en la Universidad de Wisconsin y, más recientemente, en el Hofstra College de Long Island). La unión terminó en 1966, a raíz de la muerte violenta de la señora Tarnopol. En el momento de su fallecimiento no trabajaba, y seguía un tratamiento de terapia de grupo en Manhattan. Recibía, a la sazón, cien dólares semanales como pensión para alimentos.

De 1963 a 1966, el señor Tarnopol mantuvo relaciones sentimentales con Susan Seabury McCall, una joven viuda residente en Manhattan. Al terminar el romance, la señora McCall intentó suicidarse, y en la actualidad vive una vida desgraciada en Princeton, New Jersey, junto a su madre, a la que no puede soportar. Como la señora Tarnopol, la señora McCall tampoco tuvo hijos, pero querría tenerlos mientras haya tiempo, preferiblemente hijos del señor Tarnopol. El señor Tarnopol teme, entre otras cosas, volver a casarse.

De 1962 a 1967, el señor Tarnopol fue paciente del psicoanalista Otto Spielvogel de la ciudad de Nueva York, cuyos artículos sobre la creatividad y la neurosis han aparecido en numerosas publicaciones especializadas, sobre todo en Fórum Norteamericano de Estudios Psicoanalíticos, del cual es colaborador. El

señor Tarnopol es considerado por el doctor Spielvogel uno de los más destacados narcisistas jóvenes del mundo de las artes nacional. Hace seis meses, el señor Tarnopol terminó su análisis con el doctor Spielvogel y obtuvo permiso de la universidad para establecerse temporalmente en la colonia Quahsay, centro de retiro subvencionado por una fundación para escritores, pintores, escultores y compositores en la zona rural de Vermont. Allí, el señor Tarnopol vive por lo general en soledad, y dedica sus noches, así como sus días, a analizar en qué se ha convertido su vida. Buena parte del tiempo se siente desorientado e incrédulo, pero cuando se refiere al tema de la extinta señora Tarnopol, continúa siendo un hombre poseído.

En la actualidad, el señor Tarnopol se prepara para abandonar por un tiempo el arte de la ficción, para embarcarse en una narración autobiográfica, una empresa que encara con cautela porque no se siente seguro de su conveniencia y utilidad. La publicación de semejante documento personal no sólo crearía serios problemas legales y éticos, sino que además hay motivos para creer que, mediante un control riguroso sobre su imaginación y una adhesión estricta a los hechos, el señor Tarnopol logrará exorcizar definitivamente su obsesión. Queda por determinar si su franqueza, si existe, será capaz de servirle mejor que su arte (o que las indicaciones terapéuticas del doctor Spielvogel) para desmitificar el pasado y mitigar su sensación de derrota, que a todos nos parece poco recomendable.

P. T.

*Quahsay, Vermont
Septiembre de 1967*

Peppy

¿Ha cambiado algo?

Hago esta pregunta reconociendo que en la superficie (que no debe despreciarse, puesto que también vivo en ella) no hay comparación entre el hombre de treinta y cuatro años que hoy es capaz de hacer frente a sus desventuras sin derrumbarse y el muchacho de veintinueve que, en el verano de 1962, al menos fugazmente, pensó en suicidarse. Durante la tarde de junio en que pisé por primera vez el consultorio del doctor Spielvogel, no creo que haya transcurrido ni un minuto antes de que yo haya abandonado del todo la farsa de ser «una personalidad integrada» para echarme a llorar con la cara entre las manos, lamentando la pérdida de mis fuerzas y mi confianza en mí mismo y en mi futuro. Estaba entonces, y milagrosamente no lo estoy ya, casado con una mujer a quien detestaba, pero de la cual no podía separarme, subyugado como me sentía no sólo por su variada gama profesional de recursos de extorsión moral (por aquella mezcla de elementos espeluznantes y trillados que hacía que nuestra vida en común recordase un culebrón televisivo o una novela por entregas de las del *National Enquirer*), sino por mi propia tendencia infantil a aceptarla. Dos meses antes me había enterado de la ingeniosa estratagema mediante la cual había conseguido que me casase con ella tres años atrás. Y en lugar de servirme como un arma gracias a la cual poder, al fin, abrir con gran esfuerzo las puertas de nuestro manicomio, lo que ella me confesó (en plena tentativa semestral de suicidio) me había despojado, al parecer, de las pocas defensas e ilusiones que me quedaban. Mi mortificación era completa. Ni quedarme ni irme significaban ya nada para mí.

Ese mes de junio llegué al este desde Wisconsin, pretendidamente para participar como profesor en un seminario bisemanal sobre técnicas narrativas en el Brooklyn College. Tenía menos voluntad que un zombie, a excepción, como pude descubrir, de la voluntad de acabar con mi vida. Mientras esperaba el próximo tren en la estación del metro, de pronto juzgué conveniente poner todas mis energías en aferrar con una mano la cadena que sujetaba una vieja balanza

automática a un poste de hierro que había a mi lado. Hasta que el tren pasó y se perdió de vista, apreté esa cadena con todas mis fuerzas. « Estoy tambaleándome al borde de un precipicio —me dije—. Un helicóptero me rescata de las olas. ¡*Afferrate!*» . Enseguida escudriñé las vías para asegurarme de que de hecho había conseguido dominar aquel impulso —del todo inusitado en Peter Tarnopol — de transformarse en un cadáver destrozado. Azorado, aterrorizado, tuve, como se suele decir, que reírme de mí mismo. « ¿Suicidarte? ¿Estás bromeando? Ni siquiera eres capaz de salir por la puerta» . Todavía no sé a qué distancia estuve ese día de cruzar la plataforma y, en lugar de enfrentarme de cabeza con mi mujer, enfrentarme con aquel tren. Quizá lo que sucedía era que no necesitaba realmente asirme a nada, quizá aquello no fue más que un gesto infantil. En fin, podría deber mi salvación al hecho de que, al oír cada vez más cercano un estrépito que me ofrecía el anhelado olvido, por fortuna mi mano derecha encontró algo de increíble solidez a lo que aferrarse.

En el aula magna del Brooklyn College había más de cien estudiantes para la clase inaugural. Cada miembro del cuerpo docente debía hablar durante quince minutos sobre « el arte de la novela» . Me llegó el turno, me puse de pie... y no pude hablar. Estaba clavado ante el atril, con mis apuntes delante, con mi *auditorio* ante mí y sin aire en los pulmones ni saliva en la boca. Creo recordar haber tenido la sensación de que el auditorio comenzaba a *zumar*. Y lo único que yo quería era irme a dormir. No sé por qué no cerré los ojos para hacerlo. Tampoco estaba del todo allí. No había más que el latido de mi corazón, sólo ese sonido como de tambor. Por fin me di la vuelta y bajé del estrado... y perdí el empleo. Una vez en Wisconsin, después de un fin de semana de discutir con mi mujer (que sostenía, frente a mis rotundas objeciones, que había conversado demasiado tiempo con una bonita estudiante graduada durante una fiesta, el viernes por la noche: largas disquisiciones sobre la relatividad del tiempo), ella se había presentado a la puerta de la clase donde yo dictaba mi semanario de narrativa para no licenciados, de siete a nueve, los lunes por la noche. Nuestra discusión había terminado durante el desayuno, esa misma mañana, con las garras de Maureen arañándose las manos. Desde entonces no había vuelto al apartamento. « ¡Es una emergencia!» , me informó Maureen, dirigiéndose a la clase al mismo tiempo. Los diez estudiantes del Medio Oeste se quedaron mirándola, de pie en el umbral en una actitud tan decidida, y luego se fijaron en mis manos significativamente pintadas de mermicina. « Ha sido el gato» , les había explicado yo antes, con una sonrisa condescendiente hacia la imaginaria bestia. Me lancé hacia el pasillo antes de que Maureen tuviese tiempo de añadir nada más. Allí, mi soberana me espetó el manifiesto del día:

—¡Es mejor que vengas a casa esta noche, Peter! ¡Es mejor que no te vayas a algún sitio con una de esas rubias!

(Era el semestre anterior a aquél en que hice exactamente eso).

—¡Vete de aquí! —susurré—. ¡Vete, Maureen, antes de que te tire por esas escaleras! ¡Vete, *antes de que te mate!*

Mi tono debió de impresionarla, porque se agarró a la barandilla y dio un paso atrás. Volví al aula para caer en la cuenta de que, en mi apuro por enfrentarme a Maureen y conseguir que se marchara, había dejado la puerta abierta. Una alta y tímida chica del campo que venía de Appleton y no había pronunciado más de una frase en todo el semestre, se había quedado mirando fijamente a Maureen, en el pasillo, detrás de mí; el resto de la clase miraba fijamente las páginas de *Muerte en Venecia*, libro apasionante donde los haya.

—Muy bien —dijo la voz temblorosa al entrar en el aula (un brazo se había extendido de forma violenta para cerrarle la puerta en las narices a Maureen, pero no estoy seguro de que fuera el mío)—, ¿por qué envía Mann a Aschenbach a Venecia, y no a París, a Roma, o a Chicago?

En este punto, la chica de Appleton se deshizo en lágrimas, y los otros, por lo general bastante menos entusiastas, comenzaron a responder a la pregunta todos a la vez... Olvidé hasta el último detalle de la escena cuando me encontré anhelando dormir ante mi expectante auditorio del Brooklyn College, pero esto explica, creo, la visión que había tenido al subir al estrado para leer lo que había preparado: vi a Maureen proyectada como una bala a través de la puerta, al fondo de la sala de conferencias, y gritando a voz en cuello alguna recién elucubrada revelación referente a mí. En efecto, aquel auditorio de estudiantes me veía como una figura literaria en ciernes, un novelista nuevo que había que conocer y por cuyas ideas valía la pena pagar. Maureen les revelaría (completamente gratis) que yo no era ni mucho menos tal y como me presentaba. A mis palabras, insignificantes o no, pronunciadas desde ese estrado, ella replicaría: « ¡Mentiras! ¡Mentiras asquerosas, interesadas!» . Yo podría citar a Conrad, Flaubert, Henry James. Ella vociferaría aún más alto: « ¡Hipócrita!» . Sin embargo, no pronuncié ni una sola palabra, y al huir del estrado di la imagen de lo que realmente era: un ser aterrorizado; yo ya no era nada más que mis miedos.

Por entonces, mi obra literaria estaba completamente a merced de nuestro caos marital. Cinco o seis horas al día, siete días a la semana, iba a mi oficina de la universidad y ponía papel en mi máquina de escribir. Lo que surgía era o bien tan transparente como el texto de un aficionado —como si hubiese estado redactando un pagaré o las instrucciones para un envase de detergente, en cuanto a imaginación se refiere—, o bien tan inconexo y opaco que al releerlo era yo quien no comprendía nada. Con el manuscrito en la mano, me arrastraba por la pequeña habitación como una angustiada figura sacada de *Los burgueses de Calais*, de Rodin, gritando: « ¿Dónde estaba yo cuando fue escrito esto?» . Y lo preguntaba porque no lo sabía.

Los kilos y kilos de páginas que acumulé durante mi matrimonio tenían como

tema ese mismo matrimonio y constituían gran parte del esfuerzo diario por comprender cómo había caído en aquella trampa y por qué no podía salir de ella. En aquellos tres años había probado al menos cien modos diferentes de dilucidar tal misterio. Cada dos semanas, el curso entero de la novela cambiaba en medio de una frase, y a lo largo del mismo mes la superficie de mi mesa desaparecía bajo docenas de variantes —todas igual de poco satisfactorias— del capítulo concreto que me traía de cabeza en aquel momento. Regularmente, tomaba todas esas páginas —y «tomar» es un verbo algo suave— para condenarlas a una gran caja de cartón que iba llenándose con mis falsos comienzos, arrinconada sobre el suelo de mi armario. Luego empezaba todo de nuevo, a menudo con la misma primera frase del libro. Luchaba por lograr una descripción. (Y, lamentablemente, sigo haciéndolo). Pero de una versión a la siguiente no sucedía nada significativo: los escenarios cambiaban, los personajes secundarios (padres, viejos amores, amigos reconfortadores, enemigos y aliados) iban y venían. Con la misma esperanza de éxito que alguien que intentase fundir un casquete polar con su propio y tibio aliento, trataba de dar rienda suelta al curso de la imaginación cambiando el color de los ojos de ella o el de mi propio pelo. Naturalmente, lo más razonable habría sido vencer la obsesión para siempre, pero precisamente porque estaba obsesionado era tan incapaz de dejar de escribir sobre el asunto como de alterarlo o comprenderlo.

Así que, desesperanzado en cuanto a mi trabajo y desgraciado en mi matrimonio, con todos los éxitos concretos de la época de mis veinte y picó años completamente esfumados, hice mutis, demasiado confuso para sentir ni siquiera vergüenza, y me encaminé como un sonámbulo hacia la estación del metro. Por fortuna, había un tren donde estaban entrando pasajeros; yo también entré en él —en lugar de dejar que me pasase por encima—, y en poco menos de una hora me depositó en la estación del campus de la Universidad de Columbia, a pocos pasos del apartamento de mi hermano Morris.

Mi sobrino Abner, sorprendido y contento de verme en Nueva York, me ofreció una botella de soda y la mitad de un sándwich de salami.

—Estoy resfriado —me explicó cuando le pregunté, con la voz quebrada, por qué no estaba en clase. Me enseñó lo que estaba leyendo mientras almorzaba, *El hombre invisible*—. ¿Es verdad que conoces a Ralph Ellison, tío Peppy?

—Hablé con él una vez —repuse, y de pronto me encontré llorando, o ladrando. Las lágrimas fluían de mis ojos, pero los ruidos que brotaban de mi interior aún eran toda una novedad para mí.

—Tío Peppy, ¿qué te pasa?

—Ve a buscar a tu padre.

—Está dando clase.

—Ve a buscarlo, *Abbie*.

Así que llamó a la universidad.

—Es una emergencia. ¡Su hermano se encuentra muy mal!

Y Morris estuvo fuera de su clase y en casa en unos minutos. Para entonces yo me había metido en el cuarto de baño. Moe entró sin llamar, y de inmediato, a pesar de sus noventa kilos, se arrodilló en aquel diminuto espacio con suelo de baldosas, junto al inodoro, donde yo estaba sentado con un violento ataque de diarrea, sudando y temblando a la vez, como si me hubiesen embalado en hielo. Cada pocos minutos mi cabeza se inclinaba hacia un lado y yo vomitaba en dirección al retrete. Morris mantenía su sólido cuerpo contra mis piernas y sostenía mis manos sin fuerza entre las suyas, y con su mejilla áspera y curtida enjugaba el sudor de mi frente.

—Oh, Peppy, Peppy —se lamentaba, llamándome, por primera vez en años, por el nombre de mi infancia, mientras me besaba en la cara—. Ánimo, Peppy, estoy aquí, contigo.

Unas palabras sobre mi hermano y mi hermana, personas muy diferentes a mí.

Soy el menor de los tres, y siempre, hasta hoy, he sido el «bebé» a los ojos de todos. Joan, la mediana, me lleva cinco años y ha vivido la mayor parte de su vida adulta en California con su marido Alvin, promotor inmobiliario, y con sus cuatro guapos hijos. Morris dice de nuestra hermana: «Parece que nació en un Boeing en lugar de encima de una tienda del Bronx». Alvin Rosen, mi cuñado, mide un metro ochenta y cinco y es de una apostura que intimida, en especial ahora que sus rizos están plateados («Papá sospecha que se los *tiñe* de ese color», me dijo una vez Abner, disgustado) y que el rostro ha empezado a arrugársele como el de un vaquero. A juzgar por las evidencias, parece sentirse muy integrado en su vida de californiano con yate, esquiador y magnate inmobiliario, además de completamente satisfecho con su mujer y sus hijos. Con mi esbelta y elegante hermana viaja todos los años a lugares relativamente poco frecuentados por el turista común (o bien a lugares que comienzan a ser «descubiertos»). Hace muy poco, mis padres recibieron correo de su nieta, Melissa Rosen, la hija de diez años de Joannie, con sellos de África (había una fotografía de un safari con la familia) y de Brasil (la familia y algunos amigos hicieron un viaje de una semana por el Amazonas en un pequeño barco, y un famoso naturalista de la Universidad de Stanford les sirvió de guía). Todos los años abren de par en par las puertas de su casa para ofrecer un baile de disfraces a beneficio de *Bridges*, la revista literaria de la Costa Oeste en cuya contraportada aparece Joan como uno de los doce asesores editoriales. A menudo se recurre a ellos para que salven la revista de sus dificultades financieras mediante una oportuna donación de la Fundación Joan y Alvin Rosen. Son, además, generosos donantes de los hospitales y bibliotecas de la Bay Area, y se encuentran entre los organizadores más activos de la campaña anual de recolección de fondos para los trabajadores emigrantes de California.

(«Capitalistas en busca de una conciencia —dice Morris—. Aristócratas con traje de faena. Fragonard los hubiese pintado»). Y son buenos padres, a juzgar por lo bien que crecen y lo guapos que son sus hijos. Referirse lacónicamente a ellos, como tiende a hacerlo Morris, como vacuos y frívolos sería más fácil si su búsqueda de las comodidades, el lujo, la belleza y la elegancia (señalemos que cuentan con una actriz de activa militancia política entre sus amistades) no se llevara a cabo con tanta franqueza y entusiasmo, como si hubiesen descubierto *la* razón de su existencia. Después de todo, mi hermana no fue siempre tan amante de las diversiones, ni tan atractiva, ni tan diestra en el arte de disfrutar de la vida. En 1945, como primera de la promoción de ese año en el instituto Yonkers, era una «tragalibros» velluda, flaca y de nariz ganchuda, cuyas inteligencia y cetrina fealdad la habían convertido en la chica menos popular de su clase. La opinión unánime entonces era que tendría suerte si conseguía encontrar marido, y no digamos ya un marido tan rico, alto y distinguido como el mismísimo Lincoln, graduado en administración de empresas por Wharton, sino incluso alguien como Alvin Rosen, a quien se llevó de la Universidad de Pensilvania junto con una licenciatura en letras. El hecho es que lo pescó, aunque, sin duda, tuvo que esforzarse a fondo para conseguirlo. La electrólisis para el labio superior y por toda la mandíbula inferior, la cirugía estética de la nariz y el mentón, y los diversos polvos y cosméticos disponibles en las tiendas la han transformado en alguien del tipo delgado y sensual, y semita, por supuesto, pero que recuerda más bien a la hija de un sah que a la de un tendero. En San Francisco conduce su Morgan disfrazada de gaucho de la Pampa un día y de campesina búlgara el siguiente. Así ha logrado en su edad madura algo más que simple popularidad, según reza la página de sociedad del diario de San Francisco (que la pequeña Melissa envía también a mi madre), puesto que Joan es la más osada e innovadora de las mujeres de nuestro ambiente en materia de buen gusto. Su fotografía con Alvin (con esmoquin de terciopelo) enganchado a uno de sus brazos desnudos mientras el director de la Sinfónica de San Francisco la toma del otro brazo, con las palabras escritas por Melissa, «Mami en una fiesta», resulta simplemente impresionante, sobre todo para quien aún recuerde la fotografía del glamuroso baile celebrado en el Billy Rose's Diamond Horseshoe de Nueva York allí Joan aparece sentada, pura nariz y clavículas, perdida dentro de un vestido de tafetán sin hombros dentro del cual parece naufragar a ojos vistas. Su cabeza, con su pelo áspero y oscuro, más tarde estirado y lustrado de manera que hoy brilla como el de un caballo de carreras, se ve irónicamente enmarcada por las piernas de amazona de la corista que está en el escenario, detrás de ella. Puedo recordar que sentado a su mesa junto a la pista estaba el muchacho que la acompañaba, el regordete y tímido hijo del carnicero; confuso, miraba el interior de su vaso, lleno de Tom Collins... Y esta mujer es hoy la más atractiva y popular de una de las ciudades más elegantes de Estados Unidos. Me deja

asombrado que esté en tan buenas relaciones con los placeres, que tenga tanto éxito cuando los satisface, que obtenga tanta fuerza y tanta confianza de su belleza física, de los lugares a donde viaja, y de lo que come y de con quién... En fin, todo esto no es de desdeñar, o al menos así lo ve su hermano desde los muros de su celda de ermitaño.

Joan me escribió hace poco invitándome a abandonar Quahsay e ir a California para quedarme con ella y su familia tanto tiempo como quisiera:

No te molestaremos con nuestras costumbres rústicas, si quieres quedarte simplemente tumbado junto a la piscina sacando brillo a tu halo. Si lo prefieres, haremos todo lo posible por impedirte que lo pases *más o menos* bien. Aunque sé por fuentes seguras del Este que tú mismo estás bastante dotado en este sentido. Mi querido Aliosha, entre 1939, cuando te enseñé a escribir correctamente «antidesestablecimiento», y ahora has cambiado. O tal vez no... Puede que lo que entonces te dejó tan extasiado ante la ortografía de esa palabra fuera su dificultad. De verdad, Pep, si tu apetencia por lo desagradable disminuyera en algún momento, aquí me tienes, y ésta es tu casa. Tu hermana caída, J.

Para que quede consignada, mi respuesta:

Querida Joan:

Lo que es desagradable no es estar donde estoy ni vivir como vivo en la actualidad. Éste es el mejor lugar para mí, y probablemente lo será durante algún tiempo. Puedo quedarme durante un plazo indefinido, desde luego, pero hay formas de vida parecidas a ésta. Cuando vivíamos con Maureen en New Milford, y yo tenía esa pequeña cabaña en el bosque detrás de la casa, con un cerrojo en la puerta que podía echar, me sentí feliz durante horas. No he cambiado mucho desde 1939. Todavía me gusta más que ninguna otra cosa sentarme solo en una habitación tratando de escribir a mano, en un papel y con un lápiz. Cuando llegué a Nueva York en 1962, y mi vida personal era una ruina, solía soñar en voz alta, en el consultorio de mi analista, con volver a ser el universitario triunfador y confiado que había sido a los veinte años. Ahora encuentro muy atrayente la idea de retroceder todavía más allá de esa edad. Aquí, a veces imagino que tengo diez años y que me trato a mí mismo como corresponde a esa edad. Para empezar el día, tomo un bol de cereales en el comedor, como hacía todas las mañanas en la cocina de casa. Luego vengo

aquí, a mi cabaña, más o menos a la misma hora en que solía ir a la escuela. A las nueve menos cuarto estoy en pleno trabajo, a la hora en que siempre se oía el «timbre». En lugar de estudiar aritmética, sociales, etcétera, escribo a máquina hasta el mediodía. (Exactamente como el ídolo de mi infancia, Ernie Pyle, y la verdad es que podría haber llegado a ser corresponsal de guerra como soñaba en 1943, salvo que las batallas de la línea del frente sobre las cuales yo informo no son las que imaginaba por aquel entonces). Mi almuerzo viene en un recipiente preparado en la cafetería, e incluye bocadillo, palitos de zanahoria cruda, una galletita de avena, una manzana y un termo lleno de leche; más que suficiente para un chaval que está creciendo. Después de almorzar vuelvo a escribir hasta las tres y media, hora en que sonaba el último «timbre» de la escuela. Pongo en orden mi mesa y vuelvo a la cafetería con el recipiente vacío de mi almuerzo, donde están preparando la sopa para la noche. El perfume del eneldo, el aroma predilecto de mamá. Manchester queda a cinco kilómetros de aquí, por un camino rural que serpentea entre las colinas. A la entrada de la ciudad hay un liceo femenino y las chicas están allí cuando yo llego. Las veo dentro de la lavandería y en la oficina de correos, y comprando champú en la farmacia, y todo me recuerda al patio «después de la escuela», lleno de chicas con largos cabellos que un niño de diez años sólo podía admirar desde lejos, lleno de curiosidad. Las admiro desde lejos, y lleno de curiosidad, en la pequeña cafetería local, donde suelo tomar café. Uno de los profesores de lengua inglesa del liceo me pidió que hablase a sus alumnas sobre técnicas narrativas. No quise hacerlo. No quiero que me resulten más accesibles que cuando yo estaba en quinto curso. Después de mi café, camino hasta la biblioteca municipal, y me siento unos minutos a hojear las revistas y a contemplar a los escolares sentados a las largas mesas, copiando sus resúmenes de libros de las cubiertas. Luego salgo, y por lo general alguien me recoge y me lleva hasta la colonia. No me siento menos confiado e inocente que cuando a mis diez años saltaba del autobús y le decía al conductor: «Gracias por haberme traído. ¡Hasta pronto!».

Duermo en una habitación del segundo piso de la gran casa rural que alberga a los huéspedes. En la planta baja están la cocina, el comedor y la sala, con revistas, tocadiscos y piano. En una galería cubierta hay una mesa de ping-pong, y eso es todo. Al finalizar la tarde, en calzoncillos en el suelo de mi cuarto, hago media hora de calistenia. En los últimos seis meses, gracias al ejercicio y a mi escaso apetito, me he vuelto casi tan flaco como cuando tú fingías tocar el

xilófono en mis costillas. Después de la « gimnasia », me afeito y me doy una ducha. Las ramas de un gran cedro rozan mis ventanas: es el único sonido que oigo mientras me afeito, aparte del agua que corre por el lavabo. No hay un solo ruido que no pueda interpretar. Todas las noches trato de afeitarme « a la perfección », como lo haría un niño de diez años. *Me concentro*: agua caliente, jabón, afeitado en la dirección de la barba, afeitado en la dirección contraria, agua caliente, agua fría, supervisión detenida de todas las superficies... perfecto. A las seis me preparo un cóctel de vodka y martini, que bebo a pequeños sorbos mientras escucho las noticias con mi radio portátil. (Estoy tendido en mi cama, con mi bata, el rostro terso como el marfil, las axilas con desodorante, los pies con talco, el pelo peinado, limpio como los recién casados de los manuales matrimoniales). Desde luego, a los diez años no tenía el hábito de beber, pero me recuerda a mi padre cuando regresaba de la tienda con su dolor de cabeza y los ingresos del día. Con una expresión en la cara que hacía pensar que el vaso contenía trementina, se bebía de un trago un poco de whisky y luego escuchaba desde « su » sillón *Lyle Van and the News*. Aquí se cena a las seis y media, en compañía de los aproximadamente quince huéspedes que hay en ese momento, casi todos novelistas y poetas, unos pocos pintores, y un compositor.

La conversación suele ser agradable, irritante o aburrida. En conjunto, no resulta menos pesado cenar en familia noche tras noche. Aunque la familia que me viene a la mente no se parece tanto a la de uno como a la que Chéjov reunió en *El tío Vania*. Hace poco ha llegado aquí una joven poetisa obsesionada por la astrología. Cada vez que se pone a hablar sin parar sobre el horóscopo de alguien, siento ganas de levantarme de un salto, empuñar una pistola y saltarle la tapa de los sesos. Pero como ninguno de nosotros está conectado por lazos de sangre, parentesco político ni deseos (dentro de lo que puedo advertir), la tolerancia es la regla general. Después de la cena nos trasladamos sin prisa a la sala, a charlar y a pasarle la mano por el lomo al perro de aquí. El compositor toca nocturnos de Chopin, el diario *Times* de Nueva York pasa de mano en mano... Lo normal es que en menos de una hora nos hayamos retirado sin decir ni una palabra. Me parece que, a excepción de sólo cinco residentes, todos los que estamos aquí somos fugitivos que se ocultan, o bien estamos recuperándonos de malos matrimonios, divorcios, malas experiencias amorosas... He oído fragmentos de conversaciones provenientes de la cabina telefónica, junto a la cocina, que probarían estos rumores. Dos profesores y poetas treintañeros que acaban de deshacerse de sus

mujeres, hijos y bienes materiales (a cambio de admiradores entre los estudiantes) han trabado relación y comparan lo que escriben sobre el tormento de renunciar a sus hijos e hijas. Los fines de semana, cuando sus deslumbrantes alumnas vienen a visitarlos, desaparecen bajo las sábanas de la cama del motel más próximo durante períodos de cuarenta y ocho horas. Hace pocos días que he vuelto a jugar al ping-pong después de veinte años, y después de la cena jugué dos o tres encarnizadas partidas con una mujer de Idaho que tiene algo más de cincuenta años y se ha casado cinco veces. Una noche de la semana pasada (sólo diez días después de su llegada), se bebió todo lo que encontró a mano, incluido el extracto de vainilla de la despensa, y a la mañana siguiente tuvieron que llevársela en la camioneta del dueño de la empresa fúnebre, que dirige la sede local de Alcohólicos Anónimos. Todos abandonamos nuestras máquinas de escribir para verla alejarse y decirle adiós con la mano, cargados de melancolía.

—Oh, no se preocupen —nos gritó desde la ventanilla del vehículo—. Si no fuera por mis errores, todavía estaría sentada en el porche de mi casa de Idaho.

Esta mujer era el único «personaje» y, sin ninguna duda, la personalidad más vigorosa y valiente de todos los supervivientes. Una noche, seis de nosotros fuimos a Manchester para tomar unas cervezas, y nos habló sobre sus primeros dos matrimonios. Cuando terminó, la astróloga quería saber cuál era su signo, mientras los demás nos preguntábamos cómo lo había superado.

—¿Por qué diablos sigues casándote, Mary? —le pregunté.

Me acarició el mentón y repuso:

—Porque no quiero marchitarme hasta morir.

Pero ahora se ha ido —juraría que para casarse con el hombre de las pompas fúnebres—, y salvo por los gritos ahogados que llegan de la cabina telefónica durante la noche, todo está tan tranquilo aquí como en las inmediaciones de un hospital. Perfecto para hacer los deberes. Después de la comida y el *Times*, vuelvo caminando a mi estudio, una de las veinte cabañas desperdigadas a lo largo del tortuoso camino de tierra que atraviesa las cien hectáreas de campo abierto y bosques de coníferas. En la cabaña hay una mesa, una cama estrecha, una estufa negra de hierro, un par de sillas con respaldo vertical pintadas de amarillo, un anaquel para libros pintado de blanco y una tambaleante mesa de mimbre donde hago mi comida del mediodía. Durante esas horas leo lo que he escrito. Tratar de leer otras cosas es inútil, pues mi mente vuelve a mis propias páginas. Pienso en ellas, o

no pienso en nada.

Para regresar caminando a la casa principal, a medianoche, tengo sólo una linterna que me ayude a orientarme por el sendero que se abre entre los árboles. A solas bajo ese cielo renegrido, no tengo más valor a los treinta y cuatro años que cuando era niño, y estoy tentado de echarme a correr. En vez de eso, invariablemente apago la linterna y permanezco inmóvil allí, en el bosque a medianoche, hasta que el miedo desaparece, o bien llego a un punto intermedio entre yo y el miedo. ¿Qué me asusta? A los diez años, sólo el olvido. Al volver a casa de las reuniones de los boy scouts, solía pasar por delante de las casas «embruadas» de la época victoriana de la avenida Hawthorne recordándome mí mismo: «Los fantasmas no existen, los muertos están muertos»; sin duda, este último pensamiento era el más aterrador de los dos. Hoy es pensar que los muertos no están muertos lo que hace que se me aflojen las rodillas. Pienso: «¡El funeral fue otra trampa! ¡Está viva! ¡De una forma u otra, reaparecerá!» . En el pueblo, al atardecer, a veces imagino que miraré hacia la lavandería y la veré llenando una lavadora con prendas sucias que van sacando de una bolsa. En el pequeño bar que frecuento para tomar café, me quedo a veces sentado a la barra, pensando que Maureen entrará por la puerta como si hubiese sido catapultada, señalándome con el dedo:

—¿Qué haces aquí? ¡Me has dicho que nos encontraríamos en el banco a las cuatro!

—¿A las cuatro? ¿A tí?

Y ya estamos otra vez con lo mismo.

—¡Estás muerta —le digo—, no puedes encontrarte con nadie en ningún banco si estás muerta!

Pero como habrás observado, todavía hoy sigo manteniendo la distancia con las estudiantes jóvenes y guapas que entran a comprar champú para lavarse su largo cabello. ¿A quién se le puede ocurrir acusar a un niño de diez años de ser un reconocido seductor de jóvenes universitarias? Y, ya que hablamos de ello, ¿quién ha oído hablar alguna vez de una querellante que no es más que cenizas? Me recuerdo a mí mismo que está muerta, que todo aquello ya ha pasado. Pero ¿cómo puede ser? Desafía toda credulidad. Si en una novela realista el héroe se salvara gracias a algo tan fortuito como la muerte repentina de su peor enemigo, ¿qué lector inteligente sería capaz de contener una incredulidad al menos temporal? «Demasiado fácil —murmuraría—, y además fantástico». Cumplimiento de deseos mediante la ficción, la ficción al servicio de los propios sueños. No es como la Vida Real. Y yo estaría de acuerdo. La muerte de Maureen

no fue como la Vida Real. Esas cosas sencillamente no suceden, salvo cuando suceden. (Y a medida que pasa el tiempo y envejezco, descubro que suceden cada vez con más frecuencia).

Envío con este texto dos xerocopias de dos cuentos que he escrito aquí, ambos más o menos sobre el mismo tema. Te darán una idea de por qué estoy aquí y qué estoy haciendo. Hasta ahora nadie los ha leído, salvo mi editor. Hizo algunos comentarios elogiosos sobre los dos relatos, pero, como es natural, lo que le gustaría ver es la novela para la cual la editorial me dio un anticipo de veinte mil dólares cuando era un niño prodigio. Sé bien cuánto le gustaría verla terminada, puesto que, mostrando una gran discreción y buena disposición, siempre se ha abstenido de mencionarla. Sin embargo, se delató al preguntarme si « En busca del desastre» (uno de los dos cuentos que le envié) se vería tal vez ampliado en una obra más extensa, ambientada en Italia, sobre un Zuckerman cargado de remordimientos y su bella hijastra: se trata de las típicas reflexiones posfreudianas sobre motivos inspirados en *Anna Karenina* y *Muerte en Venecia*. « ¿Es esto lo que piensa usted hacer, o continuará escribiendo variaciones sobre Zuckerman hasta haber construido una especie de fuga completa en el género de la ficción? ». « Sí, esas ideas son muy buenas —tuve que decirle al hombre, que estaba allí con mi cheque en la mano—, pero lo que estoy haciendo podría describirse más bien como un modo de intentar abrirme camino a puñetazos desde el interior de una bolsa de papel ». « En busca del desastre » es una meditación poscataclísmica imaginaria sobre mi matrimonio, ni más ni menos. Y si la mitología personal de Maureen fuese la verdad biográfica, ¿qué? Supongamos que es así, y supongamos aún mucho más. Desde un punto de vista spielvogeliano, puede leerse incluso como una leyenda compuesta a petición y por influencia del superego, como mis aventuras vistas por sus ojos. Del mismo modo, « Candor juvenil » sería un idilio cómico en homenaje a un ello pánico y aún impune. Al ego le queda adelantarse y presentar a su vez su defensa, a fin de que todos los participantes en el complot para robarme la vida tengan su día de gloria ante la justicia. Ahora, mientras abrigo esta idea, caigo en la cuenta de que la narración no ficticia en la cual estoy trabajando en este momento podría interpretarse exactamente así: el «yo» que acepta su papel como cabecilla del complot. Si es este el caso, una vez que se haya escuchado a todos los testigos y se haya dictado una rápida sentencia, se enviará a los conspiradores a las instituciones correccionales apropiadas. Me ofreces tu piscina. El guarda penitenciario Spielvogel, mi expsicoanalista (cuyo trabajo estoy

haciendo, como ves, además del mío propio), sugeriría que el trío de bandidos le fuesen confiados a él para ser tratados en su elegante cárcel de la confluencia entre la Ochenta y nueve y Park Avenue. Al demandante en este juicio no le importa en realidad dónde tendrá lugar, ni cómo, siempre que los condenados aprendan bien la lección y NO VUELVAN A HACERLO NUNCA. Lo cual no es muy probable, puesto que estamos ante un trío bastante traicionero, y el hecho de que se les haya confiado mi bienestar es para mí la fuente de una preocupación constante y profunda. Hecho ya un circuito completo junto a ellos, preferiría confiar mi destino a los hermanos Marx o a los Tres Chiflados; payasos, sí, pero que al menos se quieren entre ellos. P. D.: No interpretes de un modo personal al hermano de «Candor juvenil» ni a la hermana de «En busca del desastre». Son hermanos imaginarios que sirven a los designios de la ficción. Si alguna vez me sentí superior a ti y tu manera de vivir, ya no es así. Además, es a ti a quien debo mi carrera literaria. Una tarde, durante un paseo, mientras trataba de imaginar cómo me inicié en este tipo de trabajo, me acordé de nosotros —yo tenía seis años y tú, once— esperando en el asiento de atrás del coche a que papá y mamá terminaran sus compras del sábado por la noche. Todo el tiempo usabas una palabra que me pareció lo más cómico que había oído nunca, y cuando viste cuánto me divertía, seguiste repitiéndola aunque yo te suplicaba, desde el suelo del automóvil, donde me revolcaba de risa, que no la dijeras más. Creo que la palabra era «melón», usada como sinónimo de cabeza. Fuiste implacable: no sé cómo te las ingeniaste para meterla en cada frase que pronunciabas. Al final, mojó los pantalones por la risa. Cuando volvieron papá y mamá, yo estaba indignado contigo y llorando. «Ha sido culpa de Joannie», exclamé, después de lo cual papá me informó de que era humanamente imposible que una persona se orinase en los pantalones de otra. Pero él sabía muy poco del poder del arte.

Inmediata respuesta de Joan:

Te agradezco tu larga carta y los dos cuentos, tres ingeniosos textos que surgen del mismo pozo que es tu cabeza. Cuando aquella mujer te hizo lo que te hizo, la verdad es que lo hizo a conciencia. No hay límite para tu conciencia culpable. ¿No hay ninguna otra fuente de inspiración para tu arte? Aquí van unas cuantas observaciones sobre la literatura y la vida. 1. No tienes por qué esconderte en el bosque como un fugitivo de la justicia. 2. Tú no la mataste, bajo ningún concepto,

forma ni circunstancia. A menos que haya algo que yo ignore. 3. Haberle pedido a una chica guapa que tuviese relaciones sexuales con un pepino en tu presencia no tiene ninguna importancia, moralmente hablando. Todos tenemos nuestros caprichos. Seguramente le alegraste el día (si fuiste tú). Lo relatas en la historia de tus días de «Candor juvenil» con toda la fanfarronería de un chico travieso que sabe que ha hecho mal y ahora espera su castigo conteniendo el aliento. *Algo equivocado*, Peppy, es un picahielos, no una cucurbitácea; *algo equivocado* es por la fuerza, o con niños. 4. En realidad no apruebas mi manera de vivir, y menos aún si la comparas con la de Morris; pero, como se suele decir, es problema tuyo, colega. (Y problema del hermano Moe. Y de otros. Anécdota ilustrativa: Hace unas seis semanas, el suplemento dominical acababa de publicar una nota con fotografías en color de nuestro nuevo chalet para esquiar en Squaw Valley; a medianoche, recibí una llamada telefónica de una misteriosa admiradora. Una dama. «¿Joan Rosen?» «Sí». «Voy a contarle a todo el mundo lo que es usted». «¿Sí? ¿Qué soy?» «Una judía del Bronx. ¿Por qué tratas de ocultarlo, Joan? Si lo llevas escrito en todo tu ser, perra farsante»). Así que no acepto a ninguno de esos dos hermanos ficticios como míos. Yo sé que no puedes escribir sobre mí. No puedes lograr que la felicidad suene como algo real. Y un matrimonio feliz entre dos personas que trabajan es algo tan afín a tu talento y a tus intereses como podría serlo el tema del espacio exterior. Sabes que admiro tu obra (y me gustan los dos cuentos, cuando logro olvidar por un instante lo que revelan de tu estado de ánimo), pero el hecho es que serías incapaz de crear una Kitty y un Levin aunque tu vida dependiera de ello. Tu imaginación (guiada por tu vida) se mueve en la dirección opuesta. 5. Comentario al margen («En busca del desastre»): Nunca he oído hablar de nadie que se hubiese suicidado con un abrelatas. Horriblemente sangriento e increíblemente arbitrario, a menos que se me haya escapado algo. 6. Sólo por curiosidad: ¿Maureen fue seducida por su padre? Nunca he tenido la impresión de que fuese alguien con un trauma así. 7. Después de la «narración no ficticia» sobre el tema, ¿qué? ¿Una saga en dísticos decasílabos? Sugerencia: ¿por qué no ciegas ese pozo y buscas inspiración en otro lugar? Hazte un favor (si estas palabras significan algo para ti), y OLVÍDALO. Sigue tu camino. ¡Ven a California, hombre! P. D.: los dos comentarios que te adjunto son para que te sirvan de estímulo (y deben ser tomados en conjunto, como sucede en tu estilo narrativo: si quieres ver infortunio, observa cómo funciona ese matrimonio). La primera me fue dirigida por Lane Coutell, de

veinticuatro años, nuevo editor adjunto de *Bridges* (apuesto y soberbio, y en cierto modo, en este momento, más brillante de lo que sería indispensable). Tanto él como su revista, a pesar de ciertas reservas, darían cualquier cosa (salvo dinero, por supuesto, pues no lo tienen) por publicarlos, aunque dejó aclarado que para ello necesitaría comunicarse personalmente contigo. Lo que yo quise saber fue cómo reaccionaría una persona inteligente que no conociese tu verdadera historia al conocer tus reacciones respecto a ella tal como las presentas. La segunda nota es de Frances Coutell, su esposa, que en este momento se encarga de la parte administrativa de *Bridges*. Es una belleza delicada, insípida, de veintitrés años, llena de aspiraciones espirituales, además de una masoquista romántica que, como ya habrás adivinado, se ha enamorado de ti sin conocerte, y ello a pesar de que no le caes nada simpático. La literatura produce efectos diferentes en las diferentes personas, lo mismo que el matrimonio.

1

Querida Joan: Como sabes, yo no estuve entre quienes se dejaron conquistar por la célebre primera novela de tu hermano. La encontré demasiado moral, demasiado decorosa y contenida en el aspecto formal, y demasiado grandilocuente e intencionada en la presentación del Serio Problema Moral Judío. Evidentemente, era una novela madura para ser la primera... demasiado evidentemente: era la obra de un estudiante de literatura aprisionado dentro del chaleco de fuerza de la ficción como medio de probar que se tiene razón y de hacer un despliegue de inteligencia. A mi juicio, el libro es en muchos aspectos un resabio de los de la década de los cincuenta. El tema de Abraham e Isaac, lleno de ecos kierkegaardianos, apesta, si me permites la expresión, a esos departamentos de literatura inglesa situados en las estribaciones superiores del Himalaya. Lo que me gusta de los nuevos cuentos, y la razón por la cual representan, a mi juicio, un tremendo progreso con respecto a la novela, es que, a mi modo de ver, son un ataque directo, y en gran parte consciente de sus dos puntas de lanza, contra el autor prematuramente solemne y cargado de elevados principios de *Un padre judío*. Tal como yo lo entiendo, en «Candor juvenil» el ataque es frontal, directo, y se efectúa a través de la sátira social, y, de forma más notable, mediante lo que yo llamaría una pornografía tierna, muy distinta, digamos, de la pornografía de un Sade o de un Terry Shouthern. Para el autor de esa primera novela tan solemne, una narración como «Candor juvenil» es ni más ni menos que una blasfemia. Debemos ofrecerle una calurosa felicitación por

haber triunfado, al menos en este caso, sobre la piedad represiva y el popular *angst* judíos. «En busca del desastre» es un caso algo más complicado, y, por lo tanto, de menor excelencia en un sentido literario puro. A mí me gustaría interpretarla como un ensayo crítico disimulado, algo que Tarnopol ha escrito sobre su primera novela, tan sobreestimada, y como un comentario y un juicio sobre toda la exhibición de principios que constituye el tema de *Un padre judío*, una exhibición que es su mayor fallo. Haya sido o no intención de Tarnopol, en el acendrado cariño de Zuckerman hacia Lydia, con su falta de alegría, su falta de sexualidad, sus escrúpulos, sus demenciales motivaciones éticas, veo una especie de alegoría sobre Tarnopol y su musa. En la medida en que esto es exacto, en la medida en que el carácter de Zuckerman encarna y representa la imaginación «moral» mal dirigida y morbosa que dio origen a *Un padre judío*, es absorbente. En la medida en que Tarnopol vuelve a recurrir a su afición al *angst*, con todo lo que ello implica de «conmoción» del lector, considero que el relato es retrógrado, sin interés, tedioso. Además, sugiere, en fin, que el aspecto convencional (rabínico) de este autor continúa dominando completamente todo lo que es audaz y peculiar en su talento. Sin embargo, sean cuales sean mis reservas, «En busca del desastre» merece ser publicado, sin ninguna duda, junto con «Candor juvenil», relato que, a mi juicio, es la obra de un Tarnopol completamente nuevo que ha logrado objetivar, sacándolo de su interior, al moralista de elevados principios (y es de esperar que lo haya desterrado a Europa para siempre, para que viva allí su noble tristeza, con todos los demás «centros culturales y lugares de interés literarios»). Es decir, ha comenzado, por fin, a jugar con lo frívolo, lo caprichoso y lo irreverente que hay dentro de sí mismo. Si Sharon Shatzky es la nueva musa de tu hermano y el pepino su varita mágica, cabe esperar, quizá, una obra más valiosa en lugar de más ficción de esa que llamamos «conmovedora». Lane.

2

Joan: Aquí va mi modesto aporte, sólo porque el cuento que más le ha gustado a L. es a mi juicio pretencioso, cruel e indignante, y mucho más por el hecho de ser tan inteligente y conseguido. Es pura basura sádica, y rezo, sí, rezo para que *Bridges* no lo publique. El Arte es perdurable, pero la vida de una pobre revista literaria es breve, demasiado breve para esto. Me parece odioso lo que hace con esa estudiante de suburbio, y no me refiero a lo que hace Zuckerman (el previsible hijo pródigo especializado en letras), sino a lo que hace el

autor, que es simplemente retorcerle el brazo hasta inmovilizarlo y decirle: «Tú no eres mi igual y nunca podrás serlo, ¿comprendes?» . ¿Quién se imagina que es, dicho sea de paso? ¿Y por qué habría de querer hacer semejante cosa? ¿Cómo puede el hombre que escribió «En busca del desastre» haber escrito una historia tan desalmada y mezquina como ésta? ¿Y viceversa? Porque la historia más larga es desgarradora, y me parece (en contra del frío análisis de L.) que precisamente *por eso* es tan eficaz. Me conmovió hasta las lágrimas (aunque, claro está, no lo sometí a cirugía cerebral). Llegué a sentir la admiración más profunda hacia el hombre que había sido capaz de concebir, por no hablar de escribir, una historia así. La mujer, la hija, el marido, son dolorosamente reales (estoy segura porque él me ha dado esta seguridad) y no los olvidaré nunca. Y en ella Zuckerman es totalmente real, comprensivo, interesante, un observador en el que se puede creer, además del centro de la emoción: en fin, todas las cosas que se debe ser. Extrañamente, he sentido simpatía por todos, incluso por los peores. La vida es terrible. Tuya, Franny.

P. D.: Disculpame por haber dicho que algo escrito por tu hermano es odioso. No lo conozco. Y creo que no quiero conocerlo. Ya tenemos bastantes Jekyll y Hydes por aquí. Tú eres más adulta que yo. Dime una cosa: ¿Qué les ocurre a los hombres? ¿Qué es lo que quieren?

Mi hermano Morris, a quien también enviaron copias de mis últimos cuentos como respuesta a una carta donde se interesaba por mi estado, hizo a su vez unos cortantes comentarios sobre «En busca del desastre», comentarios no muy diferentes a los de Joan.

¿Qué os pasa a vosotros, los escritores judíos? ¿Madeleine Herzog, Deborah Rojack, la guapa castradora de *Después de la caída*, y luego la apetecible *shiksa* de *Una nueva vida*, una *kvetchs* y, para colmo, sin pechos? Y ahora, para mayor deleite de los rabinos y del público lector, Lydia Zuckerman, la chica cristiana. Sopa de pollo en todas las ollas, una Grushenka en cada garaje. Con todas las *Damas morenas* entre las cuales elegir, vosotros los *luftmenschen* las eligen a conciencia. Peppy, ¿por qué sigues malgastando tu talento en ese punto muerto? Déjala a su suerte, por favor. Tengo que dar una charla en la Universidad de Boston a finales de mes, no lejos de donde estás. Si aún sigues en esa montaña, baja y quédate en el Commander conmigo. El tema de mi conferencia es «Racionalidad, planificación y postergación de la satisfacción de los deseos». No te vendría nada mal

oírme hablar de los puntos a y b; acerca del c, ¿aceptarías tú, candidato destacado entre los que aspiran al premio máximo de la División de Novelistas Judíos, reconocida por su alto espíritu competitivo, hacer una demostración del tipo cinturón negro sobre dicho punto ante los estudiantes de los cursos de conducta social? ¡Peppy, basta ya de esa mujer!

Allá por 1960, después de una conferencia pública que yo había dictado en Berkeley (mi primera conferencia), Joan y Alvin dieron una fiesta en mi honor en la casa que entonces tenían en Palo Alto, sobre una colina. Maureen y yo acabábamos de regresar a Estados Unidos después de pasar nuestro año en la Academia Norteamericana de Roma, y yo había aceptado un contrato por dos años como «escritor residente» en la Universidad de Wisconsin. En los doce meses anteriores me había convertido, según un artículo aparecido en la sección literaria de la edición dominical del *Times*, en el «niño prodigio de la literatura norteamericana». Mi primera novela, *Un padre judío*, me había valido el Premio de Roma de la Academia Norteamericana de Artes y Letras, una beca Guggenheim de tres mil ochocientos dólares y la posterior invitación a dar clases en Wisconsin. No esperaba menos. No era mi buena suerte lo que me sorprendía a los veintisiete años.

Joan y Alvin habían invitado a sesenta o setenta personas para que me conocieran. Maureen y yo nos habíamos ido cada uno por su lado poco después de llegar a la fiesta, y cuando volvió a reunirse conmigo yo estaba conversando, con cierta timidez, con una chica muy guapa y seductora que tenía más o menos la misma edad que yo. Debo decir, en este punto, que mi timidez se debía precisamente al temor a la escena de furia celosa que mi proximidad a una mujer sexualmente tan atractiva provocaría sin remedio.

De entrada, Maureen actuó como si yo no estuviese con nadie; me dijo que quería irse, que todos aquellos «farsantes» eran más de lo que podía soportar. Fingí no haber oído el comentario: no sabía qué otra cosa podía hacer. ¿Sacar una espada y cortarle la cabeza? En aquella época no llevaba espada. Sólo una cara pétrea. La hermosa joven, a juzgar por lo pronunciado de su escote, era bastante audaz marcando rumbos en materia de gusto. Mientras yo estaba demasiado incómodo para hacer averiguaciones de carácter personal, aquella chica me preguntaba quién era mi editor. Le dije su nombre, y añadí que además era un buen poeta. «Oh, ¿cómo has podido...?», murmuró Maureen, y de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas, y al instante se volvió y desapareció en un cuarto de baño. En pocos minutos localicé a Joan y le dije que Maureen y yo teníamos que irnos. Habíamos tenido un día muy ajetreado y Maureen no se sentía bien.

—Pep —me dijo Joan—, ¿por qué te haces esto?

—¿Me hago qué? —pregunté.

—Me refiero a ella —repuso mi hermana. Fingí no saber a qué se refería; me limité a mostrarle mi cara de piedra. En el taxi que nos llevaba al hotel, Maureen lloró como un bebé, golpeando una y otra vez con los puños sus rodillas y las mías.

—¿Cómo has podido avergonzarme de ese modo...? ¿Cómo has podido decir eso, cuando yo estaba a tu lado?

—¿Decir, qué?

—¡Lo sabes muy bien, Peter! ¡Decir que *Walter* es tu editor!

—*Walter* es mi editor.

—¿Y yo? —exclamó Maureen.

—¿Tú?

—¡Yo soy tu editora! ¡Lo sabes muy bien! ¡Sólo que te niegas a admitirlo! Yo leo cada palabra que escribes, Peter. Te hago sugerencias. Corrijo tu ortografía.

—Hablas de errores al escribir a máquina, Maureen.

—¡*Pero yo los corrijo!* ¡Para que luego una zorra con dinero te ponga las tetas en la cara y te pregunte quién es tu editor y le digas que es *Walter*! ¿Por qué me infravaloras así...? Oh, ¿por qué has hecho algo así en presencia de esa idiota? ¿Simplemente porque casi se te estaba echando encima con sus grandes tetas? ¡Yo las tengo tan grandes como ella! ¡Tócamelas alguna vez y lo verás!

—Maureen, no volvamos a esto, a esto no.

—¡Sí, volvamos! ¡Otra vez, y otra! ¡Porque tú no cambias!

—¡Pero ella hablaba de mi editor de la editorial!

—¡Yo soy tu editora!

—¡No eres mi editora!

—¡Dirás que tampoco soy tu mujer! ¿Por qué te avergüenzas tanto de mí? ¡Y nada menos que delante de todos esos farsantes! ¡Gente que ni siquiera te miraría si este mes no hubieras aparecido en portada! ¡Oh, qué infantil eres! ¡Qué niño! ¡Egocéntrico sin remedio! ¿Es que siempre desearás ser el centro de *todo*?

A la mañana siguiente, antes de salir hacia el aeropuerto, Joan llamó por teléfono para despedirse.

—Estamos aquí —me dijo.

—Lo sé.

—Si quieres venir y quedarte...

—Bueno, gracias —le dije en un tono tan formal que parecía que la invitación provenía de un perfecto extraño—, puede que alguna vez acepte.

—Me refiero a ti, Peppy. Sólo a ti. No tienes por qué sufrir así, Peppy. No pruebas nada con ser tan desgraciado, absolutamente nada.

En cuanto colgué, Maureen me dijo:

—La verdad es que podrías conseguir las mujeres más guapas, ¿verdad, Peter...? Con tu hermana haciendo de Celestina... ¿Cómo le gustaría eso...!

—Dime, ¿de qué diablos estás hablando *ahora*?

—De esa expresión desvalida que hay en tu cara, como si estuvieras pensando: «Ah, si no estuviera atado a esta bruja, cuánto me divertiría acostándome con todas hasta cansarme, con todas esas ingenuas sin seso que charlan sin parar».

—¿Otra vez, Maureen? ¿Otra vez? ¿No puedes dejar de tocar el tema por lo menos durante veinticuatro horas?

—¡Entonces, dime algo sobre esa mujer de anoche, la que quería saber quién era tu *editor*! Sin duda, estaba muy interesada en ello. Vamos, Peter, sé sincero, ¿no te gustaría acostarte con ella? No podías apartar los ojos de sus tetas.

—Puede que haya reparado en ellas. ¡Puede que sí! Aunque no tanto como tú, Maureen.

—¡Ah, no ejercites tu ingenio sardónico conmigo! ¡Admítelo! Querías acostarte con ella. Te *morías* por follar con ella.

—Te diré la verdad: estaba casi catatónico a su lado.

—¡Sí, *conteniendo esa maldita lujuria*! ¡Qué esfuerzo contenerla... con todas, menos conmigo! ¡Admítelo, di la verdad *por una vez*, si yo no hubiese estado allí, habrías vuelto con ella a este mismo hotel! ¡A esta misma cama! ¡Y a ella al menos le habrías hecho el amor anoche! ¡Que es más de lo que yo puedo decir! Ah, ¿por qué deseas a todas las mujeres de este mundo *excepto a tu propia mujer*?

Mi familia... En marcado contraste con Joan y Alvin, y sus hijos Mab, Melissa, Kim y Anthony, están mi hermano mayor, Morris, su mujer, Lenore, y los mellizos, Abner y Davey. En casa de éstos la preocupación social predominante no tiene que ver con la acumulación de bienes, sino con los medios por los cuales la sociedad podría facilitar una distribución más equitativa de los mismos. Morris es una autoridad en cuanto a naciones subdesarrolladas. Sus viajes a África y al Caribe se realizan bajo el patrocinio de la Comisión de las Naciones Unidas para la Rehabilitación Económica, uno de los muchos organismos internacionales en los cuales Moe actúa como consultor. Es un hombre que se preocupa por todo, pero (a excepción de su familia) por nada tanto como por la desigualdad social y económica. La hoy célebre «cultura de la pobreza» ha sido siempre una obsesión desgarradora para él, desde la época en que trabajaba en la Junta Judía de Bienestar Social del Bronx, y volvía a casa maldiciendo de frustración. Durante los últimos años de la década de los treinta, trabaja allí durante el día y por la noche asistía a la Universidad de Nueva York. Después de la guerra se casó con una estudiante que lo adoraba, hoy una mujer toda bondad, fiel, nerviosa, callada, que hace algunos años, cuando los mellizos empezaron a ir a la guardería, se matriculó en la Escuela de Biblioteconomía de la Universidad de Columbia para obtener una licenciatura. Actualmente es bibliotecaria en una instalación municipal. Los mellizos tienen quince años. El año

pasado, los dos se negaron a abandonar el instituto público del sector oeste de Nueva York para asistir al Horace Mann, privado. Durante dos días seguidos, fueron atacados y despojados del escaso dinero que llevaban por unos portorriqueños que han llegado a aterrorizar a todo el que se tropiezan por pasillos, cuartos de baño y canchas de baloncesto del instituto. A pesar de ello, se han negado a convertirse en «hipócritas de escuela privada», término con el cual describen a sus amigos de la vecindad, hijos e hijas de profesores de la Universidad de Columbia que han sido retirados por sus padres de las escuelas públicas. A Morris, que siempre está preocupado por la seguridad física de sus hijos, éstos le gritan indignados: «¿Cómo puedes tú, precisamente tú, proponer que vayamos al Horace Mann? ¿Cómo puedes traicionar tus propios ideales? ¡Eres igual al tío Alvin! ¡Peor!».

Moe, como él mismo dice, es el único culpable de estos despliegues de moralidad heroica. Desde que los chicos fueron capaces de comprender una oración completa, ha estado compartiendo con ellos su desengaño por la forma en que se administra un país como el suyo, tan rico. La historia de la época de la posguerra, con especial énfasis en la continuidad de la injusticia social y la creciente represión política, era la esencia de los cuentos que oían antes de dormirse. En lugar de «Blancanieves y los siete enanitos», las extrañas aventuras del diputado Martin Dies y del Comité de Actividades Antinorteamericanas; en lugar de «Pinocho», el senador Joe McCarthy; en lugar del «tío Remus», con sus leyendas del Sur, las de Paul Robeson y Martin Luther King. No recuerdo haber comido nunca en casa de Moe sin que él estuviese dirigiendo una especie de seminario de política de izquierda para sus dos hijos, que comían, voraces, su estofado y su *kasha*: los Rosenberg, Henry Wallace, Leon Trotsky, Eugene Debs, Norman Thomas, Dwight McDonald, George Orwell, Harry Bridges, Samuel Gompers... algunos de los nombres que suelen ser mencionados entre el aperitivo y el postre, mientras se vela por que cada uno coma lo que le sienta bien, y se aboga por las verduras, y se advierte contra la costumbre de beberse la gaseosa muy deprisa, y se verifica el contenido de todas las fuentes para asegurarse de que hay *bastante*.

—¡Siéntate! —dice a gritos a su mujer, que ha estado de pie todo el día, y como un enorme delantero que corre tras un tiro lento, corre hacia la cocina a traer otro cuarto de kilo de mantequilla de la nevera.

—¡Un vaso de agua fría, papá! —grita Abner—. ¿Quién quiere más agua fría? ¿Peppy? ¿Quieres más cerveza? La traeré, por si acaso...

Con las enormes manos llenas, vuelve a la mesa, distribuye la mercancía, hace señas a los chicos para que sigan hablando, escucha atentamente a los dos, al que afirma que Alger Hiss *tiene* que haber sido un espía comunista, y al otro, que, con una voz más estridente aún que la de su hermano, trata de llegar a asimilar el hecho de que Roy Cohn es judío.

A esta casa fui a derrumbarme. Moe, a petición mía, llamó por teléfono a Maureen la noche después del incidente del Brooklyn College para decirle que me había sentido mal y estaba descansando en la cama, en su apartamento. Maureen quiso hablar conmigo. Cuando Moe le dijo que no podía hablar, ella replicó que tomaría el primer avión y se presentaría allí. Moe le dijo:

—Mira, Maureen, ahora no puede ver a nadie. No está en condiciones.

—¡Soy su mujer! —le recordó ella.

—No puede ver a *nadie*.

—¿Qué sucede ahí, Moe, a mis espaldas? No es un niño, por mucho que *vosotros* lo creáis. ¿Me oyes? ¡Exijo hablar con mi marido! ¡No acepto interferencias de alguien que pretende hacer de hermano mayor de un hombre que ha ganado el Prix de Rome!

Pero mi hermano mayor no se intimidó y colgó el teléfono.

Al cabo de dos días de ocultarme detrás de su mole, le dije a Moe que ya me encontraba «normal» y que iba a volver a Wisconsin. Habíamos alquilado una cabaña de madera para el verano en el extremo de la península de Michigan, y yo estaba ansioso por salir del apartamento de Madison e instalarme en pleno bosque. Añadí que tenía que continuar con mi novela. «Y volver junto a tu amada», me recordó mi hermano.

Moe nunca había ocultado la poca simpatía que sentía por Maureen; sostenía que era porque, en contraste con su propia mujer, ella era, primero, cristiana, y segundo, pensaba por sí misma. Cuando Moe hizo aquel comentario traté de poner la misma cara de piedra que le ponía a mi hermana cuando criticaba mi matrimonio o a mi mujer. Todavía no le había contado a Moe, ni a nadie, lo que dos meses antes había sabido por Maureen acerca de las circunstancias de nuestra boda, y tampoco acerca de mis relaciones con una alumna, relaciones que Maureen había descubierto. Me limité a decir: «Es mi mujer».

—¿Así que hoy has hablado con ella?

—Es mi mujer, ¿qué quieres que haga?

—Te llamó por teléfono y tú levantaste el auricular y hablaste con ella.

—Hablamos, sí, eso es.

—¡Serás gilipollas...! Hazme un favor, ¿quieres, Peppy? ¡Estás en un estado lamentable! ¡Has sufrido una crisis nerviosa hace apenas *dos* días! No quiero que mi hermano menor termine con una depresión, ¿*comprendes*?

—Ya estoy bien.

—¿Es eso lo que te ha dicho tu mujer por teléfono?

—Moe, déjame en paz. No soy una frágil florecilla.

—Sí que eres una frágil florecilla, *putz*. ¡Eres la florecilla más frágil que he visto en mi vida! Oye, Peppy, tú eras un muchacho extraordinario, muy dotado. Tienes que saberlo. Viniste al mundo con un sistema de radar extenso, complicado, hipersensible, algo extraordinario, y entonces apareció Maureen,

una especie de aeroplano de pacotilla que se estrelló en pleno centro de ese radar, y todo el sistema se fue al garete. ¡Y, por lo que veo, sigue así!

—Tengo veintinueve años, Moe.

—¡Pero sigues siendo peor que mis hijos de quince! ¡Por lo menos a ellos los matarán en nombre de un noble ideal! En cambio, a ti no te comprendo... Tratas de actuar como un héroe con una zorra que no vale *nada*. ¿Por qué, Peppy? ¿Por qué destruyes tu vida, tan joven, por *ella*? El mundo está lleno de mujeres buenas y generosas y guapas que estarían encantadas de estar con un chico como tú. ¡Peppy, antes las tenías por docenas!

Pensé (y no por vez primera esa semana) en una de aquellas chicas jóvenes, buenas y guapas, mi estudiante de veinte años Karen Oakes, cuyo gran pecado había sido liarse con un Barba Azul como yo. Esa tarde, durante nuestra quinta conversación telefónica en una hora, Maureen me había amenazado con provocar un escándalo en la universidad por lo de Karen, «esa chiquilla tan cariñosa, con su bicicleta y sus trencitas, que se la chupa a su profesor de escritura creativa», si no tomaba el primer avión y volvía a casa «inmediatamente». Pero si yo pensaba regresar no era para evitar que sucediera lo peor. No, aunque al hacer lo que me mandaba y volver a casa pudiese evitar algún acto de venganza salvaje, no me engañaba creyendo que mi convivencia con Maureen pudiese mejorar. Volvía para determinar cómo sería mi vida cuando empeorase aún más. ¿Cómo terminaría todo? ¿Me era posible imaginar el gran final? Sí, podía imaginarlo. En los bosques de Michigan hablaría a gritos de Karen, y yo le abriría de un hachazo su cabeza de loca, es decir, si ella no me apuñalaba primero por la espalda mientras dormía o envenenaba mi comida. Pero, de un modo u otro, *yo sería vengado*. En efecto, era así como veía el desenlace. Para entonces no tenía más noción de alguna alternativa razonable que un personaje de un melodrama o de una pesadilla. Como si alguna vez hubiese tenido una alternativa a su lado.

Nunca llegué a Wisconsin. A pesar de mis protestas, Moe bajó conmigo en el ascensor, se metió en el taxi conmigo y me acompañó durante todo el trayecto al aeropuerto de La Guardia. Esperó detrás de mí junto al mostrador de la Northwest. Cuando le llegó el turno, compró un asiento junto al mío en el avión que debía llevarme a Madison.

—¿También piensas dormir en nuestra cama? —le pregunté, enojado.

—No sé si dormiré —repuso—, pero, si es necesario, me meteré en ella.

Ante eso, me derrumbé por segunda vez. En el taxi de regreso en Manhattan, en medio de sollozos entrecortados, le conté el engaño a que había recurrido Maureen para que me casara con ella.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó—. ¡Debo decir que te has tropezado con una verdadera profesional, hermano!

—¿Tú crees? ¿Lo crees de verdad?

Tenía la cara apretada contra el pecho de Moe y él me abrazaba.

—Y todavía pensabas volver con ella —dijo, ahora con profundo pesar.

—Iba a matarla, Moe.

—¿Tú? ¿*Tú*, matarla?

—Sí, ¡con un hacha! ¡Con mis propias manos!

—Seguramente, seguramente. ¡Pobre, pobre imbécil! ¡Imbécil pisoteado! ¡Seguramente ibas a matarla!

—¡Sí, iba a matarla! —tartamudeé entre sollozos.

—Oye, eres igual que cuando eras pequeño. Sabías dar, pero no sabías tomar. Ahora, para colmo, tampoco sabes dar. Ah, ¿por qué? ¿Qué te ha sucedido? El mundo no resultó ser como la clase de sexto curso de la Escuela Pública N.º 3, eso es lo que sucedió. En esa época volvía a casa para comer una gruesa rebanada de pan de centeno con fiambre, después de un día de dejar maravillados a todos los maestros. No te preparaste para recibir golpes, Peppy.

Aún llorando, pero ahora con amargura, le pregunté:

—¿Acaso se prepara alguien?

—Pues, a juzgar por lo que cuentas, tu mujer recibió una buena preparación en la materia, y sospecho que tenía planeado pasarte la antorcha olímpica. Por lo que dice cuando habla por teléfono, yo diría que es una de las grandes autoridades en la materia.

—¿Sí?

¡Saben?, al volver ese día del aeropuerto me sentía como alguien a quien informan de lo que ha ocurrido en el mundo después de un período sabático en Marte. Era como si acabase de bajar de una nave espacial, o bien de la popa de un barco de inmigrantes, tan ingenuo, tan perdido, tan raro y confuso me sentía.

A última hora de la tarde estaba en el consultorio del doctor Spielvogel. Moe me esperaba afuera, en la sala de espera, como esos matones encargados de manejar por la fuerza a los que montan jaleos en los bares; allí estaba Moe, con los brazos cruzados y los pies sólidamente apoyados en el suelo, velando por que no se me ocurriera escapar e ir al aeropuerto. Por la noche, Maureen estaba volando al este. Hacía menos de dos días que había notificado al jefe de mi departamento de la facultad que no volvería a mi empleo en otoño. A finales de semana, después de varios intentos infructuosos de entrar en el apartamento de Moe, Maureen había regresado a Madison, sacado nuestras cosas de nuestro apartamento, y vuelto por segunda vez a Nueva York. Se instaló en un hotel para gente de paso en la parte baja de Broadway, y allí pensaba quedarse, dijo, hasta que yo saliera de debajo de las faldas de mi hermano y volviera con ella. Si eso no ocurría, añadió, haría por medio de la justicia lo que yo estaba «obligándola» a hacer. Por teléfono me dijo (cuando sonó, levanté el auricular, a pesar de las recomendaciones de Moe) que mi hermano «odiaba a las mujeres» y que mi nuevo psicoanalista era un «farsante».

—Ni siquiera está autorizado a ejercer, Peter —dijo refiriéndose a Spielvogel—. Me informé sobre él. Es un curandero europeo, que ejerce aquí sin ningún título. No pertenece a ningún instituto psicoanalítico. ¡Con razón te dice que abandones a tu mujer!

—¡Mientes otra vez, Maureen! ¡Te has inventado todo eso! Eres capaz de decir cualquier cosa.

—¡El mentiroso eres *tú*! ¡Tú eres el traidor! ¡Tú eres quien me engañó con esa estudiante tuya! ¡Estuviste unos meses con ella a mis espaldas!

—¿Y qué hiciste tú para que me casara contigo? ¿*Qué hiciste?*

—Oh, ya sabía que no debería haberte contado *eso*. ¡Sabía que algún día lo usarías contra mí para justificar tu conducta y tus asquerosas infidelidades! ¿Cómo puedes dejar que esas dos personas te vuelvan contra tu propia mujer, cuando es todo culpa tuya, cuando eras tú quien iba acostándose a diestro y siniestro con las estudiantes?

—No me acostaba a diestro y siniestro...

—Peter, ¡te sorprendí en plena faena con la chica de las trencitas!

—¡*Eso no es a diestro y siniestro, Maureen!* Y fuiste tú quien me volviste contra ti, con tu jodida paranoia demente.

—¿Cuándo? Me gustaría saber cuándo hice eso...

—¡Desde el principio! ¡Desde antes de que nos casáramos!

—En ese caso, ¿por qué diablos te casaste conmigo, puesto que ya entonces te resultaba tan repulsiva? ¿Para después castigarme, como lo haces ahora?

—Me casé porque me engañaste. ¿Por qué, si no?

—Pero eso no quiere decir que *tuvieras* que casarte conmigo... ¡Podrías haberte decidido por ti solo! ¡Y lo decidiste, mentiroso! ¿Ni siquiera recuerdas lo que *sucedío*? Me pediste que fuera tu mujer. Te *declaraste*.

—¡Porque, entre otras cosas, *amenazaste con matarte* si no me casaba contigo!

—¿Y vas a decirme que *me creíste*? ¿Qué? ¿De verdad creíste que iba a matarme por ti? ¡Eres un narcisista increíble! ¡Eres un maniático, un ególatra, un egoísta! ¡Realmente piensas que toda la existencia humana empieza y acaba contigo!

—¡No, no, eres tú quien piensa eso! ¿Por qué otro motivo no me dejas en paz?

—¡Joder! —se lamentó—, ¡Joder! ¿Nunca has oído hablar del *amor*?

Susan: 1963-1966

Hace ya casi un año que decidí que no me casaría con Susan McCall y puse fin a nuestra larga relación. Hasta el año pasado, casarme con Susan había sido legalmente imposible, porque Maureen seguía negándose a concederme el divorcio conforme a las leyes matrimoniales vigentes en el estado de Nueva York, o a aceptar un divorcio mexicano o en otro estado. Pero resultó que una soleada mañana (hace apenas un año). Maureen había muerto, y yo era *viudo*, un hombre al fin libre de la esposa que había tomado, de un modo completamente contrario a mis inclinaciones pero de acuerdo con mis principios, allá por 1959. Libre para casarme con otra mujer, si así lo deseaba.

El absurdo matrimonio de Susan con un graduado de Princeton también había acabado con la muerte de él. Había sido aún más corto que el mío, y también sin hijos, y ahora ella quería formar una familia antes de que fuera «demasiado tarde». Tenía más de treinta años y le preocupaba tener un hijo mongólico. No supe cuánto le asustaba la idea hasta que un día, por accidente, encontré escondidos un montón de libros de biología de segunda mano que, al parecer, había adquirido en una librería de la Cuarta avenida. Estaban guardados en una caja de cartón llena hasta arriba, en el suelo de la despensa, donde yo había entrado una mañana para coger una lata de café, cuando Susan estaba en el consultorio de su psicoanalista. Primero supuse que eran libros que había reunido hacía años en la universidad, pero luego reparé en que dos de ellos, *Nociones básicas de la reproducción humana*, de Amram Scheinfeld, y *Reproducción humana*, de Ashley Montagu, no habían sido publicados hasta después de la muerte de su marido, cuando ella ya vivía sola en su apartamento de Nueva York.

El capítulo sexto de la obra de Montagu, «Efectos ambientales sobre el desarrollo del embrión en el útero», estaba muy subrayado con lápiz negro; no podía determinar con exactitud si había sido Susan o algún anterior propietario del libro. «Los estudios sobre el desarrollo reproductivo de la mujer señalan que, desde un punto de vista general, el período óptimo durante el cual puede encarar

el proceso de la reproducción se extiende, por término medio, de los veintiún años hasta los veintiséis, aproximadamente [...] A partir de los treinta y cinco se aprecia un brusco aumento del número de niños que nacen con defectos, sobre todo del tipo conocido como “mongólico”... En el mongolismo tenemos el trágico ejemplo de lo que puede ocurrir con un sistema genético debidamente sano al ser introducido en un entorno inadecuado, con la consiguiente alteración del desarrollo del embrión». Si no era Susan quien había subrayado aquellos pasajes, era ella quien había anotado al margen, con su letra redondeada e infantil, las palabras «un ambiente inadecuado».

En toda la página sólo había un párrafo sobre los niños mongólicos que no apareciese enmarcado y subrayado con lápiz negro. No obstante, a su modo simple y eficaz ofrecía pruebas de haber sido leído con no menor desesperación. Las siete palabras que aparecían en cursiva a continuación habían sido subrayadas en el libro con un marcador amarillo de los que Susan solía usar para convencer al receptor de sus misivas de que su estado de ánimo era excelente. «Los niños mongólicos pueden tener o no un pliegue de piel sobre el ángulo interior del ojo (pliegue epicántico), o bien el concomitante aplastamiento del tabique nasal, pero tienen siempre la cabeza pequeña, la lengua partida, el pliegue palmar transversal y un pronunciado retraso intelectual. El cociente de inteligencia varía entre 15 y 29 puntos, desde la idiocia hasta el nivel superior, equivalente al de los siete años de edad. *Los individuos mongoloides son alegres y muy amigables*, y poseen a menudo una notable capacidad para la imitación y la memorización musical y de situaciones complejas, capacidad que por lo general está por encima del resto de sus aptitudes. La expectativa de vida al nacer es de unos nueve años».

Después de casi una hora hojeando estos libros en el suelo de la despensa, volví a guardarlos en la caja, y cuando esa noche vi a Susan no le hablé de ellos. No hablé de ellos con ella, pero desde entonces me acosó la imagen de Susan comprando y leyendo esos libros tanto como a ella la acosaba el temor de dar a luz a un monstruo.

Pero no me casé con ella. No dudaba que sería una esposa y madre amante y fiel, pero, como no había conseguido liberarme de un matrimonio contraído a la fuerza por medios legales, sentía un profundo temor por acabar prisionero de nuevo. Durante los cuatro meses que Maureen y yo pasamos separados, su abogado me había citado tres veces ante el juez, en un esfuerzo por conseguir que se aumentase la pensión para alimentos y que mis cuentas bancarias «ocultas» saliesen a la luz. En cada ocasión acudía, obedeciendo las instrucciones recibidas, con mis cheques anulados, mis extractos de cuenta y mis recibos de devolución de impuestos para que, acto seguido a mi llegada, me

interrogasen detalladamente sobre mis ingresos y gastos. Siempre salía de esas sesiones jurándome que nunca volvería a permitir que las autoridades determinasen mi vida, autoridades como el ciudadano hipócrita y moralista que suele ejercer de juez municipal en Nueva York. Nunca más sería tan estúpido y poco previsor como para permitirle a un ciudadano con toga negra decirme que debía «pasarme» a escribir guiones cinematográficos para ganar más dinero y poder mantener así a la esposa que había «abandonado». Desde ahora, yo decidiría con quién viviría, a quién mantendría y durante cuánto tiempo. Ya no lo haría en el estado de Nueva York, cuyas leyes matrimoniales, por lo que yo sabía, parecían haber sido creadas para mantener a una mujer casada, sin hijos, que se negaba a buscar trabajo y a renunciar al subsidio del paro, y para dar una lección al marido (¡yo!) que, según se suponía, había «abandonado» a su inocente e indefensa esposa sin ningún otro propósito que revolcarse en los antros de vicio de Sodoma. ¡Por ese precio, ojalá hubiese sido verdad!

Como mi tono indica, me había sentido más humillado y comprometido, e incluso casi desfigurado, por mi fracasado esfuerzo de divorciarme que cuando estaba casado. Durante los cuatro años de mi separación me habían seguido detectives cuando iba a comer, me habían entregado citas para comparecer ante el juez estando sentado en el sillón del dentista, me habían difamado en escritos legales luego citados en la prensa, me habían clasificado con el apelativo (al parecer, permanente) de «el acusado», y me había juzgado un hombre con quien no habría compartido mesa. Realmente creía que no podría volver a soportar todas aquellas indignidades, junto con la furia homicida que las acompañaba, sin que un ataque cerebral pusiera fin a mi vida en el banquillo de los acusados. En una ocasión llegué a atacar al pulcro (y, hay que decirlo, entrado en años) abogado de Maureen en un pasillo del juzgado. Fue cuando me enteré de que había sido él quien había pedido a un periodista del diario *Daily News* que estuviera presente durante una audiencia. Maureen (vestida para la ocasión con cuello tipo Peter Pan y muchas lágrimas) testificó que yo era un «reconocido seductor de jóvenes universitarias». Pero esa historia sobre mi época de donjuán llegará a su debido tiempo. Lo esencial en este punto es que no había reaccionado con mucha serenidad al papel que las autoridades me habían asignado y que no quería que nunca más volvieran a ponerme a prueba en función de su sistema de justicia sexual.

No obstante, había razones más graves, aparte de mi temor al divorcio, por las que no quería casarme. Aunque nunca había considerado superficial la historia de los trastornos emocionales de Susan, el hecho es que en mi calidad de amante no habían tenido la significación que sin duda llegarían a tener si me convertía en su marido y padre de sus hijos. Antes de conocernos, Susan había sufrido tres crisis graves: la primera, durante su primer (y único) año en la universidad femenina de Wellesley, la segunda cuando su marido se mató en un

accidente aéreo once meses después de casarse, y la última, bastante reciente, cuando su padre, a quien había adorado, falleció tras una intensa agonía a consecuencia de un cáncer de huesos. En cada una de estas ocasiones, Susan había caído en una especie de coma y se había refugiado en un rincón (o en un armario empotrado) para permanecer allí, muda e inmóvil, con las manos sobre las rodillas, hasta que a alguien se le había ocurrido tumbarla en una camilla y llevársela. En circunstancias normales, conseguía vencer con píldoras lo que ella llamaba su «vulgar terror». A lo largo de los años había ido encontrando una píldora diferente para casi todas las fobias que la vencían en el transcurso del día, y había sobrevivido gracias a dichas píldoras desde que volvió de la universidad a casa. Había una píldora para ir a clase, una píldora para «citas», una píldora para ir a comprarse ropa, otra para «devolver» ropa y, por supuesto, píldoras para empezar el día y para hundirse en un sueño profundo por la noche. Además de éstas, había todo un surtido de píldoras que tomaba como si fuesen caramelos de menta cada vez que tenía que hablar, aunque fuera por teléfono, con su madre.

Tras la muerte de su padre, había estado un mes internada en la clínica Payne Whitney, donde la había atendido el doctor Golding, que era, según decían, especialista en porcelana rota. En la época en que yo aparecí, hacía dos años que era su psicoanalista y ya había conseguido que lo dejase casi todo, excepto la Ovaltina para dormir, el narcótico predilecto de su infancia. En realidad, la animaba a que tomase Ovaltina al acostarse y cuando sintiese ansiedad durante el día. De hecho, durante nuestra relación Susan no se tomó ni siquiera una aspirina para el dolor de cabeza, lo cual era un resultado clínico perfecto y podría haberme hecho pensar que el pasado, aquel pasado, estaba muerto y enterrado. Pero también tenía una historia clínica «perfecta» a los dieciocho años, cuando se matriculó en Wellesley después de haberse graduado, con las notas más altas, en el instituto para chicas *Miss Fine*. No había tardado en abrigar un temor irracional a su profesor de alemán, un joven y caústico refugiado europeo con debilidad por las chicas norteamericanas esbeltas y de largas piernas. A causa de ese temor, en lugar de ir a clase, todos los lunes, miércoles y viernes a las diez de la mañana se sentaba dentro de su armario y permanecía escondida allí hasta que acababa la hora de alemán, manteniéndose apenas con la belladona que regularmente le daban en el dispensario del instituto para sus dolores menstruales. Afortunadamente y por casualidad, un día, una empleada de la limpieza de los dormitorios abrió la puerta del armario durante la clase de alemán. Llamaron y su madre llegó desde Princeton para sacarla de debajo de los abrigos de invierno y llevársela de Wellesley para siempre.

La posibilidad de que tales episodios se repitieran en el futuro me alarmaba. Creo que mi hermana y mi hermano habrían argumentado que el historial de crisis mental de Susan era en buena medida lo que me había *intrigado y atraído*

de ella, y que mi aprensión por lo que podría sucederle, dadas las inevitables tensiones y presiones de la convivencia, era el primer signo evidente que yo mostraba, desde que cumpliera mi mayoría de edad, de poseer un mínimo de sentido común en materia de mujeres. Mi propia actitud ante dicho temor no era de aprobación sin ambigüedad, y ni siquiera hoy puedo decir aún si es motivo de alivio o de remordimiento para mí.

Y estaba, además, la dolorosa cuestión de su anorgasmia. Por mucho que se esforzase por llegar al orgasmo, «eso» nunca llegaba. Y, por supuesto, cuanto más se esforzaba por alcanzarlo, más tendía nuestra convivencia a lo laborioso y menos a lo erótico. Por otra parte, la intensidad de su esfuerzo era una de sus muchas cualidades conmovedoras, puesto que al principio se había conformado con entreabrir las piernas y quedarse así, como un pozo preparado para ser sondeado por cualquiera que quisiese hacerlo. Pero ella misma no alcanzaba a imaginar que nadie quisiera hacer tal cosa, a pesar de lo guapa y bien formada que era. Fueron necesarias muchas palabras de aliento, y más tarde de reconvencción, para lograr que llegase a ser algo más que un pedazo de carne en una barbacoa, al que uno da la vuelta una y otra vez hasta terminar la faena. Claro que ella *nunca* terminaba; de hecho, realmente nunca había empezado.

¡Qué espectáculo era contemplar el despertar del apetito sexual en un ser tan reticente y tímido! ¡Y de la audacia, puesto que la audacia haría que llegase a obtener lo que deseaba! Todavía hoy me parece verla haciendo equilibrios en el borde del éxito. ¡El pulso late errático en su garganta, la mandíbula avanza, los ojos grises *ansían*... un metro, unos centímetros, unos pocos hasta la llegada, hasta la victoria sobre ese pasado de privación de sí misma! ¡Ah, sí, me acuerdo muy bien de nosotros dos en medio de nuestro honesto esfuerzo...!, las pelvis apretadas una contra otra como si moliesen huesos, los dedos aferrados a las nalgas del otro, la piel lustrosa de sudor de pies a cabeza, y al aproximarnos al colapso total, nuestras mejillas enrojecidas tan apretadas la una contra la otra que luego su cara estaba manchada y magullada y la mía me dolía al afeitarme al día siguiente. De hecho, más de una vez creí morir de un síncope.

—Pero es por una buena causa —susurraba cuando por fin Susan decía que era mejor tirar la toalla por esa noche.

Le pasaba un dedo por un pómulo y por el puente de la nariz para ver si había lágrimas... o, mejor dicho, *la* lágrima. Rara vez dejaba caer más de una, en una conmovedora mezcla de coraje y fragilidad.

—Ah... —murmuraba—, casi, casi, casi...

—¿Sí?

Y entonces llegaba la lágrima.

—Siempre es casi —añadía.

—Ya llegará.

—No llegará. Sabes que no. Lo que yo considero *casi* es probablemente

donde empiezan las demás.

—Lo dudo.

—No lo dudes... Peter, la próxima vez... lo que has hecho... hazlo con... más fuerza.

Y yo lo hacía, fuera lo que fuese, fuerte, suave, rápido, lento, más hondo, más superficial, más abajo, como ella me indicaba. ¡Ah, cómo se esforzaba la señora Susan Seabury McCall, de Princeton y Park Avenue, por ser audaz, por ser insaciable, por tener *bajos instintos*...!

—Sí, dilo, Suzie...

—Pues... por detrás, pero no me hagas daño...

Desde luego, vivir a base de benzedrina en un pabellón de Wellesley en 1951 ya había sido un acto de audacia para una joven heredera educada en la buena sociedad, disciplinada por la madre, mimada por el padre y perteneciente a una distinguida familia de New Jersey que contaba, por el lado paterno, con un senador nacional y un embajador en Inglaterra, y, por el materno, con magnates de la industria con fortunas del siglo pasado. Pero toda aquella diversión había tenido por objeto aniquilar la tentación. Ahora ella *quería* querer... Era embriagador contemplarlo, pero el largo recorrido resultaba totalmente agotador, y la verdad era que al tercer año de nuestras relaciones los dos estábamos físicamente exhaustos e íbamos a acostarnos como dos obreros que, por una buena causa, por un buen salario, noche tras noche hacen horas extra en una fábrica de maquinaria bélica. Pero ¡Dios Santo, cuánto deseábamos que terminase aquella guerra después de haberla ganado, para poder por fin descansar y ser totalmente felices!

Por supuesto, ahora no puedo dejar de preguntarme si Susan no se habría sentido mejor si yo la hubiese complacido dejándola tranquila con su problema.

—No me interesa mucho —me dijo la primera vez que abordé el tema.

Insinué que quizá *debería* interesarle.

—¿Por qué no te limitas a divertirme? —me dijo.

Repuse que no me preocupaba «divertirme».

—No seas pretencioso —se atrevió a murmurar. Y enseguida añadió, en tono de ruego—: Por favor, ¿qué diferencia hay para ti?

La diferencia, dije, tenía que ver con ella, no conmigo.

—Deja de hablar como el buen samaritano del sexo, ¿vale? Es evidente que no estoy obsesionada por el sexo, y nunca lo he estado. Soy lo que soy, y eso era suficiente para los demás...

—¿Es eso cierto?

—¡No!

Aquí soltaba una lágrima. De este modo empezó a derrumbarse su resistencia, y comenzó una lucha que yo había iniciado y en la cual fui cómplice y colaborador.

Llegados a este punto, debo decir que este desesperante asunto ya había sido origen de dificultades entre Maureen y yo. Tampoco ella era capaz de llegar al orgasmo, pero sostenía que lo que se lo impedía era mi «egoísmo». Del mismo modo, característico en ella, en que había confundido toda la situación, durante mucho tiempo me hizo creer que ella y el orgasmo eran los amigos más *íntimos*, que de hecho yo tenía tantas probabilidades de contenerla como una frágil valla de hacer frente a una avalancha. Ya muy avanzado nuestro primer año de matrimonio, yo seguía absorto en la contemplación de su *crescendo* pasional, que culminaba en un prolongado grito de éxtasis cuando yo sentía placer, de manera que podría decirse que mis eyaculaciones morían en la nada a consecuencia de sus ruidosas maniobras. Por tanto, me vino por sorpresa (para expresarlo de un modo apropiado para estas aventuras) enterarme de que en realidad, según me explicó, había estado fingiendo, falsificando esos orgasmos de ópera, para que yo no llegase a saber lo mal amante que era. Pero ¿cuánto tiempo podría ella mantener aquella farsa para reforzar mi sentimiento de hombría? ¿Y qué pasaba con ella?, quería saber. A partir de ese momento, tuve que oír una y otra vez que incluso Mezik, el bruto que había sido su primer marido, o Walker, el homosexual que había sido el segundo, eran más capaces de satisfacer a una mujer que un heterosexual egoísta, inepto y cuestionable como yo.

¡Oh, zorra demente (dejemos que el viudo se tome un instante para dirigirse al fantasma de su mujer), realmente la muerte es demasiado buena para ti! ¿Por qué no existe el infierno, con su fuego y su azufre? ¿Por qué no hay un diablo y una condenación eterna? ¿Por qué ya no existe el *pecado*? ¡Ah, Maureen, si fuera Dante podría escribir esto en otros términos!

En cualquier caso, por muy absurdas que fuesen, las acusaciones de Maureen habían conseguido carcomerme la conciencia. Por lo tanto, lo que Susan ridiculizaba como mi espíritu de buen samaritano sexual bien podría ser un esfuerzo consciente por rebajar los cargos una vez presentados por una esposa profundamente insatisfecha. De hecho, no lo sé. Creo que mis intenciones eran buenas, aunque debo reconocer que cuando conocí a Susan estaba desalentado por mis antecedentes de hombre incapaz de proporcionar placer.

Es evidente que lo que en principio me atrajo de Susan, sólo un año después de mi separación y cuando aún no me había recuperado, fue que en cuanto a temperamento y posición social no podía ser más distinta de Maureen. No había confusión posible entre la impulsividad de Maureen, su instinto para las escenas de vituperio desaforado, su tendencia a la masacre moral, y el masoquismo silencioso y educado de Susan. Para Susan McCall, hablar a gritos y tercamente, aunque fuese con su amante a raíz de un engaño, era como apoyar los codos en la mesa: algo que simplemente *no se hacía*. Se decía a sí misma que al asumir sola su propio dolor actuaba con tacto y decoro, evitando al otro las triviales quejas de una «pobre chica rica». Pero, como es lógico, al mostrar una

taciturnidad tan absurda y una ceguera tan estoica con respecto a su propia vida, se protegía y se engañaba a sí misma y a nadie más. Ella era quien no quería saber nada de su problema, ni pensar en él, ni hacer nada por solucionarlo, mientras continuaba sufriendo a su manera, resignada y perpleja a la vez. Las dos mujeres eran polos opuestos en cuanto a su modo de reaccionar ante la privación: una, el niño mudo y asustado que, en plena riña callejera, no encuentra otra forma de salvar el pellejo que lanzarse a la pelea con la cabeza baja y agitando los brazos como aspas de molino; la otra, dócil y vencida, se resignaba a ser golpeada y pisoteada. Susan llegó a comprender que no tenía por qué conformarse con estar a pan y agua, que no era cuestión de que me «divirtiese» (o al resto de la humanidad) mostrando un apetito un poco más entusiasta. También comprendió, al fin, que todo eso la hacía más atractiva y deseable. Sin embargo, mantuvo durante toda su vida su estilo a base de fortaleza, abstinencia (siempre que no se tratara de medicamentos), el tono de voz distante, la mirada tímida, el pelo estirado en un severo moño sobre la nuca, la paciencia infinita, un silencio etéreo y aquella única lágrima. Cada una de estas cosas la distinguía claramente como miembro de otra tribu, y a que no de otro sexo, frente a Maureen.

No es necesario destacar que para mí, tanto en calidad de observador como de parte implicada, la lucha que ella libraba era mucho más conmovedora que aquella en la que Maureen había estado tan ferozmente empeñada. Mientras que Maureen por lo general parecía querer algo en buena medida porque otros lo tenían (si yo hubiese sido impotente, seguramente se habría conformado con ser frígida), Susan quería obtener algo para deshacerse de la mujer que había sido hasta entonces. Su rival, el enemigo a quien esperaba desalojar y enviar al exilio, cuando no a la destrucción, era su propio yo reprimido y aterrorizado.

Patética, conmovedora, admirable, merecedora de mi amor...; en definitiva, demasiado para mí. No podía casarme con ella. No podía. Si alguna vez volvía a casarme, tendría que ser con alguien en cuya salud integral confiase plenamente, con una fe absoluta. Y nadie entre los vivos poseía una salud así, de tal modo que mi capacidad de sentir fe y confianza, entre otras cosas, estaba en un estado lamentable, y quizá todo ello significaba que no me casaría nunca más. Amén. Habían sucedido cosas peores que ésa, y algunas de ellas, a mí.

De manera que, liberado de Maureen por su muerte, tenía la sensación de que debía actuar y hacer de Susan una esposa y madre de treinta y cuatro años, o bien dejarla para que pudiese encontrarse con quien hacerlo antes de que ella se convirtiese, citando las palabras del doctor Montagu, en «un ambiente totalmente inadecuado» para la procreación. Durante casi toda mi vida de adulto había tenido que batallar, primero, con las leyes de divorcio del estado de Nueva York, unas leyes tan rígidas y punitivas que llegaron a parecerme la codificación misma de la «moralidad» de Maureen, redactada por ella misma. Por lo tanto,

no me quedaba y a la audacia, ni el ánimo, ni la confianza necesarios para volver a casarme. Susan tendría que encontrar un hombre más valiente, más fuerte, más sabio, o quizá sólo más tonto e iluso.

Ya basta. Todavía no sé cómo describir mi decisión de dejarla, pero no he dejado de intentarlo. Como me pregunté al principio: ¿ha cambiado algo?

Susan intentó suicidarse seis meses después de decirle que nuestra relación había terminado. Yo estaba aquí, en Vermont. Cuando la dejé, mi vida en Nueva York todavía muy ligada a la de ella, se había vuelto vacía y sin sentido. Tenía mi trabajo, tenía al doctor Spielvogel, pero me había acostumbrado a algo más, a aquella mujer. Descubrí luego que no añoraba menos su presencia aquí, en mi cabaña, pero por lo menos sabía que había muy pocas probabilidades de que apareciera en pleno bosque, en Vermont, a medianoche, como antes solía hacerlo en mi apartamento de la calle Doce, cuando llamaba por el interfono y me decía: « Soy yo, te echo de menos ». Y qué podía hacer uno a esa hora, ¿no dejarla subir?

—Podría llevarla a casa en un taxi —me aconsejaba el doctor Spielvogel.

—La llevé... a las dos.

—Intente llevarla a medianoche.

Así que probé a hacerlo. Bajé con la chaqueta puesta para acompañarla de regreso a Park con la Setenta y nueve. El domingo, el interfono sonó por la mañana.

—¿Quién es?

—Es domingo. Te he traído el periódico.

—Ya sé que es domingo.

—Pues... te extraño con locura. ¿Cómo podemos estar separados un domingo?

Abrí la puerta con un gesto automático... («Llévela a casa en taxi. ¡Los domingos hay taxis!»). «Pero ¡la echo de menos!»), y ella subía las escaleras, sonriendo encantada, e invariablemente, domingo tras domingo, terminábamos haciendo el amor con nuestro empeño y esfuerzo habituales.

—¿Ves? —dice Susan.

—¿Qué?

—Me necesitas. ¿Por qué actúas como si no me quisieras?

—Tú quieres casarte. Quieres tener hijos. Si eso es lo que quieres, debes obtenerlo. ¡Pero yo no quiero, no puedo, y no lo haré!

—Pero yo no soy *ella*, soy yo. No pienso torturarte ni obligarte a nada. ¿Alguna vez lo he hecho? ¿Crees que sería capaz? Sólo quiero hacerte feliz.

—No puedo casarme. *No quiero casarme*.

—Bueno, pues no te cases.

—Eres tú quien saca el tema. Yo no he dicho ni una palabra de casarnos.

—Has dicho simplemente que no podías y que tenías que irte... ¡y te fuiste! Pero esto es intolerable. No vivir contigo no tiene sentido. No verse ni siquiera... es un perfecto absurdo.

—No puedo interponerme entre tú y tu familia, Susan.

—Peter, cuando dices eso, pareces uno de esos tontos de las telenovelas. Si tengo que elegir entre mi familia y tú, te elijo a ti.

—Pero quieres casarte, y si quieres casarte, y quieres tener hijos, es justo que los tengas. Pero yo no quiero, no puedo, y no lo haré.

—Es porque no tengo orgasmos, ¿verdad?, y porque nunca los tendré. Aunque me la metas dentro de la oreja. Es eso, ¿no?

—No.

—Es porque soy una drogadicta.

—No eres una drogadicta, ni mucho menos.

—Es por eso, porque tomo todas esas píldoras. Tienes miedo de quedarte atado para siempre a alguien como yo... quieres a alguien mejor que yo... alguien que entre y salga con la regularidad del cartero, con lluvia, nieve, de día o de noche, que no se siente dentro de los armarios y pueda vivir sin su Ovaltina a los treinta y cuatro años... ¿Y por qué no habrías de quererlo? Yo también querría todo eso si estuviera en tu lugar. Lo digo en serio. Lo comprendo perfectamente. Tienes razón al pensar todo eso de mí.

Y allí brotaba la lágrima y yo la abrazaba y le decía que no, que no era así. Qué otra cosa, doctor Spielvogel, se puede decir en esos momentos... ¿«Sí, tienes toda la razón del mundo»?

—No, no te culpo —dijo Susan—, en realidad no soy ni siquiera una persona.

—¿Qué eres, entonces?

—No soy una persona desde mis ingenuos dieciséis años. No soy más que síntomas. Una colección de síntomas, en lugar de un ser humano.

Estas visitas por sorpresa continuaron, esporádicamente, durante un período de cuatro meses, y creo que se habrían prolongado de modo indefinido, creo yo, si me hubiera quedado en Nueva York. Sin duda podría haberme negado a responder al interfono, a fingir que no estaba en casa cuando ella llegaba, pero se trataba de Susan y no de Maureen, como le recordé al doctor Spielvogel, cuando propuso con cierta ironía que «reuniera fuerzas» y me olvidara del timbre, que no tardaría mucho en dejar de sonar. Finalmente, preparé una maleta y, reuniendo fuerzas, vine aquí.

No obstante, antes de abandonar el apartamento pasé varias horas escribiéndole notas a Susan para decirle adónde pensaba ir, y rompiéndolas enseguida. Pero ¿y si ella llegara a «necesitarme»? ¿Cómo podía yo irme de pronto y desaparecer? Al final, terminé diciéndoles a una pareja de amigos comunes dónde pensaba esconderme, ya que supuse que la mujer pasaría la

información confidencial a Susan antes de que mi autobús hubiera cruzado la frontera del estado de Nueva York.

No recibí ni una palabra de Susan durante seis semanas. ¿Era porque le habían dicho dónde estaba, o porque no se lo habían dicho?

Una mañana tuve que levantarme de la mesa del desayuno para contestar a una llamada aquí, en la colonia de escritores. Eran mis amigos, para informarme de que habían encontrado a Susan inconsciente en su apartamento y que la habían llevado al hospital en una ambulancia. Parecía que la noche anterior se había decidido, por fin, a aceptar una invitación de un hombre. Éste la había dejado a la puerta de su edificio aproximadamente a las once, y ella había entrado en su apartamento y se había tragado todo el Seconal y el Placidil y el Tuinal que llevaba años escondiendo entre su ropa interior. La mujer de la limpieza la había encontrado por la mañana, sucia y tendida en el caótico suelo del cuarto de baño, rodeada de frascos y sobres vacíos.

Conseguí plaza en un vuelo de la tarde desde Rutland, y por la noche estaba en el hospital. Al llegar al pabellón psiquiátrico, me informaron de que acababan de trasladarla y me condujeron a una habitación privada de planta. La puerta estaba apenas entreabierta y miré dentro... Estaba sentada en la cama, demacrada y enjuta, y sin duda muy confusa y desorientada aún, como una prisionera, pensé, que acaba de sufrir un interrogatorio que ha durado toda la noche. Cuando vio que era yo quien llamaba a la puerta, brotó la lágrima, y a pesar de la presencia intimidante de su madre, que, sin moverse de su lugar junto a la cabecera de la cama, me miró de arriba abajo, me dijo: « Te quiero, por eso lo hice ».

Después de diez días en el hospital para recuperar las fuerzas... y de asegurar al doctor Golding todas las mañanas, cuando iba a visitarla, que nunca más tendría una reserva oculta de píldoras para dormir, la dieron de alta y la dejaron al cuidado de su madre; volvió a su casa de New Jersey, donde su padre había sido profesor de clásicos en Princeton hasta que murió. Según Susan, la señora Seabury era una verdadera Calpurnia en gracia, belleza, porte, helada altivez y (añadía Susan, « en su propia opinión ») toda una mujer del César. Y además, decía por fin Susan con tono desesperanzado, era inteligente. En efecto, había obtenido sobresalientes en la misma universidad donde Susan ni siquiera había conseguido acabar el primer curso. Yo siempre había sospechado que quizá la hija exageraba un poco la majestuosidad de su madre, ya que, después de todo, era su madre. Pero en el hospital, al coincidir por casualidad nuestras visitas, me sentí bastante intimidado por la confianza patricia que irradiaba aquella mujer, de quien Susan había heredado una extraordinaria belleza, aunque no el aspecto de Calpurnia. En rigor, la señora Seabury y yo no teníamos nada que decirnos. Ella me miraba —o al menos eso me imaginaba yo en aquellas circunstancias— como si no viera en mí nada que mereciera una seria oposición, apenas una

prueba más de la prodigalidad de su hija. «Desde luego —parecía decirme su silencio—, desde luego, todo esto tenía que haber sucedido por culpa de un “poeta” judío histérico». En los pasillos, fuera del cuarto de mi amante y frustrada suicida, era difícil reunir las fuerzas necesarias para abordar mi propia defensa.

Cuando fui a Princeton a visitar a Susan, nos sentamos en el jardín del fondo de la casa de ladrillos de la calle Mercer, al lado de la casa donde había vivido Einstein. (La leyenda decía que siendo una encantadora niña pelirroja, en la época en que no era aún sólo «síntomas», Susan solía regalarle caramelos para que le hiciera sus deberes de aritmética). La señora Seabury, con su collar de perlas, estaba sentada leyendo un libro junto a la puerta de la terraza, a menos de tres metros, y no estaba leyendo *Un padre judío*, de eso estoy seguro. Yo había viajado en tren a Princeton para decirle a Susan que ahora que estaba al cuidado de su madre, yo volvería a Vermont. Durante su estancia en el hospital me había mostrado intencionadamente vago en cuanto a mis planes, como el doctor Golding me había sugerido.

—No tiene que decirle nada en un sentido ni en el otro.

—¿Y si ella me lo pregunta?

—No creo que lo haga —dijo Golding—. Por el momento se conforma con haber conseguido que viniera hasta aquí. No abusará de su suerte.

—Todavía no, pero ¿qué pasará cuando la den de alta? ¿Y si lo intenta otra vez?

—Yo me ocuparé de eso —dijo el doctor Golding con una sonrisa profesional que ponía fin a la conversación.

Quise decirle: «¡No se ocupó muy bien de “eso” la última vez!». Pero ¿quién era el amante fugitivo para culpar al esforzado médico de tentativa de suicidio de la amante abandonada?

Era un día de marzo más bien tibio, y Susan llevaba un vestido de punto amarillo muy ajustado. Tenía un aspecto bastante provocativo para una chica que por lo general prefería no llamar la atención sobre sus encantos físicos. El pelo, suelto esta vez, le caía en cascada sobre la espalda. Una fina franja de pecas de adolescente se veía apenas sobre el puente de su nariz y en sus pómulos. Me dijo que había estado tomando el sol todas las tardes... en bikini. Estaba fantástica. No lograba apartar las manos de su cabellera, y durante todo el tiempo que estuvimos hablando no dejó de levantársela de la nuca y de retorcerla como una gruesa sogá cobriza sobre uno de sus hombros. Luego, levantando un poco el mentón, volvía a empujar la masa de cabello hacia atrás con las dos palmas abiertas. La boca grande y la mandíbula algo prominente, que otorgaban cierto aire decidido y femenino a su delicada belleza, me parecieron de pronto *prehistóricas*, señales de todo lo que todavía era primitivo y vigoroso en aquella domesticada hija de la urbanidad y la opulencia. Su belleza siempre me había

parecido conmovedora, pero nunca antes la había visto dominada por una sensualidad tan profunda. Aquello era nuevo. ¿Dónde estaba Susan, la prisionera tras el interrogatorio? ¿Susan, la viuda sin brillo? ¿Susan, la Cenicienta pisoteada por una madre dominante? ¡Todas habían desaparecido! ¿Era el haber jugado con el suicidio y salido ilesa lo que le daba el valor para mostrarse tan abiertamente tentadora? ¿Era la proximidad de la madre y su desaprobación lo que la animaba? ¿O era, en fin, su última y desesperada tentativa de despertar mi deseo para rescatar al marido en fuga?

Fuera lo que fuese, mi deseo se despertó.

Con las piernas puestas al descuido sobre la filigrana de la silla de hierro blanco, el vestido amarillo de Susan se había subido sobre su bronceado muslo. Pensé que así debía de sentarse a los ocho años, cuando visitaba a Einstein, antes de que sus temores empezaran a educarla. Cuando cambiaba de posición en la silla o levantaba los brazos para acariciarse el pelo, podía ver los bordes de sus bragas de color pálido.

—Te estás volviendo bastante desvergonzada —le dije—. ¿Es en mi honor o en el de tu madre?

—En el de los dos. En el de nadie.

—Para empezar, no creo que tenga la mejor opinión del mundo sobre mí.

—Ni tampoco sobre mí.

—En ese caso, lo que haces no servirá de mucho, ¿no crees?

—Por favor, estás rezongando como una niñera...

Silencio mientras veo cómo aquel cabello se despliega en abanico entre sus manos. Una de sus bronceadas piernas se mueve lentamente, sobre el brazo del sillón. No era éste el escenario que yo había imaginado durante el viaje en tren hasta aquí. No me esperaba encontrarme con una hechicera, ni tampoco con una erección.

—Ella siempre ha pensado que yo tenía todas las condiciones para ser puta —dijo Susan frunciendo el ceño como una adolescente maltratada.

—Lo dudo.

—¿Así que ahora te pones del lado de mi madre? Es una especie de falange, ni más ni menos. Salvo que eres tú quien me ha vuelto contra ella.

—Esta táctica no te dará resultados —le dije llanamente.

—¿Qué dará resultados, entonces? ¿Vivir aquí, en mi vieja habitación, como la hija loca? ¿Dejar que los chicos universitarios me inviten a salir mientras consultamos los ficheros de la biblioteca? ¿Ver las noticias de las once con mi Ovaltina y mi mamá? ¿Es que algo *ha dado* resultados alguna vez?

No contesté.

—Lo estropeo todo —anunció.

—¿Quieres decir que eso es lo que yo hago?

—¡Quiero decirte que Maureen sigue estropeándolo todo... todavía hoy! A

ver, ¿por qué tuvo que matarse? De cualquier modo, ¿qué pretende toda esta gente que se muere a mi alrededor? Todo iba perfectamente bien hasta que a *ella* le dio por dejar este mundo. Pero fuera de sus garras, Peter, estás todavía más chiflado que cuando estabas *preso* en ellas. Dejarme como me dejaste fue una *locura*.

—No estoy chiflado. No estoy loco, y no es verdad que todo fuese perfectamente. Estabas esperando tu momento. Quieres casarte y ser madre. Sueñas con ello.

—Eres tú quien sueña con ello. Eres tú quien está obsesionado con casarse. Te dije que estaba dispuesta a seguir con nuestra relación sin...

—¡Pero yo no quiero que tú estés dispuesta a « seguir sin » ! No quiero ser responsable de haberte negado *lo que tú quieres*.

—Eso es asunto mío, no tuyo. Y ya te he dicho que ya no quiero eso. Si no puedo tenerlo, no lo desearé.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo quieres que interprete todos esos libros, Susan?

—¿Qué libros?

—Tus libros sobre reproducción humana.

Susan se puso lívida.

—Ah...

Pero el tranquilo comentario que hizo a continuación, el leve tono de burla de sí misma, me sorprendieron. Y también me hicieron sentirme aliviado, porque, a causa de mi impaciencia ante lo que había considerado afirmaciones faltas de realismo, las afirmaciones acerca de lo que Susan denominaba vivir « sin », había ido algo más lejos de lo que era mi intención.

—¿Todavía están en alguna parte? —preguntó, como si se tratase de un osito de peluche que yo hubiese descubierto en algún escondite secreto.

—Bueno, yo no los cambié de lugar.

—Estaba pasando una época... ya sabes.

—¿Qué época?

—Patética. Enfermiza. Melancólica. Eso... ¿Cuándo los encontraste?

—Una mañana. Hace un año, más o menos.

—Ah... bueno. —De pronto me dio la impresión de que se sentía abatida por mi descubrimiento. Me pareció que se iba a poner a gritar—. Bueno —repitió con un hondo suspiro—, ¿qué más? ¿Qué más has descubierto sobre mí?

Negué con la cabeza.

—Deberías saber que... —empezó a decir.

No dije nada. Pero ¿qué debería saber yo? *¿Qué debería saber?*

—Un hippie de Princeton —dijo Susan sonriendo con picardía— me llevará esta noche al cine. Deberías saber eso.

—Qué bien —comenté—. Vida nueva.

—Me invitó en la biblioteca. ¿Quieres saber qué estoy leyendo en este

momento?

—Desde luego. ¿Qué?

—Todo lo que puedo encontrar sobre el matricidio —me dijo apretando los dientes.

—Yo diría que leer sobre el matricidio en la biblioteca de la universidad nunca le ha hecho mal a nadie.

—No, fui a la biblioteca porque estaba aburrida.

—¿Fuiste con ese vestido?

—Sí, con este vestido. ¿Por qué no? Es un vestido como otro cualquiera, ¿sabes?

—Ya lo veo.

—Por cierto, estoy pensando en casarme con él.

—¿Con quién?

—Con el hippie. Seguramente le gustaría tener un hijo con dos cabezas. Y una vieja dama como pareja.

—Ese muslo que nos mira directamente a tu madre y a mí no parece muy decrepito.

—Pues no te irá mal mirarlo un poco —dijo Susan.

—No, no me viene mal —dije, y tuve que contener un intenso deseo de estirar la mano y acariciar lo que veía.

—Muy bien —dijo Susan de pronto—, ahora puedes decirme lo que has venido a decirme, Peter. Estoy «preparada». Por citar una frase predilecta de mi madre, he aprendido a aceptar la realidad. Habla. Has decidido no volver a verme.

—No veo que haya cambiado nada —repuse.

—No... para ti, no. Todavía crees que soy Maureen. Sigues creyendo que soy esa horrible mujer.

—Nada más lejos de eso, Susan.

—Pero ¿cómo es posible que debas pasar el resto de tu vida sin confiar nunca en nadie por culpa de una loca como ésa? Yo no miento, Peter. Y no engaño. Yo soy yo. *Y no me mires así.*

—¿Cómo?

—Oh, vamos a mi habitación. Al diablo con mi madre. ¡Quiero acostarme contigo, ahora mismo!

—¿Cómo te miro?

Susan cerró los ojos.

—Basta —murmuró—. No te enfades conmigo. No era mi intención. No era un chantaje, te lo aseguro. Es que no pude soportar más Ser Valiente.

—En ese caso, ¿por qué no llamaste a tu médico, en lugar de tomarte el remedio casero favorito de Maureen?

—Porque no quería a mi médico... te quería a ti. ¡Pero no te perseguí!

Estuviste seis semanas en Vermont y no te escribí, y no te llamé por teléfono, y no tomé ningún avión... ¿verdad? En lugar de hacer esas cosas, me dediqué a Ser Valiente, y no en Vermont, sino en el apartamento donde antes comía y dormía contigo. Por fin aprendí a aceptar la realidad, y acepté una invitación a comer y... fue el mayor error que pude haber cometido. Traté de Reanudar Mi Vida, como me había indicado el doctor Golding, y el hombre virtuoso con quien había salido se lució dándome una conferencia sobre que no había que confiar en gente «carente de integridad». Me dijo que había oído comentar en fuentes fidedignas de los medios literarios que tú «carecías de integridad». Me puse furiosa, Peter, y le dije que quería volver a casa, y él se levantó y me acompañó, y cuando llegué al apartamento ansiaba tanto llamarte, ansiaba tanto hablar contigo, que la única forma de no hacerlo fue tomarme las píldoras. Sé que no tiene sentido, que fue una estupidez, y no volveré a hacerlo nunca. No sabes cuánto lo lamento. Y podrás decir que lo hice porque estaba enfadada contigo, o para chantajearte, o para castigarte, o bien porque me creí lo que aquel hombre había dicho de ti... pero no fue por nada de eso. ¡Fue porque estaba terriblemente agotada por haber pasado seis semanas Siendo Valiente! Vamos a un motel, a alguna parte. ¡Deseo tanto follar contigo...! Hace días que no pienso en otra cosa. Me siento... como si estuviese *endemoniada*. ¡Oh, por favor! ¡Te juro que me voy a poner a gritar, porque no puedo seguir viviendo con esta madre que tengo!

En ese momento, aquella madre que tenía cruzó la puerta de la terraza, atravesó el patio y salió al jardín antes de que Susan pudiera enjugarse la lágrima o de que yo pudiera responder a su ruego. ¿Y cómo podría haber respondido? En aquel momento su explicación me pareció sincera y suficiente. Desde luego, ella no mentía ni engañaba; desde luego, ella no era Maureen. Entonces comprendí que si no quería a Susan no era porque no quisiera que sacrificara por mí su sueño de casarse y tener hijos. Era porque ya no la quería, bajo ninguna condición. Y tampoco quería a nadie más. Quería entrar en cuarentena sexual, ser destetado para siempre del otro sexo.

Y a pesar de ello, todo lo que ella decía era convincente.

La señora Seabury me pidió que entrara a hablar con ella.

—Deduzco —dijo con tono pausado cuando estuvimos ambos de pie al otro lado de la puerta de la terraza— que no tiene intención de volver a verla.

—Exactamente.

—En ese caso, lo mejor sería que se fuese.

—Creo que Susan espera que la lleve a almorzar.

—No creo que espere nada de eso. Yo puedo ocuparme de su almuerzo. Y también de su bienestar, en general.

Fuera, Susan estaba ahora de pie junto a la silla. Tanto la señora Seabury como yo vimos cómo se sacó por la cabeza el vestido de punto y lo dejó caer sobre el césped. Lo que antes había visto bajo su breve vestido no eran unas

bragas de color pálido, sino un bikini blanco. Después de bajar el respaldo de la tumbona hasta que quedó al mismo nivel del asiento y el apoyapiés, se tumbó boca abajo. Los brazos le colgaban a ambos lados.

La señora Seabury dijo:

—Si se queda más tiempo, le pondrá las cosas más difíciles. Ha sido muy amable —añadió con su tono frío y sereno— por venir a visitarla al hospital todos los días. El doctor Golding estaba de acuerdo. Era lo más indicado en aquellas circunstancias, y las dos apreciamos su gesto. Pero ahora ella debe hacer un verdadero esfuerzo por aceptar la realidad. No se le puede permitir que siga actuando en contra de su propio bienestar. Usted no debe permitir que ella se aproveche de su compasión recurriendo a esa actitud de indefensión. Siempre ha conseguido lo que quiere adoptando esa actitud. Se lo digo por su propio bien. No debe considerarse en modo alguno responsable de la situación de Susan. Constantemente ha tenido una marcada tendencia a arrojarle en los brazos de los demás. En todo momento hemos tratado de mostrar indulgencia y comprensión ante tal conducta, ella es como es, pero también es necesario ser firmes. Y no creo que usted fuese indulgente, comprensivo ni firme al tratar de impedir lo inevitable. Ella tiene que empezar a olvidarle, y cuanto antes, mejor. Voy a pedirle que se vaya ahora, señor Tarnopol, antes de que mi hija vuelva a hacer algo que más tarde pueda lamentar. Ya no puede soportar mucho más remordimiento o humillación. No tiene el carácter necesario.

En el jardín, Susan se había dado la vuelta sobre la tumbona y ahora estaba boca arriba, con las piernas, además de los brazos, colgando a los lados... cuatro extremidades aparentemente inertes.

—Voy a salir a decirle adiós. Voy a decirle que me voy —le dije a la señora Seabury.

—Bueno, yo misma puedo decirle que usted se ha ido. Sabe cómo parecer débil, pero también sabe algo sobre cómo mostrarse fuerte. Es cuestión de no dejar de recordarle que la gente no está dispuesta a dejarse manejar por las estratagemas infantiles de una mujer de treinta y cuatro años.

—Sólo voy a decirle adiós.

—Muy bien. No pondré inconvenientes por unos pocos minutos más —dijo, aunque estaba muy claro lo poco que le agradaba que la desobedeciera un histérico poeta judío—. Hace una semana que se pone ese bikini. Todas las mañanas recibe con él al cartero. Ahora se exhibe con él ante usted. En vista de que hace menos de dos semanas que intentó suicidarse, yo habría dicho que usted es capaz de mostrar al menos tanto autocontrol como nuestro cartero y obviar un despliegue tan transparente de vampirismo infantil.

—No es eso lo que me hace reaccionar así. Viví con Susan tres años.

—No quiero saber nada de eso. Nunca me entusiasmó ese arreglo. En realidad, me parecía lamentable.

—Sólo trataba de explicarle por qué preferiría no irme sin decirle al menos que me voy.

—Le resulta imposible irse porque Susan está tumbada con las piernas abiertas y...

—¿Y qué si la razón fuese ésa? —repliqué con el rostro encendido.

—Pero ¿no piensan ustedes nunca en otra cosa?

—¿A qué «ustedes» se refiere?

—A la gente como usted y como mi hija, que experimentan con sus genitales en Nueva York. ¿Cuándo van a dejar de lado la transgresión juvenil y crecer? Usted sabe que nunca ha tenido intención de casarse con Susan. Es demasiado «moderno» para eso. A la gente como usted se le solía llamar «bohemia». No cree en el matrimonio, con sus riesgos, sus pruebas y sus dificultades... sólo cree en el sexo, y eso hasta que le hastía. Pues bien, es asunto suyo... y también su derecho, como artista. Pero no debe ser tan inconsciente como para imponer sus elitistas valores a alguien como Susan, que da la casualidad de que viene de un ambiente distinto y fue criada según normas de conducta más tradicionales. Mírela, tratando con tanto afán de mostrarse como una vampiresa ante usted. ¿Cómo puede habérsele ocurrido meter una idea tan ridícula en la cabeza de esta chica? ¿De entre todas las cosas que podría ser alguien como Susan... querer ser eso! ¿Por qué no pudo dejar en paz a una candidata con tan pocas aptitudes? ¿Es necesario volverla loca también con el sexo? ¿Es esencial que todas las mujeres del mundo se vuelvan locas por ustedes, los donjuanes modernos? ¿Y con qué fin, señor Tarnopol, si no es para satisfacer su insaciable vanidad sexual? ¿No estaba ya mi hija lo suficientemente confusa y desesperada... sin *esto*?

—No sé por dónde empezar a decirle que está equivocada.

Salí al jardín y contemplé aquel cuerpo, que me resultaba tan familiar como el mío propio.

—Me voy ya —dije.

Susan abrió los ojos hacia el sol, y se echó a reír con una risa suave, sorprendentemente cínica; luego, tras un instante de contemplación, levantó del suelo la mano más próxima a mí y la puso en la entrepierna de mis pantalones, directamente sobre el pene. Permaneció así, con el rostro impassible, sin expresión, bajo la luz radiante. No pude hacer otra cosa que quedarme allí, prisionero. La señora Seabury, que había salido al patio, nos observaba.

Todo esto no debió de durar más de un minuto.

Susan bajó la mano y la apoyó sobre su estómago desnudo.

—Venga, vete —murmuró—. Vete.

Pero antes de que me apartara se incorporó y apretó la mejilla contra mis pantalones.

—Y yo estaba «equivocada»... —dijo la señora Seabury, con un tono por fin áspero, mientras yo cruzaba la sala para salir a la calle.

En la época en que nos conocimos, Susan tenía treinta años y vivía desde hacía once en un apartamento de Park Avenue con la Setenta y nueve, con mobiliario inglés con marquetería del siglo XVIII, pesados cortinajes de terciopelo y alfombras de Aubusson. Junto a dos millones de dólares en acciones de las industrias McCall y McGee, lo había heredado cuando el avión de la compañía, que llevaba a su flamante marido a una reunión de dirección se estrelló sobre una ladera montañosa del norte del estado de Nueva York, once meses después de la boda. Al casarse con el joven heredero, todo el mundo había considerado (excepto su padre, que, como solía hacer, se había quedado callado) que tenía una suerte fantástica, ya que era una chica sin la inteligencia suficiente como para haber sobrevivido a dos semestres en la facultad. Susan (que en cierta ocasión me había confesado que en realidad McCall no le gustaba mucho) se había tomado su muerte muy a pecho. Convencida de que, a sus veinte años, ya no tenía futuro, se metió en la cama y allí permaneció, muda e inmóvil, durante el mes de duelo. A consecuencia de ello, terminó trabajando la madera durante seis meses en una famosa «granja de reposo» de una zona rural, llamada Instituto para una Vida Mejor. Su padre hubiera preferido que volviese a la casa de la calle Mercer al terminar su convalecencia, pero el «consejero» de Susan en el instituto mantuvo con ella largas conversaciones sobre la madurez: cuando iban a darla el alta, la persuadió de que volviera al apartamento de Park Avenue con la Setenta y nueve e «intentase vivir sola». Sin duda, ella hubiese preferido volver a Princeton, junto al padre que adoraba —para hacer «investigación» por cuenta de él en la biblioteca, almorzar con él en Lahiere's y pasear con él por el canal los fines de semana—, pero sólo si el mero hecho de vivir con su padre no hubiese implicado también vivir bajo la implacable mirada de su madre, una mirada que la asustaba porque parecía decirle una y otra vez: «Debes crecer y debes irte».

En Manhattan, las ricas y ocupadas señoras que vivían en su edificio y la «adoptaron» se cuidaron muy bien de mantenerla entretenida: durante la semana corría de un lado a otro haciendo recados, y los sábados, domingos y festivos llevaba a los hijos de dichas señoras por toda la ciudad, y cuidaba que no perdieran sus bufandas y llegasen a casa a tiempo para la comida (unas comidas a las que Susan conseguía ser invitada, como premio a su servilismo, después de lloriquear como un perro faldero). Eso era lo que Susan había hecho *durante once años*, además, por supuesto, de «preparar» el apartamento, algo que nunca había «terminado» realmente con el fantasma llamado «Jamey». De vez en cuando se matriculaba en algún curso nocturno de la Universidad de Columbia. Invariablemente, tomaba extensos apuntes y cumplía, diligente, con todas las lecturas obligatorias, hasta que llegaba el día en que comenzaba a temer que el profesor la llamase a hablar. En ese momento desaparecía de las clases, pero

sólo por un tiempo, y mantenía al día sus lecturas en casa, e incluso se sometía a pruebas escritas que ella misma preparaba. Los hombres la habían usado durante esos años, por lo general después de las comidas y bailes de beneficencia, a los cuales asistía del brazo de un sobrino soltero o de un primo joven de la organizadora, un brillante «esto o aquello» en el mundo de las finanzas, por ejemplo. Eso era más o menos fácil, y, pasado cierto tiempo, ni siquiera necesitaba los ochocientos miligramos de Miltown para poder «hacer frente a...». Se limitaba a abrir un poco las piernas y el «brillante» joven se encargaba del resto. A veces, al día siguiente, los primos o sobrinos, o tal vez las precavidas organizadoras, le enviaban flores. Susan guardaba las tarjetas en una pequeña carpeta con sus apuntes universitarios y los exámenes que se hacía a sí misma. «Te llamaré. Noche inolvidable. Besos, A.» , o B., o C.

Al comenzar el verano, siempre llamaba alguien a la puerta de su apartamento: un hombre que le pedía que cenase con él porque su mujer estaba en el campo. Eran los maridos de las mujeres del edificio, por encargo de quienes se pasaba el día recorriendo la ciudad en busca de muestras de tapicería o solucionando errores de cargos en cuentas corrientes. Las mujeres habían comentado a sus maridos lo encantadora que era Susan, y además seguramente ellos mismos habían visto a aquella pelirroja de un metro setenta y cinco al bajar de un taxi frente al edificio, con los brazos cargados de paquetes ajenos de Bergdorf y el vestido mostrando sus esbeltas piernas. Uno de estos hombres, un apuesto y simpático banquero («Era como un padre para mí», me había comentado la viuda de treinta años sin pestañear), le había regalado una cocina eléctrica nueva: al llegar el otoño, quiso estar seguro de que Susan no hablaría. Ella no necesitaba una cocina nueva, pero como no quería herir sus sentimientos, hizo retirar la que ella, Jamey y la decoradora habían instalado y puso la nueva en su lugar. Ni uno de estos amantes veraniegos de Susan, por mucho que achacase el cansancio de tener una esposa madura, deseó jamás escaparse con la joven, hermosa y rica viuda para comenzar una nueva vida: esto era para Susan tan abrumador como cualquiera de las otras acusaciones que amenazaban su autoestima.

Tampoco yo quería escaparme con ella. A pesar de ello, cada noche volvía al apartamento para cenar y leer y dormir, algo que ni A. ni B. ni C. ni D. habían hecho nunca. Y por una muy buena razón: todos ellos tenían demasiados intereses en la vida, demasiada confianza y vitalidad y esperanza en el futuro, para decidirse por nada que requiriera pasar más de una noche con gente como Susan la Sumisa. En cambio, yo, a los treinta años, con mis premios y mis obras publicadas, ya lo tenía todo. A la hora de cenar me sentaba siempre en el lugar de Jamey, y Susan me atendía como una *geisha*. Me afeitaba en el lupanar esmaltado que era el baño de Jamey, mientras mis toallas se calentaban en los toalleros eléctricos y yo descubría los placeres de su afeitadora Rolls. Leía

sentado en su inmenso sillón de cuero, con los pies apoyados en el diván tapizado favorito de la madre de Jamey, regalo por su vigésimo segundo (y último) cumpleaños. Me bebía los vinos de raras reservas de Jamey, que Susan mantenía desde hacía años a la temperatura exacta en una bodega con aire acondicionado, como si hubiese esperado que un día se levantara de la tumba y pidiera probar su Richebourg. Cuando me mojaba los zapatos por la lluvia, los colocaba dentro de las hormas de madera de Jamey y caminaba en silencio por la casa con sus zapatillas de felpa de Tripler's. Usaba las ballenas de cuello de sus camisas. Me pesaba en su balanza. Y en general, me aburría con su mujer. *Pero ella no pedía absolutamente nada.*

Lo único que Susan decía acerca de nuestra relación era esto, y, como era Susan, ni siquiera lo decía en voz alta: « Soy tuya. Haré todo lo que quieras. Entra y sal cuando quieras. Déjame que te dé de comer. Déjame que me siente a tu lado por la noche y te mire mientras lees. Puedes hacer lo que quieras con mi cuerpo. Haré todo lo que me digas. Sólo te pido que cenes conmigo de vez en cuando y que uses todas estas cosas. Y me quedaré calladita. Seré buena como el pan. Y nunca te preguntaré qué haces cuando no estás conmigo. No tienes que llevarme a ninguna parte. Quédate aquí de vez en cuando y usa lo que se te ocurra, incluido mi cuerpo. Como ves, tengo todos estos toallones gruesos y estos manteles de encaje belga, y toda esta preciosa porcelana, y tres cuartos de baño, dos aparatos de televisión, y dos millones de dólares del dinero de Jamey, más el de mi familia, que heredaré, y tengo estos pechos, y esta vagina, y estas piernas, y esta piel... pero no tengo vida. Dame un poco de vida, y a cambio podrás venir aquí cuando quieras para recuperarte de tu mujer. A cualquier hora del día o de la noche. Ni siquiera tienes que llamar por teléfono antes» .

—Trato hecho —dije yo. Los desesperados acudirán a socorrer a los desesperados.

Por supuesto, Susan no era la primera mujer que había conocido en Nueva York desde que, en junio de 1962, volví al Este en busca de asilo. Era simplemente la primera con quien había iniciado una relación estable. Según las costumbres de la época —y es deprimente pensar que tal vez siga siendo así—, había ido a fiestas, había conocido a chicas (lo cual significa, en realidad, intercambiar comentarios irónicos con ellas en un rincón de un apartamento lleno de gente en el West Side), y luego me había acostado con ellas, ya fuera antes o bien después de invitarlas a comer un par de veces. Sin duda, algunas eran agradables, pero yo no tenía la perseverancia ni la confianza necesarias para cerciorarme por completo de ello. A veces, durante mi primer año en Nueva York, ya de regreso en el apartamento de uno de los dos, descubría que en realidad no tenía ganas de quitarme la ropa, ni tampoco de quitársela a mi circunstancial pareja. Entonces caía en un estado de silenciosa melancolía que debe de haber creado la impresión de que era raro, o al menos afectado.

Recuerdo que una chica muy guapa se lo tomó como algo personal y montó en cólera por ponerme tan lúgubre después de haberme mostrado « tan ferozmente encantador» estando de espaldas contra la pared en uno de aquellos repletos salones. Me preguntó si era verdad que estaba tratando de vencer una inclinación a la homosexualidad, y yo, tonto de mí, comencé a luchar con denuedo para quitarle las medias, un acto que, en definitiva, consumió la poca pasión con que contaba. Poco después se fue, y al día siguiente, al bajar a buscar el periódico y el pan, encontré metida en el marco de la puerta una ficha que decía: « Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis aquí» . Aquellas fiestas a las que asistía, con toda aquella competición intersexual a modo de autodefensa, daban lugar a numerosas escaramuzas como la que acabo de describir, o puede que en mi caso fuese un poco más lejos; con el tiempo, terminé rechazando las invitaciones de editores y autores a fiestas donde habría « muchas chicas» , y cuando las aceptaba acaba lamentando haberlo hecho.

Apenas hacía unos meses que había llegado cuando se me hizo evidente, en un grado que me deprimía, que la ciudad de Nueva York era tal vez el peor lugar, a excepción del Vaticano, para que un hombre en mi situación intentara poner fin a su antigua vida e iniciara una nueva. En todas aquella fiestas estaba descubriendo que no me hallaba en buenas condiciones para extraer placer de mi nuevo estado de « soltero» . Además, como pude comprobar en el despacho de mi abogado, el estado de Nueva York tampoco estaba precisamente predispuesto a reconocerme ese estado *de iure*. De hecho, ahora que el matrimonio Tarnopol era residente de Nueva York, cabía temer que siguiésemos casados para siempre. Me enteré demasiado tarde de que, según las leyes de Nueva York, si nos hubiéramos separado cuando vivíamos en Wisconsin, habríamos podido divorciarnos después de haber vivido voluntariamente separados y en lugares diferentes durante cinco años. (Claro que si, en junio de 1962, en lugar de quedarme en el apartamento de Morris y desde allí iniciar mi carrera como paciente del doctor Spielvogel hubiera vuelto a Wisconsin, es improbable que hubiese logrado instalarme sólo en Madison, lejos de Maureen). En cambio, la realidad era que, dentro del santuario que yo suponía que era Nueva York, la única causa de divorcio era el adulterio. Como Maureen no quería divorciarse de mí bajo ningún concepto, y yo no tenía manera de saber si ella era adúltera o, en caso de saberlo, de poder demostrarlo, las perspectivas eran, al parecer, que llegaría a celebrar mis bodas de oro esperando sentado en las escaleras del Palacio de Justicia de Albany. Además, mi abogado no había conseguido persuadir a Maureen ni a su abogado de que aceptasen una separación legal ni ningún tipo de acuerdo financiero (por no hablar de un divorcio en México o en Nevada, que para ser incontrovertible habría requerido consentimiento mutuo). Así que en muy poco tiempo mi situación marital oficial en Nueva York llegó a ser la del cónyuge culpable implicado en un proceso de separación iniciado por

la esposa contra el hombre que la había « abandonado » . Aunque sólo habíamos vivido tres años como marido y mujer, el estado de Nueva York me condenó a proporcionar medios de subsistencia a la cónyuge abandonada por importe de cien dólares semanales, y a proveer dicha suma hasta que la muerte nos separase. ¿Qué otra cosa podía separarnos en el estado de Nueva York?

Podría, sin duda, haberme ido y establecido en otro estado con leyes de divorcio menos restrictivas. Durante un tiempo, con ayuda de *La guía completa del divorcio* de Samuel G. Kling, una obra que se convirtió en mi libro de cabecera durante aquella desconcertante etapa de mi vida como residente de Nueva York, investigué otras posibilidades en profundidad. La lectura del libro de Kling me reveló que en once estados « la separación sin cohabitación y sin perspectivas razonables de reconciliación » eran causa de divorcio cuando se mantenían durante períodos de entre dieciocho meses y tres años. Una noche me levanté de la cama a las cuatro de la madrugada y me senté a escribir cartas a las universidades de esos once estados preguntando si tendrían algún empleo para mí en sus respectivos departamentos de literatura. Antes de un mes había recibido ofertas de las universidades de Florida, Delaware y Wyoming. Según Kling, en los dos primeros estados « la separación voluntaria por un período de tres años » era causa suficiente de divorcio; en Wyoming sólo eran necesarios dos años. Mi abogado se apresuró a indicarme los diversos medios por los cuales Maureen intentaría poner trabas a un divorcio de ese tipo. Me informó asimismo de que, al concederme el divorcio un juez de otro estado, sin duda dispondría que yo siguiera pagando la pensión para alimentos fijada por el estado de Nueva York en la sentencia de separación. Le pregunté, en fin, qué sucedería si, una vez concedido el divorcio, me negaba a pagar. Me advirtió sobre el riesgo (seguro, tratándose de Maureen) de que me obligasen a comparecer ante el juzgado por la ley de reciprocidad; además, sería condenado por desacato por un juez de Florida, Delaware o Wyoming por haber dejado de mantener a mi exesposa en Nueva York. Mi abogado me dijo que tal vez obtuviese el divorcio, pero... ¿librarme de pagar? Jamás. A pesar de ello, continué con mis planes y acepté un puesto de profesor de literatura norteamericana y técnica narrativa, para el mes de septiembre, en Laramie, Wyoming. Fui enseguida a la biblioteca y saqué libros sobre el Oeste. Fui al Museo de Historia Natural y me paseé entre utensilios indios y pinturas del bisonte norteamericano. Decidí que intentaría aprender a montar a caballo, al menos un poco, antes de irme a Wyoming. Y también pensé en el dinero que ahorraría al no pagar al doctor Spielvogel.

Unas diez semanas más tarde, escribí al jefe del departamento de literatura de Laramie para decirle que, debido a circunstancias imprevistas, no me sería posible hacerme cargo de mi puesto. La circunstancia imprevista era la desesperanza que había comenzado a sentir ante la perspectiva de pasar dos años de exilio en Wyoming. Después de ese tiempo quizá supiera montar a caballo,

pero *todavía* seguiría pagando religiosamente. ¡Y eso si me concedían el divorcio! ¿No sería mejor marcharme a Florida? Era un lugar menos remoto, pero allí era necesario un año más de separación, y el resultado era igual de incierto. Fue más o menos por esa época cuando decidí que la única salida era alejarme de Estados Unidos y de sus leyes matrimoniales y de sus acuerdos entre estados, para recomenzar mi vida como extranjero en otro país. Como entendía que Maureen tendría derecho a incautarse de una parte de mis ingresos como autor si los obtenía de una editorial de Nueva York, debía vender derechos de autor internacionales para la publicación de mi próximo libro a mi editor inglés y recibir todos los pagos por medio de él. ¿Y por qué no comenzar por el principio: dejarme crecer la barba y cambiar de nombre? Además, ¿quién podía asegurar que alguna vez habría otro libro mío?

Pasé los meses siguientes tratando de decidir si volvería a Italia, donde aún me quedaban algunos amigos, o si lo intentaría en Noruega, donde las probabilidades de que me encontraran (a menos, por supuesto, que me buscaran) eran escasas. ¿Y Finlandia? Leí todo lo relacionado con Finlandia en la *Encyclopaedia Britannica*. Elevado nivel de alfabetismo, inviernos largos, y muchos árboles. Me imaginé en Helsinki y, ya que estaba en ello, en Estambul, Marrakesh, Lisboa, Aberdeen y las islas Shetland. Muy buen lugar para desaparecer, las Shetland. Una población de 19 343 habitantes, y de hecho no muy lejanas del Polo Norte. Principales industrias: ganado lanar y pesca. También son célebres por criar ponis. La *Encyclopaedia Britannica* no mencionaba ningún acuerdo legal con el estado de Nueva York para la extradición de delincuentes maritales...

Ah, pero si en Nueva York me sentía indignado por todo lo que había perdido con aquel matrimonio, cabe imaginar cómo me sentiría cuando me despertase tapado por mi propia barba en mi casa de piedra en el páramo de Scalloway y descubriera que también había perdido a mi país. ¿Qué libertad habría conquistado: hablar en inglés norteamericano con los ponis? ¿Qué «justicia» habría logrado yo, un irónico novelista judío que ahora tenía cayado y un rebaño de ovejas? Y lo que era peor, ¿qué pasaría si ella me localizaba y me perseguía hasta allí, a pesar de haber cambiado mi nombre por el de Long Tom Dumphy? Esa posibilidad no era descartable, teniendo en cuenta que no había conseguido librarme de ella en un país con doscientos millones de habitantes. ¡Oh, no podía ni imaginármelo: yo con mi cayado y Maureen con su ira en pleno y rugiente mar del Norte, y con sólo 19 343 habitantes para mantenernos separados!

Así que, desgraciadamente (aunque no del todo, en realidad), acepté mi destino de varón residente en el estado de Nueva York de la república de Estados Unidos que no deseaba seguir viviendo junto a una mujer que, en cambio, prefería seguir viviendo con el mencionado varón, así como seguir viviendo *de él*. Comencé a hacer de tripas corazón, como se suele decir. De hecho, cuando

conocí a Susan estaba comenzando a salir de la primera fase de la neurosis de guerra (¿o era la enfermedad causada por la lluvia radiactiva?). Incluso me sentía bastante atraído (en lugar de atrapado, puesto que entonces ese era mi mayor temor) por una inteligente y atractiva joven llamada Nancy Miles, recién graduada en la universidad, que trabajaba como correctora en el *New Yorker*. Eventualmente, Nancy Miles terminó yéndose a París para casarse con un corresponsal norteamericano destacado allí, y más tarde publicó un libro de relatos autobiográficos, la mayor parte de ellos inspirados en su infancia en el Japón de la posguerra, donde su padre estaba destacado como comandante de la Marina. En el momento en que la conocí, sin embargo, era libre como un pájaro, y también volaba a gran altura, como algunos de ellos. Nunca me había sentido tan atraído por nadie desde el gran fracaso de Wisconsin, cuando me había arrojado a los pies de mi alumna Karen (a quien debo decir que de vez en cuando seguía echando de menos: me la imaginaba junto a mí con las ovejas de Scalloway). A pesar de tan intensa atracción por Nancy, después de tres noches de conversar sin interrupciones durante la cena y de haber culminado la última en un encuentro amoroso más apasionado que cualquiera de los experimentos después de los encuentros ilícitos en el cuarto de Karen, decidí no volver a verla. Dos semanas más tarde me envió la siguiente carta:

Señor PETER TARNOPOL
Instituto de Conducta Imprevisible
Calle Doce Oeste, 62
Nueva York, N. Y.

Querido señor Tarnopol:
Respecto de nuestro encuentro del 6-5-63:

1. ¿Qué pasó?
2. ¿Dónde estamos?

Si bien reconozco enteramente que las excesivas demandas de esta naturaleza deben colmar al máximo su paciencia, me permito solicitarle que rellene el cuestionario que adjunto y lo envíe a la dirección arriba indicada tan pronto como le sea posible.

Sin otro particular, suya,

PERPLEJA

Perpleja, quizá, pero no domesticada. Fue la última vez que supe algo de ella. Elegí a Susan.

No hace falta decir que quienes buscan un santuario casi siempre tienen que

conformarse con algo menos que un apartamento de siete habitaciones en el elegante Upper East Side de Manhattan, un lugar donde refugiarse de los lobos, la policía o el frío. Yo, al menos, no había vivido tan bien en toda mi vida. Y tampoco había comido tan bien. Maureen no cocinaba tan mal, pero en casa lo normal era que la hora de la cena se reservase para saldar cuentas conmigo y con mi sexo, cuentas que ciertas noches daban la impresión de haberse acumulado desde el momento en que la primera molécula de ácido nucleico entró en acción y comenzó a reproducirse, hace millones de años. Por lo tanto, aunque la comida fuese sabrosa y estuviese caliente, la atmósfera no ayudaba. Y en los años anteriores a la época en que comencé a alimentarme noche tras noche con el carácter bilioso de Maureen, mi régimen se había reducido a lo que pueden ofrecer el ejército o una cafetería universitaria. Susan, en cambio, era una profesional formada por maestros en todo aquello que no había aprendido sentada en las rodillas de Calpurnia. Durante el año que pasó esperando a que su novio se graduase en Princeton para dar comienzo a la vida de belleza y abundancia que les esperaba, había ido regularmente a Nueva York para aprender a cocinar especialidades francesas, italianas y chinas. El curso para cada tipo de cocina nacional duraba seis semanas, pero, al contrario de lo que había hecho en Wellesley, Susan se había quedado más tiempo, para completar los tres cursos. Había descubierto, con enorme alegría, que, al menos en cuanto a arte culinario, era capaz de superar a su madre. ¡Ah, qué esposa maravillosa (esperaba y rogaba por ello) iba a ser para aquel increíble golpe de suerte llamado James McCall tercero!

Durante su etapa de viuda, Susan rara vez tuvo la oportunidad de alimentar a alguien que no fuese ella misma, y así fue como me convertí en el primer invitado que llegó a apreciar en toda su extensión una pericia culinaria que abarcaba tantos continentes. Nunca había probado platos tan deliciosos. Ni siquiera mi esforzada madre me había servido del modo en que lo hacía aquella camarera de la alta sociedad. Había recibido instrucciones de comer sin esperar a que ella se sentara, para que pudiera ir y venir tranquilamente a la cocina en busca del siguiente plato. Eso era perfecto. En cualquier caso, aparte de la comida, teníamos poco de qué hablar. Yo le preguntaba sobre su familia, sobre su visita al psicoanalista, sobre Jamey y los McCall, le preguntaba por qué había dejado Wellesley en el primer curso. Susan se encogía de hombros, se ruborizaba y desviaba la mirada. Y respondía que eran muy simpáticos, que era muy simpático, que era tan considerada y cariñosa, y... «¿Por qué dejé Wellesley? Pues... lo dejé, sin más». Durante varias semanas no obtuve más información o animación que la de la noche en que nos conocimos, cuando me tocó sentarme a su lado en el banquete anual que el director de mi editorial daba en su casa. Cortesía infinita, infinita timidez... una belleza frágil y aterrada. Y al principio todo eso era perfecto para mí. ¡Trae la *blanquette de veau*!

Todas las mañanas iba de mi mesa en el apartamento que tenía subarrendado en la calle Doce a la escuela, a practicar tres asignaturas básicas: lectura, escritura y aritmética... leer, escribir y calcular con furia, una vez más, los gastos de manutención de Maureen y los honorarios legales. En el ascensor, bajando del noveno D, me encontraba con los escolares a quienes yo triplicaba la edad y a los que Susan solía llevar al Planetarium o al teatro de títeres los fines de semana, y también con los prósperos ejecutivos que Susan se había dedicado a entretener durante los veranos. «Pero ¿qué estoy haciendo yo aquí? —me preguntaba—. ¡Con *ella*! ¿Cómo puedo ser tan débil?». La reciente advertencia de mi hermano volvía a mi memoria a menudo al pasar junto al portero, que, cortés, saludaba con un gesto de la cabeza al invitado de la señora McCall, pero que había calculado con tanta exactitud el grosor de mi billetera que no se molestaba en llamar a un taxi. Moe me había llamado por teléfono para hablarme de Susan la noche siguiente de haberla llevado yo a cenar, aceptando una invitación de él y de Lenore. Me habló sin rodeos:

—¿Otra Maureen, Pep?

—No es en absoluto como Maureen.

—Los ojos grises y las osamentas elegantes te tienen engañado, chico. Otra *shiksa* chiflada. Primero, el lumpenproletariado, y ahora la aristocracia. ¿Qué pretendes ser, el Malinowski de Manhattan? Basta de antropología erótica. Deshazte de ella, Pep. Estás volviendo a meterte en un lío.

—Moe, guárdate los consejos, ¿quieres?

—Esta vez, no. No quiero volver un día a casa, dentro de un año, y encontrarte cagándote en los calcetines.

—Pero si estoy muy bien...

—¡Por el amor de Dios, ya empezamos!

—Moe, da la casualidad de que sé muy bien lo que hago.

—¿Lo que tú haces con una mujer, quieres decir? Dime, ¿qué opina Spielvogel de la catástrofe que se avecina? ¿Qué está haciendo él para ganarse los veinte dólares por hora que cobra?

—¡Moe, ella no es Maureen!

—Te dejas engañar por las piernas, chico, por las piernas y el culo.

—Te digo que no es por eso.

—Si no es eso, ¿qué es? ¿Su profunda inteligencia? ¿Su rapidez mental? ¿Quieres decirme que, además de tener un nudo en la lengua, ese cubo de hielo tampoco sabe follar? ¡Por Dios! Una cara bonita debe darte para mucho... eso, más una buena cantidad de neurosis, y cualquier chica puede tener una oportunidad con mi hermanito. Ven a cenar a casa esta noche, Peppy, ven a cenar con nosotros *todas* las noches. Tengo que hacer que recobres el sentido común.

Però todas las noches me presentaba en casa de Susan en lugar de en la de

Moe; llevaba el libro que más tarde leería al lado del fuego, y nada más cruzar el umbral visualizaba mi *blanquette*, mi baño, mi cama.

Así pasaron los primeros meses. Y una noche le pregunté:

—¿Por qué no vuelves a la universidad?

—Oh, no, no podría.

—¿Por qué no?

—Tengo demasiado que hacer.

—No tienes *nada* que hacer.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no vuelves a la universidad, Susan?

—Porque estoy demasiado ocupada, de verdad. ¿Has dicho que *querías* kirsch con la fruta?

Unas semanas más tarde:

—Oye, quiero hacerte una sugerencia.

—¿Qué?

—¿Por qué no te mueves en la cama?

—¿No tienes suficiente espacio?

—Quiero decir moverte... Moverte debajo de mí.

—Ah, ¿te referías a eso? No me muevo... eso es todo.

—Pues podrías intentarlo. Podría animar las cosas un poco.

—Estoy satisfecha de ser como soy, muchas gracias. ¿Te gusta la ensalada de espinacas?

—¡Escúchame! ¿Por qué no te mueves cuando hacemos el amor, Susan?

—Por favor, terminemos de cenar.

—¡Quiero que te muevas cuando hacemos el amor!

—Ya te he dicho que estoy satisfecha de ser como soy.

—No estás satisfecha, ni mucho menos.

—Es verdad, pero no es asunto tuyo.

—¿Sabes cómo moverte?

—Oh, ¿por qué me torturas así?

—¿Quieres que te enseñe lo que quiero decir?

—¡Basta! No quiero hablar de eso. ¡Nadie tiene por qué enseñarme nada, y tú menos que nadie! Tu vida no es precisamente modélica, ¿sabes?

—¿Y la universidad? ¿Por qué no vuelves a la universidad?

—¡*Calla*, Peter, por favor! ¿Por qué me *haces* esto?

—Porque tu manera de vivir es horrorosa.

—No es horrorosa.

—Es una locura, en realidad.

—¿De modo que es una locura lo que tú haces aquí todas las noches? Yo no te obligo a que pases las noches en mi casa. Yo no te pido nada.

—No pides nada a nadie, así que eso no viene al caso.

—Tampoco es asunto tuyo.

—Es asunto mío.

—¿Por qué? ¿Por qué es asunto *tuyo*?

—Porque *estoy* aquí. Porque *paso la noche* aquí.

—Por favor, tienes que callarte ahora mismo. No quiero discutir. Detesto las discusiones, y me niego a participar en ellas. Si quieres discutir con alguien, ve a discutir con tu mujer. Creía que venías aquí para no discutir.

Ahí tenía razón, en ese *único* punto. Sobre eso no podía llevarle la contraria, pero eso me detuvo sólo por un tiempo. Unos dos meses más tarde, una noche Susan se levantó de la mesa y, dejando caer su lágrima solitaria, dijo:

—¡No puedo volver a la universidad, así que déjame tranquila! ¡Soy demasiado vieja y demasiado tonta! ¡Ninguna universidad me aceptará!

La universidad pública de Nueva York fue, en definitiva, la que la aceptó. Le homologaron el semestre que había cursado en Wellesley.

—Es totalmente absurdo. Tengo casi treinta años. La gente se reirá de mí —arguyó.

—¿Qué gente?

—La gente. No lo haré. Cuando me gradúe tendré cincuenta años.

—¿Y qué piensas hacer en lugar de estudiar hasta que tengas cincuenta años? ¿Ir de compras?

—Ayudo a mis amigos.

—Esos amigos tuyos pueden alquilar carricoches chinos que les ayuden como les ayudas tú.

—Eres cínico con la gente que no te gusta. Además, tengo que ocuparme de un apartamento enorme.

—¿De qué tienes tanto miedo?

—No estamos hablando de eso.

—¿De qué, entonces?

—De que no quieres que haga las cosas como a mí me gusta. Todo lo que hago está mal para ti. Eres igual que mi madre. Ella tampoco cree que sea capaz de hacer algo bien.

—Yo creo que puedes.

—Sólo porque te avergüenzas de mi ignorancia. No es bueno para tu «imagen» que te vean con una tonta como yo, ¡y el resultado es que para que tú salves *tu* imagen yo tengo que ir a la universidad! ¡Y moverme en la cama! ¡Ni siquiera sé encontrar en un mapa la Universidad de Nueva York! ¿Y qué pasa si allí descubro que soy la única persona blanca?

—Pues es posible que allí seas la persona más blanca...

—¡No hagas bromas...! ¡Ahora no!

—Te irá muy bien.

—¡Ay, Peter! —Se lamentó y, sin dejar su servilleta, se sentó en mis rodillas

para que la meciera como a una niña—. ¿Y si tengo que hablar en clase? ¿Si me llaman al estrado? —A través de la camisa, sentí dos témpanos de hielo sobre la espalda: *sus* manos—. ¿Qué podría hacer en ese caso? —preguntó suplicante.

—Hablar.

—No *puedo*. ¿Por qué me obligas a pasar este tormento?

—Tú lo has dicho. Para proteger mi propia imagen. Para poder hacerte el amor con la conciencia tranquila.

—Tú... tú no podrías hacer el amor a nadie con la conciencia tranquila... a nadie tonto, ni inteligente, ni en un término medio. Y estoy hablando en serio. Me siento tan... tan aterrada que me voy a *desmayar*.

Pero no estaba tan aterrada como para no poder pronunciar, por primera vez en su vida, la palabra más peligrosa en Estados Unidos. Al día siguiente por la tarde hice imprimir una de esas primeras planas periodísticas de broma que venden en Times Square y se la di durante la cena; era una imitación de pasquín con un gran titular: « ¡SUSAN LO DICE! ».

Un año más tarde, una noche estaba en la cocina, sentado en un taburete cerca del horno, paladeando una copa del Mouton-Rothschild de Jamey, mientras Susan preparaba *ratatouille* y ensayaba el trabajo que debía presentar al día siguiente en su clase de introducción a la filosofía, un charla de cinco minutos sobre los escépticos.

—¡No recuerdo cómo sigue... no podré hablar!

—Concéntrate.

—¡Pero es que estoy *cocinando*...!

—Puede cocinarse solo.

—Nada que sea sabroso se cocina solo.

—Entonces para un momento y oigamos lo que tienes que decir.

—No me interesan los escépticos. Y a ti tampoco, Peter. A nadie de mi clase le interesan, te lo aseguro. ¿Y qué sucederá si no puedo hablar? ¿Qué sucederá si abro la boca y no sale nada? Es lo que me pasó en Wellesley.

Y también me había sucedido a mí en el Brooklyn College, pero no se lo dije, al menos no en aquella ocasión.

—Algo saldrá —dije en tono confiado.

—¿Sí? ¿Qué?

—Palabras. Concéntrate en las palabras como te concentras en esas berenjenas y...

—¿Me acompañarás? ¿En el metro? ¿Sólo hasta llegar allí?

—Te acompañaré incluso hasta el aula.

—¡No, no vengas! Me quedaría paralizada si te viera allí.

—¡Estoy aquí!

—Esto es una cocina —señaló sonriendo, pero no muy feliz.

Y luego, después de haber insistido yo, se atrevió por fin a leerme su trabajo

de filosofía, aunque parecía dedicado a las berenjenas antes que a mí.

—Perfecto.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Entonces ¿por qué... —quiso saber Susan, que al parecer era una viuda joven más ocurrente de lo que todos suponíamos—, por qué tengo que repetirla mañana? ¿Por qué no cuenta haberlo hecho ahora?

—Porque estamos en la cocina.

—Mierda —dijo Susan—. No es justo.

¿Estoy describiendo a dos personas que están enamorándose? En tal caso, no lo reconocí así en aquel momento. Incluso un año después de conocernos, Susan era para mí mi escondite, mi refugio de Maureen, de su abogado, de los juzgados del estado de Nueva York, de todos los que me habían convertido en un *acusado*. En casa de Susan, en cambio, no necesitaba ser defendido de nada, igual que un rey en su trono. ¿Había algún otro lugar donde pudiese encontrar tanta veneración? La respuesta, amigos, no está en ninguna parte. Había pasado mucho tiempo desde las últimas reverencias. Lo mínimo que podía hacer a cambio de las que ella me hacía era decirle cómo hay que vivir. Debo reconocer que... Todos Mis Conocimientos... pero no era necesario saber mucho para comprender que era mejor ser una estudiante del montón de la Universidad de Nueva York que una cliente de matrícula de honor en Bergdorf y Bonwit de nueve de la mañana a cinco de la tarde, y creía también que, si uno decide emprender el acto sexual, es mejor estar vivo y jadeante mientras dura que abordarlo como petrificado. Así, sin dejar de reparar en lo irónico de la situación, enseñaba a mi alumna a mejorar su funcionamiento sexual y su oratoria, mientras ella me cuidaba con la más tierna y la más dulce dedicación. Era una experiencia nueva en todos sentidos. También lo era el enamorarse, si es que nuestra educación y convalecencia juntos trató de eso. Cuando la pusieron en el cuadro de honor me sentí orgulloso como un padre, le regalé una pulsera y la llevé a comer. Y cuando intentó tener un orgasmo y no lo consiguió, me sentí abatido e incrédulo, como un profesor de instituto a cuyo alumno brillante pero pobre le es, sin saber por qué, denegada una beca en Harvard. ¿Cómo podía ser, después de todas aquellas horas de estudio? ¡Toda la dedicación y el trabajo! ¿Es que nos habíamos equivocado? Ya he mencionado lo desalentador que era para mí sentirme cómplice de esa derrota. La verdad es que, en mi mente, la posibilidad de que Susan alcanzara un orgasmo se convirtió en el símbolo de la recuperación total de los dos. Y es probable que fuese esto, más que ninguna otra cosa, lo que contribuyera a convertir tal objetivo en algo imposible de alcanzar, que la responsabilidad de mi propia salvación, sumada a la suya propia, fuese una carga demasiado grande para ella... ¿Saben?, no estoy intentando decir que yo manejara este asunto como un especialista en salvamento, del mismo modo

que tampoco aspiraba a destronar al doctor Golding, a quien se le pagaba para curar a los enfermos y aliviar a los heridos, y cuya propia teoría, tal como llegaba hasta mí, era que cuanto más paternal y patriarcal fuese mi influencia sobre Susan más lejana estaría la posibilidad del orgasmo. Por mi parte, creía que era posible refutar eficazmente este razonamiento, pero no lo intenté. No era un teórico ni un especialista en diagnósticos, y, pensándolo bien, tampoco creía ser una «figura paternal». Sin embargo, habría dicho que no era necesario ir mucho más allá de la superficie de nuestra relación, para caer en la cuenta de que yo no era más que otro paciente en busca de su propia curación.

De hecho, fue necesario que mi propio médico me convenciera de seguir tomando mi medicación llamada Susan cuando, en pleno tratamiento, me quejé varias veces de que ya era suficiente, de que, más que curándola, la medicina estaba agravando la enfermedad. El doctor Spielvogel no veía a Susan como mi hermano Moe: no, con Spielvogel, era yo quien estaba de acuerdo con Moe.

—No tiene remedio —le decía yo—, es un gorrión asustado.

—¿Preferiría otro que fuese buitre?

—Tiene que haber algo intermedio —respondía yo pensando en Nancy Miles, aquel ser angelical, y en la carta que nunca había respondido.

—Pero usted no tiene algo intermedio. Tiene esto.

—Pero toda su timidez, su miedo... Es una esclava, doctor, y no sólo mía, sino de todos.

—¿Prefiere la rebeldía? Echa de menos las escenas dramáticas, ¿no? Con Maureen, según me contó, era el *Götterdämmerung* en el desayuno, la comida y la cena. ¿Qué tiene de malo un poco de paz y silencio durante las comidas?

—Pero a veces es como un *ratón*.

—Bueno —dijo Spielvogel—, ¿ha oído alguna vez que un ratón le hubiese hecho daño de verdad a un hombre hecho y derecho?

—Pero... ¿qué sucede cuando el ratón quiere casarse... y conmigo?

—¿Cómo va a casarse con usted? Usted ya está casado.

—Quiero decir cuando deje de estar casado.

—Ya se preocupará entonces, ¿no cree?

—No, no lo creo. ¿Qué sucederá si yo intento dejarla y se suicida? No es estable, doctor, no es fuerte, usted tiene que comprenderlo.

—¿De quién está hablando ahora? ¿De Maureen o de Susan?

—Soy capaz de distinguirlas, se lo aseguro. Pero que matarse haya sido la especialidad de Maureen no quiere decir que Susan no sea capaz de hacerlo.

—¿Le ha amenazado con suicidarse si la deja?

—Ella no sería capaz de amenazarme con nada. Susan no es así.

—Pero usted está seguro de que podría matarse si, en el futuro, cuando se plantease la posibilidad, usted decidiera no casarse con ella. Por eso quiere dejarla ahora.

—No es que quiera dejarla... Lo que le digo es que debería dejarla.

—Pero no se puede decir que usted lo esté pasando mal, ¿no?

—No, pero no quiero crearle ilusiones. Ella no podría soportar perderlas. Y yo tampoco.

—¿Es crear ilusiones que haya una relación amorosa entre dos personas jóvenes?

—Para usted, tal vez no.

—¿Para quién, entonces? ¿Para usted?

—¡Para Susan, doctor, para Susan! Escuche, ¿qué ocurrirá si al acabar esta relación ella no acepta la realidad y se suicida? ¿Quiere responderme a eso?

—¿A que después de perderle a usted podría quitarse la vida?

—¡Sí!

—¿Cree usted que todas las mujeres del mundo pueden matarse por usted?

—Por favor, no distorsione lo que digo. No «todas las mujeres», sólo las dos con quienes he tenido relaciones.

—¿Por eso se lió usted con las dos?

—¿Eso cree? Tengo que pensar sobre ello. Podría ser. Pero, si fuese así, razón de más para acabar con este asunto *ahora mismo*. ¿Por qué seguir si hay la más mínima posibilidad de que ocurra algo así? ¿Por qué habría de querer usted animarme a hacer semejante cosa?

—¿Animarle y o a hacer «semejante cosa»? Yo sólo le animaba a obtener placer y consuelo en la naturaleza dócil de Susan. Le digo que muchos hombres le envidiarían a usted. No todo el mundo se sentiría tan desesperado por tener una amante tan hermosa, sumisa... y rica, y además una cocinera Cordon Bleu.

—Y una suicida en potencia.

—Eso está por ver. Hay muchas potencialidades que no están basadas en la realidad.

—Me temo que en mi situación no puedo mostrarme tan despreocupado como usted.

—Despreocupado no. Simplemente, no más seguro de lo que las circunstancias permitían. Y tampoco más asustado.

—Mire, no quiero más actos desesperados. Tengo derecho a sentirme asustado. Me casé con Maureen. ¡Sigo casado con ella!

—En tal caso, si sus sentimientos son tan intensos, si ya se ha quemado una vez y no quiere volver a arriesgarse...

—Le repito que tal vez no sea un mero «riesgo»... y que no tengo derecho a correrlo. Es la vida de ella la que está en peligro, no la mía.

—¿En peligro? ¡Qué melodrama tan narcisista acaba de escribir, señor Tarnopol, si me permite un juicio literario!

—¿Sí? ¿De eso se trata para usted?

—¿No lo es?

—No siempre comprendo, doctor, qué quiere decir usted al hablar de narcisismo. Yo creo estar hablando de responsabilidad. Es usted quien ha estado hablando de los placeres y la comodidad de seguir como hasta ahora. Es usted quien está diciéndome que no me preocupe por las ilusiones o la vulnerabilidad de Susan. Yo más bien diría que es *usted* quien me invita a *mí* a adoptar una actitud narcisista.

—Muy bien, si eso es lo que usted cree, déjela antes de que las cosas vayan a más. Usted tiene ese sentido de responsabilidad ante esa chica... en tal caso, actúe en consecuencia.

—Pero hace un minuto insinuaba que mi sentido de la responsabilidad estaba *mal enfocado*... Que mis temores eran *delirantes*.

—Creo que lo son, y mucho, sí.

En este momento no recibo consejos de nadie en lo referente a Susan. Estoy aquí para estar libre de consejeros... y de tentaciones. ¿Susan, tentación? ¿Susan, hechicera? ¡Vaya palabra para calificarla! A pesar de todo, nunca me ha dolido tanto la añoranza de alguien. Como se suele decir, hemos pasado mucho juntos, y no del mismo modo en que «lo pasamos». Maureen y yo. Con Maureen era la *monotonía* implacable de la lucha, algo que casi me hizo perder la razón. Por mucho razonamiento, inteligencia incluso fuerza bruta a que recurriese para hacer frente a nuestro conflicto, nunca logré cambiar nada. Todo lo que hacía era inútil, incluso, por supuesto, no hacer nada. Con Susan había lucha, sin duda, pero también ciertas compensaciones. Las cosas cambiaron. *Nosotros cambiamos*. Hubo progreso, evolución, transformaciones maravillosas y conmovedoras en todos los aspectos. Desde luego, lo último que podría haberse afirmado de nuestra relación era que fuese algo confortable, estable, que llegó a su fin porque nuestros placeres se volvieron fatigosos y monótonos. No, el progreso era el placer; las transformaciones, las que me causaron mayor deleite, las que hicieron que su intento de suicidio me resultara mucho más abrumador... y lo que hace ahora que mi intensa añoranza de ella sea tan desconcertante. Porque ahora se diría que *nada* ha cambiado y que estamos donde comenzamos. Tengo que preguntarme si las cartas que empiezo a escribirle y no termino, si las llamadas que interrumpo antes de marcar el último número en el dial... si no estaré empezando a ceder al canto de sirena de La Mujer Que No Puede Vivir Sin Ti, que Preferiría la Muerte a la Soltería... si no estoy al borde de Cometer Otro Error, para prolongar, después de un breve intervalo, lo que Spielvogel llamaría «mi melodrama narcisista» ... Pero, en definitiva, para mí no es menos desesperante pensar que por temor de Mi Error podría estar cometiendo otro más grave, el de renunciar sin ningún motivo válido a una mujer generosa, tierna, con buen corazón, antítesis de Maureen y de quien he llegado a enamorarme. Me

digo a mí mismo: « Toma en serio este sentimiento. La *necesitas* », y me lanzo hacia el teléfono para llamarla a Princeton, y cuando estoy ante el aparato me pregunto si el « amor » tiene algo que ver con esto, si no será mi estado vulnerable y quebrantado, *necesitado*, lo que me empuja hacia ella. Supongamos que en realidad no sea más que una indefensa belleza en biquini que se aferra a mi pene como a un salvavidas. Supongamos que sea sólo esto lo que mueve mi anhelo de estar con ella. Es sabido que este tipo de cosas pasan. « Vanidad sexual », como dice la señora Seabury. « Fantasías de rescate —dice el doctor Spielvogel—, sueños infantiles de gloria edípica ». « *Shiksas* chifladas —dice mi hermano—, no puedes con ellas, Pep » .

Entretanto, Susan sigue al cuidado de su madre en Princeton, y yo sigo aquí, al cuidado de mí mismo.

Mariage à la mode

Rapunzel, Rapunzel,
suéltate el cabello.

(Del cuento de
los hermanos GRIMM).

Para los jóvenes que alcanzaron la madurez durante la década de 1950 y aspiraban a llegar a adultos también en dicha década, una época en la que, como escribió uno de ellos, todo el mundo *quería* tener treinta años, confería un alto prestigio moral tomar esposa, y no porque se pensase hacer de ella una sirvienta o un « objeto sexual» . Lo que estaba en juego era precisamente la Decencia y la Madurez, la « seriedad» de un hombre, porque se suponía que la situación era la inversa: puesto que este ancho mundo era, de forma obvia, « el mundo de los hombres», la mujer corriente sólo podía aspirar a la igualdad y a la dignidad dentro del matrimonio. Los defensores de la mujer de nuestra época nos llevaron a creer que estábamos explotando y degradando a las mujeres con las que no nos casábamos más que a aquéllas con las que sí lo hacíamos. Soltera y abandonada a sus propios recursos, al parecer una mujer no podía ir sola ni siquiera al cine o a un restaurante, y mucho menos, realizar una apendicectomía o conducir un camión. De nosotros dependía, pues, darles el valor y el sentido de la utilidad que la sociedad les negaba: eso hacíamos al casarnos con ellas. Si no nos casábamos con estas mujeres, ¿quién lo haría? Nuestro sexo era, por desgracia, el único disponible para llevar a cabo tal tarea: la llamada a filas estaba en marcha.

Así que no era sorprendente que un joven burgués con formación universitaria de mi generación, que rechazaba el matrimonio, que prefería comer conservas o ir a una cafetería, barrer su propia habitación, hacerse la cama y poder ir y venir sin ataduras legales permanentes, hallando la amistad femenina y la aventura sexual donde y cuando podía y por un período de tiempo

no superior al que le convenía, se encontrase de inmediato expuesto a la acusación de «inmadurez», cuando no de homosexualidad «latente» o descarada. O bien era un mero «egoísta». O le daba miedo «asumir responsabilidades». O era incapaz de «internarse» (simpático término institucional) en una «relación estable». Lo peor, lo más vergonzoso de todo, era que a alguien así, que creía ser perfectamente capaz de cuidar de sí mismo sin ayuda de nadie, se le considerase de hecho «incapaz de amar».

En la década de los cincuenta había una gran preocupación por si la gente era o no capaz de amar. Y me atrevo a afirmar que era más general entre las chicas respecto a los chicos que expresamente no querían que ellas dedicasen el resto de su vida a lavarles los calcetines, prepararles la comida o criar a sus hijos. Y el «Pero ¿no eres capaz de amar a nadie? ¿No puedes pensar en nadie más que en ti mismo?», traducido del desesperado idioma «femenino» de la década de los cincuenta al inglés cotidiano, significaba en general: «Quiero casarme, y quiero que sea contigo».

Ahora bien, estoy seguro de que muchas de las mujeres que en esa época se erigían en especialistas en amar no tenían una idea muy clara de con cuánta fuerza el instinto de conservación cargaba sus emociones. Tampoco sabían hasta qué punto dichas emociones surgían más bien del anhelo de poseer y ser poseída, antes que de cierta reserva de amor puro y abnegado que era el especial tesoro de éstas y de todos los miembros de su sexo. Después de todo, ¿hasta qué punto se puede *amar a los hombres*, y en particular a los hombres «incapaces de amar»? En realidad, bajo el tema del compromiso y las «relaciones estables» había mucho más de lo que muchas mujeres (y muchos de los compañeros que ellas habían elegido) alcanzaban a considerar o comprender del todo en aquella época. De hecho, la dependencia, la debilidad y vulnerabilidad femeninas estaban ahí.

Por supuesto, esta dura realidad era vivida y encarada por cada mujer de acuerdo con su personal dotación de inteligencia, salud mental y carácter. Cabe imaginar que, entre las mujeres que se negaron a ceder al más arraigado de los mitos, el que aparece disfrazado como amor, tuvieron que producirse decisiones valientes y abnegadas; en todo caso, un sufrimiento mucho mayor les estaba reservado a quienes no lograron renunciar a las ilusiones románticas que se habían forjado en relación a lo que habían elegido en nombre de su propia indefensión, hasta que llegaban al despacho del abogado y éste les arrojaba el salvavidas conocido como pensión para alimentos. Se ha afirmado que, en realidad, las feroces batallas por dichas pensiones para alimentos que se han venido librando en los juzgados de este país durante las últimas décadas tiene un carácter «simbólico», del mismo modo que lo tenían las guerras religiosas que azotaron Europa durante el siglo XVII. Yo más bien diría que, al haber servido como bandera en torno a la cual se organizaban todos los demás resentimientos y angustias, la batalla por la pensión para alimentos tendía a menudo a esclarecer

algo casi siempre oculto por las metáforas con que los cónyuges habían disfrazado su relación conyugal. La intensidad del pánico y la ira provocados por el problema de los alimentos, la ferocidad desplegada por personas en otras circunstancias normales y civilizadas es testimonio, creo, del asombroso y humillante descubrimiento que hacían las parejas en el juzgado acerca del papel fundamental que cada uno de ellos había jugado en la vida del otro. « Qué bajo hemos caído », podían decir los iracundos litigantes entre miradas de odio, pero incluso este comentario era un intento de seguir ocultando el hecho más humillante de todos: que realmente había sido así siempre.

Ahora me doy cuenta de que es posible restar importancia a estas generalizaciones como aspectos de mi amargura y mi cinismo, como la desgraciada consecuencia de mi propio horrendo matrimonio y de una relación que acaba de terminar de un modo tan triste. Además, puede argumentarse que, al haber elegido yo mujeres como Maureen y Susan (o bien, si se prefiere, al haberlas elegido mi aberrante, si no patológico, carácter), no me correspondería a mí generalizar, ni siquiera superficialmente, sobre lo que los hombres desean (y obtienen) de las mujeres, ni sobre lo que las mujeres desean (y obtienen) de los hombres. Bien, reconozco que en este momento no me siento muy « típico », y que no estoy relatando esta historia para sostener que mi vida es representativa de nada. A pesar de ello, es natural que esté interesado en mirar a mi alrededor para determinar cuánto de mi experiencia con las mujeres ha sido característico de mí, y —si ustedes insisten en ello— también de mi patología, y cuánto es sintomático de un malestar social mucho más extendido. Y cuando miro a mi alrededor llego a la siguiente conclusión: con Maureen y Susan entré en contacto con dos de las cepas más fértiles de un virus al cual muy pocas de las mujeres que nos rodean son inmunes.

Es indudable que, aparentemente, Maureen y Susan no podrían haber sido más diferentes, y que ninguna de ellas podría haber sentido una antipatía más profunda por el « tipo » que creía reconocer en la otra. Sin embargo, lo que las aproximaba como mujeres —lo cual equivale a decir lo que me aproximó a ellas, ya que éste es el tema que me ocupa aquí— era que, a su manera extrema y vívida, cada uno de estos tipos opuestos presentaba el carácter indefenso y vulnerable que ha llegado a ser el sello de su sexo y se encuentra a menudo en el fondo de sus relaciones con los hombres. Que yo hubiese llegado a atarme a Maureen como consecuencia de *mi propia* indefensión nunca significó que alguno de los dos se hubiese detenido realmente a visualizarla a *ella* como la víctima indefensa y a mí como el verdugo, alguien que no tenía más que deponer su brutalidad para que todo se arreglase y la justicia sexual se cumpliera. El mito de la inviolabilidad masculina, de la dominación y la potencia masculinas, era muy fuerte y se hallaba profundamente arraigado en la mente no sólo de Maureen, sino también en la mía. Incluso cuando llegué al extremo de vestirme

con ropa de mujer y reconocer con este acto que, como hombre, estaba vencido, incluso *entonces* me fue imposible aceptar del todo la idea de que en nuestra casa los presupuestos convencionales en relación a quién es fuerte y quién es débil no se ajustaban a la realidad. Hasta el último momento seguí viendo a Maureen —y ella se veía ante mí— como la doncella indefensa; de hecho, bajo aquel rudo exterior, todas sus pretensiones acerca de que ella era una «persona independiente» y de que no era el felpudo de nadie, Maureen era, en realidad, mucho más Susan que Susan misma, y ello *más con respecto a sí misma que con respecto a mí*.

Hay una corriente de opinión cada vez más extendida que sostiene que, en definitiva, los matrimonios, relaciones y uniones sexuales se producen en general entre tiranos que buscan esclavos. Así, están los dominantes y los sumisos, los brutos y los complacientes, los explotadores y los explotados. Lo que esta fórmula no explica —entre un millón de cosas más— es por qué tantos «tiranos» parecen ser ellos mismos esclavizados a menudo por sus propios «esclavos». No se trata —debo repetirlo de nuevo— de que mi historia pretenda ofrecer nada parecido a una explicación o un paradigma; es sólo un ejemplo (aunque, sin duda, sea un ejemplo poscaballeresco) de lo que podríamos llamar el fenómeno del Príncipe Azul. En esta versión del cuento de hadas, el papel de la doncella encerrada en la torre es encarnado sucesivamente por Maureen Johnson Tarnopol y por Susan Seabury McCall. Yo, por supuesto, hacía el papel de príncipe. Mi papel, tal como es descrito aquí, puede dar lugar a la insinuación sardónica de que más bien parece que haya encarnado al caballo. Debo decirles, no obstante, que no era como caballo que yo aspiraba a alcanzar una interpretación estelar. Decididamente, no aspiraba a ninguna forma de conducta propia de un caballo, o de un chivo, un zorro, un león, o cualquier otra bestia. Quería ser humano: a fin de cuentas, un hombre.

En la época en que empezó todo, no habría considerado necesario tener esto presente como aspiración —a los veinticinco años era demasiado seguro que el éxito estaba a mi alcance—, y tampoco me imaginaba llevando adelante una carrera en la cual estar casado para luego intentar dejar de estarlo se convertiría en mi principal actividad y en mi obsesión. Si alguien hubiese sugerido que entablar una lucha con una mujer por el hecho de estar casados llegaría a mantenerme tan ocupado como al almirante Byrd la exploración del Polo Sur o a Flaubert escribir *Madame Bovary*, me habría reído a carcajadas. Sin duda, lo último que habría podido llegar a imaginar era a mí mismo, miembro disidente y escéptico de mi generación, sucumbiendo a la moralizante retórica de las «relaciones estables». Y cabe decir que fue necesario algo más que retórica para enredarme. Fue necesaria una Maureen haciendo uso de ella. Pero los tercetos hechos permanecen: cuando un miembro disidente y escéptico de su generación es enredado, lo es por los mismos procedimientos que casi todos los

demás.

Me engañaron las apariencias, en gran parte las creadas por mí mismo.

En mi calidad de escritor joven que ya publicaba cuentos en las revistas trimestrales, residía en un apartamento del Lower East Side, entre la Segunda avenida y el Bowery, y me mantenía gracias a mis ahorros del ejército y a un adelanto de mil doscientos dólares de un editor, dinero que administraba cuidadosamente en cuotas semanales de treinta dólares, así que no me veía como un estudiante graduado convencional ni típico de la época. Todos mis compañeros de la universidad estaban lejos, estudiando derecho o medicina. Algunos de los amigos con quienes había trabajado en la revista literaria de la Universidad de Brown estaban preparándose para doctorarse en literatura. Antes de incorporarme al ejército, yo mismo había participado, durante año y medio, en el programa para el doctorado en letras de la Universidad de Chicago, aunque luego me quedaría en la cuneta, víctima de la «bibliografía» y del «anglosajón». Los demás, los muchachos de la fraternidad estudiantil, los atletas, los que estudiaban administración de empresas, todos aquellos con quienes había tenido poca relación en la universidad, estaban ahora casados y con empleos de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Por supuesto, llevaba camisas de color azul estilo oxford con el cuello abotonado y el pelo muy corto, pero ¿qué otra cosa podía llevar? ¿Capote? ¿Rizos largos? Estábamos en 1958. Además, pensaba que había otras maneras de diferenciarme de la masa de mis contemporáneos: leía libros y quería escribirlos. Mis amos no eran Mamón, ni la Diversión, ni la Decencia, sino el Arte, un Arte del tipo serio y moral. Tenía ya bastante adelantada la preparación de una novela sobre un judío del Bronx, comerciante en ropa blanca jubilado, que durante un viaje a Europa con su mujer por poco estrangula a una alemana grosera cuando se enfurece al pensar en «los seis millones». El comerciante estaba inspirado en mi propio y bondadoso, excitable y trabajador padre judío, que había sufrido un impulso similar durante el viaje que había hecho con mi madre para visitarme durante mi estancia en el ejército. El soldado raso, hijo del camisero, estaba inspirado en mí mismo, y sus experiencias eran casi paralelas a las que yo viví en Alemania durante los catorce meses que pasé como cabo en Frankfurt. Había tenido una novia alemana, una estudiante de enfermería alta y rubia como una valquiria pero profundamente tierna, y toda la confusión provocada por ella en mis padres y en mí debía constituir el trasfondo de la novela que llegó a ser *Un padre judío*.

Sobre mi mesa no tenía una fotografía de un velero, ni de la casa de mis sueños, ni de un niño en pañales, ni tampoco un cartel de agencia de viajes con una imagen de tierras lejanas. Tenía, sí, palabras de Flaubert, consejos a un joven escritor que había copiado de una de sus cartas: «Sé metódico y ordenado en tu

vida, como un burgués, para que puedas ser capaz de mostrarte violento y original en tu obra». Apreciaba la sabiduría de estas palabras. Puesto que provenían de Flaubert, apreciaba en mucho el ingenio que denotaban, pero a los veinticinco años, a pesar de toda mi dedicación al arte de la ficción, a pesar de toda la disciplina y la seriedad y el *respeto* con que encaraba la vocación de Flaubert, quería que mi vida fuera *algo* original —y, si no violenta, al menos interesante— cuando mi obra estuviese escrita. Después de todo, ¿no era verdad que el mismo Flaubert, antes de instalarse junto a su mesa camilla para convertirse en el anacoreta atormentado de la literatura moderna, se había ido como un caballero errante al Nilo a escalar pirámides y hacer locuras con bailarinas de piel oscura?

Así, Maureen Johnson, aunque no fuese exactamente egipcia, se me apareció como alguien que podría añadir cierto interés exótico a mi esforzada vida de escritor. ¡Y lo hizo! Ella era tan interesante que llegó incluso a *desplazar* a la escritura. Para empezar, aquella cautivadora y misteriosa mujer objeto de las fantasías erótico-heroicas de un hombre tenía veintinueve años, era una *mujer mayor*. Además, tenía cicatrices que lo probaban. No un divorcio, sino dos, el primero del marido de Rochester, dueño de un bar, un yugoslavo llamado Mezik, para el que había trabajado como camarera a los dieciséis años; ella decía que en cierta ocasión Mezik, bastante aficionado a la bebida y con un potente gancho de derecha, la había «obligado» a montárselo con un amigo suyo, gerente de una fábrica de tapicerías. Más tarde cambió algo la historia y dijo que los tres estaban ebrios y que los dos hombres habían echado a suertes quién se llevaría a Maureen a la cama. Pero ella había optado por hacerle una felación al amigo de Mezik en lugar de practicar el coito porque le había parecido que, dadas las circunstancias y en su inocencia, aquello sería menos humillante para ella. «No fue así», solía añadir. Luego llegaron el matrimonio y el divorcio de Walker, un joven actor de perfil maravilloso y voz resonante que resultó ser homosexual: es decir, había «prometido» a Maureen que se curaría después del matrimonio, pero no hizo otra cosa que empeorar. Dos veces la habían «traicionado» los hombres; a pesar de estas experiencias, cuando la conocí no había perdido su espíritu de lucha. Y rebosaba ingenio correoso. «Todavía soy la duquesa de Malfi», fue el comentario con que me sorprendió la primera noche que pasamos juntos. No está mal, nada mal, pensaba yo, aunque era evidente que se trataba de algo que le había enseñado su marido actor. Tenía la belleza vigorosa que suele asociarse con los «irlandeses morenos», sólo que en su caso esa belleza se veía malograda en parte por una mandíbula alargada y estrecha y un cuerpo menudo y ágil (un cuerpo como de adolescente juguetona, salvo por los prominentes y cónicos senos) y una gran energía y coraje. Con la agilidad de su modo de moverse y la viveza de su mirada, era como uno de esos animales diminutos e incansables, una abeja o un colibrí que trabaja en las flores desde el amanecer

hasta la tarde, succionando cantidades diminutas, pero innumerables, para colmar su pequeña necesidad cotidiana de alimento. Solía jactarse, entre risas, de haber sido la corredora más veloz de su época —tanto entre las mujeres como entre los hombres— entre todos los escolares de Elmira, Nueva York, y esto (de todo lo que llegó a contarme) podría haber sido cierto. La noche que nos conocimos —en una fiesta para poetas en las afueras— me retó a hacer una carrera desde la estación de metro de Astor Place hasta mi apartamento, que estaba a tres manzanas de distancia. « ¡El que gane decidirá qué hacemos! », exclamó, y nos lanzamos a la carrera... y gané, pero sólo por la distancia de un edificio, y cuando estuvimos en el apartamento, todavía jadeante por la carrera, le dije: « Muy bien, mi premio: ¡desnúdate! ». Ella obedeció de inmediato, y eso que aún estábamos en el vestíbulo, jadeantes. « ¡Qué mujer! », pensé. *Muy interesante*. Sí que era rápida, aquella chica... pero yo lo era más, ¿no...? Además —debo mencionarlo llegados a este punto— Maureen tenía muchas carreras que cobrarse con la gente de mi sexo, así como desmesuradas ilusiones con respecto a sus propias dotes, que había llegado a creer que tenían algo que ver, de algún modo, con las artes.

A los dieciséis años, cuando iba al instituto, se había escapado de la casa de su familia en Elmira; se había escapado... eso también me atrajo. Nunca había conocido a una chica que hubiese huido de casa. ¿Qué hacía su padre? De todo. Nada en particular. Nada. Obrero manual. Vigilante nocturno. ¿Quién se acuerda ya? ¿Su madre? « Se ocupaba de la casa. Bebía. Por Dios, Peter, hace años que los olvidé. Y que ellos me olvidaron a mí ». Huyó de Elmira para ser... claro: actriz, pero se dirigió nada menos que a Rochester. « ¿Qué sabía yo? », decía, apartando su inocencia con un gesto de la mano; la inocencia era algo muerto y enterrado para ella. En Rochester conoció a Mezik (« Me casé con aquel bruto... y luego conocí a su amigo »). Después de tres años de frustración junto a otros actores de segunda en el grupo de teatro de vanguardia local, pasó a la Escuela de Bellas Artes para ser... pintora abstracta. Después de su divorcio abandonó la pintura... y al pintor de quien fue amante durante su separación de Mezik, que había roto su « promesa » de ayudarla a vender sus obras a su agente de Detroit. Recibió clases de clavicordio mientras trabajaba de camarera en Cambridge, Massachusetts, puesto que había oído que allí había menos personajes como Mezik que no estuviesen entre rejas. Allí, a los veintiún años, se casó con Walker, del Brattle Theater. Siguieron cinco años, cinco años de Walker y sus muchachos de Harvard. Cuando nosotros dos nos conocimos, había probado ya la escultura en madera en Greenwich Village (la mujer de su maestro sentía unos intensos celos a causa de ella) y había vuelto temporalmente « al teatro » para encargarse de « tareas de producción », es decir, cortar entradas y hacer de acomodadora en un teatro del off-Broadway, en la calle Christopher.

Como digo, creía que todo lo que me contaba sobre sus reveses y

restablecimiento, todo aquel *movimiento* suyo, era la manifestación de un espíritu de juego, audaz y decidido; y así era, en efecto. Asimismo, el dramatismo de su historia personal revelaba cierta inestabilidad y falta de orientación en la vida. Por otra parte, en la mía había tanta orientación —y la había habido siempre— que los caóticos y arriesgados antecedentes de Maureen tenían para mí el atractivo de lo decididamente exótico y romántico. Ella había recorrido un largo camino. Me gustaba esta idea; el camino que yo había recorrido no era tan largo, al menos no hasta entonces.

Ella era también bastante agresiva, y eso era otra novedad para mí. Al iniciar mi relación con Maureen, hacía casi un año que mantenía una relación sumamente apasionada con una joven universitaria llamada Dina Dornbusch, que estaba en el curso del Sarah Lawrence y era hija de una acaudalada familia judía de Long Island. Se estaba especializando en literatura e idiomas y era muy ambiciosa; nos conocimos cuando vino a mi apartamento con cuatro compañeras y una de las editoras de *Mademoiselle* para hacerme una entrevista sobre mi obra. Yo acababa de dejar el ejército, así que en aquel momento mi obra se reducía a los seis cuentos que había publicado en revistas trimestrales durante mi estancia en Frankfurt. Que aquellas respetuosas e impresionables jovencitas los hubiesen leído era algo que me causaba una gran satisfacción. Desde luego, ya sabía que varios editores y agentes literarios de Nueva York los habían leído con interés, puesto que en Alemania había recibido numerosas cartas de ellos. Al volver a Estados Unidos, una vez licenciado, había elegido un agente y firmado un contrato con una editorial que me había adelantado una módica suma por la novela que estaba escribiendo. Pero que hubiese logrado, mientras hacía el servicio militar en Alemania, « fama » suficiente como para que aquellas chicas me eligiesen como el escritor norteamericano joven a quien deseaban entrevistar para publicar un artículo en la revista..., bueno... huelga decir que eso hizo que mi mente crease alguna que otra fantasía. Por supuesto, les hablé de Flaubert, de Salinger, de Mann, de mis experiencias en Alemania y de mi esperanza de poder utilizarlas en mi obra, pero aun así no podía dejar de preguntarme cómo conseguir que la chica de las piernas estupendas y las preguntas graves se quedase conmigo al irse las demás.

¡Oh!, ¿por qué renuncié a Dina Dornbusch para quedarme con Maureen? ¿Se lo digo? Porque Dina aún estaba en la universidad, escribiendo trabajos sobre la « perfección técnica » de « Lycidas ». Porque Dina me escuchaba con una gran atención, porque se comportaba como mi alumna al adoptar mis ideas como si fuesen las suyas propias. Porque el padre de Dina nos regalaba entradas de primera fila para las comedias musicales de Broadway y debíamos utilizarlas por temor a ofenderle. Porque... sí, también esto es verdad; increíble, pero verdad: porque cuando Dina venía de la universidad a visitarme, prácticamente lo único que hacíamos, desde que cruzaba el umbral de mi casa, era el amor. En

resumen, porque era rica, guapa, mimada, inteligente, voluptuosa, joven, vibrante, vivaz, segura, ambiciosa, y porque me adoraba. ¡Por eso la dejé para quedarme con Maureen! Dina era todavía muy joven y lo tenía casi todo. Yo, en cambio, a los veinticinco años, decidí que estaba más allá de todo « eso » . Quería algo llamado « una mujer » .

A los veintinueve años, con dos divorcios a sus espaldas, sin rico ni amante padre, sin ropa elegante, sin futuro, a mi entender Maureen parecía haberse hecho acreedora de todo lo que estaba involucrado en la palabra « mujer » ; sin duda, era la primera persona de su sexo, entre las que yo había conocido íntimamente, que estaba tan sola e iba tan a la deriva. « Siempre he dependido más o menos de mí misma », me había dicho en la reunión donde nos conocimos. Así hablaba ella, de forma directa, sin sentimentalismos, y eso me gustaba. Dina, en cambio, parecía depender de todos los que la rodeaban. Como yo.

Antes de Maureen, la única mujer que había conocido y que había tenido una vida difícil era Grete, la estudiante de enfermería de Frankfurt cuya familia había sido expulsada de Pomerania por el avance del ejército ruso. Me fascinaba todo lo que solía contarme sobre sus experiencias durante la guerra, pero al final todo eso no significó nada. Como al terminar la guerra sólo tenía ocho años, lo único que recordaba era haber vivido en el campo con su hermanos y su madre, en una granja donde tenían huevos para comer, animales para jugar y una escuela donde aprender aritmética y ortografía. Recordaba que en la primavera de 1945, cuando, en plena huida, se encontraron al fin con el ejército norteamericano, un soldado le había dado una naranja. Y a veces, en la granja, cuando los niños hacían mucho ruido, su madre se tapaba los oídos y les decía: « Niños, no gritéis tanto, que parecéis un montón de judíos » . Al parecer, aquello era todo lo que había tenido que sufrir de la catástrofe del siglo. A mí, esta situación no me ponía las cosas tan fáciles como podría suponerse, y yo tampoco se las facilitaba mucho a Grete. Nuestra relación la dejaba a menudo perpleja a causa de mis accesos de melancolía, y cuando se suponía que ella no tenía la culpa de nada de lo que me hacía sentirme arisco e irritable, me comportaba todavía peor. Es verdad que Grete tenía sólo ocho años cuando terminó la guerra en Europa, pero a pesar de todo no podía llegar a convencerme de que era algo más que una muchacha grande y dulce, de buen carácter y llena de sentido común a pesar de sus dieciocho años, a quien no le importaba gran cosa que yo fuera un judío moreno y ella una aria rubia. Todas estas suspicacias, y mi lucha consciente contra ellas, se pusieron de manifiesto en la relación entre los dos jóvenes amantes que se describe en *Un padre judío*.

Lo que me gustaba, ¿saben?, era cargar con algún peso en mis relaciones amorosas, con algo problemático y desconcertante que mantuviese activa mi imaginación incluso cuando estaba alejado de mis libros; prefería siempre estar

con mujeres que me diesen material para pensar, y no necesariamente porque conversáramos acerca de « ideas » .

Así que Maureen era dura de pelar: pensé mucho en ello. Me pregunté si yo estaría a la « altura » —bonita palabra— de alguien con sus antecedentes y su resolución. No obstante, a juzgar por la forma en que más tarde me quedé colgado de ella, se habría dicho que estaba a la « altura » . También lo había estado en el caso de Grete y sus problemas, ¿no? Entonces, ¿por qué retroceder ante las dificultades, el desorden o incluso la turbulencia emocional? ¿Qué tenía que temer? Para ser sincero, no lo sabía.

Además, durante mucho tiempo la dificultad insuperable —la incapacidad de Maureen— quedó en gran parte oculta bajo su actitud belicosa y por el modo en que siempre se representaba a sí misma como la eterna víctima de charlatanes e ingratos, antes que como alguien que no tenía la menor idea de la relación entre planteamiento, nudo y desenlace. Cuando discutía conmigo, al principio yo estaba tan ocupado en discutir a mi vez que no tenía tiempo de advertir el grado de ineptitud y desesperación que había en su desafío. Hasta que conocí a Maureen nunca me había peleado dominado por la ira, ni siquiera con un hombre; me refiero a llegar a las manos. Sin embargo, a los veinticinco años era mucho más combativo que hoy, y no tardé en aprender a desarmarla cuando empleaba su arma favorita, el afilado tacón de unos de sus zapatos. Con el tiempo llegué a comprender que ni siquiera unos buenos azotes, como los que los padres propinan a un niño caprichoso, bastaban para detenerla una vez que entraba en una crisis belicosa: hacía falta una bofetada en la cara. « ¡Igual que Mezik! », gritaba Maureen, dejándose caer al suelo con dramatismo, para protegerse allí de mi violencia (y al mismo tiempo fingir a duras penas que no le causaba placer haber sacado a la luz al bruto que se escondía bajo el artista de elevados principios).

Por supuesto, en la época en que llegué a agredirla físicamente yo ya estaba a punto de volverme loco y buscaba desesperadamente escapar de una relación que cada vez se volvía más perturbadora, desconcertante y... sí, alarmante. Lo que hacía que perdiese el control no era sólo la profundidad del resentimiento que había en nuestra relación, sino también el impacto de comprender la incapacidad que la conducía sin remedio a caer en tales episodios de furia incontrolada y salvaje. Con el paso de los meses había llegado a ver que nada de lo que ella hacía le salía bien, o, mejor dicho, había logrado penetrar en aquella confusa retórica de traición y malos tratos para ver la situación de esa *manera*. El productor de la calle Christopher que no cumplía su « promesa » de pasarla de la taquilla al reparto, el profesor de arte dramático que necesitaba una ayudante y resultaba ser un « psicópata », el patrón de uno de sus empleos que era un « negrero », y en el siguiente empleo un « tonto », y en el siguiente un « seductor » ... Invariablemente, cada vez que, disgustada, dejaba un trabajo o la

despedían, volvía a casa furiosa y llorando; cada vez que, una vez más, rompían la «promesa» que le habían hecho, volvía a mi apartamento en pleno día. Allí me encontraba escribiendo a máquina, sudando tinta —como me ocurre cuando estoy inspirado— y apestando a sudor con mi camisa oxford como si me hubiese pasado el día trabajando con una cuadrilla de presos. Al verme trabajando febrilmente en algo que me encantaba, su furia hacia el mundo de los opresores se intensificaba por los celos que yo despertaba en ella... eso aunque de hecho admiraba muchísimo los cuentos que había publicado, los defendía con vehemencia ante cualquier crítica y vivía con regocijo el moderado éxito que mi obra comenzaba a alcanzar. Pero vivir las alegrías de los demás era su tormento. Lo único que podía llamar suyo era lo que obtenía a través de los hombres. No es sorprendente, pues, que no fuera capaz de perdonar ni de olvidar al hombre que a los dieciséis años la había humillado al «forzarla» a acostarse con su amigo, ni al que había preferido acostarse con estudiantes de Harvard antes que con ella. Si no podía renunciar al tabernero Meziq, ni al mediocre actor Walker, cabe imaginar el significado que debía de tener para ella haber encontrado a alguien cuya juvenil seriedad y exclusiva dedicación a una marcada vocación artística podría hacer suya sólo por lograr apoderarse para siempre de su carne y de su sangre.

Nuestra relación había terminado (salvo porque Maureen se negaba a irse y yo no tuve el sentido común ni la previsión de dejarle mis dos habitaciones y mis muebles de segunda mano y huir; como nunca había sufrido una derrota ante nada que importase mucho, simplemente no supe reconocer la derrota como una posibilidad para mí, y menos aún a manos de alguien tan inepta como ella), nuestra relación había terminado, excepto por los gritos, cuando Maureen me dijo... Bueno, ya pueden adivinar lo que me dijo. Cualquiera lo habría visto venir desde muy lejos. Pero yo, no. ¿Por qué una mujer habría de querer engañar a Peter Tarnopol? ¿Por qué habría de querer una mujer contarme una mentira para que me casara con ella? ¿Qué expectativas de felicidad podría haber en tal unión? No, no podía ser. Nadie podía ser tan estúpido como para hacer algo semejante, y *menos aún para hacérmelo a mí*. Acababa de Cumplir Veintiséis Años. Estaba Escribiendo Una Novela Seria. Tenía Toda Una Vida Por Delante. No, tal como yo lo veía, debía decirle a Maureen que nuestra relación era un craso error desde el principio, y que se había convertido en una pesadilla para los dos. «La culpa es tanto mía como tuya, Maureen...». En el fondo no creía tal cosa, pero con tal de librarme del asunto sin mayores altercados, se lo diría. La única solución sensata, le diría, era que cada uno se fuese por su lado. ¿Cómo no habríamos de salir ganando, los dos, sin todo aquel conflicto inútil y aquella degradante violencia en nuestras vidas? «Simplemente, no hay ningún motivo para seguir juntos», le diría con tono franco, sin sentimentalismos, que a ella le gustaba tanto usar. Sí, le diría eso, ella asentiría sin rechistar (al verme tan honesto, tan sensato, no podría

hacer otra cosa que asentir) y se iría después de que yo le hubiese deseado buena suerte.

Pero las cosas no salieron así. De hecho, cuando le dije que se marchara fue en medio de una de las diez o quince peleas que teníamos diariamente, ya que Maureen había decidido quedarse en casa y dedicarse también ella a escribir. La discusión que iniciamos cuando ella me acusó de tratar de impedirle escribir novelas porque me «asustaba» competir con una mujer terminó cuando ella me propinó un mordisco en la muñeca, tras lo cual yo, con la mano libre, le di un golpe en la nariz que la hizo sangrar.

—¡Tú y Mezik! ¡Sois iguales! ¡Iguales!

Según ella me contaba, durante el último año de su convivencia, el tabernero le había hecho eso todos los días; le había dejado la nariz como un grifo. En cualquier caso, para mí había sido la primera vez... y me dejó en estado de shock. Del mismo modo, sus dientes clavados en la carne de mi muñeca me impresionaron más que cualquier cosa que hubiese experimentado antes, en mi estable y nada sangriento pasado. Me habían educado en el temor y el desprecio de la violencia como medio para arreglar disputas o expresar la ira: mi idea de hombría tenía poco que ver con infligir daño físico o con recibirlo. Tampoco me avergonzaba ser incapaz de hacer ninguna de las dos cosas. Descubrir la sangre de Maureen en mi mano me hizo perder tanta hombría como ver las marcas de sus dientes en mi muñeca.

—¡Vete! —grité—. ¡Fuera de aquí!

Y como Maureen nunca me había visto con un ataque de furia tan intenso (yo estaba tan fuera de mis casillas que, mientras ella preparaba su maleta, me quedé a su lado arrancándome la camisa a tirones), se dispuso a salir llevándose mi otra máquina de escribir, con la intención de escribir un cuento sobre «jun hijo de puta desalmado e infantil que pretende ser artista, como tú!».

—¡Deja esa máquina de escribir donde está!

—Pero ¿con qué voy a escribir?

—¿Estás loca? ¿Planeas «mostrarme tal como soy» y pretendes que te entregue el arma para que lo hagas?

—¡Pero si tienes *dos* máquinas...! ¡Ah, le contaré al mundo, Peter, le contaré exactamente cómo eres, un crío egoísta, engreído y excéntrico!

—Vete, Maureen... ¡ya se lo contaré yo! ¡Pero no volveré a soportar tantos gritos ni peleas, ni recibiré *mordiscos* en mi casa cuando esté intentando trabajar!

—¡A la mierda tu maldito trabajo! Y *mi vida*, ¿qué?

—¡Me da igual tu vida, ya no me importa! Fuera de aquí. Llévate la máquina... ¡pero vete!

Quizá pensó, al ver que yo tenía la camisa hecha jirones, que lo siguiente que destruiría sería a *ella*, porque de pronto retrocedió y se marchó del apartamento. Se llevaba, por cierto, la vieja Royal Remington portátil, de color

gris, que mis padres me habían regalado por mi *bar mitzvah* y que había pertenecido al genial redactor deportivo de la revista del instituto de Yonkers.

Tres días más tarde estaba llamando a mi puerta una vez más, con su gabardina azul de adolescente y sus calcetines largos, demacrada y desarreglada como un vagabundo. Como no podía enfrentarse a la idea de volver a su cuarto alquilado en el último piso de un edificio de la calle Carmine y quedarse sola allí, había pasado tres días en casa de unos amigos, una pareja de unos cincuenta años a quienes yo no soportaba y que al mismo tiempo me consideraban, a mí y a mis cuentos, «carcas». El marido (elogiado ampliamente por Maureen como «un viejo amigo de Kenneth Patchen») había sido profesor suyo al llegar ella a Nueva York, en sus cursos de escultura en madera. Meses antes Maureen me había dicho que aquellos dos «chalados» la habían engañado completamente, pero nunca me había explicado qué había querido decir.

Como solía hacer a la mañana siguiente de las escenas más horribles, se río despreocupadamente de la violenta pelea que habíamos tenido tres días antes y me preguntó, con grandes muestras de asombro por mi ingenuidad, cómo podía tomarse en serio cualquier cosa que ella pudiese haber dicho o hecho estando furiosa. Un aspecto de mi ingenuidad, según la opinión de los que trabajaban la madera, era que tenía tan poca tolerancia a lo poco común o excéntrico como el George F. Babbitt de Zenith, el del Medio Oeste. No me mostraba abierto a todo tipo de experiencias, en mi apartamento de la calle Novena, como los beatniks de mediana edad en sus buhardillas de la calle Bleeker. Era un buen chico judío del elegante Westchester que sólo estaba preocupado por el éxito. Yo era su Dina Dornbusch.

—Soy afortunado —le dije a Maureen—, porque de lo contrario estarías en el fondo del East River.

Maureen estaba sentada en una silla, y todavía llevaba puesta su gabardina azul. Yo no había dicho nada que le hiciese pensar que le iba a permitir volver a vivir conmigo. Cuando, en la puerta, había hecho amago de besarme en la mejilla, algo que a ella le había parecido muy divertido, yo me había apartado.

—¿Dónde está la máquina de escribir? —le pregunté; era mi forma de decirle que la única excusa que podía tener para visitarme era devolverme lo que se había llevado.

—¡Monstruo burgués! —exclamó—. ¡Me echas a la calle, me veo obligada a dormir en el suelo con dieciséis gatos que me lamen la cara toda la noche... y lo único que se te ocurre preguntar es dónde está tu máquina de escribir! Tus *cosas*. ¡Es una cosa, Peter, una *cosa*... y yo soy un ser humano!

—Maureen, podrías haber dormido en tu casa.

—Me sentía sola. Tú no puedes comprenderlo porque tienes un témpano en lugar de corazón. Y mi casa no es una «casa», como dices tan alegremente. ¡Es un desván asqueroso, y lo sabes muy bien! Tú no dormirías allí ni media hora.

—¿Dónde está mi máquina de escribir?

—La máquina de escribir es una cosa, maldita sea, un objeto inanimado. ¿Y yo?

Y, levantándose de un salto, cargó contra mí agitando la cartera como si fuera una cachiporra.

—¡GOLPÉAME CON ESO, MAUREEN, Y TE MATO!

—¡Hazlo! —fue su respuesta—. ¡Mátame! ¡Alguno ha estado a punto de hacerlo! ¿Por qué no un hombre «civilizado» como tú? ¿Por qué no un admirador de Flaubert? —Dicho esto, cayó sobre mí y, rodeándome el cuello con los brazos, se puso a sollozar—. Oh, Peter, no tengo nada. Nada, nada. Estoy realmente perdida, mi amor. No quería ir a esa casa... pero tuve que ir. Por favor, no me obligues a irme ahora. En estos tres días ni siquiera he podido darme una ducha. Déjame que me dé una ducha. Deja que me calme... y luego me iré para siempre, te lo prometo.

A continuación me contó que una noche habían entrado ladrones en el loft de la calle Bleeker mientras todos, salvo los gatos, estaban comiendo espaguetis en la calle Catorce. Se llevaron la máquina de escribir, además de todos los instrumentos de esculpir de su amigo, y sus flautas dulces, y su Blatstein, que yo supuse era un rifle, pero resultó ser una pintura.

No le creí ni una palabra. Entró en el cuarto de baño y, cuando oí correr el agua de la ducha, metí una mano en el bolsillo de su impermeable y, tras rebuscar unos instantes entre pañuelos de papel arrugados y monedas, encontré un recibo de una casa de empeños. Si no hubiese vivido a media manzana del Bowery, no creo que se me hubiese ocurrido que Maureen había empeñado mi máquina para conseguir dinero en efectivo. Comenzaba a aprender... aunque no con la rapidez necesaria.

Ahora bien, un hombre más mundano que yo, por ejemplo el George F. Babbitt de Zenith, al recordar el viejo consejo del mundo de los negocios, «minimizar las pérdidas», y después de descubrir el recibo de la casa de empeños, lo habría vuelto a guardar en el bolsillo, sin mencionarlo. Dejar que se duchase, no llevarle la contraria y deshacerse de ella para que volviese a reinar la paz y el silencio, eso habría recomendado George F. Babbitt. Pero, puesto que yo no era Babbitt, en lugar de eso me lancé hacia el cuarto de baño. Nos gritamos con tanta ferocidad que el matrimonio de arriba, a quienes ya llevábamos varios meses amargándoles la vida (hasta tal punto de que el marido, director de una editorial, me niega el saludo hasta el día de hoy), empezó a golpear el suelo con el mango de una escoba.

—¡Ratera! ¡Estafadora!

—¡Pero si lo he hecho por ti!

—¿Por mí? ¿Has empeñado mi máquina de escribir?

—¡Sí!

—¿De qué estás hablando?

En este momento, aún bajo la ducha, se dejó caer al fondo de la bañera y, en cucullas, comenzó a contarme sus penas. Desnuda, a veces me recordaba a un gato de azotea: ágil, desconfiado, flaco y fuerte a la vez. Ahora, mientras se mecía y se lamentaba bajo el chorro de agua de la ducha, algo en sus grandes senos cónicos, en su pelo oscuro pegado al cráneo, le daba un aspecto de aborigen australiana, uno de esos seres primitivos que se ven en el *National Geographic* rezando al dios sol para que haga retroceder las aguas.

—Porque... —aulló— estoy embarazada. Porque... porque no pensaba decírtelo. Porque quería conseguir el dinero como fuese para abortar y no molestarte nunca más. ¡Peter, también he estado robando!

—¿Robando? ¿Dónde?

—En varias tiendas... en Altman's..., y también un poco en Klein's. ¡Tuve que robar!

—Pero no puedes estar embarazada, Maureen. ¡*Hace semanas que no dormimos juntos!*

—¡PUES LO ESTOY! ¡DE DOS MESES!

—¿Dos meses?

—¡Sí! ¡Y no dije nada porque no quería estorbarte en tu ARTE!

—¡Pues... debiste hacerlo, qué diablos, porque te habría dado el dinero para abortar!

—¡Oh, qué generoso...! Pero es demasiado tarde... ¡He soportado a demasiados hombres como tú en mi vida! ¡Te casarás conmigo, o me mataré! ¡Lo haré! —exclamó golpeando violentamente el borde de la bañera con sus puños de niña—. No es una simple amenaza, Peter... ¡No aguanto más a gente como tú! ¡Malditos universitarios egoístas, malcriados, inmaduros, irresponsables, todo porque nacieron con esas cucharas de plata en la boca!

Lo de la cuchara de plata era un tanto hiperbólico, y ella lo sabía, porque estaba histérica, y cuando uno está histérico (como, llegado el momento, ella misma me señaló) puede decir cualquier cosa.

—Con el adelanto, esa fortuna que te dieron por tu elevado Arte... ¡Oh, me enferma cómo te escondes de la vida real detrás de ese *Arte* tuyo! ¡Te odio, y odio a tu Flaubert, y te casarás conmigo, Peter, porque estoy harta! ¡No pienso ser la víctima indefensa de ningún hombre más! ¡No me vas a echar a la calle como hiciste con aquella chica!

«Aquella chica» era la expresión con que se refería a Dina, hacia quien nunca había mostrado otra actitud que la de quitarle importancia; ahora, de pronto evocó, en su propio nombre, no sólo a Dina, sino también a Grete, y a la alumna de Pembroke que había sido mi novia durante mi último año en Brown. Todas ellas compartían con Maureen la experiencia de haber sido «desechadas» una vez que yo terminé de hacer «lo que quería» con ellas.

—No somos cosas de usar y tirar, Peter. No somos basura, ni trastos viejos, y no aceptaremos que nos trates así. ¡Somos seres humanos, y no nos tirará al cubo de basura alguien como *tú*!

—No estás embarazada, Maureen, y lo sabes muy bien. Eso es lo que quieren decir todas esas alusiones a «nosotros» —dije de pronto con una absoluta certeza. Y cuando dije esto, ella estuvo a punto de desmayarse.

—Ahora no estamos *hablando* de mí —dijo—. Estamos hablando de ti. ¿Acaso no sabes todavía por qué te deshiciste de tu amiguita de Pembroke? ¿O de la alemana? ¿O de aquella chica que lo tenía todo? ¿Sabes acaso por qué te deshaces de mí?

Volví a insistir:

—No estás embarazada, Maureen. Es mentira.

—¡No es mentira! ¡Y óyeme bien!: ¿Tienes alguna idea de por qué le temes tanto al matrimonio y a los hijos y a la familia, y por qué tratas a las mujeres como las tratas? ¿Sabes lo que eres, Peter, aparte de una máquina de escribir sin corazón y egoísta?

—Sí, un maricón.

—¡Exacto! ¡Y decirlo así, como si no te importara, no hace que sea menos cierto!

—Yo diría que hace que sea más cierto.

—¡Eso es! Eres el homosexual en potencia más transparente que he visto en mi vida. Igual que el viril y fortachón Mezik, que me obligó a hacerle aquella mamada a su amigo para *poder mirar él*. Porque en realidad aquello era lo que él quería hacer... pero ni siquiera tenía el valor para hacerlo.

—¿Te obligó...? Oh, venga, tienes unos dientes bastante afilados, ¿sabes? He probado tus colmillos. ¿Por qué no les mordiste para darles una lección a los dos, y a que él *te obligaba*?

—¡Debí hacerlo! ¡Y no creas que no lo pensé! ¡No creas que una mujer no piensa en ello cada vez! ¡Y si ellos no hubieran sido bastante más altos que yo, los habría mutilado de raíz! ¡Y luego lo hubiese escupido, como te escupo a ti, artista orgulloso y soberbio, por echarme a la calle estando embarazada de dos meses!

Pero lloraba con tanta intensidad que la saliva que pensaba lanzarme se deslizó por su mentón.

Esa noche durmió en la cama (su primera cama en tres noches, me recordó) y yo me senté a mi mesa en la sala. Pensaba en huir, no porque ella siguiera insistiendo en que ya llevaba dos faltas, sino porque se aferraba con tenacidad a algo que yo estaba seguro de que era mentira. En aquel momento podría haberme marchado a varios sitios. Tenía unos amigos en Providence que estarían encantados de recibirme en su casa durante una temporada. Tenía un compañero del ejército en Boston, colegas del departamento de graduados que aún estaban en Chicago, y estaba mi hermana Joan en California. Y, por supuesto, si llegara a

necesitar consuelo espiritual y refugio físico más a mano mi hermano Morris en las afueras del mismo Nueva York. Él me alojaría el tiempo que fuese necesario sin hacerme preguntas. Desde que me había instalado en Nueva York, Moe me llamaba por teléfono cada quince días para cerciorarse de que no necesitaba nada y para recordarme que fuera a comer con ellos siempre que quisiera. Por invitación de Moe, incluso había llevado a Maureen un domingo por la mañana a comer *bagels* y pescado ahumado. Con gran sorpresa por mi parte, los modales algo bruscos de mi hermano la intimidaron un poco (Moe es especialista en interrogar a extraños) y la intensidad de la vida familiar la puso en un estado de ánimo taciturno. Cuando nos fuimos, ella no tenía mucho que decir, excepto que Moe y yo éramos muy diferentes. Yo estaba de acuerdo en eso. Desde su juventud, a Moe se le daba bien hablar en público (la universidad, las comisiones de Naciones Unidas, las reuniones políticas y todo tipo de organizaciones), y además era el perfecto padre de familia...

—A mí me parece un bruto —dijo Maureen.

—¿Un qué?

—Por la forma en que trata a su mujer. Es indescriptible.

—¡Por el amor de Dios, está loco por ella!

—¿Ah, sí? ¿Y por eso la humilla así? ¡Ésa sí que es un gorrión! ¿Alguna vez ha tenido una idea propia? Se queda quieta allí, comiendo las migajas que él deja. Y ésa es su vida.

—No, ésa no es su vida, Maureen.

—Perdona, pero no me gustan... Ni él, ni ella.

A Moe tampoco le gustaba Maureen, pero al principio no dijo nada porque consideraba que era asunto mío y no suyo, y que se trataba de un simple rollo momentáneo. Eso mismo había creído yo. Luego, cuando la guerra entre Maureen y yo se agudizó de forma dramática y empecé a tener el aspecto y el tono de un ser confuso y herido, Moe intentó, en una o dos ocasiones, darme algunos consejos fraternales. Yo rechacé esos consejos. Como aún no podía imaginar que fuese a caer sobre mí una calamidad a largo plazo, me oponía violentamente a que me «protegieran», o así lo veía yo, sobre todo cuando lo hacía alguien cuya vida, si bien era admirable, había *naufragado* en aspectos que yo era demasiado joven para aceptar. En cambio, según mi modo de ver, consideraba esencial ser capaz de encarar todas las dificultades que me había creado sin la ayuda de él ni de nadie. En resumen, era tan arrogante y estaba tan ciego como correspondía a mi juventud, mi buena suerte y mis aristocráticas inclinaciones literarias, así que, cuando me invitó a almorzar en la Universidad de Columbia, le dije:

—Ya lo arreglaré todo, no te preocupes.

—Pero ¿por qué hay que «arreglar» nada? Lo que tienes que conseguir es poder dedicarte a tu trabajo y no a esa piel roja.

—Supongo que debo tomarme eso como un eufemismo. Para que lo sepas, su familia materna era irlandesa, y la de su padre, alemana.

—¡No me digas! Para mí es una india apache, con esos ojos y ese pelo. Hay algo muy salvaje en ella, Peppy, ¿no crees? Muy bien, no me contestes. Despréciamе ahora, paga más tarde. No has sido educado para el salvajismo, chico.

—Ya lo sé: soy un buen chico judío.

—¿Y qué tiene eso de malo? Eres un chico judío civilizado y bueno, con cierto talento y bastante inteligencia. Falta por ver cuánta. ¿Por qué no te ocupas de eso y dejas las fieras para Hemingway?

—¿Qué quieres decir, Moe?

—Me refiero a ti. Parece que hayas pasado la noche en la selva.

—No. Duermo en la calle Novena.

—Yo siempre he creído que las mujeres son para pasarlo bien, Pep, no para que te hagan cagarte de miedo.

Me ofendieron tanto la agresividad de su actitud como el hecho de que se entrometiese, y me negué a seguir hablando. Más tarde busqué en el espejo aquellos síntomas de terror... o de ruina. No vi nada. Aún veía a Tarnopol el Triunfador.

A la mañana siguiente de haber anunciado Maureen su embarazo, le dije que llevara una muestra de orina a la farmacia de la Segunda con la Novena. De ese modo, añadí sin ocultar mi escepticismo, sabríamos en breve hasta qué punto estaba embarazada.

—En otras palabras: no me crees. ¡Quieres cerrar los ojos a la realidad!

—Lleva la muestra y cállate.

Maureen hizo lo que le dije: llevó una muestra de orina a la farmacia para que le hicieran la prueba de embarazo, pero no llevó su orina. No lo descubrí hasta tres años más tarde, cuando me confesó (en plena tentativa de suicidio) que había ido a la farmacia desde nuestro apartamento cruzando el parque de Tompkins Square. En los últimos tiempos es el lugar de reunión de los hippies del East Village, pero en aquella época, en la década de los cincuenta, era el lugar al que acudían los más pobres de las inmediaciones para tomar el sol y charlar. Allí abordó a una negra embarazada que iba empujando un cochecito infantil y le dijo que representaba a una organización científica dispuesta a pagarle por una muestra de orina. Se iniciaron las negociaciones. Se llegó a un acuerdo, y entraron en el vestíbulo de un edificio de apartamentos de la avenida B para realizar la operación. Era un portal appestoso, lleno de basura. Así, tal como me lo había descrito Maureen, lo vi unos años después, al regresar a Nueva York y hacer una nada sentimental visita a la escena del crimen. La negra se bajó los pantalones hasta las rodillas y dejó caer en el bote de mermelada de Maureen el chorro que sellaría mi destino. Luego Maureen se desprendió de cuatro dólares

con veinticinco centavos. Era dura para los negocios, mi mujer.

Durante los cuatro días que —según Maureen— había que esperar al resultado de la prueba, permaneció tumbada en mi cama, recordando escenas y conversaciones de su vida perdida: delirante (o fingiendo delirio, o ambas cosas), volvió a discutir con Mezik, manifestó a gritos su odio hacia el amigo de Mezik, el hombre de la fábrica de tapicerías, y se sofocó y sollozó de desesperación al revivir la experiencia de descubrir a Walker en el cuarto de baño del apartamento en Cambridge, vestido con la ropa interior de ella y con un corpiño relleno con sus propios calcetines de tenis. No quería comer; no quería hablar; se negaba a dejarme que llamara por teléfono al psiquiatra que en una ocasión la había tratado durante dos meses; cuando llamé a sus amigos de la calle Bleeker, se negó a hablar con ellos. A pesar de esa negativa, me atreví a pedirles que vinieran a visitarla, y a que tal vez podrían lograr que comiera algo, pero entonces la mujer le arrebató el auricular al marido y dijo:

—No queremos ver a esa *nunca más*. —Y colgó.

Así que... no todo había ido bien en casa de los «esquizoides» después de la breve visita de Maureen... Y ahora yo temía salir del apartamento porque Maureen podría intentar suicidarse en mi ausencia. Nunca en mi vida había vivido tres días como aquéllos, aunque en los años siguientes habría de vivir cien más, igual de terribles y horrorosos.

La noche antes de que nos dieran los resultados de la prueba, Maureen dejó de pronto de «tener alucinaciones» y se levantó de la cama para lavarse la cara y beber un poco de zumo de naranja. Al principio no quería hablarme; se quedó una hora inmóvil, tranquila y serena, en una silla de la sala, envuelta en mi albornoz. Finalmente le dije que, ya que estaba levantada y caminando, me iría a dar una vuelta por la manzana.

—No intentes nada —le dije—. Sólo voy a salir a tomar un poco el aire.

El tono con que me replicó era suave y sardónico:

—¿Aire? Me gustaría saber adónde.

—Voy a dar una vuelta a la manzana.

—Vas a abandonarme, Peter, lo sé. Como has hecho con todas las mujeres que has conocido. Las encuentras, las usas y las olvidas, Flaubert.

—Volveré enseñuida.

Cuando abrí la puerta para salir, dijo como dirigiéndose al juez... (¡zorra profética!):

—¡Y no volví a verle nunca más, señor juez!

Fui a la farmacia y pregunté si por casualidad estaba ya el resultado de la prueba de la señora Tarnopol (Maureen había dado ese nombre, un poco prematuramente), ya que, aunque fuese para el día siguiente, a lo mejor ya lo tenían. El farmacéutico me dijo que tenía el resultado desde por la mañana. Maureen no lo había entendido: no teníamos que esperar cuatro días, sino sólo

tres. ¿Había sido un error involuntario? ¿Uno más de sus muchos «errores»? («Está bien, cometo errores —solía gritar—. ¡Maldita sea, no soy perfecta! ¿Por qué tiene que ser todo el mundo un perfecto robot, una máquina burguesa y compulsiva como tú? ¡Algunos somos *humanos*!»). Pero si no era un error, si había sido intencionado, ¿por qué lo había hecho? ¿Por costumbre? ¿Por afición a la mentira? ¿O acaso era éste su arte de ficción, su «creatividad» distorsionada?

Más difícil de sondear era el resultado. ¿Cómo había podido Maureen estar embarazada dos meses y habérmelo ocultado? No tenía sentido. Semejante control era algo que estaba más allá de sus fuerzas y que simbolizaba todo lo que no era ella. ¿Por qué me había permitido echarla a la calle aquella primera vez sin haberme arrojado su secreto a la cara? No tenía sentido. *No podía ser.*

Sin embargo, así era. Estaba embarazada de dos meses, y yo la había dejado embarazada.

Pero ¿cómo? Ni siquiera podía recordar cuándo nos habíamos acostado por última vez. Aun así, *de alguna manera*, estaba embarazada, y si no me casaba con ella se quitaría la vida antes de soportar la humillación de un aborto o de una adopción, o de dejar sin padre a su hijo. No hacía falta decir que, incapaz de conservar un empleo durante seis meses, también era incapaz de mantener a un hijo por sus propios medios. Y también era necesario recordarme a mí, a mí, que el padre de ese niño sin padre era Peter Tarnopol. Ni una vez se me ocurrió pensar que, si de verdad estaba embarazada, el culpable podría ser otro. Sabía, en efecto, lo mentirosa que era, pero creía que no podía ser tan mentirosa como para engañarme en algo tan serio como la paternidad. *Eso* no podía ser: ella no era un personaje de un drama de Strindberg o de una novela de Hardy, sino alguien con quien había estado conviviendo en el Lower East Side de Manhattan, a una hora en metro o autobús de mi Yonkers natal.

Ahora bien, por exagerada que hubiese sido mi credulidad, no había razón para casarme con ella; si yo hubiera sido tan independiente, tan lleno de hombría, tan «dispuesto» a luchar como aspiraba a ser cuando tenía veinte años y pico, ella nunca habría llegado a convertirse en mi esposa, aunque un laboratorio hubiese probado «científicamente» que esperaba un hijo y aunque yo hubiese estado dispuesto a creer de buena fe lo que ella me aseguraba: que el pene responsable era el mío. Incluso en ese caso podría haber dicho esto: «Si quieres suicidarte, es asunto tuyo. Si no quieres abortar, también es asunto tuyo. Yo, Maureen, no voy a casarme contigo, bajo ninguna circunstancia. Casarme contigo sería una locura».

Pero en lugar de volver a casa y decirle ni más ni menos que eso, caminé por la calle Novena hasta Columbia y di la vuelta, y llegué hasta el final de Broadway, a dos manzanas de la casa de Morris, donde decidí que la única actitud que podía adoptar un hombre de verdad, en mi situación, era volver al apartamento, fingir que ignoraba aún el resultado de la prueba de embarazo y

pronunciar la siguiente arenga: « Maureen, lo que ha pasado entre nosotros en los últimos tres días no tiene sentido. Me da igual que estés o no embarazada. Quiero que te cases conmigo, sea cual sea el resultado de la prueba. Quiero que seas mi mujer ». Como ustedes comprenderán, dada su conducta de los últimos tres días, no podía creer que no hablase en serio cuando amenazaba con matarse. Estaba seguro de que, si la abandonaba definitivamente, se suicidaría. Y aquello era impensable... Yo no podía ser la causa de la muerte de alguien. Un suicidio como aquél sería más bien un homicidio. En lugar de ello, me casaría con Maureen. Además, haría todo lo posible por aparentar que al casarme con ella había actuado por libre elección y no por necesidad, porque si nuestra unión iba a ser algo más que una pesadilla llena de recriminaciones y resentimiento para Maureen —y para mí, en cierto modo, también—, la realidad debía ser que me había casado con ella por decisión propia y no por haber sido objeto de extorsiones, amenazas o amedrentamientos.

Pero ¿por qué habría de querer casarme? Todo aquello carecía de sentido, sobre todo teniendo en cuenta que no habíamos tenido relaciones sexuales desde Dios sabía cuándo. ¡Y no quería volver a tenerlas! La odiaba.

En efecto, se trataba de una de aquellas terribles e implacables situaciones sobre las que yo había leído en las novelas, la situación que podría haber imaginado Thomas Mann cuando escribió, en un ensayo autobiográfico, la frase elegida ya como uno de los grandiosos epígrafes para *Un padre judío*: « Todo lo real es mortalmente serio, y es la moralidad misma la que, en unión con la vida, nos prohíbe ser fieles al inocente irrealismo de nuestra juventud ».

En mi fuero interno, creía estar tomando una de aquellas decisiones morales de las que tanto había oído hablar en los cursos de literatura de la universidad. Pero qué diferente había sido todo en mi universidad del Este, cuando ese tipo de cosas le sucedían a lord Jim y a Kate Croy y a Iván Karamazov en lugar de a mí. ¡Ah, qué autoridad en dilemas había sido yo en el seminario del último año, para estudiantes con clasificación de sobresaliente! Si no me hubiera sentido tan fascinado por aquellas complicadas ficciones cargadas de angustia moral, tal vez no habría dado nunca aquel paseo de ida y vuelta hasta el Upper West Side y nunca habría llegado a tomar la que entendía como la única decisión « honorable » para un hombre moralmente tan « serio » como yo. A pesar de todo, no es mi intención atribuir mi ignorancia a mis maestros, ni mis delirios a los libros. Los maestros y los libros siguen siendo lo mejor de mi vida, y si no hubiese albergado un sentido tan grandilocuente de mi honor, de mi integridad, de mi deber como hombre y de la « moralidad en sí », quizá no habría sido tan susceptible a la educación literaria y a los placeres que ésta conlleva. Ni siquiera habría comenzado una carrera literaria. Y ahora es demasiado tarde para afirmar que no debería haberlo hecho, que el hecho de ser escritor no hacía más que exacerbar la obsesión que me debilitaba. La literatura me ha traído hasta

aquí y la literatura tendrá que liberarme de ello. Escribir es lo único que me queda ahora y, aunque no me hizo la vida fácil en los años posteriores a mi prometedor comienzo, es la única cosa en que confío de verdad.

Mi problema a los veinticinco años era que, por ser tan rico en fe y éxito, no estaba dispuesto a conformarme sólo con la complejidad y la profundidad de mis libros. Repleto como estaba de la mejor literatura, y fascinado no por las novelas baratas como *Madame Bovary*, sino por *Madame Bovary* la obra maestra, esperaba hallar en toda mi experiencia cotidiana el mismo sentido de lo arduo y la mortal seriedad que encontraba en las novelas que admiraba. Mi modelo de lo real, deducido de la lectura de los maestros, tenía como fondo la cualidad de lo *intratable*. Y ahí estaba esa realidad tan obstinada y recalcitrante y (además) tan terrible como lo peor que pudiera haber imaginado en mis más novelescos sueños. Podría llegar a afirmarse que la prueba que no tardaría en presentarse ante mí era simplemente la prueba de que la diosa de la fortuna sonreía al «niño mimado de la literatura norteamericana». (*New York Times Book Review*, septiembre de 1959) y brindaba a su precoz favorito toda la sensibilidad literaria que necesitase. ¿Quieres complejidad? ¿Dificultad? ¿Intratabilidad? ¿Quieres la mortal seriedad? ¡Tuyas son!

Sin duda, deseaba también que mi intratable existencia se desenvolviese a la elevada altura moral necesaria, una altura, digamos, entre *Los hermanos Karamazov* y *Las alas de la paloma*. Pero ni siquiera los niños mimados de la fortuna pueden aspirar a tenerlo todo. En lugar de haber obtenido lo intratable de la ficción seria, obtuve lo intratable de los culebrones. Muy sólido, pero del género equivocado. Aunque tal vez no, en virtud de los personajes principales del drama, de los cuales Maureen, debe reconocer, era nada más que uno.

Volví a la calle Novena poco después de las once. Había estado fuera casi tres horas. Para mi sorpresa, Maureen estaba vestida y sentada a mi mesa con su abrigo azul puesto.

—No lo has hecho —dijo y, apoyando la cara sobre mi mesa, se echó a llorar.

—¿Adónde ibas, Maureen?

Seguramente iba a volver a su cuarto alquilado, pero yo supuse que al East River, para ahogarse en él.

—Creí que habías tomado un avión para Frankfurt.

—¿Qué pensabas hacer, Maureen?

—Qué diferencia hay...

—¡Maureen! Mírame.

—Oh, ¿qué importa ya nada, Peter? Vete, vuelve con esa chica de Long Island, con sus faldas plisadas y sus jerséis de cachemira.

—Escucha, Maureen: quiero casarme contigo. Me da igual que estés o no embarazada. No me importa lo que diga la prueba. Quiero casarme contigo. —

Incluso a mí mismo lo que decía me sonaba tan convincente como si lo dijese el protagonista de una función de instituto. Creo que fue en ese instante cuando mi cara se convirtió en la piedra que habría de llevar sobre el cuello durante años—. Casémonos —le dije, como si repitiéndolo de otra forma pudiese engañar a alguien con respecto a mis verdaderos sentimientos.

Sin embargo, el engaño funcionó con Maureen. La habría engañado aunque se lo hubiese pedido en latín. Sin duda, ella era capaz de actuar de las formas más extrañas e imprevisibles, pero, en todos esos años de sorpresas, nunca volvería a sorprenderme con sus accesos de furia más violentos y sus más incontrolados delirios en público tanto como me sorprendió la declaración con que acogió esta propuesta, formulada sin ningún entusiasmo ni expectativa.

Maureen exclamó:

—¡Oh, cariño, seremos felices como reyes!

Ésa fue la palabra —«reyes», en plural—, y la pronunció con total ingenuidad. No creo que estuviera mintiendo esa vez. Creía que iba a ser así: íbamos a ser felices como reyes. Maureen Johnson y Peter Tarnopol.

Me rodeó con los brazos, más feliz que nunca, y por primera vez caí en la cuenta de que en realidad estaba loca. Acababa de proponerle matrimonio a una loca. Con mortal seriedad.

—Ah, siempre lo he sabido —dijo alborozada.

—Siempre has sabido ¿qué?

—Que me quieres. Que no podrías resistirte siempre ante un amor como el que sientes. Ni siquiera tú.

Estaba loca.

Y esto ¿en qué me convertía a mí? ¿En «un hombre»? ¿Por qué?

Seguí hablando sin parar del paraíso que nos esperaba. Nos mudaríamos al campo y ahorraríamos dinero cultivando nuestras propias hortalizas. O bien podríamos seguir viviendo en la ciudad, donde ella sería mi agente (yo ya tenía agente, pero daba igual). O bien se limitaría a quedarse en casa para hacer pan casero y pasar a máquina mis manuscritos (yo ya escribía a máquina, daba igual), y retomar sus esculturas en madera.

—En cualquier caso, tendrás que quedarte en casa —le dije—. Por el bebé.

—Oh, mi amor. Lo haré... por ti. Porque me quieres *de verdad*. ¿Sabes?, es lo único que necesitaba saber: que me quieres. Que no eres Mezki, que no eres Walker. *Que puedo confiar en ti*. ¿Lo comprendes? Ahora que lo sé, haré lo que sea.

—¿Quieres decir...?

—Peter, deja de ser tan desconfiado. Ahora no tienes por qué serlo. Abortaré. Si la prueba de mañana dice que estoy embarazada, y estoy segura de que así será, porque nunca he tenido dos faltas, nunca en toda mi vida... bueno, no te preocupes: iré a abortar. Haré lo que tú quieras. Me han hablado de un médico.

En Coney Island. Si tú quieres, iré a verle.

Si que quería, por supuesto. Me hubiera gustado que lo hiciera de buen principio; si hubiese accedido entonces, nunca le habría hecho aquella «caballeresca» oferta de matrimonio. Pero más valía tarde que nunca. Así que al día siguiente, después de que llamara por teléfono a la farmacia y fingir enterarme por primera vez de que el resultado del análisis confirmaba el embarazo de la señora Tarnopol, fui al banco y retiré el equivalente a diez semanas de gastos de mi adelanto por la novela y otros veinte dólares para el taxi, ida y vuelta, a Coney Island. Y el sábado por la mañana dejé a Maureen en un taxi para que se fuese sola a Coney Island, ya que, según me dijo, el médico no quería que las mujeres fueran acompañadas. Me quedé allí de pie, en la Segunda avenida, pensando: «Vete, vete ahora mismo. ¡Toma un avión a cualquier parte, pero hazlo ya, mientras puedas!» . Pero no me fui, porque un hombre como yo no hace esa clase de cosas. O, al menos, ése era mi «razonamiento» .

Además, la noche anterior, estando los dos acostados en la cama, Maureen había llorado al pensar aterrorizada en la operación ilegal que le iban a practicar (si esa vez se la hubieran hecho, habría sido la tercera, como descubrí más tarde) y, aferrándose a mí, me había suplicado:

—No me abandonarás, ¿verdad? Estarás aquí cuando vuelva a casa, ¿verdad? Porque no podría soportar que no estuvieras...

—Estaré aquí —le dije, haciendo gala de mi hombría.

Y allí estaba cuando volvió a las cuatro de la tarde, mi bienamada, pálida y demacrada (por el esfuerzo de haber pasado seis horas en el cine), con un paño higiénico en la entrepierna para la hemorragia (eso dijo) y aún dolorida por el aborto que acababa de sufrir (eso dijo) sin anestesia. Se acostó de inmediato porque temía que la hemorragia pudiera agravarse, y se quedó en la cama hasta bien entrada la madrugada, vestida con una camiseta vieja y un par de pijamas míos, los dientes castañeteando y los miembros temblorosos. Le eché varias mantas encima, pero ni siquiera así dejó de temblar.

—Me metió un cuchillo allí —dijo— y sólo me dio una pelota de tenis para apretar cuando me dolía. Me había prometido que me dormiría, me lo prometió por teléfono, pero cuando estuve en la camilla y le dije «¿Y la anestesia?», me contestó: «¿Qué te crees, chica? ¿Que estoy loco?». Y yo le dije: «Pero usted me lo prometió. ¿Cómo voy a soportar el dolor?». ¿Y sabes lo que me dijo, el muy bastardo? «Oye, si quieres levantarte e irte, muy bien. Si quieres que te saque el bebé, aprietas fuerte la pelota y te callas. Ya te has divertido, ahora tienes que pagar». Así que me quedé quieta, y apreté la pelota y traté de pensar en ti y en mí, pero me ha dolido... ¡me ha dolido mucho!

Otra historia de humillación y sufrimiento a manos de otro miembro de mi sexo, y una mentira de principio a fin. Sólo que tardé algún tiempo en

descubrirlo. En realidad, se había guardado los trescientos dólares (por si acaso algún día la dejaba en la calle) y, después de bajar del taxi que la dejó en la calle Houston, había vuelto en metro a Times Square para ver a Susan Hayward en *Quiero vivir*. La vio tres veces: un morbosos melodrama sobre una camarera (si no recuerdo mal, ya que yo mismo la había llevado a verla una vez) a quien condenan a muerte en California por un crimen que no ha cometido. Aquella pequeña historia ejemplar parecía pensada para Maureen. Luego había ido al baño a ponerse el paño higiénico y había vuelto a casa con las rodillas flojas y las mejillas pálidas. ¿Cómo no habría de estarlo después de pasarse toda la tarde en un cine de Times Square?

Todo esto me lo confesó tres años más tarde en Wisconsin.

Al día siguiente por la mañana me acerqué solo a un teléfono público — mientras Maureen me acusaba, al salir yo del apartamento, de tener la intención de marcharme y dejarla allí, dolorida y desangrándose, para irme para siempre con « esa chica » — y llamé a mis padres para decirles que me casaba.

—¿Por qué? —quiso saber mi padre.

—Porque quiero hacerlo.

No pensaba decirle a mi padre, a quien no le había contado nada desde que tenía diez años, lo que había pasado durante la última semana. Lo había querido mucho de niño, pero no era más que un simple camiserero de poca importancia, mientras que yo escribía relatos que se publicaban en revistas de gran nivel intelectual y tenía, además, dinero a cuenta de una novela seria, cargada de ambigüedad moral. En vista de ello, ¿de quién de los dos podía esperarse que comprendiese los principios involucrados en mi actual situación? Una vez más, ¿de qué se trataba? Era algo relacionado con mi deber, con mi coraje, con mi palabra.

—Peppy —me dijo mi madre después de oír mi noticia en silencio—. Perdóname, Peppy, pero tengo que decirlo... A esa mujer le pasa algo... ¿verdad?

—Tiene casi treinta años —dijo mi padre.

—Tiene veintinueve.

—Y tú tienes veintiséis, eres prácticamente un niño. Hijo, yo diría que te estás precipitando. Tu madre tiene razón: hay algo raro en ella.

Mis padres habían visto a mi futura esposa sólo una vez, en mi apartamento, cuando, al volver a casa después de una función de tarde, se habían pasado un momento por mi casa para saludarme. Y allí estaba Maureen, en mi sofá, leyendo el guión de una serie para la televisión en la que alguien le había prometido un papel. Diez minutos de conversación amable, aunque algo forzada, y luego ellos se fueron a tomar el tren para regresar a casa. Yo suponía que lo que decían ahora sobre Maureen se basaba en cosas que habían hablado con Morris y Lenore. Pero estaba equivocado: Morris nunca les había hablado de

ella; ellos se habían hecho una idea de Maureen por sí mismos, y en apenas diez minutos.

Traté de parecer despreocupado. Riendo, le dije:

—No es la chica que vivía enfrente, si era eso lo que querías decir.

—¿De qué vive? ¿Hace algo?

—Ya te lo dije. Es actriz.

—¿Dónde?

—Está buscando trabajo.

—Hijo, escúchame. Eres universitario. Tienes un diploma de honor. Tuviste una beca durante los cuatro años. Has cumplido con el estado en el ejército. Has viajado por Europa. Tienes el mundo entero ante ti, y *es todo tuyo*. Puedes tener lo que quieras, *cualquier cosa*... ¿Por qué te conformas con esto? Peter, ¿me oyes?

—Peppy —preguntó mi madre—. ¿La... quieres?

—Por supuesto que la quiero.

¿Y qué era lo que en realidad quería gritar en aquel momento, al teléfono? «Voy a casa. Llévame a casa. Esto no es lo que quiero hacer. Tenéis razón, le pasa algo. Está loca. Pero le he dado mi palabra».

Mi padre comentó:

—Tu voz no suena como siempre.

—Pues... francamente, no esperaba que reaccionarais así al deciros que pensaba casarme.

—Queremos que seas feliz, eso es todo —dijo mi madre.

—¿Te hará feliz casarte con ella? —preguntó mi padre—. No me refiero a que no sea judía. No soy tonto ni estrecho de miras, no lo he sido nunca. No vivo en el pasado. La chica alemana en Alemania era otra cosa, y por ella nunca sentí antipatía, y a lo sabes. Pero lo pasado, pasado está.

—Ya lo sé. Estoy de acuerdo.

—Ahora estoy hablando de la felicidad con otro ser humano.

—Sí, te sigo.

—No tienes una voz normal —dijo, y su propia voz enronqueció de emoción—. ¿Quieres que vaya a Nueva York? Puedo ir ahora mismo...

—No, qué tontería. ¡Por favor, no! Sé lo que hago. Hago lo que quiero hacer.

—Pero ¿por qué tan pronto? —preguntó mi padre a la desesperada—. ¿Puedes responder a eso? Tengo sesenta y cinco años, Peppy. Soy un hombre mayor... puedes hablar conmigo y decirme la verdad.

—¿Por qué dices «tan pronto»? Hace casi un año que la conozco. Por favor, no discutamos por esto.

—Peter —interrumpió mi madre, ahora llorando—, no discutimos contigo por nada.

—Lo sé, lo sé. Y os lo agradezco. Así que no empecemos ahora. He llamado

para avisaros. Nos casará un juez el miércoles en el ayuntamiento.

La voz de mi madre era apenas un débil susurro cuando me preguntó:

—¿Quieres que vayamos?

No sonó como si a ella le importase que le dijera que sí o que no. Eso me dejó de piedra.

—No, no es necesario que estéis presentes. Es una simple formalidad. Os llamaré después.

—Peppy, ¿aún estás enfadado con tu hermano?

—No estoy enfadado con él. Vive su vida, y yo la mía.

—Peter, ¿has hablado con él sobre esto? Peppy, tu hermano mayor es el hermano que a todos les gustaría tener. Te adora. Llámale, al menos.

—Mira, no es algo de lo que quiera hablar con Moe. A él le encanta discutir. A mí no me gusta. No hay nada que discutir.

—Tal vez no discuta. Tal vez sólo quiera enterarse, ir a eso... a la boda.

—No querrá ir.

—¿Y no vas a hablar con él, al menos unos minutos? ¿Ni con Joan?

—¿Qué sabe Joan de mi vida? Papá, deja simplemente que me case, ¿vale?

—Hablas como si no pasase nada, como si casarse con alguien para el resto de tu vida fuera cosa de todos los días. No es así.

—Tengo un diploma de honor. Eso lo sé.

—No bromees. Te fuiste demasiado joven de nuestro lado, ése es el problema. Siempre te has salido con la tuya. Eres la niña de los ojos de tu madre: podías hacer lo que te daba la gana.

—Papá, papá...

—Cuando tenías quince años ya creías que lo sabías todo... ¿recuerdas? No debimos dejarte tan libre todos esos años, eras demasiado precoz... ése fue nuestro primer error.

Al borde de las lágrimas, le dije:

—Es posible. Pero aunque hubiese sido así, a estas alturas ya habría terminado la primaria. Mira, voy a casarme. Todo irá bien.

Y corté la comunicación antes de perder el control y decirle a mi padre que viniera a buscarme para llevarse a casa a su hijito de veintiséis años.

El doctor Spielvogel

Podemos incitar [al paciente] a los celos o bien infligirle el dolor del amor frustrado, pero no es necesaria ninguna técnica especial para dicho fin. Esas cosas suceden espontáneamente en casi todos los análisis.

FREUD,

« Análisis terminable e interminable » .

Conocí al doctor Spielvogel el mismo año que me casé con Maureen. Nos habíamos mudado de mi apartamento del Lower East Side a una casita de campo cerca de New Milford, Connecticut, no lejos de donde el doctor Spielvogel y su familia estaban pasando el verano, en Candlewood Lake. Maureen pensaba cultivar hortalizas, y yo, escribir los últimos capítulos de *Un padre judío*. Pero resultó que, aunque las semillas nunca fueron sembradas (y el pan no entró en el horno, ni las conservas en los frascos) gracias a que había una pequeña cabaña de tres metros por tres detrás de la casa, en la linde del bosque, *con un cerrojo en la puerta*, de alguna manera conseguí terminar mi libro. Vi a Spielvogel quizá tres veces ese verano, en las fiestas que ofrecía el editor de una revista neoyorquina que vivía cerca. No recuerdo que el doctor y yo tuviésemos mucho que decirnos entonces. Llevaba siempre una gorra de capitán de yate, este psicoanalista de Nueva York que pasaba el verano en el rural Connecticut, pero en otros aspectos daba al mismo tiempo la impresión de poseer una gran dignidad y de no darse aires. Era un hombre alto, callado, correcto, algo entrando en carnes a los cuarenta y pico, con un ligero acento alemán y aquella extraña gorra de capitán de yate. Nunca supe cuál de las mujeres era la suya; más tarde descubrí que él sí había adivinado cuál era la mía.

Cuando, en junio de 1962, se hizo necesario, según mi hermano, que me

quedase en Nueva York y me pusiese en tratamiento psiquiátrico, propuse a Spielvogel. Aquel verano, los amigos de Connecticut habían hablado bien de él, y, si mal no recordaba, al parecer era especialista en tratar a gente « creativa ». No diré que eso suponía una gran diferencia para mí, dado el estado en que me encontraba. A pesar de que seguía escribiendo todos los días, había dejado de considerarme alguien capaz de crear nada que no fuese mi propio infortunio. Había dejado de ser un escritor, fuera cual fuese la forma en que llenaba mis días. Era el marido de Maureen, y no alcanzaba a imaginar cómo algún día podría llegar a ser otra cosa.

El aspecto de Spielvogel, como el mío, había empeorado en aquellos tres años. Mientras yo batallaba con Maureen, él había estado luchando contra el cáncer. *Él* había sobrevivido, si bien la enfermedad parecía haberle encogido un poco. Desde luego, yo lo recordaba con su gorra de capitán de yate y su bronceado veraniego; en su consulta, vestía un traje gris comprado en su momento para alguien más corpulento y una camisa de rayas, inesperadamente atrevida, cuyo cuello flotaba ahora alrededor del suyo. Tenía un color cetrino, y la gruesa montura negra de sus gafas tendía a subrayar aquella especie de encogimiento que había sufrido. Debajo de las gafas, detrás de ellas, su cabeza parecía una calavera. Además, caminaba con una leve cojera o inclinación hacia la izquierda, ya que el cáncer le había afectado a la cadera, o a la pierna. En conjunto, el doctor me recordaba mucho al doctor Roger Chillingworth de *La letra escarlata* de Hawthorne. Muy apropiado, puesto que yo, que ahora me sentaba frente a él, estaba tan lleno de secretos vergonzosos como el reverendo Arthur Dimmesdale.

Maureen y yo habíamos vivido un año al oeste de Connecticut, un año en la Academia Norteamericana de Roma y un año en la Universidad de Madison, y como resultado de todos esos cambios de residencia yo no había podido encontrar a nadie en quien estuviera dispuesto a confiar. Al cabo de tres años había llegado a convencerme de que sería « desleal », una « traición », contarle, aunque fuese a los amigos más íntimos, qué había hecho en mis vagabundeos, lo que ocurría entre Maureen y yo cuando estábamos solos, a pesar de que supongo que en buena medida debían de imaginárselo, teniendo en cuenta las escenas que montábamos a menudo en plena calle o en casa de otros. En general, no hacía confidencias a nadie porque me avergonzaba mi falta de defensas ante la ira de Maureen y me daba miedo lo que podría llegar a hacerse a sí misma o a mí, o incluso a cualquiera en quien yo pudiese confiar, si alguna vez llegaba a enterarse. Sentado en un sillón frente a Spielvogel, contemplando con cierta incomodidad su cráneo encogido y luego la fotografía enmarcada de la Acrópolis, la única en su mesa llena de papeles, comprendí que ni siquiera ahora podría abrir mi corazón. De hecho, contarle a *ese* extraño la sórdida historia de mi matrimonio me parecía tan reprensible como cometer un crimen.

—¿Recuerda a Maureen? —pregunté—. ¿Mi mujer?

—La recuerdo bastante bien.

Su voz, en contraste con su aspecto, era fuerte y vigorosa y hacía que me sintiese aún más débil y tímido... el chivato listo para cantar. Sentí el impulso de levantarme y marcharme, con mi vergüenza y humillación (y mi desastre) todavía sólo míos, y a la vez sentí otro impulso, sentarme en sus rodillas.

—Una mujer menuda, guapa, de pelo oscuro —dijo—. De aspecto muy decidido.

—Mucho.

—Con bastante carácter, diría yo.

—¡Es una chalada, doctor! —dije, y me eché a llorar.

Durante cinco minutos sollocé tapándome la cara con las manos... hasta que Spielvogel me preguntó:

—¿Ha terminado?

Hay citas de mis cinco años de psicoanálisis tan memorables como la primera frase de *Anna Karenina*. «¿Ha terminado?» es una de ellas. El tono perfecto, la táctica perfecta. Me entregué a él allí mismo, para bien o para mal.

Sí, sí, había terminado.

—Lo único que sé hacer últimamente es deshacerme en lágrimas.

Me limpié la cara con un pañuelo de papel de la caja que me ofreció y procedí a «cantar». Pero no acerca de Maureen (no podía en aquel momento, de buenas a primeras), sino acerca de Karen Oakes, la alumna de Wisconsin de quien había estado locamente enamorado el invierno y la primavera de aquel año. Antes de que apareciera en mi curso de escritura creativa para no graduados, en el segundo semestre, donde resultó ser la alumna más brillante de todos ellos, hacía meses que la veía recorrer en bicicleta los terrenos de la universidad. Afable, dulce, con una encantadora mezcla de firme inocencia y de tímido espíritu de aventura, Karen tenía cierto talento para la poesía y también escribía inteligentes, aunque algo pedantes, comentarios de texto sobre lo que leíamos en clase. Le conté a Spielvogel que su franqueza y lucidez eran como un bálsamo para mí, así como su temperamento tranquilo, sus esbeltas piernas y su bonita y serena cara de muchacha norteamericana. Ah, cómo seguí hablando de Karina (así la llamaba yo en la intimidad), y a medida que hablaba me sentía más y más embriagado al recordar nuestra ardiente «pasión» y nuestro rebosante «amor»: no mencioné que en total no habíamos llegado a pasar más de cuarenta y ocho horas juntos en el plazo de tres meses, y rara vez más de cuarenta y cinco minutos seguidos. Nos veíamos o bien en clase, con quince estudiantes más como guardianes, o en la cama de ella. A pesar de todo, Karen fue, dije, «la primera cosa buena que me había sucedido en la vida desde que fui dado de baja del ejército y vine a Nueva York a escribir». Le conté a Spielvogel que se había dado a sí misma el apodo de «Miss SemiMujer 1962». No recibió

el comentario tan encantado como lo había estado yo al oírlo, pero cabe señalar que no había sido él quien desnudó por primera vez a la semi-mujer que lo dijo. Le relaté las torturas de duda y anhelo que experimenté antes de lanzarme a conquistarla, a las tres semanas de haber comenzado el semestre, al escribir «Venga a verme» en uno de sus trabajos calificados con sobresaliente. Como le había indicado, vino a mi oficina y obedeció mi cortés, pedagógica indicación de que tomara asiento.

—¿Quería hablar conmigo?

—Sí, señorita Oakes. —Se produjo un silencio prolongado y lo suficientemente desnudo de elocuencia como para haber satisfecho a Anton Chéjov—. ¿De dónde es usted, señorita Oakes?

—De Racine, Wisconsin.

—¿Y a qué se dedica su padre?

—Es médico.

Y entonces, como quien se arroja desde un puente, lo hice. Alargué la mano y le toqué el pelo color paja. La señorita Oakes tragó saliva y no dijo nada.

—Perdone —le dije—. No he podido contenerme.

Y ella repuso:

—Profesor Tarnopol, no soy una persona de mundo. —Y en cuanto dijo esto, empecé a disculparme—. No, no se preocupe —dijo al reanudar yo mi caricia—, muchos profesores hacen lo mismo.

—¿Sí? —preguntó el torpe novelista ganador de premios.

—Hasta ahora, todos los semestres —dijo con tono hastiado—. Y casi siempre es el profesor de lengua inglesa.

—Y luego ¿qué pasa, casi siempre?

—Les digo que no soy una chica de mundo. Porque es la verdad.

—¿Y después?

—Eso es todo, casi siempre.

—Les remuerde la conciencia y se disculpan una y otra vez.

—Supongo que se lo piensan mejor.

—Como yo.

—Y como yo —asintió sin parpadear—. La doctrina de *in loco parentis* se aplica en los dos sentidos.

—Bueno, mira...

—¿Sí...?

—Me siento *atraído* por ti. Locamente atraído.

—Ni siquiera me conoce, profesor Tarnopol.

—Te conozco y no te conozco. He leído tus trabajos. He leído tus cuentos y tus poemas.

—Y yo los suyos.

—Oh, Dios mío, doctor Spielvogel, ¿cómo puede quedarse ahí, impasible

como un piel roja? ¿No apreciaba el *encanto* de todo esto? ¿No comprende lo que significó una conversación como ésa para mí, cuando estaba tan desesperado?

—¡Karen, tenemos que vernos, tenemos que vernos, no puede ser de otro modo!

—Vale.

—¿Dónde?

—Tengo una habitación...

—Sabes que no puedo entrar en un dormitorio de estudiantes.

—Estoy en el último curso. Ya no vivo allí. Me mudé.

—¿Te mudaste?

—Tengo una habitación alquilada en la ciudad.

—¿Puedo ir a charlar contigo allí?

—Claro.

¡Claro! ¡Oh, qué palabra tan maravillosa, encantadora, arrolladora, qué palabra tan desarmante! Me la repetí durante el resto del día. «¿Por qué estás tan lleno de energía?», me preguntó Maureen. Claro. Claramente. Clarísimo. ¿Cómo lo había dicho aquella hermosa, inteligente, bien dispuesta y saludable joven? ¡Claro! Sí, tan claro como que lo que es claro es claro, así, terminante, directo: ¡Claro! Era tan claro como que claro es claro, que la señorita Oakes iba a tener una aventura y que el profesor Tarnopol terminaría con una crisis nerviosa... ¿Cuántas horas transcurrieron hasta que decidí que antes de que terminara el semestre nos escaparíamos juntos? No tantas: se lo propuse la segunda vez que nos acostamos. No iríamos a Italia en junio: tomaríamos el vuelo de la Pan Am desde Chicago (lo había verificado por teléfono) la misma noche del día en que ella hiciese su último examen; yo podría enviar las calificaciones finales desde Roma. ¿No sería maravilloso? «Oh —le decía hundiéndole la cara en su pelo—, ¡quiero llevarte a algún lugar, Karina, quiero huir contigo!» . Y ella murmuraba suavemente «¡Mmm... mmm...!», algo que yo entendía como una deliciosa aquiescencia. Le hablé de las bellas *piazas* italianas donde Maureen y yo nos habíamos insultado a gritos: la Piazza San Marco de Venecia, la Piazza de la Signoria de Florencia, la Piazza del Campo de Siena... Esa primavera, Karen se fue a casa de vacaciones y no regresó nunca más a la universidad. Esto da una pista sobre el personaje autoritario y aterrador en que me había convertido. Aquel murmullo no había sido más que el sonido de su lúcida mente al considerar las terribles consecuencias de haber elegido este particular miembro del departamento de inglés, lleno de remordimientos de conciencia, para iniciar su sofisticada vida lejos del dormitorio de estudiantes... Una cosa era leer a Tolstoi en clase, y otra muy distinta jugar a ser Anna y Vronski con un profesor.

Al ver que no regresaba después de las vacaciones de primavera, hice llamadas desesperadas a Racine casi todos los días. Cuando llamo a la hora de

almorzar me dicen: «Ha salido». Me niego a creerlo... ¿Dónde comía, en ese caso?

—¿Quién habla? —me preguntan.

Y yo tartamudeo:

—Un amigo de la universidad... ¿Está *seguro* de que no...?

—¿Quiere dejar su nombre, por favor?

—No.

Todas las noches, después de la cena, apenas puedo pasar diez minutos en la sala con Maureen antes de sentirme al borde del estallido. Salto del sillón donde suelo leer, arrojo lejos mi lápiz y mi libro, y, como si fuera Rudolph Hess, veinte años en la prisión de Spandau, exclamo: «¡Tengo que salir a dar un paseo! ¡Tengo que ver otras caras! ¡Aquí me ahogo!». Apenas cruzo la puerta, echo a correr y, atravesando jardines y saltando cercas, me dirijo al dormitorio de estudiantes más próximo a nuestro apartamento, donde, en la planta baja, hay una cabina telefónica. Encontraré a Karen porque es la hora de la cena y le suplicaré que, al menos, vuelva a la universidad para acabar el semestre, aunque no quiera huir a Italia conmigo en junio para vivir juntos en el Trastevere. Karen me dice:

—Espera un momento, voy a hablar por el otro teléfono.

Minutos más tarde la oigo decir:

—¿Quieres colgar abajo, mamá, por favor?

—¡Karen! ¡Karen!

—Sí, aquí estoy.

—Karen, no puedo soportarlo más... ¡Quiero ir a verte a Racine! ¡Haré autoestop! ¡Puedo estar allí a las nueve y media!

Pero Karen *era* la chica más inteligente de mi clase, y no tenía ninguna intención de permitir que un profesor de técnica narrativa exaltado por su desdicha matrimonial y su malograda carrera le arruinase la vida. No podía salvarme de mi mujer, me dijo; era algo que debía hacer yo mismo. Le había dicho a su familia que había tenido una relación amorosa poco afortunada, pero me aseguró que no les había dicho con quién, y que no lo diría.

—¿Y tu título? —quise saber, como si fuera el decano.

—Eso no importa ahora —dijo Karen, hablando con tanta tranquilidad desde su dormitorio de Racine como cuando lo hacía en clase.

—¡Pero yo te quiero! ¡Te necesito! —le grité a aquella esbelta muchacha que apenas hacía una semana iba en bicicleta, con sus zapatillas de tenis y su falda de algodón, a las clases de Lengua 312, con su pelo color paja recogido en trenchas, su interior impregnado aún de mi semen después de nuestra cita del mediodía en su habitación de alquiler—. ¡No puedes dejarme, Karen! ¡Ya no! ¡No después de lo maravilloso que ha sido lo que hemos vivido juntos!

—Yo no puedo salvarte, Peter. Sólo tengo veinte años.

Llorando, le recordé:

—Y yo sólo tengo veintinueve.

—Peter, no debería haber empezado con esto. No tenía ni la más mínima idea de lo que estaba en juego. La culpa es mía. Perdóname. No te imaginas cuánto lo siento.

—Dios santo, no lo lamente... ¡*Simplemente, vuelve!*

Una noche, Maureen me siguió al salir de casa y mientras cruzaba el campus, y después de permanecer escondida detrás de la cabina con la oreja pegada al cristal, abrió repentinamente la puerta en el preciso momento en que yo volvía a suplicar a Karen que cambiara de parecer y volase conmigo a Europa con Pan Am en el vuelo nocturno desde O'Hare.

—¡Mentiroso! —chilló Maureen—. ¡Mentiroso, putero!

Volví corriendo al apartamento y se tragó una pequeña cantidad de pastillas para dormir. Luego se fue gateando a la sala, vestida sólo con ropa interior, y se quedó allí, arrodillada en el suelo, con una de mis hojas de afeitar en la mano, esperando, paciente, a que yo terminara de hablar con mi ramera y volviese a casa, para poder reanudar la tarea de suicidarse, o casi.

Le conté a Spielvogel lo que Maureen me había confesado mientras estaba allí, en el suelo de la sala. Dado que esto había sucedido sólo dos meses antes, descubrí ante Spielvogel —como me había ocurrido aquella misma mañana, en el taxi que me traía del aeropuerto con Moe— que no era capaz de contar la historia de la falsa muestra de orina sin sentirme débil y a punto de desmayarme, como si nada más aflorar a mi conciencia aquel episodio, en cuestión de segundos el fuego de la furia corriese por mis venas devorando toda mi vitalidad y mis fuerzas. Ni siquiera hoy día me resulta fácil contarle sin sufrir cierta sensación de vértigo. Además, nunca he podido incorporar la historia a una obra de ficción, y no porque no lo haya intentado repetidas veces —para fracasar siempre— en los cinco años que han pasado desde que Maureen me hizo aquella confesión. No consigo que resulte verosímil... sin duda porque incluso yo mismo lo encuentro todavía hoy difícil de creer. ¿Cómo pudo hacer una cosa así? ¡Y hacérmelo a mí! Por mucho que me esfuerzo por transformar la mediocre realidad en el arte más elevado, una y otra vez lo que queda como un leitmotiv desplegado a lo largo de la narración y escrito con sangre es: ¿CÓMO PUDO HACER UNA COSA ASÍ? ¡Y HACÉRMELO A MÍ!

—Y entonces —le dije a Spielvogel— ¿sabe qué dijo? Estaba en el suelo, con el filo de la hoja de afeitar apoyado en la muñeca. Iba en ropa interior. Y yo estaba de pie, mirándola. Mudo. *Mudo*. Le habría pateado la cabeza. ¡Debería haberlo hecho!

—¿Qué dijo?

—¿Qué dijo? Dijo: « Si me perdonas por lo de la orina, yo te perdono por lo de tu amante. Te perdonaré por haberme engañado con esa chica de la bicicleta

y haberle pedido que huyese contigo a Roma» .

—¿Y usted qué hizo? —preguntó Spielvogel.

—¿Quiere saber si la pateé? No. No, no, no, no. No le hice nada... a ella. Me quedé inmóvil allí, un rato. Al principio no podía creer que hubiese podido desplegar tanta *astucia*. Ser tan *implacable*. Que se le hubiese ocurrido tal cosa y *la hubiese llevado a cabo*. En realidad, sentí *admiración*. ¡Y lástima, lástima! Es verdad. Pensé: « ¡Dios santo!, ¿qué clase de persona eres? ¡Hacer algo así, y luego mantener el secreto durante tres años!» . Y sentí que tenía una oportunidad de escapar. Como si hubiese sido necesario eso, ¿sabe?, nada menos, para que me sintiese libre de marcharme. Pero no me marché. Oh, por supuesto, *le dije* que me iba. Le dije: « Me voy, Maureen, no puedo seguir viviendo con alguien capaz de hacer algo así» , etcétera. Pero para entonces ella ya estaba llorando, y me dijo: « Si me dejas, me abriré las venas. Ya me he tomado un montón de pastillas» . A lo que yo repuse, y es la verdad, doctor: « Ábretelas, a mí me da igual» . Y ella presionó la hoja de afeitar, y brotó la sangre. Al final resultó ser sólo un rasguño, pero ¿cómo diablos podía saberlo yo? Podría haber llegado al hueso. Empecé a gritar: « ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!» . Y luego forcejeé con ella para quitarle la hoja de afeitar. Tenía terror de cortarme yo mismo, pero seguí tratando de arrebatarle la maldita hoja mientras yo también lloraba. Aunque no hace falta aclararlo: lo único que hago últimamente es llorar, ¿sabe...? Por supuesto, ella también lloraba, y por fin le quité la hoja de afeitar y me dijo: « ¡Si me dejas, hundiré a esa amiguita tuya! ¡Esa ingenua carita suya saldrá en todos los periódicos de Wisconsin!» . Enseguida empezó a vociferar que yo la había «engañado» y que no podía confiar en mí y que siempre lo había sabido... ¡y todo esto, sólo tres minutos después de haberme descrito con todo detalle cómo había comprado la orina de aquella negra en la avenida B!

—¿Y qué hizo usted en ese momento?

—¿Si la degollé de oreja a oreja? No. ¡No! Me vine abajo. Completamente. Sufrí un ataque de nervios. Los dos estábamos manchados de sangre. Yo me había cortado la palma de la mano izquierda hasta el pulgar, y la muñeca de ella chorreaban sangre, y Dios sabe qué aspecto teníamos: una pareja de aztecas cargándose el ritual del sacrificio. Quiero decir que, bien pensado, es cómico. ¡Parezco Dagwood Bumstead, con mi temor y mis temblores!

—Tuvo un ataque de nervios.

—Eso fue sólo el principio. Me puse de rodillas y le supliqué que me dejara marcharme. Me golpeé la cabeza contra el suelo, doctor. Me puse a correr de una habitación a otra. Y luego... luego hice lo que ella decía que solía hacer Walker. Puede ser que Walker nunca lo hubiese hecho, porque sin duda eso era otra de sus mentiras. En cualquier caso, yo lo hice. Al principio corría buscando algún lugar donde esconder la hoja de afeitar. Recuerdo haberla sacado de la maquinilla y haberla arrojado al váter, y haber tirado varias veces de la

cadena... pero la maldita hoja se quedaba allí, en el fondo, no desaparecería. Y corrí al dormitorio, gritando a voz en cuello: « ¡Deja que me vaya! ¡Deja que me vaya! ». Y mientras gritaba me iba quitando la ropa. Ya lo había hecho antes, en una pelea con ella, pero esta vez me la saqué toda. Y me puse la ropa interior de Maureen. Abrí un cajón y me puse una de sus bragas... A duras penas conseguí meter mi polla dentro. Y traté de ponerme uno de sus sujetadores, quiero decir que pasé los brazos por los tirantes. Y me quedé allí así, llorando... y sangrando. Por fin ella entró en la habitación... No, se quedó en la puerta, mirándome. Y verá, doctor, lo único que llevaba puesto, ella también, eran unas bragas y un sujetador. Al verme volvió a echarse a llorar y exclamó: « ¡No, cariño, no! No, no... » .

—¿Eso fue todo lo que dijo? —preguntó Spielvogel—. ¿Le llamó « cariño » ?

—No. Me dijo: « Quitate todo eso. No se lo diré a nadie. Quitatelo ahora mismo » .

—Eso fue hace dos meses —dijo el doctor Spielvogel cuando pareció que yo no tenía más que decir.

—Sí.

—¿Y...?

—No estoy muy bien, doctor.

—¿Qué quiere decir?

—He hecho otras cosas raras.

—¿Como qué?

—Como seguir con Maureen... ¡eso es lo más extraño de todo! ¡Tres años así, y ahora que sé lo que sé, todavía sigo viviendo con ella! Y si cojo un avión mañana, dice que se lo contará « todo » a todo el mundo. Es lo que le dijo a mi hermano por teléfono. Y lo hará. *Lo hará, estoy seguro.*

—¿Otras « cosas raras » ?

—Pues... con mi esperma.

—No le oigo. ¿Su esperma? ¿Qué pasa con su esperma?

—Mi semen... lo dejo en sitios.

—¿Sí?

—Lo dejo en sitios. Voy a casa de gente y ... lo dejo en distintos lugares.

—¿Entra en las casas de la gente?

—No, no —me apresuré a decirle (¿qué pensaba, que estaba loco?)—. Me invitan. Voy al cuarto de baño. Lo dejo en alguna parte... en el grifo. O en la jabonera. Sólo unas gotas.

—Se masturba en el cuarto de baño de otros.

—A veces, sí. Y dejo...

—Su firma.

—La bala de plata de Tarnopol.

Se rió al oír mi chiste. Yo no me reí. Tenía más que contar:

—Lo he hecho en la biblioteca de la universidad. Lo he dejado en las cubiertas de los libros.

—¿Libros? ¿Qué libros?

—¡Libros! ¡Cualquier libro! ¡Los que estén a mano!

—¿En alguna otra parte?

Suspiré.

—Hable más alto, por favor —dijo el doctor.

—Pagué un sobre con él —dije—. El cheque para la compañía telefónica.

Spielvogel volvió a sonreír.

—Eso sí que es un toque personal, señor Tarnopol.

Yo rompí a sollozar de nuevo.

—¿Qué significa todo esto, doctor?

—Vamos, vamos —repuso Spielvogel—. ¿Qué cree usted que «significa»? Me parece que no hace falta ser adivino.

—¡Que estoy completamente fuera de control! —dije llorando—. ¡Que ya no sé lo que hago!

—Que está enfadado —dijo él golpeando el brazo de su sillón—. Que está furioso. No está *fuera* de control. Está *bajo* control. El control de Maureen. Deja escapar su furia por todas partes, excepto por donde debe hacerlo. Allí deja caer lágrimas.

—¡Pero acabará con Karen! ¡Lo hará! ¡Sabe quién es..., controlaba a mis alumnos! ¡Destruirá a esa bonita e inocente chica!

—Karen parece ser muy capaz de cuidar de sí misma.

—Usted no sabe cómo es Maureen cuando se empeña en algo. Es capaz de *asesinar*. En Italia solía ponerse al volante de nuestro Volkswagen y lanzarlo cuesta abajo por la ladera de una montaña... ¡y todo porque no le había abierto la puerta del hotel de Sorrento! ¡Era capaz de guardarse el resentimiento días y días... y luego explotaba, semanas más tarde! ¡No se imagina lo que puede hacer cuando se vuelve loca!

—En ese caso, habría que advertir a Karen.

—¡A eso me refiero! ¡Es espeluznante! ¡Arrebatarle el volante de las manos y girar hacia el precipicio cuando vamos por una carretera de montaña! ¡Tiene que creerme cuando le digo lo que he tenido que aguantar..., no exagero! ¡Al contrario, me estoy callando cosas!

Ahora, con mi vengativa esposa muerta y sus cenizas esparcidas en el Atlántico desde un avión; ahora, con aquella furia *acallada* dentro de mí, siento que simplemente no era posible que Maureen Johnson Mezik Walker Tarnopol, que fue al instituto de Elmira hasta medio bachillerato, hubiese llegado a castrarme hasta tal punto, tal como se lo expresé (y demostré) a Spielvogel durante la primera hora que pasamos juntos. Después de todo, yo tenía más envergadura física que ella y era más inteligente que ella, y mucho más capaz.

¿Qué fue, entonces (le pregunté al doctor), lo que llegó a transformarme en una víctima voluntaria y sin voluntad? ¿Por qué no pude encontrar la fuerza (o, al menos, el más básico mecanismo de autoconservación) necesaria para abandonarla en cuanto resultó evidente que no era ella quien debía ser rescatada de sus desgracias, sino yo de las mías? ¡Incluso después de haberme confesado la estafa de la orina, incluso entonces fui incapaz de levantarme y marcharme! ¿Por qué? ¿Por qué alguien que durante toda su vida había luchado con tanta determinación por ser independiente —niño independiente, adolescente independiente, hombre independiente—, por qué alguien que, como yo, admiraba tanto la «seriedad» y la «madurez» podía haberse derrumbado como un niño indefenso ante aquella Clitemnestra de provincias?

El doctor Spielvogel me invitó a buscar la respuesta en mi cuarto de niño. La pregunta con la cual comenzó nuestra segunda sesión fue: «¿Su mujer le recuerda a su madre?».

Se me cayó el alma a los pies. El reduccionismo psicoanalítico no iba a salvarme de las vías del metro, ni, lo que era peor, de volver a Wisconsin al final de aquella semana para reanudar las hostilidades con Maureen. Respondí a la pregunta afirmando que no, que no me la recordaba. Mi mujer no me recordaba a nadie que hubiese conocido nunca en ninguna parte. Nadie en toda mi vida se había atrevido a engañarme, a insultarme, a amenazarme o a extorsionarme como lo había hecho ella; no, ninguna de las mujeres que había conocido. Nadie me había gritado como ella, salvo, tal vez, el encargado del entrenamiento básico de Fort Dix. Le dije a Spielvogel que no era porque se pareciera a mi madre por lo que no podía entenderme con ella, sino porque *era muy diferente*. Mi madre no era resentida, conflictiva, ofensiva, violenta, inútil, ni suicida, y tampoco había querido nunca verme humillado... en absoluto. Era indudable que, para nuestros fines, la diferencia más reveladora entre las dos era que mi madre me *adoraba*, me idolatraba sin reservas, y yo me había deleitado en aquella adoración. De hecho, seguramente era su profunda certeza de que yo era perfecto lo que había contribuido a desarrollar y alimentar mis dones. Comprendo que podría decirse que en mi infancia me había sometido a los deseos de mi madre, pero supongo que en un niño eso no equivale a derrumbarse. Hay que tener cierto sentido común y cierta sensibilidad para comprender la vida familiar. Llamémosle una *realpolitik* de infancia. No se puede pretender que lo traten a uno como a un hombre de treinta años cuando sólo se tienen cinco. La verdad es que a los quince no esperaba ya ningún tipo de tratamiento preferencial, pero mi madre me lo daba. Por lo que recuerdo, cuando iba al instituto era capaz de persuadir a mi madre de todo lo que se me antojase, de llevarla sin mayor esfuerzo a aceptar la fundamental solidez de mi posición con respecto a casi todas las situaciones surgidas de mis cada vez más abundantes prerrogativas. De hecho, yo diría (por lo que recuerdo) que ella encontraba una gran satisfacción en prosternarse ante

el joven príncipe a quien durante todos aquellos años había estado guiando hacia el trono.

En aquella época, mi batalla se libraba contra el padre supernumerario. A él le inquietaban mi excesiva ambición y mi petulancia. Siendo yo niño, no me veía mucho —se pasaba todo el día en la tienda, y en los malos tiempos por la noche vendía placas para techos de puerta en puerta por cuenta de su cuñado—, así que era comprensible que sintiera cierta intranquilidad al descubrir que el pequeño pico del pajarito que había alimentado durante todos esos años se hubiese transformado de la noche a la mañana en una gran boca de adolescente, siempre activa, capaz de hablar más que él, de razonar más que él y, en general, de aprovecharse de él con la ayuda de la «lógica», la «analogía» y diversas técnicas de superioridad. Pero en aquel momento llegó mi beca para cuatro cursos en la Universidad de Brown, y luego mis calificaciones de sobresaliente, y gradualmente también él cedió y dejó de intentar decirme lo que debía pensar y hacer. A los diecisiete años ya era evidente que yo no pretendía utilizar la falta de control paterno para convertirme en un vagabundo, ante lo cual —y aquí debo reconocerle todo el mérito— hizo todo lo que puede hacer un agresivo empresario e indestructible y amante padre de familia por dejarme en paz.

Spielvogel no veía las cosas de este modo. Cuestionaba que mi infancia hubiese sido «bastante feliz» e insinuó que la gente suele engañarse con buenos tiempos pasados que no fueron tan buenos. Bien podía haber algún aspecto más peliagudo en lo que, de acuerdo con lo que me convenía, yo estaba olvidando: el tinte *amenazador* de la eficacia y la energía de mi madre, su atención constante y la «ansiedad de castración», como él la llamaba, despertada por ella en su hijo menor, el más frágil de sus hijos en el plano emocional. De mis descripciones de la vida de Morris y mis escasos recuerdos claros de él durante nuestra infancia, el doctor Spielvogel concluyó que, para empezar, mi hermano era constitucionalmente mucho más fuerte que yo. Esta característica biológica de Moe se había reforzado en los años de su formación, al tener que criarse a sí mismo, o poco menos, mientras mi madre ayudaba a mi padre en la tienda. En cuanto a Joan, la educada hipótesis de Spielvogel era que, como patito feo y única mujer de los tres hijos, nunca corrió el peligro de que mi madre le dedicase su agobiante atención. Al contrario: daba por sentado que ella, en comparación con el espontáneo hermano mayor y el inteligente hermano menor, se había sentido siempre en la periferia del círculo familiar, abandonada e inútil. Teniendo esto en cuenta (dijo el doctor, continuando con la historia familiar) no era tan extraño verla, a sus cuarenta años, tan ávida de *poseer*... amigos famosos, belleza y elegancia, viajes exóticos, ropa extravagante y cara, para obtener, en resumen, la admiración y la envidia de los demás. Me chocó cuando Spielvogel quiso saber si mi hermana coleccionaba amantes con tanta avidez como yo.

—¿Joannie? Nunca se me ha ocurrido pensar algo así.

—Hay muchas cosas que no se le ha ocurrido pensar —aseguró el doctor al paciente.

En realidad, yo nunca había negado que mi madre podría haber sido algo menos que perfecta. Como es natural, recordaba ocasiones en las que, sin motivo aparente, me había reprendido con demasiada severidad, o bien había herido mis sentimientos. Como también es natural, había dicho y hecho bastantes cosas injustas durante mi crianza, y a veces, a causa de la incertidumbre o el enfado, como muchos padres, optó por la solución tiránica. Sin embargo, sólo bajo la influencia del doctor Spielvogel pude llegar a imaginar que podría existir un niño más valorado y amado que el hijito de la señora Tarnopol. En realidad, si me hubiesen valorado y querido más habría tenido *verdaderos* problemas. Enfrentado al punto de vista del doctor con respecto a mi pasado, conjeturé que si había sido perjudicial para mí tener una madre como la mía era porque ella había estimulado en mí una confianza infinita en mi capacidad para *triunfar* en todo lo que emprendiese. Me había insuflado un optimismo y una inocencia que me llevaron a creer que la mía era una vida mágica. Y, ahora que pensaba en ello, sin duda todo eso iba en contra de una posible fortaleza ante la realidad de los reveses y las frustraciones. En efecto: quizá lo que me había hecho actuar de modo tan patético con Maureen en sus momentos de peor demencia era simplemente que no podía creer que pudiese existir alguien como ella en un mundo que me habían pintado como el castillo de cristal de Peter. Lo que me convertía en tan incapaz ante mi desafiante mujer no era la repetición de un «trauma» infantil, sino más bien el carácter «único» de mi trauma actual. A juzgar por mi total falta de familiaridad con la violencia y el resentimiento femeninos, era como si me estuviera enfrentando a una marciana.

Admití de buen grado ante el doctor Spielvogel que era verdad que mi matrimonio me había convertido en un niño confuso e indefenso, pero, argüía a continuación, eso era así porque nunca antes había sido un niño confuso. No alcanzaba a ver cómo podíamos explicar mi derrumbe casi rozando la treintena sin intentar la explicación simultánea de los años de éxito y buena suerte que la habían precedido. ¿No era posible que en mi «caso» (como ya me avenía a llamarlo) el triunfo y el fracaso, la conquista y la derrota proviniesen de un indestructible y juvenil amor hacia la mujer entendida como benefactora y sacerdotisa, protectora y guía? ¿No podíamos conjeturar que lo que me había hecho tan fácil víctima de la Mala Mujer Mayor que Tú era que había despertado en mí, una vez más, aquel hábito de obediencia que tan útil me había sido ante la Buena Mujer Mayor que Tú de mi infancia? Como un niño, sí, sin duda, nadie lo discutía..., pero no, de ninguna manera, insistía, porque la madre protectora, dedicada a mí en cuerpo y alma y reguladora de mis bastante felices recuerdos hubiera sido la «figura materna castradora» de Spielvogel frente a la

cual yo me había doblegado por temor, y a quien una parte de mí odiaba en secreto. Era indudable que cualquiera que ejerciese poder absoluto sobre un niño tenía que, en ocasiones, inspirarle un odio inevitable, pero ¿no era eso como invertir los símbolos, subrayar (por real que hubiese sido) el aspecto amenazante en detrimento del amor y la ternura maternos, sentimientos que dominaban los recuerdos de mis primeros diez años? Y, por otro lado, ¿no estaríamos exagerando mi sumisión? Porque todos los antecedentes parecían señalar el hecho de que yo había sido un chaval emprendedor y lleno de carácter —con el gracioso apodo de Peppy— que no pensaba comportarse en este mundo como un perro apaleado.

—Los niños —le dije a Spielvogel (aunque supongo que ya lo sabía)— han sufrido a menudo tormentos mucho mayores que yo por haber incurrido en el desagrado a los adultos.

Spielvogel no aceptó mi teoría.

—No deja de ser frecuente —dijo— el caso de haberse sentido amado por la «madre amenazante».

Lo que era una lástima era que yo continuara pintándola de aquella manera «idealizada». Para él, aquello era un indicio de que todavía estaba muy «sometido a su encanto», poco dispuesto a formular la más leve protesta, por temor a su *venganza*. A sus ojos, mi vulnerabilidad de niño sensible al dolor que una madre así fácilmente podría infligirme explicaba el «predominio del narcisismo» como «defensa primaria». Para protegerme contra la «profunda ansiedad» engendrada por mi madre, por las posibilidades de rechazo y separación, así como por el sentimiento de impotencia que experimentaba ante ella, había cultivado un fuerte sentido de superioridad, con todas las implicaciones de «culpa» y «ambivalencia» derivadas de ser «especial».

Argumenté que el doctor Spielvogel lo interpretaba justo al revés. Mi sentido de superioridad, ya que quería llamarlo así, no era una «defensa» contra el aspecto amenazante de mi madre, sino más bien una aceptación demasiado entusiasta por mi parte del modo en que me valoraba. Estaba completamente de acuerdo con ella, eso era todo. ¿Y qué niño podría no haberlo estado? No le pedía al doctor Spielvogel que creyese que alguna vez yo me hubiese sentido una persona corriente, ni que hubiese deseado serlo; sólo intentaba explicarle que no había necesidad de plantear ninguna «ansiedad profunda» para que el hijo pequeño de mi madre llegase a convencerse de que era alguien de armas tomar.

Ahora bien, cuando digo que «argüía» o «aceptaba» y que Spielvogel «cuestionaba», etcétera, estoy proyectando drásticamente una dialéctica que, a medida que se desarrollaba, de una sesión a la siguiente, estaba muy lejos de resultar tan clara y diáfana. Un resumen como este tiende a magnificar en buena medida mi propia resistencia a la reconstrucción arqueológica de mi infancia —que empezó a tomar forma tras el primer año de tratamiento—, del mismo modo

que tiende a cargar las tintas sobre el modo (bastante sutil, por cierto) en que el doctor me comunicaba su hipótesis sobre el origen de mis problemas. De hecho, si yo hubiese sido menos experto en oponer «resistencia» y él hubiese tenido menos habilidad, tal vez lo hubiera resistido mejor. (Al leer este párrafo, el doctor Spielvogel habría dicho sin duda que mi resistencia, lejos de haber sido vencida por mi «sofisticación», finalmente ha triunfado sobre todo. ¿Por qué, por ejemplo, le asigno a él, y no a mí mismo, la caracterización de mi madre como «figura fálica amenazante»? Está claro que sigo resistiéndome a pensar siquiera en una posibilidad tan inconcebible). Además, si hubiese estado menos desesperado por curarme de lo que fuese que me afectaba y me hacía derrumbarme, tal vez habría podido resistirme por más tiempo. Pero creo que era inevitable que terminara por compartir las ideas de Spielvogel, porque, en el fondo, seguía siendo un alumno muy aplicado, con mi muy arraigado hábito escolar. Sin embargo, anhelaba alcanzar cierto control de mí mismo y dejar de verme tan afectado por todo lo relacionado con Maureen. Así que no tardé en descubrir que, una vez enfrentado al punto de vista del doctor Spielvogel, cada vez me mostraba más deseoso de sustituir mi primera versión de una infancia mágicamente feliz por otra, dickensiana, de mi madre como un ser sobrecogedor y alarmante, y así empezaron a surgir recuerdos de crueldad, injusticia, y ofensas contra mi inocencia y mi integridad. Con el paso del tiempo, fue como si el enfado que sentía contra Maureen se hubiera desbordado y comenzase a inundar el terreno de mi infancia. Si bien nunca habría renunciado completamente a mi benévola versión de nuestro pasado, llegué a absorber la de Spielvogel. Cuando, a los diez meses de comenzar mi análisis, fui a Yonkers para la cena de la Pascua judía con mis padres y la familia de Morris, me sorprendió el hecho de que me mostré brusco y frío con mi madre. Ese comportamiento fue casi tan desconcertante luego para mí como lo fue entonces para la mujer que tanto había anhelado cada una de las poco frecuentes visitas que yo hacía a su casa. Indignado, y nada dispuesto a disimularlo, mi hermano me llevó aparte en plena cena y me dijo: «Dime, ¿qué está pasando aquí?». Como respuesta no pude darle otra cosa que un encogimiento de hombros. Y a pesar de todos mis esfuerzos, cuando la besé al despedirme en la puerta, al parecer no tenía los medios para fingir ni siquiera un poco de afecto filial: me comporté como si mi madre, que se había mostrado deprimida la primera vez que había visto a Maureen y que más tarde había puesto buena cara sólo para no desagradarme, fuese en cierto modo cómplice de la furia vengativa de mi mujer.

En algún momento del segundo año de psicoterapia, cuando las relaciones con mi madre estaban en su punto más frío, se me ocurrió que no debía sentir resentimiento contra Spielvogel, como me sucedía a veces, por provocar tal incomprensible cambio en mi conducta y mi actitud hacia ella. Consideré que debía verlo más bien como una estrategia quizá dura, pero necesaria, destinada a

agotar mi reserva de veneración a la imagen materna, una veneración que Maureen había sabido aprovechar con resultados tan espectaculares. Sin duda, no era culpa de mi madre que, en mi ceguera, yo hubiese transferido la lealtad que ella había inspirado, con la riqueza de su amor, a alguien que en realidad era mi enemiga. Ello podía considerarse, más bien, como la medida de lo satisfactorio de mi educación, de lo genial que había sido mi madre: había logrado que un hijo suyo, décadas más tarde, se sintiera incapaz de «hacer daño» a una mujer con quien dicha madre no compartía nada más que el género, una mujer que, de hecho, había llegado a *despreciar*. A pesar de ello, si mi futuro como hombre exigía que rompiese los lazos reverenciales de la infancia, era esencial que tal feroz y sangrienta cirugía de las emociones se llevase a cabo. Y no debía culpar al cirujano por el dolor que la operación pudiese provocar a la madre inocente, ni por la desorientación que pudiese producir en un hijo que la adoraba y seguía aún pegado a sus faldas... En estos términos trataba yo de racionalizar la seriedad con que estaba llegando a juzgar a mi madre y a justificar y comprender al un tanto patriarcal doctor judío alemán cuya insistencia en «la madre fálica amenazadora» revelaba a veces la existencia de alguna *bête noire* más suya que mía.

Aquella sospecha no era algo que me interesara, o que me atreviera a examinar. Era un paciente con demasiada necesidad de ayuda para tener la presunción de ser médico de mi médico. Si esperaba recuperarme de mi derrota, era imprescindible para mí confiar en alguien, y había elegido al doctor Spielvogel.

Desde luego, no tenía la menor idea de qué clase de hombre sería fuera de la consulta; ni siquiera sabía cómo sería en ella con otros pacientes. Dónde había nacido, crecido y sido educado, cuándo y en qué circunstancias había emigrado a Estados Unidos, cómo era su mujer, si tenía hijos... No sabía más acerca de estos aspectos básicos de su vida que acerca de los del tipo que me vendía el periódico por la mañana; además, yo era demasiado obediente ante lo que entendía como reglas del juego, y estaba demasiado preocupado por mis propios problemas para mostrar algo más que una curiosidad esporádica por aquel extraño en cuya presencia me tendía en un diván, en una habitación tenuemente iluminada, durante cincuenta minutos, tres tardes por semana, aunque hablase con él de un modo que jamás había hablado ni siquiera con aquellos que habían demostrado merecer toda mi confianza. Mi actitud frente al doctor era muy semejante a la del alumno de primer curso que acepta sin reservas la sabiduría, la autoridad y la probidad de su maestra y no puede entender que también ella vive, más allá de la pizarra, en un mundo ambiguo e incierto.

Yo había sido un niño así, así que viví mi primera visión fugaz de mi doctor viajando en un autobús de la Quinta Avenida con la misma incredulidad atónita y el mismo malestar que sentí a los ocho años cuando, en compañía de mi

hermana, un día pasé por la peluquería del barrio y vi al profesor de «manualidades» de mi escuela mientras le afeitaban y le lustraban los zapatos. Llevaba ya cuatro meses de análisis la mañana lluviosa en que, al levantar los ojos de la parada del autobús que hay frente a la librería de Doubleday de la Quinta Avenida, vi a Spielvogel, preparado para la lluvia con gabardina y sombrero, buscando un asiento libre en la parte delantera del número 5 con una expresión de indudable melancolía en el rostro. Por supuesto, ya lo había visto tres años antes en una fiesta veraniega, con su gorra de capitán de yate y apurando su bebida a pequeños tragos, así que me constaba que no dejaba de existir cuando no estaba psicoanalizándome; además, había conocido a varios psicoanalistas en ciernes durante mi año de estudiante de posgrado en Chicago, y me llevaba bastante bien con ellos durante las veladas que solíamos pasar en el bar de estudiantes del barrio. Lo que ocurría era que Spielvogel no era un conocido con quien me tomara unas cervezas de vez en cuando: era el receptor de mi historia íntima, y estaba llamado a ser el instrumento de mi recuperación física... y espiritual. Por lo tanto, el hecho de que una persona sobre quien pesaba semejante responsabilidad saliese realmente a la calle y tomase un transporte público como los que llevaban al vulgar rebaño desde el punto A hasta el punto B... bueno, eso estaba más allá de mi comprensión. ¿Cómo pude ser tan tonto como para confiar mis secretos más sombríos a una persona que salía a la calle y tomaba el autobús? ¿Cómo pude haber creído alguna vez que aquel hombre demacrado, ya entrado en años, con su aspecto tan derrotado e indefenso bajo su sombrero impermeable color oliva, aquel extraño que no impresionaba a nadie y viajaba en autobús, podía librarme de mis desgracias? Y, en nombre de Dios, ¿qué debía hacer yo en aquel momento? ¿Subir al autobús, pagar mi billete, recorrer el pasillo, tocarle el hombro y decirle qué...?: «Buenos días, doctor Spielvogel, soy yo... ¿Se acuerda de mí, el que se ponía la ropa interior de su mujer?».

Me di la vuelta y me alejé a toda prisa. El conductor había estado esperando pacientemente a que yo saliera de mi ensueño y entrase por la puerta que mantenía abierta; cuando vio que me alejaba, me gritó, con una voz cargada del cansancio de tener que servir a la ciudadanía de Manhattan, «¡Otro chiflado!», y arrancó arrastrando, en medio de una luz anaranjada, a mi exorcista y salvador, que se dirigía (como, incrédulo, supe más tarde) a una cita con el dentista.

Fue en septiembre de 1964, al comenzar el tercer año de mi análisis, cuando tuve un serio desacuerdo con el doctor Spielvogel. Estaba considerando la posibilidad de interrumpir mi tratamiento con él, pero aun después de haber decidido seguir adelante encontraba imposible depositar en él y en el proceso algo parecido a la fe y la esperanza con que había comenzado. En realidad, nunca logré

deshacerme de la idea de que me había maltratado, a pesar de que no ignoraba que en mi «condición» lo peor que podía hacer era abrigar sentimientos de victimización y traición. La decisión de abandonar Nueva York seis meses atrás se debió en gran parte a que estaba descorazonado y confuso por lo que había hecho Susan, pero también se debió a mi pelea con el doctor Spielvogel, una disputa que en realidad nunca se había decidido a mi entera satisfacción y había vuelto a convertirse en una cuestión espinosa entre nosotros. Incluso se había agudizado por la tentativa de suicidio de Susan, algo que hacía años yo venía temiendo. Sin embargo, según Spielvogel, el mío era un temor más relacionado con «mi personalidad neurótica» que con la «realidad». Que yo creyera que Susan intentaría suicidarse si la dejaba era algo que Spielvogel definía como autodramatización narcisista. Del mismo modo explicaba él mi desmoralización cuando mi temor se convirtió en un hecho consumado.

—No soy adivino —me dijo—, y usted tampoco. Había tantos motivos para creer que no lo haría como para creer que sí. Usted mismo sabe, como también lo sabía ella, que esta relación entre ustedes era lo más satisfactorio que le había sucedido en años. Era, literalmente, la época más feliz de su vida. Por fin se estaba convirtiendo en una mujer plena y adulta. A juzgar por todos los indicios, *floreció*, ¿verdad? Si cuando usted la dejó no tuvo suficiente apoyo de su médico, de su familia, de quien fuese, pues es una lástima. Pero ¿qué puede hacer usted? Por lo menos tuvo lo que vivió con usted. Y no podría haberlo tenido *sin* usted. Lamentar ahora, a raíz de esto, haber vivido junto a ella todos esos años es no prestar atención al balance real. Especialmente, señor Tarnopol, porque Susan no se suicidó. Verá, usted está actuando como si se hubiese suicidado, como si hubiese habido un funeral y todo lo demás. Pero ella sólo *ha intentado* suicidarse, no lo olvide. Y yo diría que con pocas intenciones de tener éxito. El hecho es que su criada debía llegar temprano por la mañana, y tenía su propia llave para entrar en el apartamento. Por lo tanto, Susan sabía que la encontrarían en pocas horas. ¿Verdad? Por supuesto, Susan corrió ciertos riesgos para conseguir lo que deseaba, pero, como hemos visto, todo le ha salido bastante bien. No murió. Usted acudió corriendo. Y sigue corriendo. Quizá sólo esté corriendo en círculos, pero para ella eso es siempre mejor que verle desaparecer totalmente de su vida. Otra vez su narcisismo, si me permite insistir. Excesiva sobreestimación en cuanto a... bueno, en cuanto a todo. Y utilizar este incidente que no terminó de modo tan trágico, ¿sabe...?, utilizar este incidente, decía, para interrumpir su tratamiento y volver a aislarse, a ser una vez más el hombre derrotado..., bueno, yo diría que está cometiendo un grave error.

Si era así, cometí ese error. No podía seguir confiando en Spielvogel, ni pensar en mí seriamente como su paciente, así que me marché. El último vínculo que me quedaba estaba roto. Basta de Susan, basta de Spielvogel, basta de Maureen. Basta del camino del amor, el odio, o el controlado interés profesional:

por accidente, o por propósito, basta de eso.

Nota: hace una semana llegó aquí, a la colonia, una carta de Spielvogel, agradeciendo las copias de «Candor juvenil» y de «En busca del desastre» que le había enviado por correo a principios de mes. Yo le había escrito:

Hace algún tiempo que vengo discutiendo conmigo mismo acerca de si enviarle o no estos dos relatos (postanalíticos) que escribí durante los primeros meses que pasé aquí, en Vermont. Se los envío ahora, no porque quiera reabrir mi caso para renovar una investigación en su consulta (si bien comprendo que usted podría interpretar los manuscritos en dichos términos), sino en vista de su interés por los procesos artísticos (y porque últimamente he pensado a menudo en usted). Sé que su familiaridad con los datos biográficos y psicológicos que proporcionaron la materia prima para estos vuelos de la imaginación puede dar origen a ciertas especulaciones teóricas, y a su vez la especulación teórica puede dar origen a un fuerte impulso por su parte de comunicar sus observaciones a sus colegas. Su eminente colega Ernst Kris ha señalado que «la psicología del estilo artístico no ha sido escrita aún», y mi sospecha (producto de mis experiencias pasadas) es que quizá podría estar interesado en abordarla usted mismo. Siéntase libre de hacer todas las especulaciones que quiera, por supuesto, pero por favor, no publique nada sin mi autorización. Si, éste es un tema escabroso entre nosotros, pero no tanto (ésta es mi conclusión) como para frenar mi impulso, largamente meditado, de pasarle para su escrutinio personal estos sueños en estado de vigilia, aunque debo advertirle que su origen puede no ser tan «inconscientes» como a primera vista le gustaría suponer a un profesional.

Suyo,

PETER TARNOPOL

Respuesta de Spielvogel:

Ha sido muy amable al enviarme sus dos nuevos cuentos. Los he leído con gran interés y placer, y, como siempre, con admiración ante su talento y su perspicacia. Los dos cuentos son tan diferentes y a la vez están tan expertamente escritos que, a mi juicio, se equilibran a la perfección. En el primero me parecieron especialmente divertidas las escenas con Sharon, y en el segundo, la meticulosa atención que la voz del narrador se presta a sí misma me pareció perfecta, dado su interés (o «interés humano»), como lo habría expresado el Zuckerman de

«Candor juvenil» en sus trabajos de seminario para no licenciados). ¡Qué historia tan triste y cargada de dolor! Y también moral, en el sentido mejor y más serio. Parece que le va muy bien. Le deseo que siga teniendo éxito en su trabajo.

Le saluda cordialmente,

OTTO SPIELVOGEL

¿Es este el doctor a cuyos cuidados renuncié? Aunque cuando la carta fuese una argucia para llevarme de nuevo al diván, ¡qué argucia tan agradable e inteligente! Me pregunto en quién se ha inspirado para tener tal estilo en prosa. Eso me hace preguntarme por qué no era capaz de escribir así acerca de *mí*. (¿O es que el artículo que escribió sobre mí no era tan malo como yo pensaba? ¿O es que era aún peor? ¿Y qué importancia tenía eso, en cualquier caso? Sin duda yo sé muy bien lo que es escribir sobre mi caso con buena prosa. Hace años que lo intento. Entonces, ¿también fue un error haberme deshecho de él? ¿O acaso estoy sucumbiendo como un narcisista? Ah, cómo conoce a su paciente, este mago... ¿No será que soy siempre demasiado suspicaz?).

En fin, ¡seguiré adelante y me confundiré más aún a mí mismo enviando copias de los cuentos a Susan? ¿A mi madre y a mi padre? ¿A Dina Dornbusch? ¿Al grupo de Maureen? ¿A la misma Maureen?

Querida difunta:

Quizá te alegre un poco leer lo que te adjunto. No sabes lo persuasiva que eras. En realidad, si hubieses jugado bien tus cartas o hubieses estado menos loca seguiríamos casados y seguiríamos siendo desgraciados. Aún hoy, tu viudo piensa casi exclusivamente en ti. ¿Piensas en él en el cielo, o bien (como temo) le has echado el ojo a algún ángel alto, neurótico y ambivalente en cuanto a su tendencia sexual? Estos dos cuentos deben mucho a tu forma de ver las cosas: tú podrías haber concebido al principito obsesionado consigo mismo de «Candor juvenil» y haberle dado mi nombre; y, si me permites una licencia poética, ¿no se parece bastante Lydia a como te veías a ti misma (es decir, si hubieras podido verte como habrías querido que te vieran los otros)? ¿Cómo es la Eternidad? Con la esperanza de que estos dos cuentos te ayuden a pasar el tiempo más rápidamente,

Tuyo o siempre, tu desconsolado

PETER

Y del más allá, una respuesta:

Querido Peter:

He leído los cuentos y los he encontrado sumamente divertidos, en particular el que no tenía intención de serlo. Tus esfuerzos espirituales (en tu propio beneficio) son muy conmovedores. Me tomé la libertad (supuse que no tendrías inconveniente) de pasárselos al Señor. Te halagará saber que « En busca del desastre» puso también una sonrisa en Sus labios. Nada de ira, me alegro de comunicártelo, aunque sí comentó (no sin un deje de sorpresa): « Todo vanidad, ¿no?» . Los cuentos circulan en este momento entre los santos, que estoy segura de que encontrarán muy halagadora tu aspiración de alcanzar su condición. El rumor aquí, entre los santos mártires, es que tienes en marcha una obra nueva en la que, según dices, contarás las cosas « tal como son» . En ese caso, espero que eso signifique Maureen de nuevo. ¿Cómo piensas retratarme esa vez? ¿Con tu cabeza en una bandeja? Yo diría que un falo aumentaría tus ventas. Pero, desde luego, tú sabes mejor que nadie cómo explotar mi memoria con elevados fines artísticos. Buena suerte con tu « Mi martirio como hombre» . Porque ése es el título, ¿no? Todos nosotros aquí, en el cielo, esperamos ansiosos los momentos de gran diversión que sin duda proporcionará a cuantos te conocen.

Tu amada esposa,

MAUREEN

P. D.: La Eternidad está bien. Es casi lo bastante larga para llegar a perdonar a un hijo de puta como tú.

Y ahora, queridos alumnos, sírvanse entregar sus trabajos, y, antes de ocuparnos de la útil ficción del doctor Spielvogel, veamos cómo han entendido ustedes los textos que siguen:

Inglés 312

L y V 13.00 h a 14.30 h

(para consultas con el profesor, pedir cita).

Profesor Tarnopol

USOS DE LAS FICCIONES ÚTILES

O « El profesor Tarnopol se aleja
en cierto modo de sus sentimientos» ,
por Karen Oakes

Sin duda, cuando estoy leyendo no niego que el autor pueda mostrar apasionamiento, ni tampoco que podría haber concebido el

primer bosquejo de su obra bajo la influencia de la pasión. Su decisión de escribir, no obstante, supone que debe alejarse en cierto modo de sus sentimientos...

SARTRE, *¿Qué es la literatura?*

*On ne peut jamais se connaître,
mais seulement se raconter.*

SIMONE DE BEAUVOIR

«Candor juvenil», el más corto de los dos relatos sobre Zuckerman que debemos analizar hoy, intenta, por medio de una ironía cómica, contrastar la gloria y los triunfos de la dorada niñez de Nathan Zuckerman con el « infortunio» de la época de sus veinte y pico, a la cual el autor alude inesperadamente en las últimas líneas. El autor, el profesor Tarnopol, no aclara en el relato los detalles de dicho infortunio. De hecho, el punto que destaca es que él, al menos, no puede hacerlo. « Por desgracia, el autor de la historia, por haber sufrido él mismo un infortunio parecido aproximadamente a la misma edad, no tiene aún el valor necesario, mediada la treintena, para relatarlo de forma breve o para encontrarlo divertido». « Es una lástima —es la conclusión del ficticio Zuckerman al hablar en nombre del hipócrita Tarnopol—, porque cabe preguntarse si eso no es más bien la medida del hombre que del infortunio» .

Con el fin de diluir la autocompasión que (según mi interpretación) había emponzoñado su capacidad imaginativa en sus numerosos intentos anteriores de llevar a la ficción su desgraciado matrimonio, el profesor Tarnopol establece desde el comienzo un tono de mofa de sí mismo y a la vez, en un grado leve, de autoadulación; esta actitud deliberada de cómica objetividad se mantiene hasta el último párrafo, en el cual la coraza de despreocupación se quiebra de pronto, cuando el autor establece su propia apreciación: que la verdadera historia no tiene nada de cómico. Todo ello parece sugerir que, si el profesor Tarnopol logró crear en « Candor juvenil» un sutil relato de su desgracia, en buena medida lo ha conseguido al negarse a enfrentarse a ella.

En contraste con « Candor juvenil», « En busca del desastre» se caracteriza por un tono de sobriedad y un aire de preocupación profunda; en él hallamos todo el corazón que ha sido suprimido en « Candor juvenil». Hay algo de heroico en el sufrimiento de los personajes principales, y sus vidas son descritas de un modo demasiado grave como para ser objeto de la comedia o de la sátira. El autor manifiesta que comenzó su relato con la idea de que el héroe llegara al matrimonio por medio de un engaño, exactamente como le había ocurrido a él mismo. No es difícil comprender por qué ese terrible incidente de la historia

personal del profesor Tarnopol no pudo ser absorbido por el artificio de la ficción. El Nathan Zuckerman de « En busca del desastre» no necesita que le hayan puesto la soga al cuello para encontrar en las necesidades y penas de Lydia Ketterer el altar ante el cual rendir el sacrificio de su hombría. No son las circunstancias ineludibles, sino (en su doble sentido) la *gravedad* de su carácter lo que determina su evolución moral; toda la culpa es de él.

En « En busca del desastre» , por tanto, el profesor Tarnopol se ve a sí mismo y a la señora Tarnopol como participantes en una lucha que, en su *pathos* moral, tiende más a la tragedia que al melodrama gótico, el culebrón o la farsa, géneros a los que el profesor Tarnopol recurre habitualmente cuando, en la cama, me cuenta la historia de su matrimonio. Del mismo modo, el profesor Tarnopol se inventa crueles episodios (por ejemplo, el padre incestuoso de Lydia, su sádico marido, sus mezquinas tías, la analfabeta Moonie) para dar validez y profundidad a la desesperación de Lydia y para exacerbar el morboso sentido de la responsabilidad de Nathan, con lo que podría decirse que este paroxismo de dolor espiritual proporciona el «correlato objetivo» adecuado a los sentimientos de vergüenza, dolor y culpa que impregnan la narración.

Y que impregnaban el matrimonio del profesor Tarnopol.

Presentemos ahora el caso en términos más directos: si la señora Tarnopol hubiese sido la tal Lydia, si el profesor Tarnopol hubiese sido el tal Nathan, y si yo, Karen Oakes, hubiese sido la tal hijastra Moonie en lugar de ser la alumna más brillante entre las de mi sexo en el curso de Inglés 312 de ese semestre, pues bien, *en tal caso*, la ulterior desgracia de tal individuo habría tenido cierto sentido poético.

La realidad es, en cambio, que él es quien es, ella es quien es, y yo soy simplemente yo, la chica que no quiso irse a Italia con él. Y no hay más poesía, o tragedia, o, para el caso, comedia que ésta.

Señorita Oakes: como siempre, sobresaliente. En ciertos pasajes la prosa es algo pedante, pero usted comprende las historias (y al autor) en un grado notable para alguien de su edad y antecedentes. Es estupendo encontrar a una chica así de guapa, que proviene de una familia respetable y está dotada de una mentalidad teórica y de cierta debilidad por el estilo pomposo y el epigrafe grandilocuente. En mi lecho de muerte la oíré diciendo desde su habitación: « ¿Puedes colgar el teléfono de abajo, mamá?». Esta simple petición me dice muchísimas cosas a mí también. Karina, hiciste bien al no huir a Italia conmigo. No habría sido como lo de Moonie y Zuckerman, pero no habría salido bien. Con todo, debes saber que, cualquiera que fuera la «razón neurótica», estaba loco por ti: que nadie, aficionado o profesional, lo niegue, o atribuya mi «obsesión» por ti al simple

hecho de haber transgredido la ley no escrita que prohíbe tener relaciones sexuales con esa suerte de hijas prohibidas que se ha dado en llamar nuestras alumnas (aunque reconozco que pedir a la señorita Oakes, parapetado en mi mesa, que aclarase a los otros estudiantes alguna respuesta inteligente que acababa de dar sólo media hora después de haber estado de rodillas en tu habitación jugando al suplicante sobre tu vientre, *era* una sensación deliciosa; cunnilingus aparte, no creo que la *enseñanza* haya sido nunca tan excitante, antes o desde entonces, ni que nunca haya sentido tanta ternura y tanta dedicación por una clase como en nuestro curso de Inglés 312. Teniendo en cuenta los beneficios que podrían recaer sobre un curso cuyo profesor ha convertido a uno de sus alumnos en su amor secreto, tal vez las autoridades deberían reconsiderar aquel tabú desde un punto de vista estrictamente pedagógico. Escribiré a la Asociación Norteamericana de Profesores Universitarios en este sentido y con el mejor estilo erudito, explicándoles la tradición que parte de Sócrates, sigue en Abelardo y llega hasta mí; tampoco dejaré de mencionar la gratitud de la que fuimos objeto los tres por parte de las autoridades por habernos sumergido tan concienzudamente en nuestra tarea. Ahora que lo pienso, en nuestra primera «cita» te conté lo que le hicieron a Abelardo... En fin, y así estoy yo ahora, estupefacto aún por la forma en que el estado de Nueva York me ha mutilado). ¡Oh, señorita Oakes, si yo no hubiera sido tan dominante! Recordar mi conducta hace que me estremezca. Las venas de mis sienes se hinchaban de la misma manera cuando te hablaba de Isaac Babel y de mi mujer. Mi insistencia, mi tozudez, mis lágrimas. ¡Cómo debió de alarmarte oírme sollozar al teléfono, a mí, a tu querido profesor! Si hubiera sido menos exagerado y hubiese propuesto sólo un par de semanas en el norte de Wisconsin, en alguno de los lagos, en lugar de un «para siempre» en la trágica Europa, quién sabe... quizá habrías accedido a comenzar por eso. Tenías el valor necesario, pero yo no tenía la capacidad de hacer las cosas poco a poco. Sea como fuere, recogí suficiente Experiencia Intensa para mucho tiempo, y ahora estoy en estos bucólicos bosques escribiendo mis memorias. No sé si dejaré descansar en paz la Experiencia Intensa. Quizá lo que pensaré cuando haya terminado sea que esas páginas expresan la victoria definitiva de Maureen sobre Tarnopol el novelista, la culminación de mi vida como su hombre y nada más que su hombre. Escribir «con toda franqueza» no parece indicar que me haya apartado mucho de mis sentimientos. Pero, por otra parte, ¿por qué debería hacerlo? Es posible, pues, que mi espíritu no esté totalmente transformado es

posible que, a causa del odio, esté convirtiendo el arte en una escupidera —justo lo que Flaubert dice que no hay que hacer— o en un disfraz que me permita reivindicarme; en definitiva, si lo otro es lo que la literatura es, esto no es literatura. Karina, sé que en clase no decía esto, pero ¿qué más da? Tomaré como héroe a Henry Miller, o a alguien tan profundamente amargado como Céline, en lugar de Gustave Flaubert..., y no seré el escritor de talla olímpica que ambicionaba ser en la época en que nada llamado «experiencia personal» se interponía entre yo y mi objetividad estética. Tal vez es hora de que revise mis ideas sobre ser un «artista», o «artiste», como prefería pronunciarlo el abogado de mi enemiga. Tal vez siempre era hora de hacer esa revisión. Sólo hay un inconveniente: dado que no soy un bohemio arrepentido ni para nada gracioso (sólo un juez municipal podría haberme tomado por eso), puede que resulte ser la persona indicada para ser objeto de la notoriedad que acompaña a la publicación del relato, sin rodeos ni expoliaciones, de mis propias empresas eróticas. Como esa misma historia demostrará, a nada de este mundo soy tan sensible como a mi reputación moral. Esto tampoco quiere decir que me guste que me despojen de un dinero que tanto me ha costado ganar. Quizá debería llamar a esta confesión «El caso contra las sanguijuelas, por alguien a quien lo sangraron con ellas», y publicarla como un panfleto político, aparecer en el programa de Johnny Carson y agitar furioso mi billetera vacía ante todo el país... Es lo menos que puedo hacer por todos los maridos que se han quedado sordos, mudos y ciegos después de haber sido arruinados por las coristas y las Maureen de los juzgados de familia. Lanzar diatribas, puño en alto, contra el «sistema» en lugar de hacerlo contra mi propia estupidez por haber caído en la primera trampa que me tendió la vida (¡la primera!). ¿O debería más bien dejar estas páginas dentro de mi gran caja de cartón y, si he de volver a entrar en el fragor de la batalla, hacerlo como un artista digno de tal nombre, sin ser yo mismo el «Yo», sin los gemidos, el mal humor y todo lo que hay de poco atractivo en todo ello? ¿Qué opinas, Karen, debo dejarlo y volver a convertirme en Zuckerman y convertir a Maureen en Lydia y a ti en Moonie? Si opto por el camino más bajo, el de la sinceridad y la ira y todo lo demás, y publico lo que tengo, ¿me demandarás (tú o tu familia) por invasión de la vida privada y difamación? Y si no lo haces tú, ¿lo harán Susan y su familia? ¿O quizá esta vez Susan se superará a sí misma y, totalmente humillada, se suicidará? ¿Y cómo me lo tomaré cuando en la página de libros de *Time* aparezca una fotografía mía con esta leyenda al pie: «Tarnopol

en bragas y sujetador»? Ya me imagino dando alaridos. ¿Y qué me dices de la carta en la sección de crítica de novedades editoriales del *Times* firmada por miembros del grupo de Maureen, una carta que cuestionaría mi malévola caracterización de ella como una fabuladora patológica, y que me llamaría mentiroso a *mi* y diría que mi libro es una impostura? ¿Cómo reaccionaré cuando el enemigo lance su contraataque...? ¿Caeré en la cuenta entonces de que he logrado exorcizar mi pasado, o bien de que sigo tan irrevocablemente unido a él como lo estuve con Maureen? ¿Qué sentiré al leer los comentarios sobre mi vida privada en el *Blade* de Toledo y en el *Bee* de Sacramento? ¿Y qué hará *Commentary* con mi confesión? No creo que sea nada bueno para los judíos. ¿Y qué dirán los expertos profesionales en relaciones conyugales y las autoridades sobre el amor cuando emprendan una interminable discusión sobre mis problemas personales en el programa de Dave Susskind? ¿O será esto precisamente lo que necesito para salir adelante? Tal vez el mejor tratamiento posible para mis exarcebadas vulnerabilidad y preocupación por mi Buen Nombre (a las cuales debo en buena medida haber llegado a esta situación) sea salir gritando sin pudor: « ¡La virtud! ¡Patañas! Sólo para nosotros mismos somos así o así» . Eso, citaré a Yago, les diré: « ¡Ah, declaradme obsesionado por mí mismo y engañado por mí mismo, miradme y nada más! ¡Llamadme pueril, llamadme misógino, llamadme asesino, me da igual! Sólo para nosotros mismos somos, etc., etc., incluso en sujetador y bragas. ¡Vuestros insultos no me hacen nada!» . Pero sí, Karina, los insultos me enfurecen, y siempre ha sido así. Así pues, ¿dónde estoy (para volver a la literatura)?: aún demasiado «bajo la influencia de la pasión» para una transcendencia flaubertiana, pero al mismo tiempo soy demasiado inexperto y sensible (alguien demasiado corriente, un ciudadano como cualquier otro), para considerarme a la altura de lo que, a la larga, podría ser más beneficioso para mi sentido de la vergüenza: un desabotonarse completo de la bragueta, como Henry Miller o Jean Genet. Aunque, francamente, y aquí recurro al adverbio de los desabotonados, ése al que llaman Tarnopol comienza a parecerme tan imaginario como mi Zuckerman, o al menos igual de diferente de un autor de memorias, ya que sus revelaciones empiezan a parecer otra « ficción útil », y no porque yo esté mintiendo. Estoy tratando de atenerme a los hechos. Tal vez lo que estoy diciendo es que las palabras, por ser palabras, sólo pueden aproximarse a las cosas reales, y por lo tanto, por muy cerca que llegue a esas cosas reales, sólo me *aproximo*. O tal vez quiera decir que, hasta donde yo puedo

ver, no es posible la conquista ni el exorcismo del pasado con palabras, palabras nacidas ya sea de la imaginación o de la sinceridad, ya que, al parecer (para mí), no cabe el olvido. Puede ser que esté aprendiendo qué es el pasado. De todos modos, lo único que puedo hacer con mi historia es contarla. Y contarla. Y contarla. Y *ésta* es la verdad. Y ¿tú qué haces para pasar el tiempo? ¿Y por qué me importa esto de pronto, y otra vez? Quizá porque acabo de pensar que ahora tienes veinticinco años, la edad en que yo pasé del edén al real mundo irreal; o bien, simplemente, porque recuerdo lo sensata e independiente que eras. Eras joven, es verdad, pero ahí estaba lo extraordinario. Como tu cara. Oye, esta cuarentena sexual no durará siempre, incluso yo lo sé. Así que, si alguna vez pasas por Vermont, llámame. Maureen ha muerto (tal vez no lo hayas adivinado por el modo en que me he expresado hasta aquí) y hace poco otra relación amorosa con una amiga (la Susan de antes) terminó en un intento de suicidio. Así que ven al Este y prueba suerte. Ven a verme. Siempre te gustó un poco de aventura. Como a tu querido profesor de sublimación y de arte,

PETER T.

Mis diferencias con Spielvogel surgieron a raíz de un artículo que había escrito para el *Foro Norteamericano de Estudios Psicoanalíticos* y que se publicó en un número especial dedicado a «El enigma de la creatividad». Por casualidad, vi la revista sobre la mesa al finalizar la consulta una tarde de mi tercer año de análisis; reparé en el título del simposio en la cubierta y luego en el nombre de Spielvogel entre los colaboradores que figuraban bajo el título. Le pregunté si me lo podía prestar para leer su artículo. Respondió «Desde luego», aunque me pareció que, antes de darme un consentimiento tan cortés, cruzó por su rostro una expresión de contrariedad, o de alarma, como si previera (correctamente, debo decir) cuál sería mi reacción al leerlo; pero, en ese caso, ¿por qué estaba la revista en un lugar tan visible, encima de la mesa junto a la cual pasaba todas las tardes al salir de la consulta? Él sabía que, como la mayoría de la gente de letras, nunca dejo de leer instintivamente los títulos de cualquier material impreso que cae bajo mis ojos, y para aquel entonces él seguramente conocía muy bien este hábito mío, cien veces repetido. Por lo tanto, o no tenía importancia en uno ni otro sentido que hubiese visto la revista, o bien Spielvogel quería que viese su nombre en la cubierta y que leyese su artículo. ¿Por qué, entonces, la fracción de segundo de alarma? ¿O bien estaba yo, como inevitablemente daría a entender más tarde, «proyectando» en él mi propia «ansiedad anticipatoria»?

—¿Aparezco como prueba? —le pregunté en un tono tranquilo, apenas jocosos, como si fuera tan poco probable como probable, y a mí me diera lo

mismo.

—Sí —repuso Spielvogel.

—Qué bien... —comenté, y fingí cierto desconcierto para disimular mi profunda sorpresa—. Lo leeré esta noche.

Ahora la cortés sonrisa de Spielvogel ocultó completamente el significado que eso pudiera tener para él.

Como era mi costumbre entonces, después de la sesión de las seis de la tarde con el doctor Spielvogel fui caminando desde su consulta hasta el apartamento de Susan en la calle Ochenta y nueve con Park Avenue, a unas diez manzanas de distancia. Hacía algo más de un año que Susan había empezado sus estudios en el City College, y nuestra vida juntos tenía ya una monótona y agradable regularidad, una regularidad que a mí me resultaba agradable por ser tan previsible. No quería otra cosa que vivir día tras día sin sorpresas, vivir el tipo de experiencia repetitiva que por lo general colma de tedio a otros, pero que para mí era lo más dulce que podía imaginar. Estaba obsesionado por la rutina y el hábito.

Durante el día, mientras Susan estaba en la universidad, me iba a casa y escribía, a duras penas, en mi apartamento de la calle Doce Oeste. Los miércoles me iba a Long Island (en el coche de mi hermano) y pasaba el día en Hofstra, dictando mis dos cursos y conversando con mis alumnos de técnica narrativa. Los cuentos de los estudiantes comenzaban a volverse marcadamente «psicodélicos» —los románticos estudiantes de mi propia época habían descrito su estilo, desprovisto de puntuación y lleno de asociaciones libres, con la expresión «corriente de la conciencia»— y a tomar como tema el consumo de drogas. El hecho es que no me interesaban mucho las visiones inspiradas por las drogas ni las conversaciones a que daban origen, y además sentía cierta exasperación ante las formas de escribir que se apoyan en disposiciones tipográficas insólitas o en decoraciones marginales a rotulador. Así que encontraba mi trabajo de enseñar menos satisfactorio aún que en Wisconsin, donde al menos había tenido a Karen Oakes. En cambio, el otro curso que daba, para estudiantes de sobresaliente, estaba organizado como un seminario sobre una docena de obras maestras elegidas por mí. Ese curso tenía un gran atractivo, y daba las clases con un celo y una vehemencia que en dos horas me dejaban exhausto. No llegaba a comprender del todo qué era lo que inspiraba este estado de excitación casi maníaca ni lo que provocaba la ardiente volubilidad que desplegaba en clase, hasta que, pasados dos semestres, tuve conciencia del principio de selección que aplicaba al preparar mi lista de obras maestras. En un primer momento, creí estar simplemente eligiendo obras de ficción que yo admiraba, y que por eso quería que fueran admiradas también por mis quince alumnos; sólo con el paso del tiempo caí en la cuenta de que un curso cuyo núcleo era en definitiva *Los hermanos Karamazov*, *La letra escarlata*, *El proceso*, *Muerte en Venecia*, *Ana Karenina* y el *Michael Kohlhaas* de Kleist era sin duda el

resultado de un cada vez más profundo interés extracurricular del profesor por el tema de la transgresión y el castigo.

En la ciudad, finalizado mi día de trabajo, generalmente recorría a pie las casi setenta manzanas que me separaban de la consulta de Spielvogel, para hacer ejercicio y para desentumecerme después de otra nueva sesión junto a mi mesa de trabajo, tratando, con escaso éxito, de transformar mis desgracias en arte, pero también en una vana tentativa de obligarme a mí mismo a sentirme algo más que un extraño, prisionero contra su voluntad en un país hostil y desconocido. El hecho de haber nacido en un pueblo (al haberme criado en Yonkers en las décadas de los treinta y los cuarenta, seguramente tenía más en común con los jóvenes de Terre Haute o de Altona que con cualquiera de los grandes barrios de Nueva York) no me parecía razón necesaria ni suficiente para residir en el lugar más ruidoso y habitado de la tierra, sobre todo teniendo en cuenta que para mi trabajo necesitaba soledad y silencio. En realidad, mi breve estancia en el Lower East Side al licenciarme del ejército no me producía ninguna nostalgia; cuando, poco después del día que pasé con Maureen en el juzgado, crucé la ciudad desde la calle Doce Oeste hasta Tompkins Square Park, no fue para reavivar tiernos recuerdos de mi antiguo barrio, sino para buscar en el abandonado parquecito y en las miserables calles de los alrededores a la mujer a quien Maureen había comprado una muestra de orina tres años y medio antes. Después de pasarme una mañana dando vueltas por el parque vi, por supuesto, muchísimas mujeres negras en edad fértil sentadas en el parque y también recorriendo los pasillos del supermercado, o subiendo y bajando de los autobuses en las avenidas A y B, pero no me acerqué a ninguna de ellas para preguntarles si por casualidad en marzo de 1959 habían entrado en negociaciones con una mujer menuda y de pelo negro, de una «organización científica», y en caso afirmativo, si me acompañaría al despacho de mi abogado para firmar una declaración conforme la orina presentada en la farmacia como perteneciente a la señora Tarnopol era en realidad la suya. Aunque me sentía enfurecido y frustrado por lo sucedido en los juzgados, y a pesar de que estaba lo bastante loco como para emplear una mañana entera en aquella búsqueda inútil y sin perspectivas de éxito, nunca estuve *completamente* poseído.

¿O será que estoy poseído ahora, aunque viva aquí y esté escribiendo?

La cuestión es que, en términos generales, para mí Manhattan era: en primer lugar, el sitio adonde había vuelto en 1958 como un joven lleno de confianza que se lanzaba a su prometedora carrera literaria, para terminar engañado y encerrado en un matrimonio con una mujer a quien no quería ni respetaba; y en segundo lugar, el sitio adonde había vuelto en 1962, huyendo y en busca de refugio, para que al final la justicia local me impidiera cortar un lazo conyugal que había estado a punto de destrozar mi confianza y mi carrera. Para otros era quizá la Ciudad de la Farándula, Gotham, la «Big Apple», la gran Vía Láctea del

comercio y las finanzas y el arte; para mí, era el lugar donde mi mujer me sacaba la sangre con su pensión compensatoria. La gente con quien compartía mi vida en esta ciudad, la más populosa de todas, cabía confortablemente alrededor de una mesa de cocina, y el trozo de suelo de Manhattan al cual me sentía íntimamente ligado y que consideraba esencial para mi bienestar y mi supervivencia habría cabido de sobra dentro del apartamento de Yonkers donde me había criado. En la calle Doce Oeste estaba mi pequeño apartamento, o, mejor dicho, los escasos metros cuadrados donde tenía mi mesa y mi papelería; en la calle Setenta y nueve con Park Avenue, en el de Susan, estaban la mesa de comedor donde comíamos, los dos sillones, uno frente a otro, donde leíamos en su gran salón por la noche, y la cama de matrimonio que compartíamos; diez manzanas al norte del apartamento de Susan estaba el diván del psicoanalista, rico en asociaciones personales, y, por fin, en la calle Ciento siete Oeste, se hallaba el pequeño estudio, atestado de cosas, de Morris, adonde yo iba una vez al mes, a menudo de mala gana, para que mi hermano mayor me mimara. Aquél era el límite norte de una red subterránea de metro que este esclavizado marido en fuga en la ciudad de Nueva York recorría una y otra vez. El resto de la superficie de esta ciudad de ciudades sólo estaba *allí* —como las multitudes de trabajadores y tenderos y ejecutivos y empleados con quienes no tenía absolutamente ninguna relación—, y no importaba lo «interesante» o animada que fuese la ruta que tomara para ir a la consulta de Spielvogel al final del día, ya fuese por el barrio de la industria textil, o por Times Square, o por el barrio de las joyerías, o por el de las librerías de viejo en la Cuarta Avenida, cruzando el zoológico de Central Park, eso no conseguía nunca ni siquiera suavizar mi sensación de ser un forastero o de verme a mí mismo como alguien que ha sido *detenido* por las autoridades, alguien detenido en pleno tránsito, como aquella víctima paranoica, vengadora de la injusticia, de la novela de Kleist que yo analizaba con tanto apasionamiento en Hofstra.

Baste esta anécdota para dar una idea de las dimensiones de mi celda y del grosor de sus muros. Un atardecer del otoño de 1964, de camino a la consulta de Spielvogel, me detuve en la librería de viejo Schulte, en la Cuarta Avenida, y bajé a su enorme sótano, con anaqueles que alcanzan los cuatro metros de altura, donde se guardan por orden alfabético miles de novelas «usadas». Moviéndome lentamente por el interior de aquella casa de la ficción, llegué a la «T». Allí estaba: *mi* libro. A un lado, Sterne, Styron y Swift; al otro, Thackeray, Thurber y Trollope. En medio (como pude ver), un ejemplar de *Un padre judío*, con su cubierta original en azul y blanco. Lo cogí y lo abrí por la primera página. «Jay» se lo había regalado a «Paula» en abril de 1960. ¿No era aquél el mes en que Maureen y yo nos habíamos peleado encarnizadamente entre las azaleas en flor de los Escalones Españoles? Lo hojeé para ver si había marcas en alguna página y de inmediato volví a colocar el volumen donde lo había encontrado,

entre *Historia de una barrica* y *Henry Esmond*. Al verme expulsado del mundo, y en semejante compañía, aquel recuerdo de mi triunfante aprendizaje literario me emocionó con una profunda mezcla de desesperanza y orgullo. «¡Esa zorra...!», dije, justo en el momento en que un adolescente que llevaba en sus brazos media docena de volúmenes y vestía una desteñida chaqueta de algodón azul se acercó sin hacer ruido con sus zapatillas de goma. Supuse que sería un empleado de las profundidades de Schulte.

—¿Sí...?

—Perdone —dijo—, pero ¿por casualidad no es usted Peter Tarnopol?

Me ruboricé un poco.

—Sí, lo soy —repuse.

—¿El novelista?

Moví la cabeza afirmativamente y entonces él se puso rojo como un tomate. Sin saber qué decir, me preguntó de pronto:

—Pero... ¿qué le ha sucedido?

Me encogí de hombros.

—No sé —le dije—, yo mismo estoy tratando de averiguarlo.

Y un instante después me encontraba en la calle llena de gente, caminando apresuradamente hacia el norte, esquivando a los empleados que salían por las puertas giratorias y me adelantaban hacia la boca del metro, y me sumergía en la confusión del cambio de luz en cada esquina... Me lancé despavorido hacia delante, esquivando a los desconocidos contrincantes, hasta que por fin llegué a la calle Ochenta y nueve y, derrumbándome sobre el diván, entregué a mi confidente y entrenador todo lo que había transportado intacto en todo el trayecto desde la cripta de Schulte: la espontánea pregunta de aquel joven, espetada con tanta dulzura, y mi confusa respuesta. Aquello era lo único que yo había percibido en medio de la célebre algarabía del centro de Nueva York, esa que los turistas recorren medio mundo para presenciar.

Sigamos: después de mi consulta con el doctor solía ir a casa de Susan para cenar y pasar unas horas leyendo en sendos sillones junto al fuego, hasta que, hacia medianoche, nos íbamos a la cama y, antes de dormir, nos dedicábamos con regularidad, durante quince o veinte minutos, a nuestro esfuerzo mutuo de rehabilitación erótica. Por la mañana, como Susan era la primera paciente del día del doctor Golding, ya estaba fuera de casa a las siete y media. Alrededor de una hora más tarde salía yo, con un libro en la mano, y sólo muy de vez en cuando era objeto de alguna rápida mirada por parte de alguno de los vecinos. Sin duda pensaban que si la viudita McCall había sucumbido al cortejo de un semita con anchos pantalones de pana y viejos zapatos de ante, al menos podría haberle dicho que utilizara el ascensor para el servicio. A pesar de ello, aunque yo no era la clase de miembro de la alta burguesía que habría armonizado con los vecinos de Susan, en todos los demás aspectos llevaba la vida «regular y

ordenada» que Flaubert había recomendado a todo aquel que aspirase a «mostrarse intenso y original» en su obra.

Y mi obra, creía yo, comenzaba a demostrarlo. Al menos comenzaba a haber otra que no me parecía tan mala como para condenarla a la caja de cartón que tenía en el fondo del armario. Durante ese último año había terminado tres cuentos cortos: uno había sido publicado en el *New Yorker*, otro en la *Kenyon Review* y el tercero estaba a punto de aparecer en *Harper's*. Estos cuentos eran lo primero que se publicaba después de *Un padre judío*, en 1959, y, aunque eran simples, revelaban cierta claridad y serenidad que no habían sido características de mi estilo hasta ese momento; inspirados en gran parte en episodios de mi infancia y adolescencia que había revivido con el análisis, no tenían nada que ver con Maureen, la orina ni el matrimonio. Ese libro, basado en mis infortunios como hombre, seguía, desde luego, quitándome infinidad de torturantes horas todos los días, y las más de dos mil páginas escritas que guardaba en la caja de cartón eran buena prueba de ello. A aquellas alturas, los borradores que desechaba se habían mezclado, entremezclado e imbricado hasta lo imposible, las páginas estaban llenas de marcas y flechas de distintos grosores e intensidades de bolígrafo y lápiz, los márgenes estaban tatuados de comentarios, advertencias y claves para la compaginación (números romanos y árabigos, y letras en combinaciones tan complejas que ni siquiera yo, el criptógrafo, era incapaz de descifrarlas): al tratar de comprender aquella prosa, lo que más me impresionaba no era el mundo imaginario que describía, sino el estado de la persona que lo había concebido. El manuscrito era el mensaje, y el mensaje era Tumulto. De hecho, había encontrado una cita de Flaubert que describía perfectamente mi fracaso, y la había copiado de mi gastado volumen de su correspondencia (una obra que había comprado mientras hacía el servicio militar para que me ayudase a sobrellevarlo hasta que regresara a la vida civil). La cita estaba pegada con cinta adhesiva a la caja que contenía aquellas quinientas mil palabras, ni una sola de ellas *juste*. Me parecía que podría ser un magnífico epitafio para el esfuerzo realizado cuando, y en el caso de que, al final, me diera por vencido. Louise Colet, amante de Flaubert, había publicado un poema difamatorio de un contemporáneo de ambos, Alfred de Musset; Flaubert le había dicho: «La emoción ha deformado tu punto de vista sobre lo que has escrito y te ha imposibilitado tener presentes los principios fundamentales en que debe basarse cualquier obra de la imaginación. Tu texto carece de sentido estético. Has transformado el arte en expresión de pasiones, una especie de bacinilla donde se recoge lo que sobra. Desprende mal olor. ¡Huele a odio!».

Pero si yo no podía dejar de palpar ese cadáver ni de llevarlo de la sala de autopsias a la tumba era porque Flaubert, el genio que tanto había contribuido a formar mi conciencia literaria como estudiante y como novelista en ciernes, también había escrito:

El Arte, como el Dios de los judíos, se revuelca en el sacrificio.

Y:

En el Arte... el impulso creador es esencialmente fanático.

Y:

¡... los excesos de los grandes maestros! Persiguen una idea hasta sus últimos límites.

Estas edificantes excusas para lo que el doctor Spielvogel había descrito como una mera « fijación debida a una grave experiencia traumática» también habían sido copiadas sobre tiras de papel (debo decir que con cierta ironía hacia mí mismo), pegadas, a su vez, como esas cintas que sirven para atar unos versos en las galletas de la suerte, sobre la tapa de la caja que contenía mi novela-en-caos.

La tarde que llegué a casa de Susan con el *Foro Norteamericano de Estudios Psicoanalíticos* en la mano, le dirigí un saludo desde la puerta, pero no fui a la cocina, como siempre —¡cómo me había habituado a algunas cosas durante esos años...!, ¡cómo atesoraba el poco orden que había logrado establecer en mi vida! —, para charlar un rato desde un taburete mientras preparaba sus manjares para la cena. Me dirigí al salón y me senté en el borde de la otomana de Jamey y me apresuré a leer el artículo de Spielvogel, que se titulaba «Creatividad: el narcisismo del artista». Hacia la mitad encontré lo que estaba buscando (o al menos *supuse* que era eso lo que buscaba): « Un famoso poeta italoamericano de cuarenta y tantos años inició una terapia a causa de los ataques de ansiedad que experimentaba como consecuencia de la profunda ambivalencia que mostraba ante la perspectiva de abandonar a su mujer...». Hasta este momento del artículo los pacientes descritos por Spielvogel eran « un actor », « un pintor », y « un compositor », así que este *tenía* que ser yo. Pero yo no tenía cuarenta años al empezar mi análisis con Spielvogel; tenía veintinueve, echados a perder por el error que había cometido a los veintiséis. Es indudable que entre un hombre de más de cuarenta años y otro de menos de treinta tiene que haber grandes diferencias en cuanto a experiencia, aspiraciones y carácter, diferencias que no pueden obviarse con tanta facilidad... ¿Y lo de « famoso »? ¿Describe ese término (en mi mente, no tardé en empezar a dirigirme directamente a Spielvogel), describe ese término lo que era mi vida en aquella época? Un aprendizaje muy « exitoso », pero cuando acudí a usted, en 1962, a los veintinueve años, hacía tres que detestaba lo que escribía y ni siquiera podía ya

dar una clase sin temer que Maureen apareciera de repente para «ponerme en evidencia» ante mis estudiantes. ¿Famoso? ¿Cuarenta y tantos años? Y eso sin mencionar que (como decía mi hermano) ocultar a un «bondadoso y civilizado joven judío» en algo llamado «italoamericano», en fin, eso significaba que no tenía ni idea de los elementos socioculturales que pueden influir en la psicología y la escala de valores de alguien. Y ya que hablamos de ello, doctor Spielvogel, un poeta y un novelista tienen tanto en común entre sí como un jockey y un maquinista de locomotora. Alguien tiene que decirle esto, sobre todo teniendo en cuenta que el tema a tratar es la «creatividad». Los poemas y las novelas surgen de dos sensibilidades radicalmente diferentes y no se parecen en absoluto entre sí, y usted no puede decir nada sensato sobre «la creatividad», «el talento» o ni siquiera «el narcisismo», ya que ha demostrado ser tan poco sensible a diferencias fundamentales relacionadas con la edad, los logros, el ambiente y la vocación. Y, si me permite decirlo, su yo significa para más de un novelista lo que la propia fisonomía para el pintor de retratos: el objeto más próximo a él entre los que exigen su escrutinio, el problema que su arte debe resolver, sin olvidar los enormes obstáculos de la veracidad, el problema artístico esencial. No se observa en el espejo sólo porque se sienta transfigurado por lo que ve. Al contrario: el éxito del artista depende sobre todo de su capacidad para ser objetivo, para despojarse de su narcisismo. Y aquí es donde viene lo más interesante. ¡El duro trabajo *consciente* que convierte todo eso en *arte*! Freud, doctor Spielvogel, analizó sus propios sueños no porque fuera «narcisista», sino porque estudiaba los sueños. ¿Y cuáles, si no los propios, pueden ser al mismo tiempo los más y los menos accesibles?

... Y seguí leyendo, y mi mortificación se renovaba con cada palabra. No podía leer una sola frase en la cual no me pareciera que la observación que se hacía no era correcta, que el punto esencial había sido pasado por alto, que las gradaciones habían sido borradas... En resumen, las evidencias se habían distorsionado alegremente para apoyar una tesis estrecha de miras y poco clara a expensas de la ambigua y desconcertante realidad. En total había sólo dos páginas sobre el poeta «italoamericano», pero lo que se me antojaba una flagrante inexactitud en la descripción de mi caso me indignó y me desilusionó tanto que necesité diez minutos para leer desde el comienzo de la página 85 hasta el final de la 86. «... profunda ambivalencia que mostraba ante la perspectiva de abandonar a su mujer...». «Pronto resultó evidente que el principal problema del poeta, en éste y en otros aspectos, era la ansiedad de castración ante una figura materna fálica...». ¡No es así! Su principal problema, en éste y en otros aspectos, no tiene nada que ver con eso. Eso no servirá para explicar su «profunda ambivalencia» ante el problema de abandonar a su mujer, del mismo modo que no describe el tono emocional predominante en su infancia, que era un tono de intensa *seguridad* afectiva. «Su padre era un hombre

preocupado, incapaz y sometido a la madre...». ¿Qué? ¿Puede decirme de dónde ha sacado esa idea? Mi padre estaba preocupado, es verdad, pero no a causa de su mujer: cualquier niño que hubiera vivido en la misma casa que ellos lo habría sabido. Estaba preocupado por su tenaz negativa a permitir que su mujer y sus hijos se vieran privados de nada. Se sentía hostigado por su propio vigor, por sus ambiciones, por su negocio, por la época. ¡Por su avasalladora adhesión a la idea de la Familia y porque había convertido el Cumplir una Tarea de Hombre en una religión! Debe saber que mi « incapaz » padre trabajaba doce horas al día, seis y siete días a la semana, y a veces en dos empleos agotadores al mismo tiempo, con el resultado de que ni siquiera cuando la tienda estaba tan vacía de clientela como las llanuras del Ártico les faltó lo básico a sus seres queridos. Hundido y agobiado por el trabajo, en condiciones no mejores que las de un esclavo o un siervo que compra su liberación con el fruto de su trabajo en los Estados Unidos de la década de los treinta, no se dio a la bebida, ni se arrojó por la ventana, ni maltrató a su mujer o a sus hijos; y cuando, hace dos años, vendió la camisería Tarnopol y se retiró, estaba ganado veinte mil dólares al año. ¡Dios santo, doctor Spielvogel! ¿Qué ejemplo seguí al asociar la hombría con el trabajo duro y la autodisciplina si no el de mi padre? ¿Por qué me gustaba ir a la tienda los sábados para pasar todo el día en el almacén, ordenado y apilando las cajas de mercancía? ¿Para acompañar a un padre incapaz? ¿Por qué lo escuchaba como una Desdémona a su Otelo cuando arengaba a los clientes sobre lo buenas que eran las medias Interwoven o las camisas McGregor? ¿Lo hacía porque él era un desastre? No se engañe a usted mismo, ni a los otros psiquiatras. Su registro resultaba tan convincente porque estaba *orgulloso* de su afiliación a esas prestigiosas marcas. ¡No tenía que luchar contra la hostilidad de su mujer, sino contra la del mundo! Y lo hacía, seguro que con terribles dolores de cabeza, *pero sin rendirse nunca*. Se lo he dicho cien veces. ¿Por qué no me cree? ¿Por qué, para dar apoyo a sus « ideas », pretende crear esta ficción sobre mí y los míos, cuando es obvio que su talento es otro? ¡Deje que yo escriba historias y tenga usted sentido común! « ... Con el objeto de evitar un enfrentamiento con su mujer respecto a su dependencia de ella, el poeta mantenía relaciones sexuales con otras mujeres casi desde el comienzo del matrimonio ». ¡Directamente afirmo que eso no es verdad! Debe de estar pensando en algún otro poeta... Dígame, ¿es esto una composición de varios pacientes, o sólo soy yo? ¿Quién más había con quien « mantener » relaciones sexuales salvo Karen? Doctor, tuve una relación desesperada con una chica, una relación sin esperanzas, insensata y adolescente. Acepto que fue todo eso, pero también fue apasionada, y además dolorosa, y cálida, y de eso iba todo el asunto desde el comienzo: ¡Necesitaba algo de *calor humano* en mi vida, por eso alargué la mano y le toqué el pelo! Y sí, es verdad que forniqué con una prostituta en Nápoles después de haberme peleado durante cuarenta y ocho horas con Maureen en el hotel. Y hubo otra en

Venecia, así que son dos en total. ¿Es esto lo que usted llama «mantener relaciones sexuales con otras mujeres casi desde el comienzo del matrimonio»? ¡El matrimonio duró sólo tres años! Todo sucedió *casi* al comienzo. ¿Y por qué no menciona cómo empezó...? «En una ocasión se lió con una chica en una fiesta...». Pero eso fue aquí, en Nueva York, meses y meses *después* de haber dejado a Maureen en Wisconsin. ¡El matrimonio había *terminado*, aunque el estado de Nueva York se negase a reconocerlo! «... El poeta ponía de manifiesto su ira en sus relaciones con las mujeres reduciéndolas a todas a objetos sexuales masturbatorios...». Pero ¿lo está diciendo en serio? ¿A todas las mujeres? ¿Así que eso es lo que era Karen Oakes para mí, «un objeto sexual masturbatorio»? ¿Es eso lo que es Susan McCall para mí ahora? ¿Por eso la animé y la convencí de que volviera a la universidad para terminar sus estudios, porque es un «objeto sexual masturbatorio»? ¿Por eso noche tras noche me pongo al borde del síncope para intentar que llegue al orgasmo? Vamos, doctor, pasemos al caso entre los casos: Maureen. ¿Cree usted que ella era *eso* para mí, «un objeto sexual masturbatorio»? ¡Por Dios, qué manera de interpretar mi historia! En lugar de reducir a esa zorra mentirosa e histérica a un objeto de algún tipo, cometí el grotesco error de *elevarla* a la condición de ser humano ante el cual me sentía *moralmente responsable*. ¡Con mi romántica moralidad, me clavé a la cruz de la desesperación de Maureen! ¡O bien, si lo prefiere así, me enjaulé junto con mi cobardía! ¡Y no me diga que fue a causa de mi sentimiento de «culpa» por haberla convertido ya en un «objeto sexual masturbatorio», porque las cosas no pueden interpretarse de dos modos a la vez! ¡Si de verdad hubiera podido tratarla como a un maldito «objeto» o verla como lo que era, nunca habría cumplido con mi varonil deber de casarme con ella! ¿Alguna vez se le ha ocurrido, en el curso de sus cavilaciones, que puede que haya sido yo quien se convirtió en un objeto sexual? Doctor Spielvogel, ¡lo ha entendido todo exactamente al revés! ¿Cómo ha podido suceder tal cosa? ¿Cómo es posible que usted, que me hizo tanto bien, se haya equivocado así? ¡Aquí tiene un buen tema para un artículo! Ése sí es buen tema para un simposio. ¿No ve que el problema no es que las mujeres signifiquen poco para mí, sino que significan demasiado? ¡Son el campo de pruebas no de mi potencia, sino de mi *virtud*! ¡Créame, si hubiese escuchado a mi pene en lugar de a mis órganos superiores, no me habría complicado tanto la vida! ¡Seguiría acostándome con Dina Dornbusch! ¡Y me habría casado con ella!

Lo que leí a continuación hizo que saltara de la otomana como si por fin hubiese oído mi nombre en algún sueño aterrador... y entonces recordé que, por fortuna, no era un novelista de cerca de treinta años llamado Tarnopol, sino un anónimo poeta italo-americano de algo más de cuarenta años a quien Spielvogel afirmaba estar describiendo (y diagnosticando) para sus colegas: «... dejando su

semen en sanitarios, toallas, etcétera, hasta tal punto estaba erotizada su ira; y en otra ocasión se vistió sólo con las bragas, el sujetador y las medias de su mujer...». ¿Medias? ¡No, maldita sea, no me puse sus medias! ¿No sabe escribir nada con exactitud? ¡Y no fue «en otra ocasión» cualquiera! Uno: se había cortado las venas con una cuchilla de afeitar. Dos: acababa de confesar: a haber perpetrado un fraude para que yo me casara con ella, y b) haberlo mantenido en secreto durante tres aciagos años de vida conyugal. Tres: acababa de amenazarme con conseguir que sacasen «la carita pura» de Karen en todos los diarios de Wisconsin...

Y luego vino lo peor, lo que hacía tan ridículo el disfraz defensivo del poeta italoamericano... En el párrafo siguiente, Spielvogel narraba un episodio de mi niñez. Yo lo había relatado de forma más extensa en el cuento autobiográfico publicado en el *New Yorker*, bajo el cual figuraba mi nombre y que sólo hacía un mes que había sido publicado.

El episodio se refería a una mudanza que había realizado durante la guerra, cuando Moe estaba sirviendo en la Marina mercante. Para hacer sitio a la hija recién casada del propietario de nuestra casa y a su marido, nos habían desalojado del apartamento del segundo piso de la casa para dos familias donde habíamos estado viviendo en Yonkers desde que nos mudamos del Bronx nueve años antes, al nacer yo. Mis padres habían conseguido otro apartamento similar al anterior y, por suerte, muy poco más caro, a unas seis manzanas y en el mismo barrio. A pesar de ello, estaban furiosos por la falta de consideración del propietario, sobre todo en vista del cuidado solícito, de propietarios, que mi madre había prestado a la vivienda y mi padre al pequeño jardín trasero a lo largo de tantos años. Para mí, verme desarraigado después de haber pasado toda mi vida en la misma casa resultó totalmente inexplicable. Para empeorar las cosas, la primera noche que pasamos en el nuevo apartamento me había acostado en un cuarto cuyo desorden era por completo extraño a la forma en que habíamos vivido hasta entonces. ¿Iban a ser las cosas siempre así? ¿Desalojo? ¿Confusión? ¿Desorden? ¿Todo se estaba derrumbando? ¿Contribuiría todo aquello de alguna forma a que el barco de mi hermano, que navegaba por el peligroso Atlántico Norte, resultase hundido por un torpedo alemán? Al día siguiente de la mudanza, cuando llegó la hora de volver a casa desde el colegio para almorzar, no me dirigí a la nueva dirección. «Inconscientemente», regresé a la casa donde siempre había vivido en un ambiente de total seguridad con mi hermano, mi hermana, mi madre y mi padre. Al llegar al descansillo del segundo piso, me sorprendió ver la puerta entreabierta; oí que dos hombres hablaban casi a gritos en el interior. A pesar de ello, mientras estaba de pie allí, en el pequeño vestíbulo de aquel piso, con el suelo liso y brillante por los años de fregonas de mi madre, no podía recordar que nos habíamos mudado el día anterior y que ahora vivíamos en otra parte. «¡Son nazis!», pensé. Los nazis se habían lanzado en

paracaídas sobre Yonkers, habían llegado a nuestra calle y lo habían arrasado todo. *Se habían llevado a mi madre*. De pronto, esto se hizo evidente para mí. No era más valiente que otros niños de nueve años, ni tampoco más alto, así que no sé de dónde saqué el coraje necesario para echar un vistazo al interior del apartamento, pero cuando lo hice vi que los « nazis » no eran nada más que unos pintores que, sentados sobre un trozo de arpillera en el suelo de lo que había sido nuestra sala, se comían unos bocadillos que llevaban en bolsas de papel. Corrí escaleras abajo, sintiendo que la sensación de los escalones recubiertos de caucho bajo mis pies me eran tan familiar como la de mis propios dientes. Crucé las calles en dirección a nuestro nuevo santuario familiar, y al ver a mi madre con su delantal, ni golpeada, ni ensangrentada, ni violada, aunque visiblemente inquieta por haber imaginado todo lo que podría haberle sucedido a su puntual hijito en el trayecto desde la escuela, me arrojé a sus brazos, llorando desconsoladamente.

Ahora bien, según la interpretación de Spielvogel, mi llanto se debía en gran parte a mi sentimiento de « culpa por las fantasías de agresión dirigidas hacia mi madre ». Tal como lo interpretaba yo, en el relato en forma de diario titulado « Diario de un contemporáneo de Anna Frank », lloraba de alivio al ver a mi madre sana y salva, al comprobar que el apartamento se había transformado, durante la mañana que había pasado en la escuela, en una perfecta réplica del anterior, y, por fin, que éramos judíos que vivían en el paraíso de Westchester en lugar de vivir en la asolada, ancestral y antisemita Europa.

Por fin, Susan llegó de la cocina para ver qué estaba haciendo allí solo.

—¿Por qué estás de pie ahí, inmóvil? Peter, ¿qué pasa?

Agité la revista.

—Spielvogel ha escrito un artículo sobre algo que llama « creatividad ». Y yo salgo en él.

—¿Con tu nombre?

—No, pero me reconozco. Yo volviendo a la otra casa a los nueve años. Él *sabía* que yo estaba usando ese tema. Le hablé de ese relato, y aun así se lanza a escribir y presenta a un poeta italoamericano ficticio...

—¿Quién? No te entiendo.

—¡Aquí! —dije alargándole la revista—. ¡Se supone que el paciente imbecil soy yo! ¡Lee! ¡Lee esto!

Susan se sentó en la otomana y comenzó a leer.

—¡Oh, Peter!

—Sigue.

—Dice...

—¿Qué?

—Aquí dice... que te ponías la ropa interior y las medias de Maureen. Oh, ese hombre debe de estar loco.

—No lo está; lo hice. Sigue leyendo.

Apareció su lagrimón.

—¿De verdad?

—¡No, las medias no... eso lo añade él, en esa banal y maldita ficción suya! ¡Él hace que parezca como si hubiera estado vistiéndome para un baile de maricas! Lo único que hacía, Susan, era intentar decir: «¡Oye, soy yo quien lleva los pantaloncitos en esta casa y no lo olvides!» . ¡Todo se reduce a eso! ¡Sigue leyendo! No ha entendido *nada*. ¡Lo ha malinterpretado todo!

Leyó un poco más, y de pronto dejó la revista sobre su regazo.

—¡Oh, cariño...!

—¿Qué? ¿Qué?

—Aquí dice...

—¿Mi semen?

—Sí.

—¡También hice eso! ¡Pero ya no lo hago! ¡Sigue leyendo!

—Bueno —asintió Susan enjugándose el lagrimón con la yema de un dedo—, no me grites. Me parece horrible que haya escrito esto y que lo haya publicado. Es una falta de ética, de consideración... ni siquiera puedo creer que haya hecho algo así. Me dices que es tan inteligente... Cuando hablas de él, parece tan *sabio*... Pero ¿cómo alguien tan sabio puede haber hecho algo tan falto de sensibilidad y de compasión como *esto*?

—Sigue leyendo. ¡Lee todo ese disparate vacuo y pretencioso, incluso hasta el momento en que cita a Goethe y Baudelaire para probar la relación entre «narcisismo» y «arte»! Bueno, ¿qué más hay de nuevo? ¡Dios santo, eso es lo que ese hombre considera *pruebas*! «Como escribió Sófocles»... ¡eso es *una prueba*! ¡Oh, tendrías que releer todo el artículo, línea a línea para ver cómo cambia de planteamiento! ¡De un párrafo a otro hay verdaderos abismos!

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué *puedo* hacer? Ya está publicado.

—Bueno, no puedes quedarte sin hacer nada. ¡Ha traicionado tu confianza!

—Lo sé.

—Pero eso es terrible.

—¡Ya lo sé!

—¡Pues haz algo! —me suplicó Susan.

Por teléfono, Spielvogel me dijo que, si estaba tan «angustiado» como parecía —«¡Lo estoy!»—, le aseguré—, se quedaría después de atender a su último paciente para verme por segunda vez ese día. Así pues, dejé a Susan (que también tenía motivos suficientes para estar angustiada), tomé un autobús en Madison Avenue hasta la consulta de Spielvogel y me quedé sentado en la sala de espera hasta las siete y media, preparando mentalmente furiosas escenas que

sólo podrían culminar en despedirme para siempre de Spielvogel.

La discusión entre nosotros fue violenta, desde luego, y durante toda una semana el tono continuó siendo el mismo, pero fue Spielvogel, y no yo, quien finalmente sugirió que abandonara el tratamiento. Ni siquiera al leer su artículo me había sentido tan asombrado —tan reacio a creer lo que había hecho—, como cuando de pronto se levantó de su silla (mientras yo seguía con mi ataque desde el diván) y dio algunos pasos meditados por una zona de la estancia que estaba al alcance de mi vista. En general, cuando hablaba, yo dirigía la mirada a una librería situada frente al diván, o al techo, o a la fotografía de la Acrópolis que reposaba sobre su mesa, en un rincón de la habitación. Al verlo a mi lado, me incorporé con brusquedad.

—Escuche —me dijo—, esto ha ido ya demasiado lejos. Me parece que tendrá que olvidar ese artículo mío, o bien dejar de verme. Pero no podemos seguir con el tratamiento en estas condiciones.

—¿Qué clase de alternativa es esa? —le pregunté mientras sentía que el corazón se me aceleraba. Spielvogel permaneció firme, de pie en el centro de la habitación, apoyándose de vez en cuando con una mano en el respaldo de una silla—. Hace más de dos años que soy su paciente. He invertido mucho en esto: esfuerzo, tiempo, esperanzas, dinero... No me considero curado. No me considero capaz de encarar mi vida solo, no de momento. Y usted tampoco.

—Pero sí, a consecuencia de lo que he escrito sobre usted, me encuentra tan «indigno de su confianza» y tan «falto de ética», tan absolutamente «equivocado» y, como usted dice, tan «errado» en cuanto a las relaciones entre usted y su familia, ¿por qué, entonces, insiste en seguir siendo mi paciente? Está claro que tengo demasiados defectos para seguir siendo su médico.

—Hable en serio, por favor. Deje de machacarme en la cabeza con eso del «narcisismo». Usted sabe por qué quiero seguir.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo de salir al mundo solo. Pero también porque ahora *estoy* más fuerte... mi vida *marcha* mejor. Porque gracias a usted, al fin pude dejar a Maureen. Esto no deja de ser importante para mí, ¿sabe? Si no la hubiera dejado, estaría muerto... muerto o en la cárcel. Tal vez crea que exagero, pero yo sé que es verdad. Lo que estoy diciéndole es que en el aspecto práctico, en mi vida diaria, me ha ayudado bastante. Ha estado a mi lado en muchos malos momentos. Me ha impedido hacer cosas insensatas y alocadas. Obviamente, no he estado viniendo aquí tres veces a la semana durante dos años porque sí. Pero eso no significa que ese artículo sea algo que pueda olvidar con facilidad.

—Pero es que en realidad no hay nada más que hablar sobre él. Hace una semana que estamos hablando sobre ello. Hemos analizado la cuestión a fondo. No hay nada nuevo que añadir.

—Podría usted añadir que se equivocó.

—Ya he respondido a esa acusación, y más de una vez. No me parece que nada de lo que hice fuese «equivocado».

—Fue un error, o al menos una imprudencia, utilizar ese episodio en su artículo cuando sabía que yo lo había incluido en un relato.

—Estábamos escribiendo al mismo tiempo, y a se lo he explicado.

—Pero yo le había dicho que pensaba usarlo en el relato de Anna Frank.

—Me parece que no lo recuerda bien. Yo no supe que usted lo había utilizado hasta que, el mes pasado, leí el relato en el *New Yorker*. Para entonces mi artículo estaba ya en la imprenta.

—Podría haberlo cambiado incluso entonces; haber eliminado ese episodio. Y lo recuerdo perfectamente.

—Primero usted se queja de que al disfrazar su identidad lo malinterpreto y además distorsiono la realidad. Usted es judío, no italoamericano. Usted es novelista, no poeta. Llegó a mi consulta a los veintinueve años, no a los cuarenta. Y luego me dice que no disfrazo lo suficiente su identidad, que más bien la he *revelado* al utilizar ese episodio concreto. Por supuesto, vuelve a ser ambivalente en cuanto al hecho de que usted es «especial».

—¡No soy ambivalente en absoluto! Está volviendo a confundir las cosas. Está oscureciendo importantes distinciones, ¡como en su artículo! Al menos, tomemos cada aspecto por separado.

—Ya hemos tomado cada aspecto por separado tres, cuatro veces.

—Y aun así, usted se niega a comprenderlo. ¡Aunque el artículo estuviese en la imprenta, al leer el relato de Anna Frank usted debería haber hecho todo lo posible por proteger mi vida privada... y conservar mi confianza en usted!

—Era imposible.

—Podría haber retirado el artículo.

—Está pidiendo un imposible.

—¿Qué es más importante: publicar un artículo o conservar mi confianza en usted?

—Yo no me lo planteé así.

—Pero así era.

—Es su manera de verlo. Mire, no hay duda de que estamos en un círculo vicioso, y en tales condiciones no podemos seguir con el tratamiento. No hay progreso posible.

—Le recuerdo que yo no estoy aquí por casualidad. *Soy su paciente*.

—Es verdad. Y no puedo seguir siendo atacado por un paciente.

—Puede tolerarlo —dije con amargura: era una idea que me había ayudado mucho en los momentos más difíciles—. Mire, puesto que sin duda usted debió de pensar que era posible que yo fuese a utilizar ese episodio en algún relato, más aún, puesto que usted sabía ya que yo estaba trabajando en un cuento cuya conclusión sería ese episodio, ¿no debería, al menos, haber pensado en pedirme

permiso, en preguntarme si no tenía inconveniente...?

—¿Pide usted permiso a la gente sobre quien escribe?

—¡Yo no soy psicoanalista! La comparación no es válida. Yo escribo ficción... o lo hacía, en tiempos. *Un padre judío* no iba «sobre» mi familia, ni sobre Grete y yo, como sin duda comprenderá. Tal vez tenga su origen ahí, pero al fin y al cabo es una creación, un artificio, una *reflexión* sobre lo real. ¡Un trabajo de la imaginación, doctor, soy consciente de ello, y no lo oculto! Yo no escribo «sobre» la gente en un sentido factual o histórico.

—Así que usted piensa —me dijo mirándome con dureza— que yo tampoco.

—Por favor, doctor Spielvogel, esa respuesta no es lo bastante buena. Y usted tiene que saberlo. En primer lugar, usted está sujeto a consideraciones éticas que no son, como comprenderá, las aplicables a mi profesión. Nadie se acerca a mí con confidencias como le ocurre a usted, y si me cuentan cosas no es para que yo los cure. Creo que esto es evidente. Hacer pública la vida privada forma parte de la naturaleza del novelista: es parte de lo que el novelista hace. Pero, decididamente, no es esa la intención que yo le atribuí a usted cuando vine a tratarme. ¡Yo suponía que su trabajo consistía en tratarme! Y en segundo lugar, en cuanto a la exactitud... usted tiene, después de todo, el deber de ser exacto, aunque en este asunto no haya sido tan exacto como yo habría deseado.

—Señor Tarnopol, «este asunto» es una comunicación científica. Entre mis colegas, nadie podría escribir artículos, nadie podría compartir sus conclusiones si tuviéramos que contar con el permiso o la aprobación de nuestros pacientes antes de publicarlos. Usted no es el único paciente al que le gustaría censurar ciertos hechos desagradables o que podría encontrar «inexactos» los aspectos de sí mismo sobre los que preferiría no oír hablar.

—¡No, no me convence, y usted lo sabe bien! Estoy dispuesto a oír cualquier cosa sobre mí mismo, siempre lo he estado. Tal como yo lo veo, mi problema no es la impenetrabilidad. De hecho, tengo tendencia a morder el anzuelo, doctor Spielvogel, y Maureen, entre otros, es la prueba de ello.

—¿Sí? Irónicamente, son precisamente las defensas narcisistas de las que hablo las que le impiden aceptar mi artículo como algo diferente a un ataque a su dignidad o una tentativa de ridiculizarle o menoscabarle a usted. Es precisamente el golpe a su narcisismo lo que ha magnificado desproporcionadamente el hecho. Al mismo tiempo, reacciona como si se refiriera sólo a usted, cuando, en realidad, de las quince páginas del texto, su caso ocupa apenas dos. Pero a usted no le gusta en absoluto verse retratado como alguien que padece «ansiedad de castración». No le gusta la idea de sus fantasías agresivas respecto a su madre. Nunca le han gustado. No le gusta que yo describa a su padre, y por extensión a usted, su hijo y heredero, como «ineficaces» y «sometidos», y tampoco le gusta cuando digo que usted ha tenido «éxito». Parece que eso tiende a diluir demasiado su reconfortante sentido de inocencia traicionada.

—Mire, estoy seguro de que hay en Nueva York gente como la que acaba de describir. ¡Pero yo no soy uno de ellos! O es un modelo que usted tiene en mente, una especie de paciente comodín, o está pensando en algún otro paciente; la verdad es que no sé cómo explicarlo, francamente. Puede que todo se reduzca a un problema de autoexpresión; quizá por eso su manera de escribir no es muy precisa.

—¡Oh! ¿Mi manera de escribir también es un problema?

—No me gusta decirlo, pero tal vez escribir no sea su punto fuerte.

Spielvogel sonrió.

—Pero ¿cree que podría llegar a serlo? ¿Podría llegar a ser lo bastante preciso como para satisfacerlo a usted? Creo que lo que le molesta de este asunto del relato de Anna Frank no es que al utilizarlo haya revelado su identidad, sino que a su juicio he plagiado y usado indebidamente su propio material literario. Está muy enfadado porque me he atrevido a publicar todo ese material. Pero si soy un escritor tan deficiente y poco preciso como usted sugiere, no tendría por qué sentirse tan amenazado por mi tímida incursión en la prosa inglesa.

—No me siento «amenazado». ¡Por favor, no utilice argumentos como los de Maureen! Lo que acaba de decir es una muestra más de ese lenguaje que no expresa lo que usted quiere decir y con el cual no vamos a ninguna parte.

—Le aseguro que, a diferencia de Maureen, yo he dicho «amenazado» porque quería decir «amenazado».

—Pero es probable que escribir *no sea* su punto fuerte. Puede que esto sea la declaración objetiva de un hecho y no tenga nada que ver con que yo sea escritor o equilibrista.

—Pero ¿por qué ésa es una cuestión tan importante para usted?

—¿Por qué? ¿Por qué? —Que me preguntara eso en serio me dejó simplemente descorazonado. Sentí que estaba a punto de llorar—. ¡Porque, entre otras cosas, yo soy el tema de ese artículo! ¡Soy yo quien ha sido mal retratado por ese lenguaje impreciso que usted usa! ¡Porque vengo aquí todos los días y le entrego todos mis actos, cada detalle de mi vida personal, y a cambio tengo derecho a que se me devuelva una exposición exacta! —Ya había empezado a llorar—. Usted era mi amigo, y yo le había contado la verdad. Se lo había contado todo.

—Escuche, quiero ayudarle a desechar la idea de que todo el mundo está esperando, con la respiración en vilo, el último número de nuestro pequeño diario, en el cual dice usted que ha sido mal retratado. Le aseguro que no es el caso. No se trata del *New Yorker*, ni siquiera de la *Kenyon Review*. Y, por si le sirve de consuelo, la mayoría de mis colegas ni siquiera se molestan en leerlo. Es su narcisismo, otra vez. Su idea de que el mundo entero no tiene otra cosa que hacer que esperar los últimos datos sobre la vida secreta de Peter Tarnopol.

Yo había dejado de llorar.

—Y, si me permite decirlo, aparece de nuevo su reductivismo, y su ofuscación. Ahórreme la palabra «narcisismo», ¿quiere? La esgrime contra mí como un garrote.

—Ese término es meramente descriptivo y no encierra ningún juicio de valor.

—¿Ah, sí? Sólo le pido que se ponga en el lugar de quien lo recibe: ¡ya verá cómo sí encierra un «juicio de valor»! Oiga, ¿no podemos reconocer que hay una diferencia entre amor propio y vanidad, entre orgullo y megalomanía? ¿No podemos aceptar que aquí está en juego una cuestión ética, y que mi sensibilidad ante ella, así como su aparente indiferencia, no pueden explicarse completamente como una mera aberración psicológica *mía*? También usted tiene una psicología, ¿sabe? Hace esto conmigo todo el tiempo, doctor Spielvogel. Primero reduce el área de la obligación moral, y me dice, por ejemplo, que lo que yo llamo responsabilidad ante Susan no es más que narcisismo disfrazado, y cuando acepto adoptar esa posición y dejo de preocuparme por las consecuencias morales de mi conducta, me dice que soy un narcisista que sólo piensa en su propio bienestar. ¿Sabe?, Maureen hacía algo parecido... sólo que su juego de mantenerme prisionero era diferente. ¡Podía convertir el fregadero de la cocina en un problema moral! Cualquier cosa de este ancho mundo servía de examen de mi decencia y mi sentido del honor... ¡Y el ignorante moral que tiene ante usted se lo creía! Si al conducir de Frascati a Roma tomaba una desviación equivocada, se pasaba dos kilómetros calificándome de vil canalla, salido del Infierno por la ruta del suburbio burgués y la universidad aristocrática. Y yo me lo creía... Mire, sí... *hablemos* un poco de Maureen, hablemos de las posibles consecuencias de esto para mí, por muy narcisista que le parezca mi actitud. Supongamos por un momento que Maureen hubiese llegado a leer lo que usted ha escrito sobre mí en su artículo. Después de todo, era muy típico en ella estar muy alerta a cualquier cosa que se refiriese a mí... sobre todo si tenía que ver con el *dinero* que le pasaba. Lo que quiero repetir es que no es posible afirmar, volviendo a lo que hablamos hace un rato, que de todos modos nadie lee la revista. Porque si de verdad lo creyera, no publicaría su artículo en ella. ¿De qué servirían sus observaciones si apareciesen en una revista que no lee nadie? La revista circula, y hay quien la lee, seguro que alguien la lee en Nueva York..., y si por casualidad cayera en manos de Maureen... bueno, imagínese lo contenta que estaría de poder leerle al juez todas esas cosas sobre mí. Imagine a un juez de Nueva York leyendo todo ese material. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, comprendo muy bien lo que quiere decir.

—Dice usted, por ejemplo, que estuve «actuando sexualmente» con otras mujeres casi desde el principio de nuestro matrimonio. En primer lugar, esto no es exacto. Al decirlo en esos términos, usted hace que yo parezca uno de esos italoamericanos típicos, que se escapan sigilosamente de una oficina donde escriben poemas para acostarse cinco minutos con cualquiera. ¿Me explico?

Usted me muestra como un hombre que no hace más que fornicar todo el tiempo. Y esto no es verdad. Dios sabe que lo que usted escribió aquí no es una descripción adecuada de lo que fue mi relación con Karen. Si algo tuvo esta relación, es que fue seria..., ¡y sería, en parte, porque para mí lo era tal *novedad!*

—¿Y las prostitutas?

—Dos prostitutas... en tres años. Eso hace, más o menos, media prostituta al año, lo cual, entre los hombres con matrimonios desgraciados, es seguramente el récord nacional de no «actuar sexualmente». ¿Acaso lo ha olvidado? ¡Yo era *desgraciado!* ¡Vea las cosas en su contexto, por favor! Parece olvidar que la mujer con quien me casé era Maureen. Parece olvidar que nos peleamos en cada *piazza*, catedral, museo, *trattoria*, *pensione* y hotel de Italia. ¡Cualquier otro le habría roto el cráneo! ¡Mi predecesor, el tabernero yugoslavo Mezik, habría «actuado» con un derechazo a la mandíbula! Yo soy un hombre de letras. Fui e hice lo civilizado: ¡me acosté con una puta de tres mil liras! Claro, por eso me ha imaginado como un «italoamericano», ¿no?

Spielvogel movió la mano como para expresarme lo que pensaba de mi *aperçu* y luego dijo:

—Es verdad, cualquier otro habría hecho frente a su mujer de una forma más directa en lugar de libidinizar su ira.

—¡La única manera de hacer frente de forma más directa a esa mujer era *matarla!* Y usted mismo me ha dicho que matar gente va contra la ley, aunque se trate de esposas locas. No estaba «actuando sexualmente», sea lo que sea lo que quiera decir eso; estaba intentando sobrevivir en medio de toda aquella locura. ¡Seguir siendo yo! ¡Conseguir librarme de eso, y seguir adelante!

—Y —dice ahora el doctor— vuelve a olvidar de forma muy conveniente a la mujer de su joven colega del departamento de lengua inglesa de Wisconsin.

—¡Por Dios santo! ¿Quién es usted, Cotton Mather? Mire, puede que sea pueril y débil, e incluso es posible que sea el narcisista de sus más íntimos sueños profesionales, ¡pero no soy un holgazán! No soy un vagabundo, ni un mujeriego, ni un gigoló, ni una especie de pene con piernas. ¿Por qué insiste en verme así? ¿Por qué quiere caracterizarme en su artículo como una especie de desalmado violador *manqué?* Seguro que tiene que haber otra forma de describir mi relación con Karen...

—Le recuerdo que no he dicho nada de Karen. Sólo le he recordado el asunto de la mujer de su colega, con quien se encontró aquella tarde en el centro comercial de Madison.

—Ya que tiene tan buena memoria, ¿por qué no recuerda también que no me acosté con ella? Me la chupó, en el coche. ¿Y qué? ¿Y qué? Ya se lo he dicho: nos sorprendió a los dos. ¿Y a usted qué le importa? ¡Se lo digo en serio! Éramos

amigos. Ella tampoco era feliz en su matrimonio. ¡Por el amor de Dios, eso no era «actuar sexualmente»! ¡Era amistad! ¡Era desesperación! ¡Era generosidad! ¡Era ternura! Era volver a ser adolescentes durante diez minutos, a solas en el coche, antes de volver, noblemente, a ser Adultos. ¡Fue un afectuoso e inofensivo juego, un simulacro! Sonría si quiere, sonría desde su púlpito, pero sepa que ésta es una descripción mucho más aproximada de lo que pasó allí que el *nombre que usted le da*. Y no fuimos más allá, aunque habría sido una posibilidad, ¿sabe? Dejamos que se quedara en eso, en un episodio feliz, sin importancia, y volvimos como buenos soldados a nuestra actividad sexual legítima. Realmente, Su Santidad, Su Excelencia, ¿realmente es posible que en su mente esto signifique «hacer vida sexual con otras mujeres desde el principio del matrimonio»?

—¿No lo es?

—¿Dos prostitutas callejeras en Italia, una amiga en un coche en Madison... y Karen? No, yo lo llamo comportarse casi como un *monje*, teniendo en cuenta cómo era mi matrimonio. Yo lo llamo comportarse de un modo patético, ni más ni menos. Desde el comienzo de su matrimonio el poeta italoamericano albergaba la insensata convicción de que, ahora que era marido, su misión en la vida era ser *fiel*... a alguien con quien no se hubiera imaginado nunca... ¡Porque *mantener su palabra y cumplir su deber*... era lo que le había llevado a casarse con aquella fiera! Una vez más, el poeta italoamericano hizo lo «viril», lo «recto», lo propio de un «hombre de principios»; aunque no hace falta decir que eso era, en definitiva, lo cobarde y lo abyecto. La voz de su amo, como concisamente lo expresa mi hermano. La verdad es, doctor Spielvogel, que aquellas dos prostitutas italianas y la mujer de mi colega de Madison, y también Karen, fueron lo único de valor, lo único viril, lo único moral que... ¡Oh, para qué seguir hablando...!

—Creo que sobre este punto estamos diciendo lo mismo, pero con nuestras diferentes jergas. ¿No ha caído en la cuenta de ello?

—No, no, no y no. Acabo de caer en la cuenta de que usted nunca reconocerá que pudo haberse equivocado en algún aspecto del tratamiento, de la sintaxis, por no hablar de la idea central de su artículo. ¡Hablar de narcisismo como defensa...!

No se inmutó por mi tono, que se había vuelto impetuoso y despectivo. Su voz se había mantenido clara y serena todo el tiempo, con, tal vez, un leve deje de sarcasmo, de ironía, pero no había rastro de ofensa, ni tampoco lágrimas. Así era como debía ser. ¿Qué tenía que perder si yo me iba?

—Ya no soy un estudiante, señor Tarnopol —me dijo—. No recurro a mis pacientes para hacer crítica literaria. Al parecer, a usted le gustaría que sometiese a su consideración mis escritos profesionales y que limitase mis actividades a esta consulta. Recordará lo inquieto que se sintió hace un tiempo

cuando descubrió que de vez en cuando yo también salía a la calle y tomaba el autobús.

—Eso me impactó. No se preocupe, ya lo he superado.

—Muy bien. No hay razón para que me considere perfecto.

—No lo considero perfecto.

—Por otra parte, la alternativa no es necesariamente suponer que soy otra Maureen empeñada en traicionarlo y engañarlo por motivos sádicos y vengativos.

—No he dicho que fuese así.

—A pesar de ello, podría pensarlo.

—Si quiere decir que de hecho creo que me ha utilizado, la respuesta es sí. Maureen no es la cuestión, sino el artículo.

—Muy bien, tiene derecho a pensar así. Ahora lo que debemos decidir es qué va usted a hacer con respecto al tratamiento. Si quiere seguir atacándome, el tratamiento será imposible: sería una locura intentarlo siquiera. Si quiere volver a la cuestión de fondo, estoy dispuesto a seguir, por supuesto. O tal vez haya una tercera alternativa que a usted le gustaría considerar: comenzar un tratamiento con otra persona. Es algo que debe decidir antes de la próxima sesión.

A Susan, la decisión que tomé la puso furiosa. Nunca la había oído hablar como lo hizo contra la «brutal» forma en que me había tratado Spielvogel, y tampoco se había atrevido nunca a criticarme tan abiertamente. Por supuesto, sus objeciones tenían su origen en el doctor Golding, que, según ella me contó, se había quedado «atónito» por la forma en que Spielvogel había hablado de mí en su artículo del *Foro*; sin embargo, si no hubiesen estado de por medio los extraordinarios cambios que se estaban produciendo en su actitud hacia sí misma, no habría intentado contarme la opinión de Golding. Ahora bien, tal vez haber leído que yo iba por ahí con la ropa interior de Maureen contribuyera de algún modo a aumentar su confianza hacia mí, pero, fuera lo que fuese lo que la disparó, de pronto me sentí deleitado por la aparición de la vibrante y apasionada personalidad que durante tanto tiempo había estado reprimida en ella, aunque sin dejar de sentirme preocupado en extremo por la posibilidad de que lo que ella y su médico sugerían en relación a mi decisión de seguir con Spielvogel representara una parte más de la humillante verdad. De hecho, para defenderme presenté a Susan algo que incluso a mí me sonaba como el más débil de los argumentos.

—Deberías dejarlo —me dijo.

—No puedo, a estas alturas, no. Me ha hecho más bien que mal.

—Pero te ha interpretado mal. ¿Cómo puede hacerle eso bien a alguien?

—No lo sé, pero a mí me ha hecho bien. Tal vez sea un pésimo analista y un terapeuta estupendo.

—Eso no tiene sentido, Peter.

—Bueno, he dejado de acostarme con mi peor enemiga, ¿no? Eso lo he superado, ¿verdad?

—Pero cualquier médico podría haberte ayudado a dejarla. Cualquiera mínimamente competente lo habría conseguido.

—Pero resulta que fue Spielvogel quien lo consiguió.

—¿Y eso significa que puede hacer cualquier cosa? Su sentido de lo que eres es totalmente erróneo. Publicar ese artículo sin consultarte estuvo muy mal. Su actitud cuando le enfrentaste a lo que había hecho, su forma de decirte «O se calla, o se va», es imperdonable. ¡Y tú lo sabes! El doctor Golding dice que es una de las cosas más imperdonables que ha oído jamás entre un médico y su paciente. Incluso es malo escribiendo: tú dices que es una jerga llena de sandeces.

—Mira, voy a seguir con él. No quiero seguir hablando del asunto.

—Si yo te contestara así, saltarías hasta el techo. Me dirías: «¡Deja de recular! ¡Defiende tus propios derechos, tonta!» . La verdad es que no comprendo por qué estás actuando así cuando es tan evidente que ese hombre te ha humillado. ¿Por qué permites que la gente te haga ese tipo de cosas con impunidad?

—¿Qué gente?

—¿Qué gente? La gente como Maureen. La gente como Spielvogel. La gente que...

—¿Qué?

—Bueno, la gente que te pisotea así.

—Susan, no puedo seguir viéndome como alguien a quien pisotean. No conduce a ninguna parte.

—¡Entonces, deja de serlo! ¡No permitas que se salga con la suya!

—No tengo tan claro que en este caso alguien esté saliéndose con la suya.

—Mira, tesoro, eso no es lo que dice el doctor Golding.

Al oír lo que había dicho Golding, Spielvogel se limitó a encogerse de hombros. «No lo conozco», murmuró, y eso fue todo. Punto y final. Como si, de conocerlo, hubiese podido darme los motivos de Golding para adoptar tal punto de vista... Ya que no era así, ¿para qué tomarse ninguna molestia? En cuanto al enfado de Susan y su inusitada vehemencia con respecto a que debía dejarlo, bueno, yo la comprendía, ¿no? Odiaba a Spielvogel por lo que había escrito sobre el Peter que para ella era fuente de inspiración e instrucción, un hombre a quien había llegado a adorar por los cambios que estaba contribuyendo a provocar en su vida. Spielvogel había destruido el mito de su Pigmalión, así que, lógicamente, Galatea estaba furiosa. ¿Alguien esperaba lo contrario?

Debo señalar que la inmunidad de Spielvogel a las críticas *era* casi deslumbrante. De hecho, la impasibilidad de aquel pálido doctor, con su paso renqueante, era para mí, en aquellos días de incertidumbre y falta de confianza

en mí mismo, una condición a la cual valía la pena aspirar: « Yo tengo razón y usted no, e incluso aunque yo no la tenga, me mantendré firme, totalmente firme, y no cederé ni un ápice, con lo cual al final tendré razón» . Y tal vez fuese ése el motivo por el cual seguí el tratamiento con él: mi admiración por su armadura y la esperanza de que se me contagiase algo de su inexpugnabilidad. « Eso es —me decía—: está enseñándome mediante el ejemplo, ese arrogante alemán hijo de puta. Pero no le daré la satisfacción de reconocerlo. Ahora bien, ¿quién me dice que él no lo sabe ya? ¿Quién más que yo puede decir que lo sabe?» .

A medida que pasaban las semanas, Susan seguía haciendo muecas de desagrado al oír el nombre de Spielvogel. Yo, por mi parte, creo que a veces estaba a punto de ser el mejor valedor de la opinión de Spielvogel, y con ello de la mía propia, puesto que si resultaba que yo me había equivocado tanto con respecto a Spielvogel como con Maureen, en adelante me iba a resultar muy difícil volver a confiar en mi propio juicio. Consideraba que debía defender a Spielvogel con una eficacia absoluta para sustentar mi propia aspiración a la salud mental y a la inteligencia, y además proteger mi sentido de la confianza en mí mismo contra un colapso definitivo. ¿O lo hacía sólo para perpetuar mis ilusiones infantiles? ¿O para conservar y proteger hasta la última gota de mi ingenuidad? ¡Incluso aunque dicha ingenuidad significase aceptar como válida su ofuscante autodefensa, incluso aunque implicase que yo mismo tuviese que considerar el pasado con escepticismo psicoanalítico hasta dar por buenas mis propias objeciones! « Mira —quería decirle a Susan—, si no fuera por Spielvogel, ni siquiera estaría aquí. Si no fuera por Spielvogel, que me dice “¿Por qué no continuar?” cada vez que yo digo: “¿Por qué no retirarse?”, nuestra relación habría terminado hace tiempo. Así que tenemos que agradecerle lo que hay entre nosotros: ha sido él quien ha actuado como tu abogado, no yo» . Pero que fuese en gran parte debido al estímulo de Spielvogel que yo hubiese seguido yendo a verla casi todas las noches durante aquel primer año, a pesar de no estar de acuerdo con su manera de vivir, era algo que no tenía nada que ver con Susan, aunque ella no dejase de insistir en la «reprensible conducta» de Spielvogel; tampoco podía ser muy beneficioso para su frágil autoestima saber que incluso ahora, varios años después de haber comenzado nuestra relación y aunque yo fuese su «tesoro» y ella mi «Suzie Q», con toda la juguetona ternura de dos amantes, era Spielvogel quien me impedía dejarla cada vez que yo me angustiaba ante sus sueños de formar una familia, sueños que yo no compartía. « Pero quiere tener niños ya, antes de ser más mayor» . « Pero usted no quiere» . « Exactamente. Y no puedo permitir que se haga ilusiones» . « Dígale que no se las haga» . « Ya se lo digo. Ya se lo *he dicho*. Pero no soporta que se lo diga. Me dice: “Ya sé que no vas a casarte conmigo. ¿Tienes que repetírmelo cada hora?”» .

—Tal vez no sea necesario repetírselo con tanta frecuencia.

—Oh, no se lo repito tan a menudo: es ella quien tiene esa impresión. Que yo le explique mi punto de vista no significa que ella lo entienda en su corazón, ¿sabe?

—Ya, pero ¿qué más puede hacer?

—Marcharme. Debería marcharme.

—Yo no diría que ella cree que usted debería marcharse.

—Pero si me quedo...

—Puede llegar a enamorarse *realmente* de ella. ¿Ha pensado alguna vez que tal vez sea eso de lo que está tratando de huir? ¿No de los hijos, ni del matrimonio, sino del amor?

—Por favor, doctor, deje de hacer psicoanálisis. No, no se me ha ocurrido pensarlo. No creo que deba hacerlo porque no es verdad.

—¿No? Pero de algún modo usted ya está enamorado de ella, ¿verdad? Me ha hablado de lo dulce, de lo buena que es. De lo amable que es. Me ha hablado de lo guapa que está sentada leyendo. Me ha dicho que es una persona conmovedora. A veces, usted es muy poético al hablar de ella.

—¿Sí?

—Sí, sí, y lo sabe.

—Pero todavía hay muchas cosas que van mal, y *usted* lo sabe.

—Es verdad, debí haberle advertido sobre ello desde el principio.

—Por favor, el marido de Maureen Tarnopol comprende que el otro sexo también tiene sus defectos.

—Sabiendo esto, el marido de Maureen Tarnopol debería sentirse agradecido por estar con una mujer que, a pesar de sus defectos, es tierna y agradecida y que le adora incondicionalmente. Susan es todo eso, ¿no?

—Es todo eso. Y además resulta que es inteligente y encantadora y divertida.

—Y está enamorada de usted.

—Y está enamorada de mí.

—Y es buena cocinera... ¡vaya si lo es! Cuando me habla de los platos que prepara, se me hace la boca agua.

—A usted le fascina el principio del placer, doctor Spielvogel.

—¿Y a usted? Dígame, ¿hacia dónde corre ahora? ¿Hacia qué? ¿Hacia quién? ¿Por qué?

—Hacia nadie, hacia nada, pero « ¿por qué? ». Ya se lo he dicho: ¿y si intenta suicidarse?

—¿Sigue con lo del suicidio?

—Pero ¿y si intenta suicidarse?

—Eso será responsabilidad de ella, ¿no? Y del doctor Golding. A fin de cuenta, está en tratamiento. ¿Va a salir huyendo por temor a una posibilidad tan remota?

—No puedo soportar que eso penda sobre mi cabeza como una espada de

Damocles. No después de todo lo que me ha ocurrido. No después de lo de Maureen.

—¿No será que es usted demasiado sensible? A lo mejor, pasados los treinta años convendría tener la piel más gruesa.

—Sin duda. Estoy seguro de que los rinocerontes como usted viven mejor. Pero mi pellejo es mi pellejo. Reconozco que podría atravesarlo con la luz de una linterna. Así que deme otros consejos.

—¿Qué consejos puedo darle? Usted debe elegir: quedarse o huir.

—Estructura usted de una manera muy extraña eso que llama «mi elección».

—Pues estructúrela *usted*.

—El problema es que, si me quedo, Susan debe comprender que no voy a casarme con nadie hasta que y cuando yo *quiera casarme*.

—Señor Tarnopol, me temo que, de algún modo, podemos contar con que usted formula esta condición con cierta regularidad.

¿Por qué seguí con Spielvogel? No olvidemos las prohibiciones de su ley mosaica y lo que ellas significaban para un hombre de piel fina al borde de (a su juicio) quién sabe qué acto de intemperancia.

No codiciarás la ropa interior de tu esposa.

No dejarás caer tu simiente en el suelo del cuarto de baño de tu prójimo ni la esparcirás sobre los lomos de los libros de su biblioteca.

No cometerás la estupidez de comprar un cuchillo de caza Hoffritz para matar a tu mujer o a su abogado.

Pero ¿por qué no? ¿Qué más da ya? ¡Me están volviendo loco! ¡Están arruinando mi vida! ¡Primero ella me lleva al matrimonio con el engaño de la orina, y ahora le dicen al juez que escribo guiones para el cine y que gano una fortuna! ¡Le dice al juez que me niego «obstinadamente» a ir a Hollywood y a trabajar como Dios manda! ¡Y es verdad! ¡Me niego categóricamente! *¡Porque ése no es mi trabajo!* ¡Mi trabajo es escribir novelas! ¡Y ya ni siquiera soy capaz de hacer eso! ¡Pero cuando les digo que no puedo, responden: «Muy bien, en ese caso, debes irte enseguida a Hollywood, donde puedes ganar mil dólares diarios»! ¡Mire! ¡Mire este testimonio que acaba de presentar! Vea lo que me llama aquí, doctor..., ¡reconocido seductor de jóvenes universitarias! ¡Así llama a Karen! Lea este documento, ¿quiere? ¡Lo he traído para que vea con sus propios ojos que no exagero! ¡Fijese en esta versión de *mi*! ¡Seducor de universitarias! ¡Lo que intentan es atracarme, doctor Spielvogel...! ¡Esto es una extorsión legal!

—Sin ninguna duda —asintió mi Moisés con tono suave—, pero ni siquiera así puede comprar un cuchillo para clavárselo en el corazón. No debe comprar ningún cuchillo, señor Tarnopol.

—¿POR QUÉ NO? ¡DEME UNA BUENA RAZÓN PARA NO HACERLO!

—Porque matar va contra la ley.

—¡A LA MIERDA LA LEY! ¡LA LEY ME ESTÁ MATANDO!

—En cualquier caso, si la mata le meterán en la cárcel.

—¿Y qué?!

—La cárcel no le gustaría.

—No me importaría. Ella estaría muerta. ¡Habría *justicia* en este mundo!

—Sí, pero aunque el mundo fuera justo tras la muerte de Maureen, para usted no sería precisamente un paraíso. Ni siquiera le gustó mucho el ejército, ¿recuerda? Pues la cárcel es peor. No creo que fuese feliz allí.

—Tampoco soy exactamente feliz *aquí*.

—Lo comprendo. Pero allí lo sería aún menos.

Así pues, con él conteniéndome (o bien con él fingiendo contenerme mientras yo fingía estar sin control), no compré el cuchillo del escaparate de Hoffritz's Grand Central (la oficina del abogado de Maureen estaba enfrente, veinte pisos más arriba). E hice bien, porque cuando descubrí que el periodista del *Daily News* con impermeable negro que se había apostado al fondo de la sala de vistas durante la del divorcio había sido avisado por los abogados de Maureen, perdí totalmente el control de mí mismo (esta vez sin fingir), y en el pasillo, durante el receso para el almuerzo, le di un puñetazo al elegante abogado de pelo canoso, con su traje oscuro con chaleco y la insignia de una sociedad honoraria colgando, visible, de una cadena. Era, obviamente, un hombre de cierta edad (aunque en el estado en que me encontraba, incluso me habría atrevido a agredir a uno más joven), pero mantenía la agilidad, y a que logró parar mi golpe con su cartera.

—¡Ten cuidado, Egan, ten cuidado conmigo!

No era más que una amenaza de patio de colegio, en un lenguaje que se remontaba a la cobarde impertinencia de mi época de escuela primaria; como entonces, yo lloraba furioso, pero antes de que lanzase otro golpe contra su cartera, mi propio abogado me cogió por la cintura y me alejó de él arrastrándome por el pasillo.

—¡Imbécil! —exclamó Egan friamente—. Ya lo arreglaremos.

—¡Maldito ladrón! ¡Buscando publicidad a cualquier precio! ¿Qué más puede hacerme, hijo de puta?

—Espere y verá —dijo Egan sin inmutarse y sin dejar de sonreír, mientras, en el vestíbulo, un pequeño corrillo se formaba a mi alrededor.

—¡Ella me engañó, y usted lo sabe! ¡Con la orina!

—Vaya imaginación, hijo. Debería sacarle más partido en su trabajo.

En ese momento, mi abogado consiguió que yo me diese la vuelta completamente y, corriendo y empujándome desde atrás, consiguió que avanzase por el pasillo del juzgado hasta los lavabos de hombres.

El orondo periodista Valducci, del *Daily News*, con su impermeable negro, no tardó en reunirse con nosotros allí.

—Váyase —le dije—, lárguese de aquí.

—Sólo quiero hacerle algunas preguntas. Quiero saber algo sobre su esposa, nada más. He leído sus obras. Soy un gran admirador suyo.

—Estoy seguro...

—Es cierto. *El mercader judío*. Mi mujer también lo leyó. Estupendo final. Deberían llevarlo al cine.

—Escuche, ya he oído bastante sobre cine hoy.

—Tranquilo, Pete... Sólo quería preguntarle, por ejemplo, qué hacía su esposa antes de casarse.

—¡Mi esposa era corista! ¡Estaba en el coro del Latin Quarter! Lárguese, ¿quiere?

—Como quiera, como quiera...

Y con una reverencia a mi abogado, que acababa de interponerse entre los dos, Valducci retrocedió unos pasos y me preguntó con tono deferente:

—No le importa que orine, ¿verdad? Ya que estoy aquí...

Mientras Valducci orinaba, nos quedamos mirándonos sin decir nada.

—Calle —murmuró mi abogado.

—Hasta pronto, Pete —dijo Valducci después de haberse lavado y secado cuidadosamente las manos—. ¡Hasta pronto, defensor!

Al día siguiente, sobre el comentario habitual de Valducci en la parte inferior de la página cinco, apareció a tres columnas, el siguiente titular:

AUTOR PREMIADO SE TRANSFORMA EN BOXEADOR EN EL JUZGADO

La nota estaba ilustrada con la foto que aparecía en la cubierta de mi libro, una mía, más o menos del año 1959, en la que mis ojos oscuros parecían llenos de inocencia, y junto a ella había una de Maureen tomada el día anterior, con su prominente mandíbula proyectada hacia delante mientras bajaba los escalones del juzgado del brazo de su abogado, Dan P. Egan, que, según aclaraba (con regocijo) la nota, tenía setenta años y era excampeón de boxeo de pesos medios de la Universidad de Fordham; supe que en el cénit de su carrera boxística le habían apodado Red y que seguía siendo el animador en todas las reuniones de exalumnos de Fordham. Por otro lado, las lágrimas que derramé al pelearme con Egan no quedaron sin ser consignadas.

—Oh, no debería haberle hecho caso en lo del cuchillo. Debería haber matado también a Valducci.

—¿No le gusta la página cinco?

—Debería haberle matado. Y al juez también. ¡Debería haberle destripado por hipócrita: allí sentado, compadeciéndose de Maureen...!

—Permítame que le diga —señaló Spielvogel riendo suavemente— que el placer no le habría durado mucho.

—No, estoy seguro de que no.

—Oh, sí. Créame. Mata a cuatro personas y cuando menos lo advierte se encuentra tras las rejas. En cambio, así, siempre puede fantasear sobre el acto, cuando se halle deprimido.

Así que seguí siendo paciente de Spielvogel, al menos mientras Maureen siguió respirando (y respiraba fuego), y mientras Susan siguió siendo mi tierna, agradecida y fiel amante.

Libre

Aquí yace mi esposa: ¡dejadla yacer!

Ella descansa, y yo también.

JOHN DRYDEN,

Epitafio dedicado a su esposa

Tres años más tarde, en la primavera del año 1966, Maureen llamó por teléfono para decir que tenía que hablar conmigo «personalmente» lo más pronto posible y a «solas», sin la presencia de ningún abogado. Desde el enfrentamiento en el juzgado aparecido en el *Daily News*, sólo nos habíamos visto en dos ocasiones, durante dos vistas celebradas a petición de Maureen y cuyo objeto había sido determinar si le sería posible obtener más de los cien dólares semanales fijados en un principio por el juez Rosenzweig como importe de la pensión a la esposa abandonada por el reconocido seductor de jóvenes universitarias. En las dos ocasiones, un funcionario nombrado por el juzgado había analizado mis recibos de devolución de impuestos, mis ingresos por publicación y mi cuenta bancaria, y había llegado a la conclusión de que dicho aumento no estaba justificado. Yo había alegado que en realidad estaba justificada una reducción, puesto que mis ingresos, lejos de aumentar, habían disminuido en un treinta por ciento desde que el juez Rosenzweig me condenase a pagar a Maureen cinco mil dólares al año de los diez mil que ganaba entonces. El fallo de Rosenzweig se había basado en un extracto del banco que acreditaba que yo recibía cinco mil doscientos dólares al año en la Universidad de Wisconsin y otros cinco mil de la editorial que publicaba mis obras (suma esta última que representaba la cuarta parte del considerable anticipo que había recibido por mi segunda novela). Sin embargo, en 1964 me habían liquidado ya el último de los cuatro pagos anuales de cinco mil dólares, pero el libro que según nuestro contrato debía entregarles estaba muy lejos de estar terminado, y yo estaba arruinado. De mis ingresos de diez mil

dólares al año, cinco mil habían ido a la pensión compensatoria de Maureen, y tres mil a Spielvogel por mi terapia, con lo cual me habían quedado dos mil para el alquiler, la comida y todo lo demás. En el momento de nuestra separación, tenía en una cuenta de ahorros seis mil quinientos dólares —el importe de mis ganancias por la edición de bolsillo de *Un padre judío*—, pero también esa suma había sido dividida en partes iguales por el juez para cada uno de los dos; de la mía se habían deducido los honorarios legales de la parte querellante; en el momento de mi tercera comparecencia en el juzgado, el resto de mis ahorros había sido destinado al pago de los honorarios de mi propio abogado. En 1965, la Universidad de Hofstra me había concedido un aumento de seis mil quinientos dólares al año por los dos seminarios que daba, pero en aquel momento mis ingresos por mi obra literaria se reducían a lo que ganaba por los pocos relatos breves que comenzaba a publicar. Para ahorrar, reduje mis sesiones con Spielvogel de tres a dos por semana, y comencé a pedir prestado a mi hermano para poder seguir viviendo. Cada vez que comparecía ante el funcionario del juzgado le explicaba que en la actualidad le estaba pasando a mi mujer entre el sesenta y cinco y el setenta por ciento de mis ingresos, y que eso no me parecía muy justo. El señor Egan señalaba entonces que si el señor Tarnopol deseaba «normalizar» sus ingresos e incluso mejorar «su suerte en la vida», como hacían «la mayoría de los jóvenes con aspiraciones», no tenía más que escribir cuentos para las revistas *Esquire*, *New Yorker*, *Harper's*, *Atlantic Monthly* o *Playboy*, cuyos editores podían llegar a pagarle —y para leer esta fenomenal suma se ajustaba sus gafas de carey— «tres mil dólares por un solo relato». Como prueba de lo que decía presentó cartas que habían sido retiradas de mis archivos de correspondencia por orden judicial, en las cuales los directores de sección de estas revistas me invitaban a que les presentase cualquier trabajo que tuviese ya escrito o que escribiera en el futuro. Expliqué al funcionario (un negro muy amable y caballeroso, de cierta edad, que desde el principio había anunciado que era un gran honor para él conocer al autor de *Un padre judío*; otro admirador mío, aunque Dios sabía qué implicaba eso) que todos los escritores de cierto renombre reciben habitualmente cartas de aquel tipo, pero que no eran ni propuestas, ni sobornos, ni garantías de futuras compras. Cuando terminaba de escribir un cuento, como había ocurrido en esos días, se lo entregaba a mi agente, que siguiendo mis sugerencias, lo enviaba a alguna de las revistas comerciales que el señor Egan había mencionado. Yo no podía hacer nada más para conseguir que dicha revista lo comprase y lo publicase: de hecho, durante los últimos años, tres de aquellas revistas, las que más propensas parecían a publicar mi obra, habían rechazado *reiteradamente* mis relatos (en este punto, dichas cartas de rechazo eran presentadas por mi propio abogado como prueba de que mi reputación literaria estaba en bancarrota), y ello a pesar de que había nuevas y cálidas invitaciones a que les enviase mis obras, ya que, por supuesto, no les

costaba nada enviarme tales misivas.

—Evidentemente —decía yo—, no podía enviarles cuentos que no hubiese escrito y no podía escribir cuentos en este momento... —Y aquí, por lo general, me encolerizaba, aun cuando la serenidad del funcionario no se alterase en lo más mínimo—. ¡Y no por encargo!

—Vaya, vaya —decía Egan dirigiéndose a Maureen—, ya empieza otra vez a hacerse el artista.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted? —preguntaba yo con tono amenazador, aunque todos estábamos sentados en torno a una mesa de reuniones en una oficina bastante reducida y aunque tanto yo como el funcionario hubiésemos oído muy bien cada palabra susurrada por Egan.

—He dicho, señor Tarnopol —decía Egan—, que también a mí me gustaría ser un «artista» y no tener que trabajar por encargo.

En este punto el funcionario moderador nos pedía, amablemente, que nos calmáramos, y luego, aunque no me concedía mi reducción, tampoco concedía el aumento a Maureen.

En cualquier caso, su «ecuanimidad» no me servía de consuelo. El dinero era mi obsesión constante: el que (en mi opinión) robaba por extorsión Maureen en connivencia con el estado de Nueva York, y el que me prestaba Moe, que se negaba a aceptar interés por los préstamos y a fijar un plazo para su devolución.

—¿Qué quieres que sea? ¿El Shy lock de mi propia sangre? —decía riendo.

—Odio todo esto, Moe.

—Pues ódialo —replicaba.

La opinión de mi abogado era que, en realidad, debería estar contento de que mis pagos a Maureen se hubiesen «estabilizado» en cien dólares a la semana, fueran cuales fuesen las variaciones en mis ingresos. A lo que yo replicaba:

—Sean cuales sean las variaciones hacia abajo, querrá decir. ¿Y qué pasa cuando los ingresos aumentan?

—Bueno, en ese caso usted estaría ganando más, Peter —me recordaba.

—Pero entonces, si gano más, «estabilizado» ya no significa «estabilizado».

—Dejemos el cruce de ese puente para cuando lleguemos a él. Por el momento la situación es la mejor posible dentro de las circunstancias.

Pero pocos días después de la última reunión recibí una carta de Maureen. Reconozco que debía haberla roto sin leerla. Por el contrario, abrí el sobre con ansia, como si contuviera un manuscrito inédito de Dostoievski. Quería informarme de que si la «empujaba» a una «crisis nerviosa», yo sería el único responsable de sus gastos de internamiento en el hospital psiquiátrico. Y dichos gastos ascenderían a bastante más que a los miserables cien dólares semanales que le pasaba: sería al menos tres veces esa cantidad. No tenía ninguna intención de darme el gusto de permitir que la llevasen al pabellón gratuito del hospital de Bellevue. Era evidente que estaba pensando en una clínica de lujo como la

Payne Whitney. Y todo esto, me recordaba, no era una mera amenaza, ya que su psiquiatra le había advertido (por ello me transmitía dicha advertencia) que era muy posible que, si yo seguía persistiendo en no actuar como « un hombre » , fuese necesario internarla en algún momento. Y ser hombre, seguía diciendo la carta, significaba volver a su lado para reanudar nuestra vida matrimonial y volver a desempeñar « un papel civilizado en la sociedad » o, en su defecto, ir a Hollywood, donde, me informaba, cualquiera con un Prix de Rome en el bolsillo podía ganar una fortuna. En lugar de ello, yo había optado por aceptar un empleo « totalmente reñido con la realidad » en Hofstra, trabajando *un día a la semana*, para poder emplear el resto de mi tiempo escribiendo una rencorosa novela sobre *ella*. « No soy de acero —me informaba por fin la carta—, a pesar de lo que le dices a la gente sobre mí. Publica un libro como ése y lamentarás las consecuencias hasta el día de tu muerte » .

A medida que me acerco al desenlace de mi historia, debo aclarar que, durante todo el tiempo que Maureen y yo estuvimos envueltos en tan doloroso y lacerante combate —casi desde el momento de nuestra primera audiencia de divorcio, en enero de 1963, unos seis meses después de mi llegada a Nueva York —, los periódicos y los noticiarios de la televisión nocturna comenzaron a pintar unos Estados Unidos cada vez más desquiciados y a difundir noticias sobre cruentas luchas por la libertad y el poder. Ante este panorama, mis dificultades personales con el pago de la pensión para alimentos y las implacables leyes del divorcio resultaban triviales. Por desgracia, tales dramas de desorden social y desdicha humana, aunque muy visibles, no contribuían en absoluto a mitigar mi obsesión. Al contrario: que la historia más vívida y decisiva desde la Segunda Guerra Mundial se desarrollase a mi alrededor, en la calle día tras día, *hora tras hora*, sólo hacía que me sintiera más aislado del mundo a causa de mis propias dificultades. La vida limitada y protegida que me sentía obligado a llevar (o que era capaz de vivir) a causa de mi breve pero insensata incursión en el matrimonio me llenaba de amargura. Por todo ello, me sentía identificado con las consecuencias de la nueva inestabilidad sociopolítica, y, como le sucedía a muchos americanos, sentía compasión y temor ante las imágenes de violencia que todos los días emitía la televisión y ante las historias de brutalidad y crímenes que todas las mañanas se leían en la primera página del *New York Times*; sin embargo, aun así no podía dejar de pensar en Maureen y en el control que tenía sobre mí, a pesar de que sabía perfectamente que era mi constante atención a la existencia de ese control el medio mismo del que ella se valía para seguir controlándose. A pesar de todo, no podía pararlo: no había acto violento o escena terrorífica en la prensa que lograra que yo, personalmente, me sintiera menos acosado y aprisionado.

En la primavera de 1963, por ejemplo, cuando, noche tras noche, la ira que me producía la decisión del juez Rosenzweig sobre la cuantía de mi pensión para Maureen me impedía conciliar el sueño, la policía lanzó a sus perros contra los manifestantes en Birmingham, Alabama. En el mismo momento en que yo empecé a imaginarme hundiendo el cuchillo de caza Hoffritz en el corazón del malévolo abogado de Maureen, mataron a tiros a Medgar Evers a la entrada de su garaje, en Mississippi. En agosto de 1963, mi sobrino Abner llamó por teléfono para invitarme a participar con él y su familia en la manifestación de Washington por los derechos civiles de los negros; el chaval, que entonces tenía once años, acababa de leer *Un padre judío* y había presentado en la escuela un trabajo sobre el libro: en él me comparaba a mí, su tío (una conclusión algo aventurada pero conmovedora), con «hombres como John Steinbeck y Albert Camus». Así que me fui a Washington en coche con Morris, Lenore y los dos muchachos, y mientras Abner me cogía una mano, oí a Martin Luther King hablar de su «sueño»; ya de regreso, quise saber:

—¿Creéis que podríamos conseguir que haga un discurso a mi favor cuando me metan en la cárcel por no pagar la pensión para alimentos?

—Seguro —repuso Moe. Y también Sartre y Simone de Beauvoir. Se plantarán delante del ayuntamiento y le cantarán «Tarnopol vencerá» al alcalde.

Tanto ellos como yo nos reímos, pero me pregunté quién se atrevería a protestar si desafiaba el fallo del juzgado sobre mi obligación de mantener a Maureen durante el resto de sus días optando por ir a la cárcel, si hacía falta, para el resto de los míos. Era consciente de que nadie protestaría. A la gente inteligente le parecería gracioso, como si nosotros dos, cónyuges en lucha, fuésemos unos Blondie y Dagwood, o Trifón y Sisebuta... En septiembre, Abner fue elegido presidente del cuerpo estudiantil en los actos de conmemoración de los niños muertos por la bomba que estalló en una iglesia de Alabama; una vez más accedí a su invitación, pero mientras una niña negra leía un poema de Langston Hughes, abandoné sigilosamente el asiento que ocupaba, al lado de mi cuñada, para correr al despacho de mi abogado y enseñarle la citación judicial que me habían entregado esa mañana, mientras me hacía una limpieza dental en la consulta del dentista: en ella se me conminaba a alegar motivos para no incrementar el importe de la pensión para alimentos ahora que era miembro permanente del cuerpo docente de Hofstra... En noviembre, el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas. La caminata que di hasta la consulta de Spielvogel debió de ser de unos quince kilómetros. Me dirigí hacia el norte de Manhattan con una serie de incontables rodeos, deteniéndome cada vez que veía a un grupo de personas en una esquina: me paraba junto a ellos, me encogía de hombros, asentía a lo que dijese y luego seguía mi camino. Por supuesto, no era la única persona falta de vínculos afectivos que vagaba de ese modo ese día. Cuando

llegué a la consulta de Spielvogel, la sala de espera estaba cerrada y el doctor se había ido a casa. Lo cual era mejor para mí: no tenía ganas de «analizar» mi incredulidad y mi estado de shock. Poco después de llegar a casa de Susan, recibí una llamada telefónica de mi padre.

—Perdona que te llame a la casa de tu amiga —me dijo con cierta timidez—. Morris me ha dado su número y su nombre.

—No pasa nada —repuse—, iba a llamarte.

—¿Recuerdas cuando murió Roosevelt?

Lo recordaba, como también lo había recordado el joven protagonista de *Un padre judío*. ¿No se acordaba mi padre de la escena de mi novela en que el protagonista recuerda a su padre lamentando la muerte de Franklin D. Roosevelt? Estaba tomada directamente de la vida real. Joannie y yo habíamos ido con él a la estación de tren de Yonkers para rendir nuestro último homenaje, como familia, al presidente muerto. Habíamos oído, muy impresionados (y con cierta alarma) los ahogados y roncacos sollozos de nuestro padre cuando la locomotora cubierta de crespones negros que llevaba el cadáver de Roosevelt había pasado lentamente por la estación en su camino, río arriba, hacia Hyde Park; aquel verano, al dejar la ciudad para pasar una semana de vacaciones en un hotel de South Fallsburg, paramos en Hyde Park para visitar la tumba del presidente.

—Truman tendrá que ser amigo de los judíos, como lo fue él —dijo mi madre junto a la tumba, y la oleada de emoción que se despertó en mí al oír esto se convirtió en un torrente de lágrimas cuando mi padre dijo:

—Debe de descansar en paz; apreciaba al hombre de la calle.

Esta escena también era rememorada por el joven protagonista de *Un padre judío* cuando, en la cama con su amiga alemana en Frankfurt, trataba de explicarle con su vocabulario de quinientas palabras quién era él, de dónde venía y por qué su padre, un hombre bueno y generoso, la odiaba a muerte... Sea como fuere, esa noche, al teléfono, mi padre me preguntó:

—¿Recuerdas cuando murió Roosevelt?

Al parecer, lo que hubiese leído de mi obra no podía relacionarlo con la vida real. Por otra parte, era como si yo ya no pudiera mantener una verdadera conversación con él sin tener la impresión de que era un pasaje de mi novela. La verdad es que lo que me dijo luego esa noche me pareció algo perteneciente a un libro que ya hubiese escrito. Del mismo modo percibí lo poco que le dije yo: en efecto, aquélla era una rutina entre padre e hijo que se remontaba muy lejos en el tiempo y cuyo espíritu y esencia me eran tan familiares como un diálogo de Abbott y Costello; sin embargo, actuar como una parte del dúo no dejaba de afectarme siempre después de nuestra charla.

—¿Estás bien? —me preguntó—. No quisiera interrumpirte cuando estás con tu amiga. Lo entiendes, ¿verdad?

—No importa.

—Lo que quería era asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien.

—Esto es terrible. Cuando pienso en su padre... tiene que estar destrozado. Perder otro hijo más... y de ese modo. Gracias a Dios, todavía están Bobby y Ted.

—Eso debe de ser un consuelo.

—¡Oh, si es que hay algo que pueda consolarle...! —gimió mi padre—. Pero tú... ¿estás bien?

—Perfectamente bien.

—Bueno, eso es lo más importante. ¿Cuándo tienes que volver al juzgado?

—El mes que viene, no sé en qué fecha.

—¿Qué dice tu abogado? ¿Qué perspectivas hay? No pueden hundirte otra vez, ¿verdad?

—Ya veremos.

—¿Tienes suficiente dinero? —preguntó.

—Todo va bien.

—Mira, si necesitas dinero...

—Todo va bien. No necesito nada.

—Vale, vale. No dejes de llamar, ¿quieres? Por lo que a ti se refiere, estamos empezando a sentirnos como un par de leprosos, aquí.

—Lo haré, os llamaré.

—Y cuéntame enseguida lo que decida el juez. Y también si necesitas dinero.

—Vale.

—Y no te preocupes por nada. Sé que es un hombre del Sur, pero tengo mucha fe en Lyndon Johnson. Si fuera Humphrey, estaría más tranquilo en cuanto a Israel, pero ¿qué podemos hacer? En cualquier caso, estuvo muy cerca de Roosevelt todos aquellos años, tuvo que aprender algo. Será un buen presidente. No creo que tengamos por qué preocuparnos. ¿Estás preocupado?

—No.

—Espero que tengas razón. Esto es terrible. Y cuídate. No quiero que te hundan, ¿entiendes?

—Estoy bien.

Susan y yo nos quedamos levantados para ver la televisión hasta la llegada de la señora Kennedy a Washington en el Air Force One. Al descender la viuda del avión por la plataforma elevada, sus dedos rozaron el férretro y yo dije:

—¡Ah, qué heroicas fantasías masculinas deben de estar despertándose por todo el país!

—¿Las tuyas también? —preguntó Susan.

—Soy humano —dije.

En la cama, abrazados con las luces apagadas, nos pusimos a llorar.

—Ni siquiera lo voté —dijo Susan.

—¿No?

—No me atrevía a decírtelo. Voté a Nixon.

—¡Dios santo, si que estabas mal!

—Tesoro, Jackie Kennedy no lo habría votado si no hubiera sido su mujer. Así es como nos han educado.

En septiembre de 1964, una semana después de que Spielvogel publicase sus observaciones sobre mi caso en el *Foro Norteamericano de Estudios Psicoanalíticos*, la Comisión Warren publicó las suyas acerca del asesinato. La comisión concluyó que Lee Harvey Oswald, solo y por iniciativa propia, era responsable de la muerte del presidente Kennedy; entretanto, Spielvogel había determinado que, a causa de mi educación, yo sufría «ansiedad de castración» y recurría al «narcisismo» como «defensa primaria». No todos estaban de acuerdo con las conclusiones del eminente jurista Warren ni con las del psicoanalista neoyorquino, así que, tanto en el gran mundo como en el pequeño, arreciaba el debate sobre la objetividad de las pruebas, las conclusiones, los motivos y los métodos de los investigadores... Y así transcurrieron esos azarosos años, con noticias de desastres y cataclismos surcando continuamente los cables telegráficos, como para recordarme que no podía decirse que yo fuera el habitante más desgraciado del planeta. Yo sólo tenía que luchar contra Maureen: ¿y si hubiera tenido edad para incorporarme al servicio activo?, ¿y si fuera un habitante de Indochina y hubiese tenido que habérmelas con Lyndon Johnson? ¿Qué era mi Johnson en comparación con el suyo? Solía ver las imágenes de Selma y Saigón y Santo Domingo, y me decía que *aquello* era espantoso, que era inhumano... pero no cambiaba en absoluto la situación entre mi mujer y yo. En octubre de 1965, estando Susan y yo en el Sheep Meadow de Central Park tratando de oír lo que decía el reverendo Coffin a la multitud allí reunida para condenar la guerra de Vietnam, ¿con quién me encontré de pronto, a unos pocos metros, sino con Maureen? En la chaqueta llevaba una chapa que rezaba: «Liberad al doctor Spock». Estaba de puntillas sobre sus altas botas, tratando de ver al orador por encima de las cabezas de la gente. La última noticia que había tenido de ella era la carta en que me advertía sobre la crisis nerviosa de lujo cuyos gastos no tardaría en pagar, en vista de mi negativa a portarme como «un hombre». ¡Qué agradable fue comprobar que todavía estaba en pie! ¡Supuse que aquello era un punto a favor de mi virilidad! ¡Qué ira sentí al verla allí! Toqué a Susan en el hombro.

—¡Vaya! ¡Mira quién está contra la guerra! —dije.

—¿Quién?

—La Rosa de Tokio, esa de allí. Ésa es mi mujer, Suzie Q.

—¿Ésa? —murmuró Susan.

—Sí, la que lleva una chapa en la chaqueta.

—Pero... en realidad, es guapa.

—A su estilo atormentado y satánico, supongo que sí. Vámonos, desde aquí no se oye nada.

—Es más baja de lo que suponía... a juzgar por tus relatos.

—Es más alta cuando se pone de puntillas. ¡Zorra! Matrimonio eterno en casa, liberación nacional fuera. Mira —dije señalando el helicóptero de la policía que volaba en círculos sobre la multitud—, están contando a los asistentes para la prensa... Vámonos.

—Venga, Peter, no seas niño...

—Mira, si hay algo que podría llevarme a estar a favor de bombardear Hanoi, es ella. Y con esa chapa... ¡Libérame, doctor Spock... *de ella!*

Aquella concentración contra la guerra fue la última vez que vi a Maureen hasta la primavera de 1966, cuando llamó por teléfono a mi apartamento y, con voz tranquila, me dijo:

—Quiero hablar contigo de nuestro divorcio, Peter. Estoy dispuesta a hablar con serenidad de todos los aspectos, pero no puedo hacerlo por medio de ese abogado tuyo. Ese hombre es un retrasado mental, y Dan simplemente no puede entenderse con él.

¿Era posible? ¿Irían a cambiar las cosas? ¿Era posible que todo fuera a terminar?

—No es un retrasado, es sólo un abogado competente y especializado en divorcios.

—Es un retrasado y un mentiroso, pero eso no es lo importante, así que no pienso perder el tiempo hablando de ello. ¿Quieres el divorcio o no?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que quiero el divorcio.

—En tal caso, ¿por qué no nos sentamos a hablarlo?

—No sé si podríamos «hablarlo», como tú dices.

—Repito: ¿quieres divorciarte o no?

—Oye, Maureen...

—Si quieres que nos divorciemos, iré a tu apartamento esta noche después de mi terapia de grupo para arreglar las cosas como adultos. Ya llevamos demasiado tiempo con esto y, francamente, estoy harta. Tengo otras cosas que hacer en mi vida.

—Me alegro de saberlo, Maureen. Pero, desde luego, no podemos vernos en mi apartamento.

—¿Dónde, entonces? ¿En la calle?

—Podemos vernos en terreno neutral. En el hotel Algonquin.

—¡Realmente, qué infantil eres! ¡Sigues siendo el pequeño lord Fauntleroy de Westchester!

—La palabra «Westchester» todavía te enfurece, ¿verdad? Como «Ivy

League». Todos estos años en la gran ciudad, y aún sigues siendo la hija del sereno de Elmira.

—Mmm... ¿Quieres seguir insultándome o prefieres hablar de lo que nos interesa? La verdad es que a estas alturas me importa muy poco lo que tú pienses de mí. Ya lo he superado. Tengo mi propia vida. Tengo mi flauta.

—¿Ahora es la flauta?

—Tengo mi flauta —prosiguió—, y mi grupo. Además, estudio en la New School.

—Cualquier cosa menos trabajar —comenté.

—Mi médico considera que aún no puedo trabajar. Necesito tiempo para pensar.

—¿Y en qué piensas?

—Oye, ¿quieres demostrarme lo inteligente que eres o quieres divorciarte?

—No puedes venir a mi apartamento.

—¿Es tu última palabra? No pienso hablar de un asunto tan serio en la calle ni en un bar de hotel. Así pues, si es tu última palabra, voy a colgar. Por Dios, Peter, no te voy a comer.

—Bueno —dije—, si sólo vamos a hablar del divorcio, puedes venir aquí.

—Te aseguro que no tengo ninguna otra cosa de qué hablar con alguien como tú. Iré directamente después del grupo.

¡Esa palabra!

—¿A qué hora termina el « grupo » ? —pregunté.

—Estaré en tu casa a las diez —repuso ella.

Cuando telefoneé a Spielvogel para contarle que había concertado un encuentro con Maureen sin consultárselo a él, me dijo:

—No me gusta.

—A mí tampoco —dije—. Pero si cambia de tema, la echaré. La obligaré a irse. ¿Qué podía decirle? Puede que al fin hable en serio. No puedo permitirme el lujo de decir que no.

—Bueno, si ya le ha dicho que sí, es sí.

—Por supuesto, todavía podría llamarla y decirle que no.

—¿Quiere hacerlo?

—Quiero divorciarme, eso es lo que quiero. Por eso creí que era mejor aprovechar la oportunidad, ya que se me presentaba. Si significa arriesgarme a tener una escena con ella, tendré que correr el riesgo.

—¿Sí? ¿Tiene fuerzas suficientes? ¿No se derrumbará en un mar de lágrimas? ¿No se arrancará la ropa a jirones?

—No, no. Eso ya pasó.

—Bueno, en ese caso —me dijo Spielvogel—, buena suerte.

—Gracias.

Maureen llegó puntual, a las diez. Llevaba un bonito traje de lana roja,

compuesto por una chaqueta corta sobre una blusa de seda y una falda acampanada. Nunca la había visto tan elegante, y aunque estaba demacrada y tenía arrugas alrededor de los ojos y la boca, su rostro estaba muy bronceado. No quedaba nada de plebeyo ni de «bohémio» en ella. Resultaba que acababa de regresar de un viaje de cinco días a Puerto Rico, unas vacaciones que su grupo había insistido en que se tomara. «Con mi dinero, chupasangre. Y el traje también. ¿Quién ha pagado todo eso, más que este esclavo?».

Maureen observó detenidamente la estancia, que Susan me había ayudado a arreglar por unos pocos cientos de dólares. Era bastante sencillo, pero, gracias al buen gusto de Susan, acogedor y confortable: alfombra de cáñamo, una mesa redonda rústica de roble, sillas de madera natural, un escritorio con una lámpara, estantes para libros, un diván cubierto con una colcha india y un sillón de segunda mano con una funda de color azul marino, confeccionada por Susan, haciendo juego con unas cortinas del mismo color, también cosidas a máquina por Susan.

—Muy pintoresco —dijo Maureen con desdén al ver el canasto con troncos que había junto a la chimenea—, y los colores, muy de *Casa y jardín*.

—A mí me gusta.

Del desdén a la envidia en un abrir y cerrar de ojos:

—Estoy segura de que debe de gustarte muchísimo. Deberías ver dónde vivo y o. Es la mitad de esto.

—La caja de zapatos de siempre. Ya lo suponía.

—Peter —me dijo después de inspirar profundamente—. He venido aquí para decirte algo.

Se sentó en mi sillón, como si estuviera en su casa.

—¿A decirme...?

—No pienso divorciarme. No me divorciaré jamás.

Maureen calló, esperando mi respuesta; así que respondí.

—Sal de aquí —le dije.

—Tengo unas cuantas cosas más que decirte.

—He dicho que te vayas.

—Acabo de llegar. No tengo intención de...

—Has mentido. *Has vuelto* a mentir. Por teléfono, hace menos de tres horas, me dijiste que querías hablar...

—He escrito un cuento sobre ti. Quiero leértelo. Lo tengo en el bolso. Se lo leí a mi clase en la New School. El profesor me ha prometido que intentaría que lo publicaran, fíjate si le parece bueno. Estoy segura de que no estarás de acuerdo con él, ya que, claro, tú tienes esos criterios tan elevados, a lo Flaubert, pero quiero que lo escuches. Tienes derecho a oírlo antes de que se publique.

—Maureen, o te levantas y te vas por tus propios medios, o te echo por la fuerza.

—Ponme un dedo encima y haré que te metan en la cárcel. Dan Egan sabe

que estoy aquí. Sabe que me invitaste a venir. Él no quería que viniese. Te ha visto en acción, Peter. Me dijo que si me tocabas un pelo de la ropa debía llamarle inmediatamente. Y si estás pensando que he ido a Puerto Rico con tu miserable pensión, te equivocas. Fue Dan quien me dio el dinero, cuando el grupo dijo que debía pasar unos días lejos de aquí.

—¿Es un grupo o una agencia de viajes?

—Ja, ja.

—Y esa ropa tan elegante... ¿Te la ha comprado tu terapeuta, o tus compañeros del grupo pasaron el platillo?

—No me la ha comprado nadie. Me la dio Mary Egan. El traje era suyo. Se lo compró en Irlanda. No te preocupes, no estoy viviendo una vida de lujo ni mucho menos con el dinero que ganas con el sudor de tu frente trabajando cuatro horas a la semana en Hofstra. Los Egan son mis amigos, los mejores amigos que he tenido.

—Muy bien, porque te hacen falta. Ahora, lárgate. *Vete*.

—Quiero que oigas este cuento —dijo buscando el manuscrito en su bolso—. Quiero que sepas que no eres el único que tiene cosas que contar al mundo sobre nuestro matrimonio. El cuento —dijo sacando varias hojas dobladas de un sobre de papel manila— se titula «Vestido con la ropa de mamita».

—Oye, llamaré a la policía y haré que ellos te echen de aquí. ¿Qué diría el señor Egan de eso?

—Si llamas a la policía, yo llamaré a Sal Valducci.

—No vas a llamar a nadie.

—¿Por qué no llamas a tu millonaria de Park Avenue, Peppy? Tal vez te envíe a su chófer para que te rescate de las garras de tu horrible mujer. Oh, no te preocupes, estoy enterada de todo lo que se refiere a tu preciosa señora McCall. ¡Esa monada tuya, estúpido! ¡Esa inútil y vulnerable millonaria de la alta sociedad! ¡Oh, no le des vueltas: hice que te siguieran, bastardo! ¡Sé cuáles son tus líos de faldas!

—¿Que hiciste que me... *qué*?

—¡Que te siguieran! ¡Un detective! ¡Por supuesto que lo hice, joder! ¡Y me costó una fortuna! No saldrás de rositas, ¿me oyes?

—¡Seguirme! ¡Estoy deseando divorciarme, zorra, cuando quieras! ¡Cuanto antes, mejor! No necesitamos detectives, no *necesitamos*...

—¡Ah, no será alguien como tú quien me diga qué necesitamos! ¡Yo no tengo ninguna millonaria que me regale gemelos de Cartier! ¡Yo me abro camino en este mundo sin la ayuda de nadie!

—¡Mierda, todos lo hacemos! ¿Y qué dices de esos gemelos? ¿De qué demonios estás hablando ahora?

Pero Maureen ya estaba otra vez lanzada, y la historia de «los gemelos de Cartier» iría con ella hasta la tumba.

—¡Ése es tu rollo! ¡Pobres chicas ricas, o jovencitas estudiantes que se quedan anonadadas por su profesor artista, como tu amiguita de las trenzas, la de Wisconsin! ¡O aquella otra princesa judía de Long Island! ¿Y aquella rubia grandota, la alemana, con la que te acostabas en el ejército? ¡Una enfermera: perfecta para ti! ¡Perfecta para el niño de mamá, con sus llorosos ojos pardos! Una mujer *de verdad*, Peter, y te pones a llorar. Una mujer de verdad, y...

—Dime, ¿quién te ha dado a ti el título de mujer *de verdad*? ¿Quién te ha nombrado delegada de las mujeres? Deja de intentar atragantarme con tu compresa usada, Maureen. ¡No hay *nada* de verdad en ti, eso es lo que te pasa! Y ahora, vete. ¿Cómo te has atrevido a hacer que me siguieran?

Maureen no se movió.

—He dicho que te vayas.

—Cuando haya terminado de decir lo que he venido a decir, me iré sin tu ayuda. Ahora voy a leerte mi cuento porque quiero que comprendas sin asomo de duda que los dos podemos jugar a escribir, que, si lo que tienes en tu vengativa mente es difamarme, los dos podemos jugar a la difamación. *Quid pro quo*, colega.

—¡Lár-ga-te!

—Es un relato breve sobre un escritor llamado Paul Natapov, que, mientras los lectores que lo toman *en serio* y los jurados de intelectuales que le dan *premios* lo obvian por completo, es aficionado a pasearse por la casa vestido con la ropa interior de su mujer.

—¡Maldita lunática! —exclamé mientras la obligaba a levantarse asiéndola de un brazo—. ¡Fuera, fuera de aquí, psicópata! ¡Sí, sólo hay una cosa en ti que es verdad, Maureen: *tu psicopatología*! ¡No es la mujer lo que me hace llorar, es la chiflada! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

—¡No, no! ¡Quieres quitarme mi cuento —gritó—, pero aunque lo rompas en mil pedazos, tengo una copia en la caja de seguridad de Dan Egan!

Y, diciendo esto, se arrojó al suelo, y se aferró a las patas del sillón y comenzó a darme puntapiés, como si fuese en bicicleta, con sus altos tacones.

—¡Levántate! ¡Déjalo ya! ¡Vete, Maureen, antes de que te rompa la cabeza!

—¡Inténtalo, señor Tarnopol!

Con el primer golpe con la mano la hice sangrar por su delicada nariz.

—¡Ay, Dios...! —gimió cuando la sangre comenzó a brotar de sus fosas nasales y a caer sobre la chaqueta de su bonito traje; la sangre era de un rojo más oscuro que el de la lana virgen.

—Y no he hecho más que empezar. Esto es sólo el comienzo. ¡Voy a convertirme en *pulpa* irreconocible!

—Hazlo. ¡Me da igual! ¡El cuento sigue en la caja fuerte de Dan! Hazlo. ¡Mátame!, ¿por qué no?

—Muy bien, lo *haré*. —Y le di bofetadas en la cabeza; primero en un lado, luego, en el otro—. ¡Si es lo que quieres, lo haré!

—¡Hazlo!

—Ahora —le dije dándole un golpe en el cogote con la mano abierta—, ahora —la volví a golpear, de la misma manera—, cuando vayas al juzgado no tendrás que inventarte nada: ¡ahora tendrás algo *real* de lo que lamentarte ante el juez Rosenzweig! ¡Una paliza en toda regla, Maureen! ¡Una verdadera paliza, al fin!

Yo estaba en el suelo, a horcajadas sobre ella, golpeándola con la mano abierta. Su sangre estaba en todas partes: en su cara, en mis manos, en la alfombra, por toda la pechera de su chaqueta, en su blusa de seda, en su garganta. Y las páginas de su cuento estaban desparramadas a nuestro alrededor, también ensangrentadas. Una paliza de verdad: era maravilloso. Yo estaba disfrutado.

Por supuesto, no tenía ninguna intención de matarla allí mismo, al menos mientras existieran las cárceles de las que Spielvogel me había hablado. De hecho, en realidad yo no estaba tan furioso. Sólo me estaba divirtiendo un poco. Y, extrañamente, lo que me hizo detenerme fue pensar que estaba echando a perder un traje que le quedaba tan bien. « Olvídate del traje », intentaba decirme a mí mismo.

—Voy a matarte, querida esposa, voy a terminar con tu vida aquí mismo, con tu vida de treinta y seis años, pero me lo voy a tomar con calma. Oh, deberías haber aceptado la cita en el Algonquin, Maureen.

—Adelante —gimió mientras la saliva corría por su mentón—. Mi vida... mi vida es una mierda, déjame morir ya...

—Pronto, muy pronto estarás completamente muerta.

No tuve que pensar mucho para decidir por dónde debía reiniciar el ataque. La puse boca abajo y empecé a golpearle el trasero. La falda de su traje rojo y su enagua se habían levantado, y allí estaba su pequeño trasero de gata de azotea, cubierto con unas ajustadas bragas blancas, quizá las mismas de las que tanto había oído hablar recientemente la New School. Le di una buena paliza: diez, quince, veinte azotes... y mientras yacía allí, sollozando, me incorporé y fui en busca del atizador de hierro negro que Susan me había comprado en el Village.

—Y ahora —anuncié—, voy a matarte, como te prometí.

Del suelo no me llegó ni una palabra, sólo un quejido.

—Me temo que tu obra se publicará póstumamente, porque te voy a destrozar el cráneo con este atizador. Quiero ver tus sesos, Maureen, con mis propios ojos. Quiero pisotearlos... y luego se los donaré a la ciencia. Sólo Dios sabe lo que pueden encontrar ahí. Maureen, prepárate para una muerte horrible.

Ahora apenas alcanzaba a oír lo que balbuceaba:

—Mátame —decía—. Mátame, mátame...

Sólo entonces caí en la cuenta de que había empezado a cagarse en las bragas. Sentí el olor antes de ver la mierda en la parte posterior de sus bragas. Mátame —balbuceaba en una especie de delirio—, mátame bien, mátame lentamente...

—¡Oh, joder!

Y de pronto soltó un alarido:

—¡*Mátame!*

—Maureen... Maureen, levántate. ¡Maureen, venga!

Abrió los ojos. Me pregunté si por fin había llegado a la demencia total. Ingresada para siempre... y yo pagando las facturas. ¡Dos mil dólares más al año! ¡Era mi fin!

—¡Maureen! ¡*Maureen!*

Logró dirigirme una sonrisa extraña.

—Mira. —Señalé entre sus piernas—. ¿Lo ves? ¿No te das cuenta? Mira, por favor. Te has cagado encima. ¿Me oyes, me comprendes? ¡*Contéstame!*

Maureen contestó:

—No has podido hacerlo.

—¿*Qué?*

—No has podido matarme. Eres un cobarde.

—¡Oh, Dios santo!

—Menudo hombretón...

—Vamos, al menos sigues siendo tú misma, Maureen. Ahora, levántate. ¡Ve al cuarto de baño!

—Cobarde.

—¡*Lávate!*

Maureen se incorporó a medias sobre los codos, pero al intentar ponerse de pie volvió a caer de bruces con un gemido.

—Quiero... quiero hacer una llamada.

—Luego —le dije tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—Tengo que hacer una llamada *ahora mismo*.

Sentí una oleada de náuseas y aparté la cabeza.

—¡Luego!

—Me has pegado —dijo como si acabase de enterarse en aquel preciso momento—. Mira cuánta sangre. ¡Mi sangre! ¡Me has pegado como a una puta de Harlem!

Tuve que alejarme unos pasos por el hedor que emitía. Oh, aquello era una locura, peor que una locura. Me puse a llorar.

—¿*Dónde está el teléfono!?*

—¿*A quién vas a llamar?*

—¡A quien me dé la gana! ¡Me has pegado! ¡Canalla, *me has pegado, a mí!*

Había conseguido ponerse de rodillas. Un golpe con el atizador —que, por cierto, seguía en mi mano derecha—, y no llamaría a nadie.

Me quedé mirándola mientras daba traspies hacia el dormitorio. Sólo lleva puesto un zapato.

—¡No, al cuarto de baño!

—Tengo que llamar por teléfono...

—¡Estás dejándolo todo lleno de mierda!

—¡Me has pegado, monstruo! ¿Es lo único que se te ocurre decir? ¿Que se mancha tu alfombra de *Casa y jardín*? ¡Oh, bastardo burgués, no me lo puedo creer!

—¡LÁVATE!

—¡NO!

Desde el dormitorio se oyó el ruido de las ruedas de la cama al deslizarse sobre los gastados surcos del suelo de madera. Se había dejado caer pesadamente en la cama, como quien se arroja desde lo alto del puente de George Washington.

Estaba marcando un número, y sollozando.

—Hola, ¿Mary? Soy Maureen. Me ha pegado. Mary, me... me... ¿Hola? ¿No? ¿Hola?

Con un gemido de frustración animal, colgó. Y volvió a marcar otro número, tan lentamente que parecía medio dormida.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hablo con Egan? ¡Quiero hablar con los Egan! ¿Hablo con el 201-236-2890? ¿Es la casa de los Egan? ¿Hola? —Emitiendo otro gemido, colgó violentamente el auricular—. ¡Quiero hablar con los Egan! ¡Quiero a los Egan! —gritó presionando la horquilla una y otra vez.

Yo estaba de pie junto a la puerta, con el atizador en la mano.

—¿Y tú por qué diablos lloras? —me dijo al verme—. Querías pegarme y me has pegado, así que *deja de llorar*. ¿Por qué, aunque sólo sea por una vez, te comportas como un hombre en lugar de lloriquear como un bebé?

—¿Qué dices? ¿Qué quieres que haga?

—¡Llamar a los Egan! ¡Me has roto los dedos! ¡*No siento los dedos*!

—¡No te he tocado los dedos!

—Entonces ¿por qué no puedo marcar el número? ¡MÁRCALO TÚ! ¡DEJA DE LLORAR CINCO SEGUNDOS Y MARCA BIEN EL NÚMERO!

Obedecí. Me había pedido que marcara el número, y yo lo hice. 201-236-2890. ¡Riiiiing! ¡Riiiiing!

—¿Sí? —dijo una voz de mujer.

—Sí —dije a mi vez—, ¿es Mary Egan?

—Yo misma. ¿Con quién hablo, por favor?

—Un momento. Maureen Tarnopol quiere hablar con usted.

Le pasé el auricular a mi mujer, y volví a sentir náuseas por el hedor que

despedía.

—¿Mary? —dijo Maureen—. Ay, Mary. —Apesadumbrada, rompió a llorar de nuevo—. ¿Está... está Dan en casa? Tengo que hablar con Dan..., ay, Mary, me... me ha pegado, Peter, ha sido él, me ha pegado mucho...

Y yo, con el arma en la mano, me quedé allí de pie, escuchando. ¿Cuál sería el próximo número que tendría que marcar? ¿El de la policía para que viniera a arrestarme, o el de Valducci para que redactara una nota para el *Daily News*?

La dejé sola en el dormitorio y, con una esponja y un cubo lleno de agua que saqué de la cocina, empecé a fregar la sangre y la materia fecal de la alfombra de la sala. Mantuve el atizador a mano, pero ahora, ridículamente, para defenderme.

Yo estaba de rodillas, secando el suelo con la enésima toalla de papel, cuando Maureen salió del dormitorio.

—¡Oh, qué niño tan bueno! —dijo.

—Alguien tiene que limpiar tu mierda.

—Ahora sí que estás en un aprieto, Peter.

Pensé que tenía razón —de pronto sentí una punzada en el estómago, como si hubiera sido yo quien se había cagado en los pantalones— pero fingí calma.

—¿Tú crees?

—No me gustaría estar en tu pellejo cuando llegue Dan Egan.

—Eso ya lo veremos.

—Es mejor que salgas corriendo, querido. Enseguida, y lo más lejos posible.

—¡Y tú, es mejor que te laves y te vayas!

—Quiero beber algo.

—Maureen, por favor. ¡Apesta!

—¡NECESITO BEBER ALGO! ¡HAS INTENTADO ASESINARME!

—¡Lo estás dejando todo lleno de mierda!

—¡OH, TÍPICO DE TI!

—¡HAZ LO QUE TE DIGO! ¡LÁVATE!

—¡NO!

Saqué una botella de whisky y puse una buena cantidad en dos vasos. Maureen cogió uno y, antes de que pudiera decirle «¡No!», se sentó sobre la funda de Susan.

—¡Maldita zorra!

—Que se joda la funda —dijo con tono desesperado, y apuró la bebida como si estuviera en un bar.

—Me llamas infantil a mí, Maureen, y tú te sientas ahí con tus pañales sucios, desafiándome.

—¿Por qué no...? —dijo encogiéndose de hombros—. No hay otra cosa que hacer.

Me alargó el vaso para que le sirviera otro trago. Cerré los ojos; no quería

mirarla.

—Maureen —le supliqué—, sal de mi vida, ¿quieres? ¿Quieres, *por favor*? Te lo ruego. ¿Cuánto tiempo más vamos a malgastar en esta locura? No sólo mi tiempo, sino también el *tuyo*.

—Ya has tenido tu oportunidad. Te has acobardado.

—¿Por qué esto tiene que terminar en *asesinato*?

Fríamente:

—Sólo intento convertirme en un hombre, Peppy, eso es todo.

—¡Oh, bueno, pues déjalo! ¿Vale? Soy un caso perdido. Tú ganas, Maureen, ¿de acuerdo? *Eres la ganadora*.

—¡Y una mierda lo soy! ¡No me echés encima toda esa mierda barata!

—Pero ¿qué más quieres?

—Lo que no tengo. ¿No es eso lo que todo el mundo quiere?

—Pero no te corresponde *nada*. A nadie le corresponde nada.

—¡Y eso te incluye a ti, niño mimado de mamá!

La suciedad caía de sus bragas cuando por fin, quince minutos después de habérselo pedido y o por última vez, entré en el cuarto de baño, golpeó la puerta y cerró con llave.

Corrí hacia la puerta y la golpeé con desesperación.

—Y que no se te ocurra matarte en mi cuarto de baño. *¿Me oyes?*

—Oh, no se preocupe, señor Tarnopol; ¡esta vez no se saldrá con la suya tan fácilmente!

Era casi medianoche cuando, por propia iniciativa, decidí que estaba lista para irse: tuve que quedarme sentado allí mirándola cuando empezó a limpiar la sangre de *Vestido con la ropa de mamita* (por Maureen Tarnopol) con una esponja húmeda; tuve que buscarle un clip grande y un sobre limpio para su manuscrito; tuve que servirle dos whiskys más, luego oír cómo me comparaba (yo salía perdiendo en la comparación) con los señores Mezik y Walker. Mientras retiraba la funda del sillón y la colcha sucias y las ponía en el cesto para la ropa del cuarto de baño, me vituperó largamente por mi origen burgués y por mis lealtades, tal como ella las entendía; de mi virilidad se ocupó mientras yo esparcía Aqua Velva sobre la alfombra de cáñamo. Sólo cuando abrí las ventanas de par en par y me detuve a respirar hondo —prefería las emanaciones del exterior a las que llenaban mi apartamento— se decidió por fin a irse.

—¿Y ahora debo darte el gusto de saltar por la ventana?

—Estoy ventilando la casa, pero puedes salir por donde quieras.

—Entré por la puerta, y saldré por la puerta.

—Siempre tan elegante.

—¡No te saldrás con la tuya! —dijo al salir, echándose a llorar.

Cerré con dos vueltas y la cadena de seguridad, y llamé inmediatamente a

casa de Spielvogel.

—Señor Tarnopol, ¿qué puedo hacer por usted?

—Lamento despertarle, doctor Spielvogel, pero creo que debo hablar con usted. Contarle lo que ha ocurrido. Maureen ha estado aquí.

—¿Sí?

—Y la he golpeado.

—¿Ha sido grave?

—Se ha ido por sus propios medios.

—Bueno, me alegro de oír eso.

Me eché a reír.

—La dejé hecha una mierda, literalmente. Le había dado un puñetazo en la nariz, ¿sabe?, y unas cuantas palmadas en el culo, y luego le dije que iba a matarla con el atizador, y al parecer la idea la excitó tanto que ha esparcido mierda por todo el apartamento.

—Ya veo.

Yo no podía dejar de reír.

—La historia es mucho más larga, pero eso es lo esencial. ¡Simplemente se cagó!

Tras una pausa, Spielvogel dijo:

—Parece que se ha divertido usted mucho.

—La verdad es que sí. El apartamento apesta, pero, de hecho, ha sido magnífico. ¡Ahora que lo pienso, ha sido uno de los momentos culminantes de mi vida! Pensé: « Ya está: voy a hacerlo. ¡Quiere que le den una paliza, y yo se la voy a dar! ». En cuanto entró, ¿sabe?, en el mismo instante en que se sentó, estaba pidiendo a gritos que le diesen una paliza. ¿Sabe qué me ha dicho, doctor? « No me divorciaré de ti. Nunca » .

—Me lo temía.

—¿Sí? ¿Y por qué no dijo nada?

—Usted me dijo que valía la pena arriesgarse. Me aseguró que no perdería el control por muy mal que fueran las cosas.

—Pues no lo perdí... ¿o sí?

—¿Usted qué cree?

—No lo sé. Antes de irse... después de la paliza..., llamó a su abogado. Yo le marqué el número.

—¿Usted se lo marcó?

—Y me temo que lloré. No torrencialmente, pero sí un poco. Pero... ¿sabe, doctor?, no lloraba por mí, sino por ella, aunque le cueste creerlo. Debería haber visto el espectáculo.

—Y ahora ¿qué?

—¿Ahora?

—Ahora usted debería llamar a su abogado, ¿no?

—¡Desde luego!

—Parece algo alterado —dijo Spielvogel.

—No, estoy bien. Sorprendentemente, me siento muy bien.

—En ese caso, llame a su abogado. Si quiere, puede volver a llamarme y contarme qué le ha dicho. Estaré levantado.

Lo que dijo mi abogado fue que debía abandonar la ciudad inmediatamente y poner tierra de por medio hasta que él me indicara que podía volver. Me informó de que podían arrestarme por lo que había hecho. En mi euforia, no se me había ocurrido esa posibilidad.

Volví a llamar a Spielvogel para darle la noticia y cancelar mis sesiones de la semana siguiente; le dije que suponía que no tendría que pagar esas horas (por favor, nada de regateos, rogué) ni tampoco las que perdería si me condenaban a noventa días de cárcel por lo que había hecho.

—Si le encarcelan —repuso Spielvogel—, haré lo posible para que otra persona ocupe sus horas.

Entonces telefoneé a Susan, que había estado esperando una llamada mía desde la noche anterior para enterarse de cómo había quedado lo de mi cita con Maureen. ¿Nos divorciábamos? No, debíamos abandonar la ciudad enseguida. Hacer la maleta.

—¿A estas horas? ¿Cómo? ¿Adónde vamos?

La recogí en un taxi, y por sesenta dólares (que de todos modos me habría gastado en tres sesiones con Spielvogel, pensé para consolarme) el conductor accedió a llevarnos por la carretera de Garden State hasta Atlantic City, donde recordaba haber pasado una vez, a los doce años, dos semanas idílicas en una cabaña junto al mar con mis primos de Camden, de la familia de mi padre. Allí, en las primeras doce horas, me enamoré de Sugar Wasserstrom, una niña de New Jersey alegre y de pelo rizado, compañera de escuela de mis primos y cuyos incipientes senos habían comenzado a brotar esa misma primavera (en abril, según me contó mi primo esa noche en la cama). El hecho de que yo viniese de New York me convirtió en algo así como un francés a los ojos de Sugar; al intuirlo, le conté largas anécdotas sobre mis viajes en metro, hasta que ella no tardó en enamorarse también de mí. Luego le canté mi versión a lo Gene Kelly de «Long Ago and Far Away», susurrándosela al oído mientras caminábamos del brazo por el paseo, y creo que eso hizo que se rindiese del todo a mí. Estaba completamente loca por mí. La besé unas mil veces en dos semanas. Atlantic City, agosto de 1945: mi reino junto al mar. La Segunda Guerra Mundial terminó con Sugar entre mis brazos... Tuve una erección, que ella tuvo el buen gusto de obviar y que, por mi parte, intenté por todos los medios que ella no advirtiera. Doblado de dolor por tanta contención, seguí besándola. ¿Cómo iba a permitir que el sufrimiento me detuviese en un momento como aquél? Así llegó la posguerra, y, a los doce años, también mis aventuras con las chicas.

Debía permanecer lejos de la ciudad mientras Dan Egan estuviese de viaje de trabajo en Chicago. Mi abogado esperaba el regreso de Egan para asegurarse de que no iniciase una demanda por lesiones con intención de homicidio, o al menos esperaba convencerlo de que no lo hiciera. Entretanto, intenté que Susan se lo pasara bien. Desayunábamos en la cama en nuestro hotel junto al paseo. Gasté diez dólares en un retrato de su perfil. Comimos ostras fritas y visitamos el Steel Pier. Le conté lo que había sucedido la noche de la victoria aliada, cuando con Sugar y mis primos bailamos la conga por el paseo (con permiso de mi tía) para celebrar la derrota de los japoneses. ¡Qué efusivo me mostré! ¡Y qué derrochador! Pero era mi dinero, ¿no? ¡No el suyo... el mío! Yo todavía no me tomaba suficientemente en serio las graves consecuencias legales de mi brutal comportamiento, y tampoco sentía todavía remordimiento alguno por haber hecho con tanta frialdad lo que en mi infancia judía me habían enseñado tanto a despreciar. ¿Un hombre que pega a una mujer? ¿Qué era más odioso que eso, salvo un hombre que pega a un niño?

La primera noche hablé por teléfono con el doctor Spielvogel a la hora en que de ordinario habría estado en la consulta para mi sesión.

—Me siento como un gángster con su chica —le dije.

—Por su tono, diría que el papel le va como anillo al dedo —repuso él.

—En conjunto, fue una experiencia provechosa. Hace mucho que debería haberme hablado del comportamiento bárbaro.

—Al parecer, usted lo ha adoptado muy bien sin mi ayuda.

En las últimas horas de la tarde de nuestro segundo día completo llamó mi abogado. No, Egan no había vuelto de Chicago, pero su mujer había telefonado para decirle que habían encontrado a Maureen inconsciente en su apartamento y que la habían trasladado en ambulancia al hospital Roosevelt. Llevaba dos días sin recuperar la conciencia y había peligro de que muriera.

«Y está cubierta de moretones —pensé—. Que yo le he hecho».

—Después de irse de mi apartamento, se fue a su casa e intentó suicidarse.

—Eso parece.

—En ese caso, es mejor que vaya a la ciudad.

—¿Por qué? —preguntó el abogado.

—Es mejor estar allí que no estar.

Yo mismo no estaba seguro de lo que quería decir con eso.

—La policía puede estar husmeando —me dijo.

«Valducci puede estar husmeando», pensé yo.

—¿Está seguro de que quiere volver? —me preguntó.

—Es mejor.

—Muy bien, pero si aparece la policía, llámeme. Estaré en casa toda la noche. No diga nada a nadie. Acudiré en cuanto me llame.

Le conté a Susan lo que había ocurrido y que debíamos volver a Nueva York

Susan también preguntó por qué.

—Ya no tienes nada que ver con ella, Peter. No es responsabilidad tuya. Está tratando de volverte loco, y tú se lo *permities*.

—Si se muere, es mejor que esté allí.

—¿Por qué?

—Porque debo estar, eso es todo.

—Pero ¿por qué? ¿Porque eres su marido? Peter, ¿y si se presenta la policía? ¿Y si te arrestan y te meten en la cárcel? ¿Eres consciente de lo que hiciste...? Podrían arrestarte ahora mismo. Tesoro, no durarías ni *una hora* en la cárcel.

—No me meterán en la cárcel —dije, pero tenía el corazón desbocado.

—La pegaste, lo cual fue una tontería, pero esto es una tontería aún mayor. Siempre estás tratando de comportarte como un hombre, y lo único que haces es actuar como un niño.

—¿Sí?

—Para ella no hay nada que sea de «hombre». ¿Aún no lo entiendes? Todo es una locura. ¡Más y más locura! Pero tú te comportas como un niño disfrazado de Superman, con esas ideas infantiles sobre ser grande y fuerte. ¡Cada vez que te provoca, tú caes en la trampa! ¡Si te llama por teléfono, le contestas! Si te escribe cartas, te vuelves loco. ¡Si no hace nada, te vas a casa y escribes una novela sobre ella! ¡Eres como... como su títere! ¡Ella tira de la cuerda y... tú saltas! Es... es *patético*.

—Patético, ¿eh?

—Oh —se lamentó Susan—, ¿por qué tuviste que golpearla? ¿Por qué la pegaste?

—En realidad, creía que te gustaba que lo hubiese hecho.

—¿De verdad? ¿*Gustarme*, a mí? Me pareció horrible. No te lo dije porque parecías muy satisfecho *contigo* mismo. Pero ¿por qué lo hiciste? Esa mujer es una psicópata, tú mismo lo dices. ¿Qué se gana con maltratar a alguien que no es responsable de lo que dice? ¿Para qué sirve?

—¡No aguantaba más, para eso sirvió! Puede que ella sea una psicópata, pero yo soy el marido de la psicópata, y *no puedo aguantarlo más*.

—Pero ¿qué pasa con tu voluntad? Tú siempre me dices que tenga fuerza de voluntad. Tú me convenciste para que volviese a la universidad, machacándome la cabeza con eso de mi *voluntad*... y ahora tú, que detestas la violencia, que eres amable y civilizado, cambias completamente y haces algo tan falto de control como *eso*. Para empezar, ¿por qué le permitiste que fuese a tu apartamento?

—¡Para conseguir el divorcio!

—¡Pero para eso está tu abogado!

—Ella se niega a cooperar con mi abogado.

—¿Y con quién va a cooperar? ¿Contigo?

—Mira, estoy intentando escapar de una trampa. Caí en ella a los veinticinco años, y ahora tengo treinta y dos y sigo atrapado en ella.

—Pero la trampa eres tú mismo. Tú eres la trampa. Cuando te llamó por teléfono, ¿por qué no colgaste? Cuando no quiso ir al Algonquin, ¿cómo no te diste cuenta de...?

—¡Porque creí ver una salida! ¡Porque la pensión compensatoria me está sacando la sangre! ¡Porque ir y venir al juzgado para que analicen mis ingresos y mi talonario de cheques me saca de mis casillas! ¡Porque le debo cuatro mil dólares a mi hermano! ¡Porque no me queda nada del adelanto de veinte mil dólares que me dieron por un libro que ahora no puedo escribir! ¡Porque cuando ese juez Rosenzweig oye que sólo doy dos clases a la semana está dispuesto a enviarme a Sing Sing! ¡Él no hace más que engordar, con ese trabajo suyo para el que se pasa todo el día sentado, mientras los seductores de alumnas como yo van por ahí abandonando a sus mujeres a diestra y siniestra e impartiendo sólo dos clases a la semana! ¡Pretenden que me dedique a vender periódicos, Susan! ¡Les da igual si tengo que vender helados en la calle! ¿Yo la abandoné? ¡Me acompaña día y noche! ¡No se puede abandonar a esa mujer!

—Tú no puedes.

—Pero no es culpa mía... sino de ellos.

—Peter, lo que dices no tiene sentido.

—Ya no tengo sentido. ¡Lo he perdido!

—Pero, tesoro —suplicó Susan—, yo tengo dinero. Podrías utilizar *mi* dinero.

—No podría.

—Pero si ni siquiera es mío. En realidad, no es de nadie. Es de Jamey. Es de mi abuelo. Y todos están muertos, y hay mucho dinero, así que *¿por qué no?* Puedes pagarle a tu hermano, puedes pagarle al editor y olvidarte de esa novela y empezar algo nuevo. Y puedes pagarle a ella lo que fije el juez y simplemente olvidarte de ella... Por favor, olvídale de una vez, antes de que lo eches todo a perder. ¡Si no lo has hecho ya!

Ah, pensé, eso sí que sería estupendo. ¡Pagarles a todos y comenzar de nuevo! ¡*De cero!* Volver a Roma y comenzar otra vez... Vivir con Susan y nuestros tiestos con geranios y nuestras botellas de Frascati y nuestras paredes cubiertas de libros en un apartamento pintado de blanco en el Janiculum... comprar un Volkswagen nuevo y hacer otra vez todos aquellos viajes, recorrer aquellas montañas sin que nadie me arrebataste el volante..., *gelati* en paz en la Piazza Navona... pasear en paz por el mercado de Campo Dei Fiori... comer con amigos en el Trastevere, *en paz*. Sin delirios, sin vociferar, sin lágrimas... y escribir sobre algo que no fuera Maureen... ¡Oh, pensar en todo lo que hay en el mundo sobre lo cual escribir y que no es Maureen...! ¡Qué lujo!

—Podríamos arreglarlo con el banco —decía Susan—: que le envíen un

cheque todos los meses. Ni siquiera tendrías que pensar en ello. Tesoro, eso sería todo. Podrías borrarlo todo con un solo gesto.

—No sería así, y no podría borrar algo como esto, y eso es todo. Además, en cualquier caso, se va a morir.

—¿Ella? No —dijo Susan con amargura.

—Prepara tu maleta. Nos vamos.

—Pero ¿por qué permites que te crucifique por lo del dinero si no es necesario?

—Susan, ya me resulta bastante difícil aceptar dinero de mi hermano mayor.

—Pero yo no soy tu hermano. Soy tu... soy yo.

—Vamos.

—¡No!

Y, más enfadada de lo que la hubiese creído capaz, se encerró en el cuarto de baño.

Sentado en el borde de la cama, cerré los ojos e intenté pensar con *claridad*. Al hacerlo, sentí que me temblaban las rodillas. «Está llena de moretones. ¿Podrán decir que yo la maté? ¿Podrán argumentar que le metí las pastillas en la garganta y la dejé allí para que muriese sola? ¿Podrán buscar huellas digitales en su piel? ¡Si lo hacen, encontrarán las mías!».

En este punto sentí un escalofrío en la coronilla.

Susan estaba a mi lado y acababa de arrojarme un vaso de agua fría en la cabeza. Dicen que la violencia engendra violencia, y para Susan ése fue el acto más violento que se había atrevido a cometer en toda su vida.

—Te odio —dijo golpeando el suelo con el pie.

Y con esta observación cerramos nuestras maletas y guardamos la caja de caramelos que le había comprado al doctor Spielvogel, y en un coche de alquiler partimos de la playa donde hacía tantos años había experimentado el amor romántico por primera vez: Tarnopol vuelve a hacer frente al escándalo en Nueva York.

Por fortuna, en el hospital no había ni rastro de Valducci ni de la policía: ni esposas, ni coche patrulla, ni flashes, ni cámaras de televisión grabando imágenes del rey de los asesinos... ¡Todo eran fantasías paranoicas: delirio de grandeza para entretenerse durante el viaje en coche, y Narcisismo, con N mayúscula! ¿Sentimiento de culpa y ambivalencia por ser tan especial? Ah, Spielvogel, tal vez tenga usted razón en aspectos que ni siquiera sospecha: puede que esta Maureen mía sea la *Miss América* de los sueños de un narcisista. Me pregunto si habrá elegido a esta mujer-lobo por ser, como usted dice, un Gargantúa del amor a sí mismo. O porque, secretamente, empatizo con la situación de la pobre muchacha, porque sé que es lógico que mienta, robe y arriesgue incluso su vida para conseguir a alguien como yo. Porque en cada alarido salvaje y cada idea lunática está diciendo: «Peter Tarnopol, eres irresistible». ¿Es por eso que no

puedo dejarla, porque me halaga tanto?

No, no, no, basta de flagelarme con razones que expliquen por qué estoy siendo destruido. ¡Claro que puede alejarme... si me dejan!

Tomé el ascensor hasta la unidad de cuidados intensivos y me identifiqué ante la joven enfermera del mostrador.

—¿Cómo está mi mujer? —pregunté en voz baja. Me indicó que me sentara y esperase para poder hablar con el médico, que en aquel momento estaba con la señora Tarnopol—. ¿Está viva? —dije.

—Desde luego —repuso la enfermera tocándome afectuosamente el codo.

—Muy bien. Muy bien —dije—. Y no hay probabilidades de que...

—Deberá preguntárselo al doctor, señor Tarnopol.

Bien. Muy bien. Todavía es posible que se muera. ¡Y seré libre por fin!

¡Y en la cárcel!

¡Pero yo no la maté!

Alguien me había tocado el hombro.

—¿No es usted Peter?

Una mujer baja y rechoncha, con el pelo gris y un vivaz rostro lleno de arrugas, cuidadosamente vestida con un traje azul marino y calzada con zapatos «discretos», me miraba con cierta timidez; más tarde supe que era sólo unos años mayor que yo y profesora de quinto curso de una escuela parroquial católica de Manhattan (y que estaba, por sorprendente que parezca, bajo tratamiento a causa de un recurrente problema de alcoholismo). No tenía un aspecto más amenazador que la comedida bibliotecaria de mi infancia, pero allí, en aquella sala de espera de hospital, sólo pude ver en ella a una enemiga, a la vengadora de Maureen. Retrocedí unos pasos.

—¿No es usted Peter Tarnopol, el escritor?

La afectuosa enfermera había mentido. Maureen había muerto. Me iban a arrestar por homicidio premeditado. Me iba a arrestar esa mujer policía.

—Sí —dije—. Sí, escribo.

—Soy Flossie.

—¿Quién?

—Flossie Koerner. Del grupo de Maureen. He oído hablar mucho de usted.

Asentí con una sonrisa forzada.

—Me alegro muchísimo de que haya venido —me dijo—. Ella querrá verle en cuanto recobre el conocimiento... Tiene que recobrase, Peter..., debe recobrase.

—Sí, sí, no se preocupe...

—Ama mucho la vida —dijo Flossie Koerner aferrando una de mis manos. Vi que sus ojos, detrás de las gafas, estaban enrojecidos por el llanto. Con un suspiro y una sonrisa tierna, encantadora en realidad, añadió—: Y le quiere muchísimo a usted.

—Sí, bueno... ahora habrá que ver...

Nos sentamos juntos para esperar al médico.

—Es como si le conociera a usted realmente —dijo Flossie Koerner.

—¿Sí?

—Cuando oigo hablar a Maureen de todos los lugares que visitaron en Italia, todo es tan vívido que prácticamente me hace sentir que estuve allí, con ustedes dos, almorzando aquel día en Siena... y... ¿recuerda la pensión donde se alojaron en Florencia?

—¿En Florencia?

—Frente a los jardines Boboli. La propietaria era aquella viejecita tan simpática, la que se parecía a una escritora, creo que a Isak Dinesen.

—Ah, sí.

—Y el gatito con la cara llena de salsa de tomate.

—No recuerdo eso...

—Junto a la Fontana di Trevi, en Roma.

—No lo recuerdo...

—Está tan orgullosa de usted, Peter... Se jacta de usted como una niña. Debería oírlo cuando alguien se atreve a criticar el más pequeño detalle de su libro. Es como una leona protegiendo a sus cachorros.

—Una leona, ¿eh?

—En el fondo, podría decirse que eso es lo más característico de Maureen, ¿verdad? Si fuera posible definirla en una sola palabra, sería ésta: lealtad.

—Lealtad de leona —dije.

—Sí, una lealtad salvaje, decidida, llena de convicción y pasión. Todo significa *muchísimo* para ella. Peter, tendría que haberla visto en Elmira, en el funeral de su padre. Desde luego, habría preferido ir con usted..., pero tuvo miedo de que la interpretara mal, y siempre se había sentido avergonzada por ellos ante usted, así que no se atrevió a llamarlo. Yo la acompañé. Me dijo: «Flossie, no puedo ir sola, pero tengo que estar allí, tengo que...». Y tenía que estar allí, Peter, para perdonarlo... por lo que le hizo.

—No sabía nada de esto. ¿Su padre ha muerto?

—Hace dos meses. Tuvo un ataque al corazón y murió en un autobús.

—¿Y qué le había hecho para que ella tuviese que perdonarlo?

—No puedo decirlo.

—Era sereno no sé dónde... ¿verdad? En alguna fábrica de Elmira...

Flossie había vuelto a cogerme la mano.

—Cuando Maureen tenía once años...

—¿Qué pasó?

—Su padre... la forzó... Pero al pie de su tumba, Peter, ella lo perdonó. Le oí susurrar las palabras con mis propios oídos. No se imagina lo que sentí. Me rompió el corazón. «Te perdono, papaito», le dijo.

—¿No le parece extraño que nunca me haya contado eso?

¿No cree que quizá leyó algo así en *Suave es la noche*? ¿O en un estudio de Krafft-Ening? ¿O en « Los cien casos de personas desesperadas » del número de Navidad del *Times* dominical? ¿No cree más bien que intentaba destacarse entre las mujeres del grupo? Flossie, a mí esto me suena a historia de horror freudiana para noches junto a la hoguera tostando malvaviscos en el campamento de psicoterapia.

—¿Contárselo a usted? Toda su vida se sintió demasiado humillada para contárselo a *nadie*, hasta que llegó al grupo. Toda su vida sintió terror de que la gente se enterara, porque se sentía muy... muy mancillada. Ni siquiera su madre lo sabía.

—¿Usted ha conocido a su madre?

—Pasamos la noche en su casa. Maureen volvió a verla en dos ocasiones. Se pasan días enteros hablando del pasado. Oh, Maureen está intentando con todas sus fuerzas perdonarla a ella también. Perdonar, olvidar.

—¿Olvidar qué? ¿Perdonar qué?

—La señora Johnson no fue muy buena madre, Peter...

Flossie no dio detalles morbosos, y yo tampoco se los pedí.

—En fin, Maureen no quería que usted supiese nada de todo esto. Todos intentábamos convencerla de que ella no tenía la culpa. Quiero decir que a nivel intelectual, por supuesto, comprendía..., pero esa vergüenza estaba muy dentro de ella desde su más tierna infancia... En realidad, es una historia clínica clásica.

—Eso parece.

—Oh, le *dije* que usted lo comprendería.

—Creo que lo comprendo.

—¿Cómo podría morirse? ¿Cómo puede una persona con tantas ganas de vivir y tanta voluntad de luchar contra el pasado, alguien que lucha tanto por sobrevivir, por el futuro... cómo puede morir? La última vez que volvió de Elmira, bueno, estaba destrozada. Por eso pensamos que el viaje a Puerto Rico le sentaría bien. Baila muy bien.

—¿Sí?

—Pero todo ese baile, y ese sol, y alejarse de todo... y luego regresó y cayó en picado. Y ha hecho *esto*. Es muy orgullosa. Demasiado orgullosa a veces, pienso yo. Por eso se lo toma todo tan a pecho. Sobre todo en lo que se refiere a usted. Bueno, la verdad es que usted lo es todo para ella, usted lo sabe bien. ¿Sabe?, intelectualmente, a estas alturas, ella sabe lo arrepentido que está usted. Sabe que aquella chica era una mujerzuela, y que los hombres suelen hacer esas cosas. En parte es culpa del tal señor Egan... No debería decirlo, pero la tiene entre sus garras. Cada vez que alguien va y le ruega a Maureen que vuelva con usted, Egan aparece y dice que no, que no debe confiar en usted. Es posible que

esté siendo entrometida, pero se trata de la *vida* de Maureen. Lo que ocurre es que el señor Egan es muy católico, y la señora Egan más aún, así que, Peter, como usted es judío tal vez no comprenda lo que significa para ellos que alguien haga lo que usted hizo. Mis padres habrían reaccionado del mismo modo. Yo me crié en ese ambiente, y sé el poder que tiene. No se dan cuenta de cuánto ha cambiado el mundo, no saben nada de chicas como la tal Karen, y tampoco quieren saberlo. Pero cuando veo a esas universitarias de hoy día, con esa falta de moral y de respeto por todo, comprendo que son capaces de cualquier cosa. No dudan en lanzarse sobre cualquier hombre atractivo aunque sea lo bastante viejo como para ser su padre...

Apareció el médico.

«Dígame que ha muerto. Iré a la cárcel para siempre. Por favor, que esa inmunda psicópata y mentirosa esté muerta. El mundo será un lugar mejor».

Las noticias eran «buenas». El señor Tarnopol ya podía entrar a ver a su mujer. Estaba fuera de peligro, había recuperado la consciencia; el doctor había logrado incluso que dijera algunas palabras, pero ella estaba tan confusa que seguramente no había comprendido lo que habían dicho ninguno de los dos. Afortunadamente, explicó el doctor, el whisky que había tomado con las pastillas le había provocado náuseas y había vomitado la mayor parte del «material tóxico» que de otro modo la habría matado. El doctor me advirtió de que tenía lesiones en la cara...

—¿Sí? ¿De verdad?

Al parecer, había estado mucho tiempo tendida con la boca y la nariz apretados contra el borde duro del colchón manchado de su propio vómito. Pero aquello también había sido una suerte: si al vomitar no hubiese estado boca abajo, podría haberse ahogado. Además, tenía moretones en las nalgas y los muslos...

—¿Sí?

Lo cual indicaba que también había pasado parte de los dos días tendida boca arriba. Todos esos movimientos, dijo el médico, la habían mantenido con vida.

Estaba salvado.

Pero Maureen también.

—¿Cómo la encontraron? —pregunté al doctor.

—Yo la encontré —dijo Flossie.

—Sí, debemos agradecerse a la señorita Koerner —dijo el doctor.

—Estuve llamando varios días —dijo Flossie—, y no contestaba nadie. Y anoche no vino a la reunión del grupo. Me temí que algo pasaba, porque, aunque a veces no viene, cuando está practicando con su flauta o por algún otro motivo..., me temí que algo pasaba porque sabía que estaba deprimida desde que volvió de Puerto Rico. Y esta tarde ya no pude seguir esperando, así que le dije a la hermana Mary Rose que tenía que salir antes, y en plena clase de aritmética me metí en un taxi y fui a casa de Maureen y llamé a la puerta. Seguí llamando,

y entonces oí a Delilah y estuve *segura* de que ocurría algo.

—¿Oyó a quién?

—A la gata. Estaba maullando, pero nadie abría la puerta. Entonces me puse a cuatro patas en el suelo del pasillo (hay un pequeño espacio bajo la puerta porque no ajusta muy bien; siempre le digo a Maureen que es peligroso) y llamé a la gata, y entonces vi la mano de Maureen colgando a un lado de la cama. Pude ver que sus dedos casi tocaban la alfombra. Así que corrí a casa de un vecino y llamé a la policía y derribaron la puerta, y allí estaba, vestida sólo con ropa interior, y toda esa... suciedad que el doctor ha mencionado.

Quería preguntarle a Flossie si habían encontrado alguna nota de suicida, pero el doctor estaba todavía con nosotros, así que me limité a decir:

—¿Ya puedo entrar a verla?

—Creo que sí. Pero sólo unos minutos.

En el cuarto en penumbra, en una de las camas semejantes a cunas, Maureen yacía con los ojos cerrados, cubierta por una sábana y llena de tubos y sondas conectados a diferentes botellas, frascos y máquinas. Tenía la nariz muy hinchada, como si hubiese participado en una pelea callejera. Y eso era exactamente lo que le había sucedido.

La contemplé en silencio durante quizá un minuto, antes de caer en la cuenta de que no había llamado a Spielvogel. De pronto sentí la necesidad de hablar con él para saber si en realidad debía estar allí o no. Quería conocer su opinión. ¿Qué estaba yo haciendo allí? ¿Era mi flagrante narcisismo o, como me había dicho Susan, era yo mismo comportándome, una vez más, como un niño? ¿Acudía a la llamada de mi dueña Maureen! ¡Oh, si ése es el caso, doctor Spielvogel, dígame cómo dejar de hacerlo! ¿Cómo puedo llegar a ser lo que en la literatura se describe como *un hombre*? Deseaba tanto serlo... ¿Por qué, entonces, está siempre más allá de mi alcance? ¿O era posible...? ¿La vida de ese niño era la vida de un hombre a fin de cuentas? ¿Era eso? O podría ser, pensé, que esperase demasiado de la «madurez». ¡Este caos es eso: la vida adulta!

Maureen abrió los ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo para enfocarme. Dejé que se tomara el tiempo necesario. Luego me apoyé en la barandilla de la cama, y con mi rostro cerniéndose sobre el de ella, le dije:

—Esto es el infierno, Maureen. Estás en el infierno. Te han enviado al infierno por siempre.

Quería que creyese cada una de mis palabras.

Pero Maureen empezó a sonreír. Una sonrisa sardónica dedicada a su marido, incluso *in extremis*. Con un hilo de voz, repuso:

—Perfecto, porque tú estás conmigo.

—Esto es el infierno, y voy a estar toda la Eternidad mirándote ahí abajo y diciéndote que eres una zorra y una mentirosa.

—Como estar de nuevo en la Vida Misma.

Le dije, agitando un puño:

—¡¿Y si hubieses muerto?!

Estuvo en silencio durante un buen rato. Luego se humedeció los labios y dijo:

—En ese caso, tú estarías con el agua al cuello.

—Pero *tú* estarías *muerta*.

Aquello despertó su ira, *aquello* hizo que volviese en sí totalmente. Si, ahora estaba viva.

—Venga, deja de decir gilipolleces. No me vuelvas con aquello de que «La Vida es Sagrada». No es sagrada cuando se sufre constantemente. —Estaba llorando—. Mi vida no es más que sufrimiento.

«Mientes, zorra. Me mientes a mí, como le mentiste a Flossie Koerner, como le mientes a tu grupo, como les mientes a todos. ¡Llora, pero no voy a llorar contigo!».

Ése fue el juramento de quien aspiraba a ser un hombre; pero el niño, que no moriría, comenzó a derrumbarse.

—El sufrimiento, Maureen —las lágrimas que caían de mi cara se estrellaban en la sábana que la cubría—, el sufrimiento proviene de todas tus *mentiras*. La mentira es la forma que *toma* tu sufrimiento. Si hicieras un esfuerzo, si dejaras de...

—Oh, ¿cómo te atreves...? Fuera de aquí, tú y tus lágrimas de cocodrilo. ¡Doctor —gritó débilmente—, ayúdeme!

Movió la cabeza de un lado a otro sobre la almohada.

—Muy bien —le dije—. Cálmate, cálmate. *Basta*. —Le había cogido una mano.

Me apretó los dedos, me los aferró, y no me los soltaba. Hacía mucho que no nos cogíamos de la mano.

—¿Cómo —lloriqueó—, cómo...?

—Vale, tranquila...

—¿Cómo puedes ser tan cruel viéndome así?

—Lo siento.

—Revivo dos minutos... y ya vuelves a llamarme mentirosa. ¡Dios mío! —añadió como si fuese mi hermana pequeña.

—Sólo trato de sugerirte cómo aliviar tu dolor. Sólo intento decirte —¡venga, sigue, sigue...!— que *tus mentiras son el origen de tu odio hacia ti misma*.

—¡Mierda! —dijo sollozando y soltando su mano de la mía—. Estás intentando librarte de pagarme la pensión. Eres transparente para mí, Peter. Oh, gracias a Dios que no me he muerto —gimió—. Me había olvidado de la pensión. ¡Hasta ese punto me dejaste hundida!

—Maureen, esto es un puto infierno.

—¿Quién ha dicho que no? —repuso, y, agotada, cerró los ojos, aunque no para olvidar, todavía no. Sólo para dormir y despertarse furiosa una última vez.

Cuando volví a la sala de espera había un hombre con Flossie Koerner, un tipo grande y rubio con botas lustrosas, de punta cuadrada, y con un traje perfectamente cortado a la última moda. Su aspecto era tan impresionante —«carismático» es la palabra que se usa hoy día— que a la primera mirada no distinguí su bronceado de su brillo general. Por un momento pensé que podría ser un detective, pero sólo en las películas hay detectives así.

Lo comprendí de pronto: ¡acababa de regresar de unas vacaciones en Puerto Rico!

Me tendió una mano grande y bronceada. Suaves y anchos puños de camisa franceses, gemelos de oro con forma de pequeños micrófonos, extrañas matas animalescas de vello dorado en los nudillos... Verdaderamente, de las muñecas a las uñas de las manos era algo fuera de serie... ¿Cómo diablos lo había atrapado Maureen? Para atrapar a semejante ejemplar hacía falta, al menos, la orina de una condesa embarazada.

—Soy Bill Walker —dijo—. He tomado un vuelo hasta aquí en cuanto recibí la noticia. ¿Cómo está? ¿Puede hablar?

Era mi predecesor, era Walker, el que le había «prometido» renunciar a los chicos después de casarse y luego había roto su promesa. ¡Qué hombre tan deslumbrante! Yo mismo, en mi estilo delgado, casi famélico, de judío asquenazí, no soy del todo mal parecido, pero aquél era una *belleza*.

—Está fuera de peligro —le dije a Walker—. Sí, está hablando. No se preocupe, es la misma de siempre.

Walker irradió una sonrisa mucho más cálida y amplia de lo que mi sarcasmo justificaba; me di cuenta de que no lo había captado. Simplemente estaba muy contento al oír que Maureen seguía viva.

Flossie, que también estaba en el séptimo cielo, nos señaló a los dos apreciativamente:

—No puede decirse que no sabe elegirlos.

Transcurrió un momento antes de que comprendiese que me estaba colocando, con Walker, en la categoría de los Adonis de Metro Ochenta. Me ruboricé, pero no al pensar que quien había elegido a Walker también me había elegido a mí, sino porque tanto Walker como yo la hubiésemos elegido a ella.

—Oiga, quizá podríamos tomar algo más tarde y charlar un rato —propuso Walker.

—Tengo que salir corriendo —repuse; una respuesta que a Spielvogel le habría parecido divertida.

Entonces Walker sacó una billetera de uno de los bolsillos laterales de su entallada chaqueta y me pasó una tarjeta de visita.

—Por si viene a Boston —dijo—, o por si quiere ponerse en contacto conmigo por algo relacionado con Maur.

¿Estaba tirándome los tejos? ¿O realmente le importaba «Maur»?

—Gracias —le dije. En la tarjeta vi que trabajaba en un canal de televisión de allí.

—Señor Walker —le dijo Flossie cuando vio que se dirigía al mostrador de la enfermera. Seguía radiante de júbilo por cómo había ido todo—. Señor Walker, ¿querría...? —Y le entregó un pedacito de papel que había sacado a toda prisa de su cartera—. No es para mí, es para mi sobrinito. Colecciona autógrafos.

—¿Cómo se llama?

—Oh, qué amable. Se llama Bobby.

Walker firmó el papel y se lo devolvió con una sonrisa.

—Peter, Peter. —Flossie estaba algo avergonzada, o molesta, de modo que me tocó la mano con la punta de los dedos—. ¿Firmaría usted *también*? No podía pedirselo antes, con Maureen aún en peligro... ¿Lo comprende, verdad? Pero ahora, bueno, me siento tan bien, tan aliviada...

Dicho lo cual, me pasó otro trozo de papel. Perplejo, lo firmé pensando: «Ahora sólo necesita la firma de Mezik y Bobby tendrá el juego completo. ¿Qué pasa con todo este asunto de las firmas? ¿Es una trampa? ¿Flossie y Walker compinchados con... quién? ¿Usar mi firma para *qué*? Venga, tranquilízate. Esto es locura paranoica. Más narcisismo» .

¡Miren quién habla!

—Por cierto —me dijo Walker—, me gustó muchísimo *Un padre judío*. Impresionante. Creo que ha captado de verdad el dilema moral del judío norteamericano de hoy. ¿Cuándo tendremos otra obra?

—En cuanto pueda sacar a esa zorra de mi vida.

Flossie no podía, y por lo tanto no quiso, creer lo que acababa de oír.

—No es mala, ¿sabe? —observó Walker en voz baja y severa, impresionante no sólo por su contención, sino también por su timbre—. De hecho, es una de las personas más valientes que he conocido. Es una mujer que ha pasado por muchas cosas, y ha sobrevivido a todas.

—¡Yo también he pasado por muchas cosas, amigo! ¡Y por su culpa!

Una capa de sudor comenzaba a cubrirme la frente y el labio superior; me enfurecía aquel elogio a la valentía de Maureen, sobre todo viniendo de aquel tipo.

—Bueno —dijo con tono gélido e hinchando un poco el pecho—, me parece que usted es perfectamente capaz de cuidarse. Además, he oído que tiene una buena derecha... —Una de las comisuras de sus labios se levantó imperceptiblemente... una sonrisa despreciativa apenas teñida (a menos que me lo estuviese imaginando) por un tono invitador y lleno de coquetería—. Como se suele decir, cuando el río suena...

—Con mucho gusto. *Con mucho gusto* —le interrumpí—. ¡Entre ahí y dígame que deje abierta la puerta de atrás!

Flossie nos puso a cada uno una mano sobre el hombro e intervino:

—Señor Walker, Peter está alterado por todo lo ocurrido.

—Eso espero —dijo Walker. Dio tres zancadas hacia el mostrador de la enfermera y se presentó—: Soy Bill Walker. Ya he hablado con el doctor Maas.

—Ah, sí. Puede entrar a verla. Pero sólo unos minutos.

—Gracias.

—¿Señor Walker? —La enfermera, una guapa y robusta joven de unos veinte años que hasta entonces había sido puro tacto y sentido común, se volvió de pronto tímida y torpe. Ruborizándose, le pidió—: ¿Le importaría firmar aquí? Acabo mi turno ahora. ¿Querría firmar, por favor? —Y también ella le alargó un trozo de papel.

—Con mucho gusto. —Walker se inclinó sobre el mostrador—. ¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Ah, eso no importa —dijo ella ruborizándose todavía más—. Ponga simplemente «Jackie» ... Eso será suficiente.

Walker firmó el papel lentamente, concentrado, y luego se alejó hacia la unidad de cuidados intensivos.

—¿Quién es? —le pregunté a Flossie.

Mi pregunta la dejó confusa.

—Bueno, el marido de Maureen, entre usted y el señor Mezik.

—¿Y por qué todo el mundo quiere un autógrafo suyo? —pregunté agriamente.

—Pero ¿no lo sabe?

—¿Saber qué?

—Es el Huntley-Brinkley de Boston. Es el presentador del noticiario de las seis. Acaba de salir en la portada del último *TV Guide*. Antes interpretaba obras de Shakespeare.

—Ya veo.

—Peter, estoy segura de que Maureen no pretendía darle celos al mencionarlo en este momento. Walker la ha estado ayudando en estos momentos difíciles, eso es todo.

—Y fue él quien la llevó a Puerto Rico.

Flossie, que ya estaba totalmente desconcertada y nada segura de qué convenía decir para apaciguar los ánimos de aquel triunvirato con cuyo destino estaba íntimamente ligada, se encogió de hombros y pareció perder fuelle. Comprendí que nosotros éramos su culebrón personal. Ella era la audiencia de nuestro drama, una especie de coro griego: la Fortinbrás engendrada por mi propia Seriedad Profunda. «¡No está mal —pensé—: una Fortinbrás para una farsa como ésta!».

Flossie aventuró:

—Bueno...

—Bueno... ¿qué?

—Bueno, creo que sí, que estuvieron juntos allí, sí. Pero, créame, Walker es simplemente alguien a quien..., en fin, a quien pudo recurrir... después de lo que usted hizo... lo que hizo... con Karen.

—Comprendo —dije, y me puse el abrigo.

—Por favor, no se ponga celoso. Es como una relación entre hermanos: alguien próximo que le ofrece ayuda. Ya no lo quiere, se lo juro. Siempre ha sabido que con él todo se reduciría a su carrera y nada más. Puede declararse hasta el día del juicio final, pero ella nunca volverá con un hombre para quien su trabajo y su talento lo son todo. Es la verdad. Por favor, no saque conclusiones sobre él, no sería justo. Peter, debe tener fe: ella volverá con usted, estoy segura.

Al cruzar el vestíbulo del hospital pasé junto a una cabina telefónica, pero no me paré a preguntarle a nadie si iba a actuar equivocadamente otra vez, o si por fin iba a hacer lo correcto: vi una salida (eso creí) y corrí. Esta vez corrí hacia el apartamento de Maureen, en la calle Setenta y ocho Oeste, a unas pocas manzanas del hospital donde, unas horas antes, la habían llevado en ambulancia. Tenía que haber alguna prueba contra ella en el apartamento, en *algún lugar* —en el diario que llevaba, tal vez algún comentario donde describiese cómo me había tendido esta trampa de la que no conseguía escapar; una confesión de su puño y letra sobre el análisis de orina— que yo pudiera presentar como prueba en el juzgado, ante el juez Milton Rosenzweig, cuya misión era impedir que una orgía fálica se desatase sobre las inocentes e indefensas jóvenes del condado de Nueva York, en el estado de Nueva York ¡Oh, ese pequeño Rosenzweig con su toga negra, debería haber mantenido a raya la horda principal! ¡Cómo se esforzaba en no mostrar favoritismo alguno hacia los de su propio sexo, el sexo hercúleo...! Antes de mi juicio de divorcio se celebró el de Kriegel contra Kriegel. La vista aún no había terminado cuando llegué con mi abogado al juzgado de la calle Centre.

—Señoría —decía Kriegel, un hombre corpulento, de unos cincuenta años, que, al entrar nosotros en la sala, se dirigía directamente al juez; su abogado, de pie junto a él, hacía esfuerzos esporádicos por calmar a su cliente, pero por la actitud y el tono de Kriegel era evidente que había decidido Invocar la Clemencia de la Sala—. Señoría —decía—, comprendo que ella vive en una casa sin ascensor. Pero ella lo eligió. Con la cantidad semanal que le paso, podría vivir en un edificio con ascensor, se lo aseguro. Pero, señor juez, *yo no puedo darle lo que no tengo*.

El juez Rosenzweig, que había llegado, por su propio y sobrehumano esfuerzo, a la Universidad de Nueva York desde los arrabales de la ciudad y que, a pesar de estar en la sesentena, aún era un pequeño gallo de pelea, se tocaba rítmicamente el lóbulo de la oreja mientras escuchaba, como si con el tiempo hubiese descubierto que aquél era el mejor método para evitar que las tonterías que tenía que oír desde su estrado le entraran por la trompa de Eustaquio y le

envenenasen el organismo. Los dos aspectos de su carácter, la burla humorística y el desprecio austero, estaban comprendidos en aquel gesto. Llevaba la toga de magistrado, pero su actitud (y su piel) era la de un viejo general de infantería de Marina que ha pasado su vida defendiendo playas en nombre de la Patria y la Familia.

—Señoría —repitió Kriegel después de una pausa—, trabajo en el negocio de las plumas, como el jurado sabe. Así es, señor. Compró y vendo plumas. No soy millonario, como ella afirma.

El juez Rosenzweig, claramente encantado por la oportunidad que el señor Kriegel le daba de tomarle un poco el pelo, dijo:

—Puede ser, pero lleva usted un bonito traje, señor Kriegel. Es un traje Hickey-Freeman. Si mis ojos no me engañan, es un traje de doscientos dólares.

—Señoría —explicó Kriegel con tono conciliador, mostrando las palmas de las manos como si en cada una llevase las tres o cuatro plumas que cada día vendía a los fabricantes de almohadas—. Señoría, por favor, no iba a venir al juzgado cubierto de harapos...

—Gracias.

—Lo digo en serio, señoría.

—Mire, señor Kriegel, yo lo conozco. Tiene más propiedades en Harlem que grageas una cajita de píldoras Carter para el hígado.

—¿Yo? No, yo no, señoría. Permítame que lo niegue. Ése es mi hermano, Louis Kriegel. Yo soy Julius.

—¿No trabaja usted con su hermano? ¿Está seguro de que es eso lo que quiere decirle a la sala, señor Kriegel?

—¿Con mi hermano?

—Con su hermano.

—Bueno, pero sólo accidentalmente.

Es mi turno. No me quedo tanto tiempo charlando como Kriegel. ¡No, el juez Rosenzweig no va a tomarle el pelo durante mucho tiempo a un hombre de mi profesión —y la de Thomas Mann, y la de Leon Tolstoi— para llegar a la Verdad!

—¿Qué significa esto, señor Tarnopol: «reconocido seductor de jóvenes universitarias»? ¿Qué significa?

—Señoría, yo diría que es una exageración.

—¿Quiere usted decir que no es reconocido como seductor, o bien que no es un seductor de jóvenes universitarias?

—No soy «seductor» de nadie.

—En tal caso, me pregunto qué quieren decir con esto.

—No lo sé, señor.

Mi abogado hace un gesto de aprobación desde el sector de la defensa. Acabo de decir exactamente lo que me indicó cuando nos dirigíamos al juzgado en taxi:

—Diga que no lo sabe y que no tiene ni idea... No acuse a nadie... No llame mentirosa a su mujer. Llámela sólo señora Tarnopol... Rosenzweig siente una gran simpatía por las mujeres abandonadas... Encójase de hombros, Peter, y no admita nada, porque ese juez es un terrible majadero cuando las circunstancias son desfavorables. Y que un profesor se folle a sus alumnas no es una circunstancia nada favorable.

—No me he follado a mis alumnas.

—Perfecto. Muy bien. Eso es exactamente lo que le dirá. El juez tiene el despacho lleno de fotos suyas. Amigo mío, este juez es el Stalin del Juzgado de Divorcios Comunista: «De cada uno, según su capacidad, a cada una, según su necesidad». Y lo pone en práctica. Así que mucho cuidado, ¿eh, Peter?

Cuando me tocó declarar, afortunadamente lo olvidé.

—Entonces afirma usted —me dijo Rosenzweig— que en su escrito para la señora Tarnopol el señor Egan mintió a esta sala. Es una mentira, ¿sí o no?

—Eso parece, sí.

—Bueno, ¿cómo lo redactaría usted para que fuera verdad? Señor Tarnopol, estoy haciéndole una pregunta. ¡Haga el favor de responderme para que podamos marcharnos!

—Mire, no tengo nada que ocultar..., nada de lo que sentirme culpable...

—¡Señoría! —me interrumpió mi abogado mientras yo seguía diciendo:

—... Tuve una relación amorosa.

—¿Sí? —dijo Rosenzweig sonriendo, y su dedo se detuvo junto a la oreja—. Qué bien. ¿Con quién?

—Con una chica que asistía a mis clases..., una chica de la que me enamoré, señoría..., una chica joven.

Por supuesto, esta última aclaración hizo mucho por mi causa.

¡Pero ahora faltaba determinar exactamente quién era culpable, quién había cometido el crimen contra quién!

—Juez Rosenzweig, recordará que la última vez que me presenté ante usted no formulé cargos contra la señora Tarnopol. Mi abogado me advirtió, con toda la razón, que no dijese nada sobre el fraude perpetrado en mi perjuicio por mi mujer, porque en aquel momento, señor juez, no teníamos ninguna prueba en apoyo de una acusación tan deleznable. Además, éramos conscientes de que usted, señor juez, no vería con buenos ojos que acusásemos sin pruebas a una mujer «abandonada» que comparecía ante la sala en busca de la protección que, con toda justicia, la ley le otorga. Pero ahora, señor juez, tenemos tales pruebas, una confesión escrita de puño y letra de mi «abandonada» esposa, según la cual el primero de marzo de 1959 compró, por dos dólares con veinticinco centavos, en efectivo, cierta cantidad de orina a una negra embarazada a quien había conocido en Tompkins Square Park, en el Lower East Side de Manhattan. Tenemos pruebas de que luego llevó dicha orina a una

farmacia de la esquina de la Segunda Avenida con la calle Novena, y de que solicitó, a nombre de señora de Peter Tarnopol, un análisis para el diagnóstico del embarazo. Tenemos asimismo pruebas...

No importaba que mi abogado me hubiese repetido que ya era demasiado tarde para que las pruebas sobre el fraude me resultasen beneficiosas para mi caso. ¡Tenía que mostrarla tal como era! ¡Encontrar algo capaz de detenerla, algo que la obligara a dejarme tranquilo y apartarse de mí! ¡Porque no podía seguir desempeñando aquel papel de Archienemigo, Marido Canalla Divorciado, Polilla del Tejido Social y Demoledor del Hogar!

¡Y la suerte (creí) me seguía acompañando! La puerta que la policía había derribado aquella tarde aún no había sido arreglada: tal como esperaba (lo esperaba y rogaba para que fuese así), la puerta estaba entreabierta: ¡la libertad a un paso! ¡Bendito sea el desorden administrativo de esta megalópolis!

Había luz en el apartamento. Llamé muy suavemente con los nudillos. No quería despertar a los vecinos de los otros apartamentos de la planta. Pero nadie apareció para comprobar el estado de la puerta de la vecina hospitalizada: ¡bendita sea la inmensa indiferencia de esta ciudad! Lo único que se movió fue una peluda y negra gata persa que se deslizó a recibirme cuando, silenciosamente, entré en el apartamento vacío. La reciente adquisición se llamaba Delilah. No estuviste muy sutil con el nombre, Maureen. «Nunca he pretendido ser sutil —contesta ella mientras cierro la puerta tras de mí—. Si quieres sutileza, lee a Henry James, *La copa dorada*, por ejemplo. *Esto es la vida, payaso, no arte elevado*».

¡Y la suerte continúa! Allí, sobre la mesa del comedor, la libreta de anillas donde Maureen solía garabatear sus «pensamientos»... por lo general inmediatamente después de una pelea. En una ocasión me había advertido de que llevaba un «registro» de quién «comenzaba» nuestras discusiones, como prueba de lo «chalado» que yo estaba. Durante nuestra convivencia en la Academia Norteamericana en Roma y más tarde, en Wisconsin, guardaba el diario con mucho cuidado, porque, según decía, era propiedad privada, y si alguna vez me atrevía a «robárselo» no vacilaría en llamar a la policía, ya fuese la italiana o la de Wisconsin. Y esto a pesar de que ella misma nunca había tenido escrúpulos para abrir la correspondencia dirigida a mí, cuando yo no estaba en casa: «¿Acaso no soy tu mujer? ¿Por qué no habría de abrirla? ¿Tienes algo que ocultar a tu propia mujer?». Así que pensaba que, en cuanto lograra apoderarme del diario, encontraría en él muchas cosas que ella quería ocultar a su marido. Corrí hacia la mesa, seguro de estar ante una mina de oro.

Me fijé en una entrada fechada el 8 de agosto de 1958, escrita en las primeras semanas de nuestro «noviazgo». «Es realmente difícil esbozar mi propia personalidad, ya que la personalidad implica el efecto que tiene sobre los demás, y es difícil saber cuál es realmente dicho efecto. Sin embargo, creo

poder adivinar correctamente, en parte, el efecto que produzco. Tengo una personalidad más o menos cautivadora». Y así seguía, en ese estilo, con la descripción de su personalidad más o menos cautivadora, como si se tratase de una alumna de instituto de Elmira: «En mis mejores momentos puedo mostrarme ingeniosa y alegre, y puedo llegar a ser una triunfadora...».

La entrada siguiente tenía fecha del 9 de octubre de 1959. En ese momento ya estábamos casados, y vivíamos en una casita alquilada en las afueras de New Milford.

Hace casi un año... —en realidad hacía más de un año, a menos que hubiese arrancado la página que buscaba, ¡con la descripción de la compra de orina!— que vengo escribiendo este diario, y mi vida es distinta en todos los aspectos. Es un milagro cómo un cambio en las circunstancias puede cambiar verdaderamente el propio ser. Todavía sufro profundas depresiones, pero en realidad mi actitud es más optimista y sólo en los momentos muy negros me siento totalmente desesperanzada. Es extraño, pero, a pesar de que pienso más a menudo en el suicidio, parecen aumentar las posibilidades de que no vaya a hacerlo, estoy segura de ello. Siento que P. me necesita más que nunca, aunque, por supuesto, es algo que nunca va a admitir. Si no fuera por mí seguiría ocultándose tras su Flaubert y no sabría qué es la vida real aunque se cayese dentro de ella. ¿Sobre qué piensa que va a escribir si no sabe ni conoce nada más que lo que ha leído en los libros? ¡Puede ser tan estúpido y soberbio...! ¿Por qué se pelea tanto conmigo? Yo podría ser su musa, si él me lo pidiera. En lugar de eso, me trata como a una enemiga, cuando lo que siempre he deseado es que sea el mejor escritor del mundo. Es brutalmente irónico...

¿La página que faltaba?, ¿dónde estaba? ¿Por qué no mencionaba lo que había hecho para que P. la necesitara tanto?

«Madison, 24 de mayo de 1962». Un mes después de haberme sorprendido en la cabina telefónica hablando con Karen. Un mes más tarde se había tomado las pastillas y el whisky, se había cortado las venas con una cuchilla de afeitar y luego había confesado lo de la orina. Al leer este pasaje sentí una intensa oleada de náuseas. Todo el tiempo había estado de pie junto a la mesa mientras leía, pero ahora me senté y leí tres veces sus revelaciones del 24 de mayo de 1962. «Por alguna razón...». ¡Por alguna razón!

... P. tiene sentimientos de profunda hostilidad hacia mí, y cuando estamos frente a frente lo que siento ahora es odio. Por alguna razón,

he llegado a la desesperación y el desaliento, y la mayor parte del tiempo me siento desgraciada. Quiero a P. y me gusta nuestra vida juntos, o al menos lo que nuestra vida podría ser si no fuera tan neurótico, pero eso parece imposible. Es todo tan triste... Su frialdad emocional va en aumento. Su incapacidad para amar es definitivamente aterradora. Simplemente no me toca, no me besa, no me sonríe, etc., y mucho menos me hace el amor, una situación muy poco satisfactoria para mí. Esta mañana me he sentido harta de todo y decidida a acabar con todo esto. Sin embargo, sé que no debo derrumbarme. La vida no es fácil, aunque P. piense lo contrario. A veces creo que pensar en la neurosis de P. y tratar de hacérsela ver es una tarea estéril, por muy segura que yo esté de ello y aunque lo psicoanalizaran durante años; en un caso como el suyo, sin duda se desharía de mí en el proceso, aunque al menos comprendiese lo loco que está. La única satisfacción que tengo es saber que, si me deja, inevitablemente se casará con alguien que tenga un talento y un ego como los suyos, y ese alguien se querrá a sí misma en lugar de quererlo a él. ¡Qué sorpresa se llevará entonces! La verdad es que está matando todos mis sentimientos, y si sigue siendo tan frío, por fin llegará mi turno y será mi corazón el que se petrifique en lugar del suyo. Sería una lástima que eso llegase a suceder.

Calle Setenta y Ocho Oeste, 22 de marzo de 1966. El penúltimo pasaje, escrito hace exactamente tres semanas atrás. Después de nuestra vista con el juez Rosenzweig. Después de los dos encuentros con el encargado de la conciliación. Después de lo de Valducci. Después de lo de Egan. Después de los pagos de su pensión. Cuatro años después de haberla dejado, siete después de lo de la orina. La entrada, en toda su extensión:

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué no lo he comprendido antes? A Peter no le *importo*. ¡Nunca le he importado! Se casó conmigo sólo porque creía que debía hacerlo. ¡Dios mío! Ahora está tan claro que no entiendo cómo he podido equivocarme tanto. ¿Será este conocimiento un resultado del grupo? Ojalá pudiese marcharme. Es tan degradante... Me pregunto si alguna vez tendré la suerte de enamorarme de alguien que me quiera a mí, a mí misma, y no a alguna idea absurda de mí, como hacen los Mezik, los Walker y los Tarnopol de este mundo. Me parece que ahora es lo único que deseo, aunque también haya descubierto que en realidad soy una mujer práctica, o que es necesario serlo para sobrevivir.

Y la última entrada. Había escrito una nota de suicidio, pero, al parecer, a nadie se le había ocurrido buscarla en su diario. La caligrafía y la prosa indicaban que, cuando empezó a escribir su último mensaje a sí misma, estaba ya bajo el efecto de las pastillas y/o el whisky:

Marilyn Monroe Marilyn Monroe Marilyn Monroe Marilyn Monroe
por qué hacen esto Marilyn Monroe por qué usar Marilyn Monroe por
qué usarnos Marilyn.

Eso era todo. De alguna manera había conseguido llegar hasta la cama para morir allí, como la famosa estrella de cine. ¡O casi!

Un policía estaba mirándome desde la puerta desde hacía no sé cuánto tiempo. Tenía la pistola en la mano.

—¡No dispare! —dije.

—¿Por qué no? —dijo él—. ¡Arriba las manos!

—Muy bien, agente —repuse.

Al incorporarme, mis piernas eran como de trapo. Era como si estuviese suspendido en el aire. Sin que me lo ordenaran, puse las manos sobre la cabeza. La última vez que había hecho eso fue a los ocho años, cuando con un cinturón con cartuchera de cuarenta centímetros en mi cintura y un revólver del Far West, hecho en Japón y hueco como un conejo de chocolate, arma perteneciente a mi amiguito de la casa de al lado, Barry Edelstein, quien, vestido con espuelas y sombrero, me había dicho, con el acento de Cisco Kid: «Arriba las manos, amigo». En general, diría que ésa era la única preparación que tenía para la vida peligrosa que llevaba.

—Soy Peter Tarnopol —le expliqué ansiosamente—. Soy el marido de Maureen Tarnopol. Ella vive aquí. Estamos separados. Legalmente, legalmente. Acabo de llegar del hospital. He venido a coger su cepillo de dientes y algunas otras cosas. Todavía es mi mujer, ¿sabe? Está en el hospital...

—Ya sé que está en el hospital.

—Sí, bueno, soy su marido. La puerta estaba abierta. He pensado que sería mejor que me quedase aquí hasta que la hayan arreglado. Podría entrar cualquiera. Estaba sentado aquí. Leyendo. Iba a llamar a un cerrajero.

El policía estaba inmóvil, apuntándome con la pistola. Nunca debí decirle que estábamos separados. Nunca debí decirle al juez Rosenzweig que había tenido «una relación amorosa» con una alumna. Nunca debí mezclarme con Maureen. De hecho, ése había sido mi mayor error.

Dije algo más sobre el cerrajero.

—Ya viene —me dijo el policía.

—¿Sí? ¿Viene? Muy bien. Perfecto. Mire, si aún no me cree, tengo mi carnet de conducir.

—¿Lo lleva encima?

—Sí, sí, en mi billetera. ¿Puedo sacarla?

—Bueno, no importa, está bien... Tengo que tomar mis precauciones —murmuró, y, bajando la pistola, dio un paso hacia el interior de la estancia—. Había bajado a comprar una Coca-Cola. Vi que ella tenía, pero no he querido coger ninguna. No estaría bien.

—¡Oh, debería haberlo hecho! —dijo mientras él se guardaba la pistola.

—Maldito cerrajero —dijo mirando su reloj.

Cuando estuvo dentro del apartamento vi que era muy joven. Un chico de las calles de Nueva York, con nariz respingona, una pistola y una placa, disfrazado con un uniforme azul. Tenía cierto parecido con Barry Edelstein tal como yo lo recordaba, cuando me apuntó a la cabeza con la pistola de juguete. Y ahora se resistía a mirarme a los ojos, tal vez molesto por haber sacado la pistola como en las películas, o por haberse dirigido de una forma tan grosera a un hombre inocente, o bien (lo que era más probable) porque yo le había descubierto lejos de su puesto. Otro miembro de nuestro sexo avergonzado de que los demás viesen que no estaba a la altura de las circunstancias.

—Bueno —dije cerrando el diario y metiéndomelo bajo el brazo—, me llevaré algunas cosas e iré a...

—Oiga —me dijo señalando el dormitorio—, no se preocupe por el colchón. No podía soportar el olor y lo lavé. Por eso está mojado. Con detergente y un poco de desinfectante en el agua ha quedado muy bien. No se preocupe..., cuando se seque no quedarán marcas.

—Bueno, gracias. Muy amable por su parte.

Se encogió de hombros.

—Lo he guardado todo en la cocina, bajo el fregadero.

—Muy bien.

—Ese Don Limpio es una maravilla.

—Sí, eso dicen. Recogeré algunas cosas y me iré.

—¿Qué hace la señora? ¿Es actriz?

—Bueno... sí.

—¿En la televisión?

—No, en diferentes sitios.

—¿Dónde? ¿En Broadway?

—No, no, todavía no.

—Bueno, eso lleva su tiempo, ¿verdad? Que no se desanime.

Entré en el dormitorio de Maureen, una celda diminuta con espacio apenas para la cama y una mesilla con una lámpara. Como la puerta del armario se abría sólo a medias antes de tropezar con el pie de la cama, tuve que buscar a tientas hasta encontrar un camisón colgado de una percha.

—¡Ah! —dijo en voz alta y clara—. ¡*Aquí está...* justo donde... ella dijo!

Para completar el truco, decidí abrir y cerrar de golpe el cajoncito de la mesilla.

Un abrelatas. En la mesilla había un abrelatas. Tardé un momento en deducir para qué servía. Es decir: creía que estaba allí para abrir latas.

Describiré el instrumento. El abrelatas propiamente dicho está atornillado a un mango liso, redondeado en el extremo, de madera veteada, de unos seis centímetros de diámetro y unos trece de longitud. El abrelatas consiste en un estuche de aluminio, aproximadamente del tamaño de un encendedor, que tiene en la parte inferior un pequeño diente de metal y un pequeño engranaje. Proyectado hacia arriba en la parte superior de este estuche hay un cilindro de unos tres centímetros que se inserta en el mango de madera. Cuando se coloca horizontalmente el abrelatas sobre el borde del envase, éste se abre sosteniendo el mango más grande con una mano y haciendo girar el más pequeño. Esto hace que el diente afilado se desplace por el borde hasta separar la tapa de la lata del envase cilíndrico. Es un tipo de abrelatas que se puede comprar en casi cualquier ferretería por un dólar o poco más. Más tarde comprobé su precio. Son manufacturados por una conocida firma de Vermont: su modelo N.º 5 Junior. Mientras escribo esto, tengo el de Maureen sobre mi mesa.

—¿Cómo va eso? —me preguntó el policía.

—Muy bien.

Cerré el cajón bruscamente después de guardarme el N.º 5 Junior en el bolsillo.

—Eso es todo —dije al volver a la sala con Delilah pegada a los bajos de mis pantalones.

—¿Ha quedado bien el colchón?

—Muy bien. Perfecto. Gracias otra vez. Tengo que irme, ¿sabe? Ya se encarga usted del cerrajero, ¿verdad?

Ya había bajado a toda prisa un tramo de escaleras, cuando vi aparecer la cara del joven policía por la barandilla del rellano superior.

—¡Oiga!

—¿Qué?

—¡El cepillo de dientes!

—¡Ah, sí!

—¡Ahí va!

Lo atrapé y seguí corriendo escaleras abajo.

El taxi que tomé para ir a casa de Susan era uno de esos vehículos que parecen la celda de un preso con mucha iniciativa o la guarida de un adolescente: fotografías de la familia alineadas en el parabrisas, un gran reloj despertador redondo atado al taxímetro y unos diez o quince lápices Eberhard recién afilados dentro de un vaso de plástico blanco, sujeto con un sistema de gomas elásticas a la rejilla que separa a los pasajeros del conductor. La rejilla misma estaba

adornada con borlas azules y blancas, y en el techo, sobre la cabeza del conductor, y diseñados con decorativos clavos para tapicería, se leían los nombres « Gary, Tina y Roz », que eran, seguramente, los nombres de los chicos elegantemente vestidos que sonreían desde las fotos de la familia en bodas y *bar mitzvahs*. El conductor, un hombre mayor, debía de ser el abuelo.

En circunstancias ordinarias, sin duda habría dicho algo sobre aquel elaborado trabajo de decoración, como habría hecho cualquier otro pasajero. Pero en aquel momento sólo podía pensar en el abrelatas modelo N.º 5 Junior. Con el extremo de aluminio en la mano izquierda, pasé el mango más grande por un círculo formado por el meñique y el pulgar de mi mano derecha; luego, dejando flácidos otros tres dedos, pasé lentamente el mango por en medio.

Después me puse el mango entre los muslos y crucé las piernas para que no se moviera. Sólo la pieza cortante, con su afilada púa, asomaba entre mis piernas.

El taxi paró bruscamente junto a la acera.

—Bájese —me dijo el conductor.

—¿Qué?

El hombre miraba airado detrás de la reja, un hombre menudo, con bolsas oscuras debajo de los ojos y pobladas cejas grises, con un pulóver grueso debajo del traje. La voz le temblaba de furia:

—¡Bájese de mi coche! ¡No quiero ese tipo de cosas en mi coche!

—¿Qué tipo de cosas? No estoy *haciendo* nada.

—¡Le digo que se baje! ¡Fuera, antes de que le abra la cabeza con el gato!

—Pero, por el amor de Dios, ¿qué cree usted que estaba haciendo?

Pero mientras decía esto ya estaba en la acera.

—¡Maldito cerdo hijo de puta! —gritó el hombre, y se alejó.

Con el abrelatas en el bolsillo y el periódico bajo el brazo, llegué por fin a casa de Susan, aunque no sin sufrir nuevas peripecias. En cuanto me instalé en otro taxi, el conductor, esta vez un joven con una barba rala y rubia, me miró por el espejo retrovisor y me dijo:

—Eh, Peter Tarnopol.

—¿Qué?

—Usted es Peter Tarnopol, ¿verdad?

—Se equivoca.

—Se parece a él.

—No sé quién es.

—Vamos, no intente engañarme, amigo. Es usted. Qué coincidencia. Justamente anoche llevé a Jimmy Baldwin.

—¿Quién es ese?

—El escritor, hombre. No finja que no lo sabe. ¿Sabe a quién más he llevado? No contesté. Él siguió:

—A Mailer. Llevo a todos esos jodidos tipos. Llevé a otro, y le juro que debía

de pesar cuarenta kilos. El que parece un fideo con el pelo rapado. Lo confundí con Kennedy. ¿Sabe a quién me refiero?

—¿A quién?

—Al Beckett ese. ¿Sabe cómo sé que era él? Le dije: «Usted es Samuel Beckett, tío». ¿Y sabe qué me dijo él? Dijo: «No, soy Vladimir Nabokov». ¿Qué opina de eso?

—Que tal vez *era* Vladimir Nabokov.

—No, nunca he llevado a Nabokov, al menos hasta ahora. ¿Qué está escribiendo ahora, Tarnopol?

—Cheques. —Habíamos llegado al edificio de Susan—. Pare aquí, junto a esa marquesina.

—Vaya, qué bien vive, Tarnopol. Ustedes se lo montan bien, ¿eh?

Le pagué mientras el joven, muy impresionado, cabeceaba a un lado y a otro. Y al bajar del taxi me dijo:

—Recuerde... doblo esa esquina y recojo al jodido Malamud. Soy muy capaz de hacerlo.

—Buenas noches, señor —me dijo el ascensorista de Susan apareciendo de la nada y provocándome el consiguiente sobresalto, en el momento en que hube pasado junto al portero y retirado el abrelatas de mi bolsillo...

Pero en cuanto entré en el apartamento volví a sacármelo del bolsillo y grité:

—¡Espera a ver lo que tengo!

—¿Está viva? —preguntó Susan.

—Vivita y coleando.

—¿Y la policía...?

—No estaba. ¡Mira... mira esto!

—Es un abrelatas.

—Y también lo que usa para masturbarse. ¡Mira! Con esta punta afilada. ¡Cómo debe de gustarle ver asomar esta protuberancia..., debe de encantarle mirar hacia abajo y ver esto!

—Oh, Peter, ¿cómo se te ha ocurrido...?

—Lo he cogido en su apartamento... ¡junto a su cama.

Brotó la lágrima.

—¿Por qué lloras? Es perfecto... ¿No te das cuenta? Es exactamente lo que ella cree que es un hombre: un instrumento de tortura. ¡Un instrumento quirúrgico!

—Pero ¿dónde...?

—Ya te lo he dicho: ¡en su mesilla!

—¿Lo has robado de su apartamento?

—¡Sí!

A continuación le describí al detalle mis aventuras en el hospital y las de después.

Cuando acabé, Susan dio media vuelta y se dirigió a la cocina. Fui tras ella y me quedé junto al horno mientras se preparaba una taza de Ovaltine.

—Bueno, tú misma me dices que no debería mostrarme tan vulnerable ante ella.

Susan no dijo nada.

—Susan, sólo hago lo que tengo que hacer para salir de esta trampa.

Silencio.

—Susan, estoy harto de que me declaren culpable de crímenes sexuales todos los hipócritas, chalados y...

—Tú eres el único que piensa que eres culpable de *algo*.

—¿Ah, sí? ¿Y por eso me obligan a mantenerla durante el resto de mi vida, a una mujer con quien estuve casado sólo tres años? ¿Una mujer que no me dio hijos? ¿Por eso no me permiten divorciarme? ¿Por eso me castigan así, Susan? ¿Porque yo creo que soy culpable? ¡*Yo creo que soy inocente!*

—Si lo crees, ¿por qué necesitas robar cosas como *ésa*?

—*Porque nadie me cree.*

—Yo te creo.

—¡Pero tú no eres el juez de este caso! ¡No eres el estado soberano de Nueva York! ¡Tengo que apartar sus colmillos de mi garganta! ¡Antes de que me ahogue en mi propia furia!

—Pero ¿para qué puede servirte un abrelatas? Ni siquiera puedes saber a ciencia cierta si es lo que dices que es. ¡No lo sabes, Peter! Seguramente lo usa *para abrir latas*.

—¿En su dormitorio?

—Sí. La gente puede abrir latas en su dormitorio.

—Y también pueden jugar con su cuerpo en la cocina, pero en general es al revés. Lo usa como instrumento sexual, Susan..., aunque no te guste la idea. ¡Maureen tiene aquí una polla de reemplazo!

—¿Y qué si fuera así? ¿A ti qué te importa? No tienes nada que ver con eso.

—¿Cómo que no? ¿En tal caso, por qué a ella le interesa todo lo que se refiere a mi vida? ¿Y por qué le interesa al juez Rosenzweig? ¿Y por qué le interesa a su grupo? ¿Y por qué le interesa a su clase de la New School? Me sacan lo de Karen y el juez cree que soy el mismísimo Lucifer. Pero ella, por su lado, se folla utensilios domésticos...

—Pero no puedes presentar eso en el juzgado: creerían que estás loco. Es una locura. ¿No lo ves? ¿Qué crees que ganarías poniéndolo ante las narices del juez? ¿*Qué?*

—¡Además, tengo su diario!

—Me dijiste que lo habías leído y que no había nada en él.

—No lo he leído *entero*.

—Si lo lees, te volverás aún más loco de lo que estás ahora.

—¡NO SOY YO QUIEN ESTÁ LOCO!

—Los dos estáis locos —dijo Susan—. Y yo no lo soporto más. Porque me volveré loca también. ¡No puedo tomar más Ovaltine en un solo día! Peter, no soporto más tu comportamiento. No te aguanto más. Mírate, con ese abrelatas en la mano. ¡Haz el favor de tirarlo!

—¡No! ¡No! Mi comportamiento de ahora, eso que no soportas, eso es lo que soy. ¡Y así seguiré siendo... hasta que gane!

—Hasta que ganes... ¿qué?

—¡Mis pelotas, Susan!

—Oh, ¿cómo puedes usar una palabra tan grosera? Tesoro, tú eres un hombre sensato, tierno, civilizado, encantador. ¡Y te quiero tal como eres!

—*Pero yo no.*

—Deberías quererte. Para qué podrían servirte todas esas...

—¡Aún no lo sé! Tal vez para nada. ¡Tal vez para algo! ¡Pero tengo que averiguarlo! Y si no te gusta, me iré. ¿Es lo que quieres?

Susan se encogió de hombros.

—Si tiene que ser así...

—¡Tiene que ser, y además lo será! ¡Ahora mismo las cosas son demasiado difíciles, Susan, para que sea encantador!

—Entonces es mejor...

—¿Que me vaya?

—... Sí.

—¡Muy bien! ¡Magnífico! —dije totalmente sorprendido—. ¡Me iré!

Susan no dijo nada.

Así que me fui, llevándome el abrelatas y el diario de Maureen.

Pasé el resto de la noche en el dormitorio de mi propio apartamento —la sala de estar aún olía al movimiento intestinal de Maureen—, leyendo el diario, un documento tedioso y (descubrí) tan interesante como biografía femenina como el «Dixie Dugan». Las esporádicas entradas se desarrollaban sin orden ni concierto, o se detenían de pronto en medio de una frase o una palabra, y el estilo escolar de la prosa era del tipo «Mi querido diario»: la expresión misma del autoengaño y la ignorancia. ¡En una mujer tan astuta..., qué extraño! Sin embargo, suele suceder que los escritores decepcionen a sus lectores por ser tan «diferentes» de su obra, aunque no, por lo general, porque la obra no logre ser tan absorbente como el autor en cuestión. Me sorprendía un poco, pero sólo un poco, la persistencia con que, durante nuestro matrimonio, Maureen había abrigado la secreta aspiración de tener una «carrera literaria», o al menos que se hubiese obsesionado por ello a su manera casi inconsciente. Las entradas comenzaban así, por ejemplo: «Esta vez no me disculparé por no escribir, porque ahora sé que incluso V. Woolf solía descuidar su diario durante meses».

O bien: « Debo consignar mi extraña experiencia en New Milford esta mañana, que estoy segura de que sería un buen material para un cuento, si fuese capaz de escribirlo como es debido» . Y luego: « Por primera vez, hoy me he dado cuenta —¡qué ingenua!— de que si escribiese algún cuento o novela que llegase a publicarse, P. se sentiría muy celoso. ¿Sería yo capaz de hacerle algo así? No es extraño que me resista tanto a lanzarme a mi carrera literaria. Todo se reduce a que tengo que proteger su ego» .

Entre las páginas había una docena de recortes de prensa sujetos con clips o pegados con cinta adhesiva, la mayor parte de ellos relacionados conmigo o con mi obra y que se remontaban a la publicación de mi novela, durante el primer año de nuestro matrimonio. Cuidadosamente pegado en una página había un artículo del *Times* de la fecha en que murió Faulkner, y donde se reproducía por completo su pomposo discurso de aceptación del premio Nobel. Maureen había subrayado su último y grandilocuente párrafo: « La voz del poeta no debe ser sólo la historia del hombre; puede ser también uno de los sostenes, de los pilares que lo ayuden a perdurar y a triunfar» . Al margen, Maureen había hecho una anotación a lápiz que me produjo mareos: « ¿P. y yo?» .

El pasaje que me pareció más curioso registraba su visita, dos años antes, a la consulta del doctor Spielvogel. Había acudido allí para conversar sobre « cómo recuperar a Peter» , o por lo menos en esos términos lo había descrito Spielvogel después de la visita sin cita previa que ella le había hecho a última hora de la tarde. Según Spielvogel, le había dicho a Maureen que a aquellas alturas no creía que fuese posible que yo volviese con ella, a lo cual ella había respondido, según él: « Sepa que soy capaz de hacer cualquier cosa. Puedo parecer débil o fuerte, lo que sea necesario» .

Versión de Maureen:

29 de abril de 1964

Debo registrar mi conversación de hoy con Spielvogel, porque, en la medida de lo posible, no quiero olvidar nada. Dijo que yo había cometido un gran error: confesarme ante P. Soy consciente de ello. Si no me hubiese quedado tan desconsolada cuando me enteré de lo de esa jovencita, nunca habría cometido un error tan imperdonable. Si no le hubiera dicho nada, seguiríamos juntos. Mi confesión le dio la excusa que necesitaba para utilizarla contra mí. Spielvogel está de acuerdo con esto. Spielvogel dijo que cree saber qué línea de conducta adoptaría Peter si volviésemos a vivir juntos y siguiéramos casados; si le he entendido bien, Peter seguiría siéndome infiel con una alumna tras otra. S. tiene teorías bastante arraigadas sobre el psiquismo y las neurosis de los artistas, y es difícil saber si tiene razón o no. Me

aconsejó directamente que «elaborase» mis sentimientos hacia P. y que luego me buscara a otro hombre. Le dije que me sentía demasiado vieja, pero él repuso que no debía pensar en términos de edad cronológica, sino de aspecto físico. Me considera «agradable y atractiva» y con un punto provocativo. La opinión de S. es que es imposible tener un matrimonio feliz con un actor o un escritor, porque, en pocas palabras, « todos son iguales ». Mencionó a Marlon Brando y a Lord Byron como ejemplos, pero ¿será P. realmente así? Hoy estoy tan obsesionada por estos pensamientos que apenas puedo hacer nada. Dijo que P. estaba enfrentándose al enorme narcisismo del escritor, que concentra una enorme cantidad de atención sobre sí mismo. Le hablé de mi propia teoría, la que elaboré con el grupo, de que la infidelidad de P. es consecuencia del hecho de que me veía con un temperamento tan apasionado que creyó necesario « practicar » con su alumna. Que no podía sentirse como un hombre auténtico sufriendo una deficiencia tan poco atractiva. Al parecer, a S. le interesó mucho esta teoría. S. dijo que P. vuelve una y otra vez a mi confesión para racionalizar su incapacidad de quererme, o de querer a nadie, dicho sea de paso. S. señala que su falta de amor es característica del tipo narcisista. Me pregunto si S. no está haciendo entrar a P. en un molde preconcebido, aunque debo decir que, cuando pienso hasta qué punto me ha rechazado siempre P., desde el principio mismo, todo tiene bastante sentido.

Al llegar al fin de aquel párrafo, pensé: « ¡Hay que ver! ¡Todo el mundo es capaz de escribir sobre el matrimonio, excepto yo! ¡Oh, Maureen, nunca deberías haber protegido mi ego absteniéndote de escribir! ¡Sería mejor que lo hubieses escrito todo en esa cabecita tuya y me lo hubieses ahorrado en la vida real! ¡En la página impresa, no sobre mi piel! Ah, mi única, eterna esposa, ¿es esto lo que en realidad piensas? ¿Lo crees de verdad? ¿Es que estas palabras describen quién y cómo eres? Es casi suficiente como para que alguien sienta lástima por ti. Alguien, en algún sitio» .

Durante la noche dejé varias veces de leer a Maureen para leer a Faulkner: « Creo que el hombre no se limitará a perdurar: triunfará. Es inmortal, no sólo porque es el único ser que posee una voz inagotable, sino porque tiene alma, un espíritu capaz de compadecerse, de sacrificarse, de resistirse » . Leí el discurso del Nobel de principio a fin y pensé: « ¿Y de qué demonios estás hablando? ¿Cómo pudiste escribir *El sonido y la furia*, cómo pudiste escribir *La aldea*, cómo pudiste escribir sobre Temple Drake y Popeye, y ahora escribir *esto*? » .

A ratos, observaba la « mazorca » de Maureen, el modelo N.º 5 Junior. En un momento dado, observé mi propio pene. ¿Perdurar? ¿Triunfar? Señor mío,

tenemos suerte de poder ponernos los zapatos por la mañana. ¡Eso es lo que yo le habría dicho a aquellos suecos! (Si me lo hubieran preguntado).

¡Ah, qué amargura sentí aquella noche! Y cuánto odio. Pero ¿qué podía hacer con él? ¿O con el abrelatas? ¿O con el diario en el que se confesaba «una confesión»? ¿Qué debía hacer yo para triunfar? ¿No «el hombre», sino Tarnopol?

La respuesta era: nada. «Tolerarlo», decía Spielvogel. «Tesoro, olvídale», decía Susan.

—Enfréntate a los hechos —decía mi abogado—. Usted es hombre y ella es mujer.

—¿Sigue estando seguro de eso? —pregunté.

—Sí mea de pie, es el hombre.

—Mearé sentado.

—Demasiado tarde —me dijo.

Seis meses más tarde, un domingo por la mañana, apenas unos minutos después de haber vuelto de desayunar y leer el *Times* en casa de Susan, me instalé en mi mesa para trabajar. Acababa de arrastrar la caja de cartón fuera del armario y estaba rebuscando entre aquella melancólica colección de planteamientos, nudos y desenlaces desconectados entre sí cuando Flossie Koerner me llamó por teléfono para decirme que Maureen había muerto.

No la creí. Pensé que era una estratagema de Maureen para que dijese algo que fuera posible grabar en una cinta magnetofónica para utilizarlo luego en el juzgado. Pensé: «Va a recurrir otra vez para pedir más dinero. Es otra trampa». Sólo tenía que decir «¡Maureen ha muerto! ¡Estupendo!», o algo que sonase *remotamente* parecido, para que el juez Rosenzweig o alguno de sus lugartenientes decidiera que era un incorregible enemigo del orden social y que mi incontinente y bárbara libido exigía un correctivo aún más severo.

—¿Ha muerto?

—Sí. Ha muerto en Cambridge, Massachusetts. A las cinco de la madrugada.

—¿Quién la ha matado?

—El coche chocó contra un árbol. Conducía Bill Walker. ¡Ay, Peter! —dijo Flossie con un áspero sollozo—. ¡Amaba tanto la vida...!

—¿Y... está muerta? —Yo había comenzado a temblar.

Flossie continuó:

—Muerte instantánea. Al menos, no ha sufrido. ¡Ah, como no llevaba puesto el cinturón de seguridad...!

—¿Qué le ha sucedido a Walker?

—Nada grave. Algún corte. Pero su Porsche está totalmente destrozado. La cabeza... la cabeza de Maureen...

—¿Qué?

—Su cabeza golpeó contra el parabrisas. Ya sabía yo que no debía haber ido. El grupo trató de impedirselo, pero se sentía fatal.

—¿Por qué? ¿A santo de qué?

—Por lo que hizo con la camisa.

—¿Qué camisa?

—Oh, odio tener que decir esto... teniendo en cuenta quien es él..., y no lo estoy acusando...

—Vaya al grano, Flossie.

—Peter, Bill Walker es bisexual. Maureen ni siquiera lo sabía. Maureen... — En ese momento, Flossie prorrumpió en sollozos. Mientras lo hacía, yo tuve que apretar los dientes para impedir que castañetearan—. Maureen... —dijo Flossie reanudando su relato— le regaló una camisa preciosa, muy cara, de batista, ¿sabe? Y no le iba bien, o al menos eso dijo él más tarde, y en lugar de cambiarla por otra más grande, se la regaló a un hombre con el que tiene una relación. Y ella fue a decirle lo que pensaba de su conducta, y a afrontar las cosas con franqueza... Y seguramente estuvieron bebiendo hasta tarde. Estuvieron en una fiesta...

—¿Sí?

—No estoy acusando a nadie —dijo Flossie—. Estoy segura de que nadie tiene la culpa.

Entonces ¿era verdad? ¿Estaba muerta? ¿Muerta de verdad? ¿Muerta, en el sentido de no existir? ¿Muerta como están muertos los muertos? ¿Muerta como en la Muerte? ¿Muerta, muerta? ¿Difunta? ¿Extinta? ¿Llamada al eterno descanso, la zorra miserable? ¿En el otro mundo?

—¿Dónde está el cadáver? —pregunté.

—En Boston. En el depósito. Supongo..., creo que... tendrá que reclamarlo, Peter. Y llevarlo a su ciudad natal, a Elmira. Alguien tendría que llamar a su madre. Oh, Peter, tendrá que decírselo a la señora Johnson; y yo no puedo hacerlo.

¿Peter, ir a buscarla? ¿Peter, llevarla a Elmira? ¿Peter, ocuparse de su madre? Bueno, Flossie, si esto no es el más brillante engaño ideado y dirigido hasta ahora por Maureen Tarnopol, si usted no es la mejor actriz secundaria de culebrones de la Red Radiofónica Psicopática, entonces Peter la va a abandonar. ¿Por qué tiene Peter que molestarle por ella? ¿Que Peter la deje allí para que se pudra!

Como todavía no estaba seguro de que nuestra conversación no estuviera siendo grabada para regocijo del juez Rosenzweig, dije:

—Por supuesto que iré a buscarla, Flossie. ¿Quiere acompañarme?

—Haré lo que sea necesario. ¡La quería tanto...! Y ella le quería a usted mucho más de lo que puede imaginarse...

Pero en ese momento Flossie emitió un sonido que me pareció casi indistinguible del de un animal al aullar junto al cadáver de su compañera.

Y entonces estuve seguro de que no era una estratagema. Probablemente, no. Hablé con Flossie unos cinco minutos más. En cuanto conseguí que colgara, con la promesa de que en menos de una hora estaría en su casa para hacer nuestros planes, llamé a mi abogado a su casa del campo.

—Supongo que ya no estoy casado, ¿no? Dígame, por favor, ¿es así?

—Es viudo, amigo.

—Y no hay ninguna otra posibilidad, ¿no? Soy viudo.

—Eso es. Muerta significa muerta.

—¿En el estado de Nueva York?

—En el estado de Nueva York.

Luego llamé a Susan, a quien hacía sólo media hora que había dejado en su casa.

—¿Quieres que me acerque? —me preguntó en cuanto pudo preguntar algo.

—No, no. Quédate donde estás. Tengo que hacer otras llamadas; luego vuelvo a llamarte. Tengo que ir a casa de Flossie Koerner. Tendré que ir a Boston con ella.

—¿Por qué?

—Para traer a Maureen.

—¿Por qué?

—Te llamo más tarde.

—¿Estás seguro de que no quieres que vaya a tu apartamento?

—¡No, no, por favor! Estoy un poco nervioso, pero por lo demás lo tengo todo bajo control. Estoy bien.

Pero los dientes me seguían castañeteando, y parecía que no podía hacer nada para evitarlo.

Siguiente: Spielvogel. Susan llegó cuando estaba hablando con él: ¿habría venido volando desde la calle Setenta y nueve? ¿O yo había perdido el conocimiento allí, sentado a mi mesa, durante diez minutos?

—Tenía que venir —murmuró acariciándome una mejilla con suavidad—. Me sentaré aquí.

—Doctor Spielvogel, perdone que le moleste en su casa. Pero es que ha ocurrido algo. Al menos supongo que ha ocurrido, ya que alguien me ha dicho que ha ocurrido. Esto no es producto de la imaginación, al menos no de la mía. Me ha llamado Flossie Koerner, una amiga de Maureen del grupo de terapia. Maureen ha muerto. Se ha matado en Boston a las cinco de la madrugada. En un accidente de coche. Está muerta.

La voz de Spielvogel me llegó fuerte y clara.

—¡Dios mío!

—Iba con Walker. Se estrelló contra el parabrisas. Murió al instante. ¿Recuerda lo que le conté, lo que hacía cuando íbamos en coche por Italia? ¿Cómo le gustaba arrebatairme el volante? Usted creía que yo exageraba cuando

le conté que realmente estaba intentando que nos matáramos los dos, y que lo decía. ¡Pero no exageraba! ¡Joder! Se volvía salvaje, como un tigre... en aquel pequeño Volkswagen... ¿Le he contado que por poco nos matamos en aquella montaña cuando íbamos hacia Sorrento? ¿Se acuerda? Bueno, por fin lo ha conseguido. *Sólo que esta vez yo no estaba con ella.*

—Por supuesto, usted aún no conoce los detalles —me recordó Spielvogel.

—No, no. Sólo sé que está muerta. A no ser que me hayan mentido.

—¿Quién podría estar mintiendo?

—No sé nada más. Pero no suelen suceder cosas como ésta. Esto es tan poco probable como el modo en que me metí en esa situación. Y ahora toda la situación carece de sentido.

—Mujer violenta, murió violentamente.

—Mire, hay mucha gente que no es violenta y muere violentamente, y mucha gente violenta que vive vidas largas y felices. ¿No ve usted que... que podría ser una trampa, una nueva mentira suya...?

—¿Con qué objeto?

—Por la pensión. Para atraparame... ¡para cogermelo desprevenido! ¡Otra vez!

—No, no lo creo. No está atrapado. Liberado, ésa es la palabra. Se ha liberado.

—Libre —dije.

—Eso no lo sé —dijo Spielvogel—. Pero liberado, decididamente sí.

Luego marqué el número de mi hermano. Susan aún no se había quitado el abrigo. Estaba sentada en una silla de respaldo recto, contra la pared, las manos entrelazadas sobre el regazo, como una alumna buena de jardín de infancia. Al verla en esa actitud, una señal de alarma se encendió en mi interior, pero estaban sucediendo demasiadas cosas para que yo pudiese prestar algo más que una atención superficial al significado de dicha alarma. *Pero ¿por qué no se había quitado el abrigo?*

—¿Morris?

—Sí?

—Maureen ha muerto.

—Magnífico —dijo mi hermano.

Ah, nos atraparán por esto... pero ¿quién, quién iba a atraparnos?

He sido liberado.

En la oficina de información del ayuntamiento de Elmira me dieron el número de teléfono de la madre de Maureen.

—¿Señora de Charles Johnson?

—Soy yo.

—Soy Tarnopol. Me temo que tengo que darle una mala noticia. Maureen ha muerto. Se ha matado en un accidente de coche.

—Eso es lo que suele suceder cuando uno anda de aquí para allá. Podría

haberlo predicho. ¿Cuándo ha sido?

—Esta madrugada.

—¿Y a cuántos mató con ella?

—A ninguno. A nadie. Sólo murió ella.

—¿Y cómo ha dicho que se llama usted?

—Peter Tarnopol. Era su marido.

—¿Ah, sí? ¿Cuál de ellos es usted? ¿El número uno, el dos, el tres, el cuatro o el cinco?

—El tres. Sólo hemos sido tres.

—Bueno, en esta familia no suele haber más de uno. Ha sido muy amable al llamar, señor Tarnopol.

—¿... y el funeral?

Había colgado.

Por fin llamé a Yonkers. Mi padre empezó a ahogarse de emoción en cuanto oyó la noticia..., se habría dicho que apreciaba a la difunta.

—¡Dios santo, qué fin tan horrible!

Mi madre escuchaba en silencio por el otro teléfono. Sus primeras palabras fueron:

—¿Estás bien?

—Estoy bien, sí. Creo que sí.

—¿Cuándo es el funeral? —preguntó mi padre, ya repuesto y en pleno dominio de su especialidad, las disposiciones prácticas—. ¿Quieres que vayamos?

—El funeral... ¿sabes?, no he tenido tiempo de pensar en el funeral. Creo que siempre quise que la incineraran. Todavía no sé dónde...

—Tal vez no tenga pensado acudir —le dijo mi madre a mi padre.

—¿No vas a ir? —preguntó mi padre—. ¿Te parece una buena idea no ir?

Lo imaginé apretándose las sienes con la mano libre, sufriendo ya un intenso dolor de cabeza.

—Papá, todavía no lo he pensado, ¿entiendes? Cada cosa en su momento.

—Sé inteligente —me dijo mi padre—. Escúchame: debes ir. Ponte un traje oscuro, preséntate allí, y se acabó.

—Deja que lo decida él —dijo mi madre.

—Decidió casarse con ella a pesar de mis consejos... ¡No le vendría mal escucharme ahora, cuando le digo cómo debe enterrarla!

—En cualquier caso, dice que ella quería que la incineraran. ¿Entierran las cenizas, Peter?

—Las esparcen, las esparcen... No sé qué hacen con ellas... Todo esto es nuevo para mí, ¿sabes?

—Por eso te lo digo —dijo mi padre—, escúchame. Eres un novato en *todo*. Yo tengo setenta y dos años, y no lo soy. Ve al funeral, Peter. Así nadie podrá llamarte orgulloso.

—Creo que los que quieran hacerlo me llamarán orgulloso de cualquier manera.

—Pero no podrán decir que no estuviste allí, Peter. Escúchame, por favor... he vivido toda una vida. Deja de hacerlo todo solo, *por favor*. No has escuchado a nadie desde que tenías cuatro años y te ibas al parvulario a conquistar el mundo. Tenías cuatro años y medio y te creías el presidente de la General Motors. ¿Recuerdas el día que hubo aquella terrible tormenta? Cuatro años y medio...

—Oye, papá, ahora no...

—Díselo —le dijo a mi madre—, dile cuánto tiempo hace que se comporta así.

—No, ahora no —dijo mi madre, y se echó a llorar.

Mi padre ya no pudo seguir conteniéndose. Por un milagro, yo estaba salvado, así que por fin podía decirme hasta qué punto le molestaba que yo hubiese malgastado mi herencia familiar de industriosisdad, fuerza y pragmatismo... Todas las lecciones aprendidas de él los sábados en la tienda, ¿por qué las había echado por la borda? «No, no —solía decirme desde lo alto de la escalera del almacén mientras yo le alcanzaba las cajas de calcetines Interwoven—. ¡Así, no, Peppy...! Lo estás haciendo del modo más difícil. ¡Así! ¡Hazlo bien! Debes hacer las cosas bien. ¡Hacerlas mal no tiene sentido, hijo!» . Todo su sentido común empresarial, toda aquella formación en la mentalidad empresarial y el orden, ¿por qué yo no había reconocido la sabiduría que encerraban? ¿Por qué no podía ser una camisería una fuente de conocimiento sagrado? ¿Por qué, Peppy? ¿No era suficientemente profundo para ti? ¿Todo era demasiado banal y de poca monta? Oh, claro, ¿qué podían significar los zapatos Flagg Brothers y los cinturones Hickok y los alfileres para corbatas Swank para un espíritu artístico tan único como el tuyo?

—... había una tormenta terrible —decía— con truenos y todo lo demás, y estabas en la escuela, Peter, en la guardería. Tenías cuatro años y medio, y después de la primera semana no dejabas que te acompañara nadie, ni siquiera Joannie. No, tenías que ir solo. No lo recuerdas, ¿verdad?

—No, no.

—Bueno, estaba lloviendo, como te digo. Y tu madre sacó tu impermeable, y tu sombrero para la lluvia y tus botas, y corrió a la escuela al atardecer para que no te empaparas al regresar a casa. Y... ¿no recuerdas lo que hiciste?

Bueno, por fin estaba llorando y o también.

—No, creo que no.

—Lo rechazaste todo. Le lanzaste una mirada asesina.

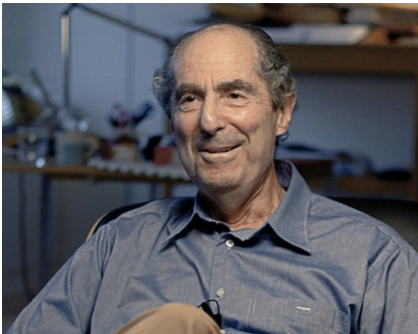
—¿Sí?

—Sí. Y le dijiste que se marchara. « ¡Vuelve a casa! », le dijiste. ¡Cuatro años y medio! Ni siquiera quisiste ponerte el *sombrero*. Saliste, la dejaste allí, te viniste a casa en plena tormenta, con tu madre corriendo detrás. Todo tenías que hacerlo

solo, para demostrar qué gran tipo eras... ¡Y mira cómo has acabado, Peppy! Al menos *por una vez*, ahora, escucha a tu familia.

—Muy bien —le dije, y colgué.

Y entonces, con los ojos anegados en lágrimas y los dientes castañeteando, y lejos de parecer un hombre cuya némesis ha dejado de existir, un hombre que vuelve a ser dueño y señor, me volví hacia Susan, que seguía sentada allí, con el abrigo puesto y un aspecto (para mi sorpresa) tan indefenso como el del día que la conocí. Seguía allí sentada, *esperando*. « Oh, Dios mío... —pensé—, ¡y ahora tú! ¡Tú siendo *tú*! ¡Y yo! ¡Este yo que es yo siendo yo y ningún otro!» .



PHILIP MILTON ROTH (Newark, NJ, Estados Unidos, 1933). Philip Roth es un escritor norteamericano proveniente de una familia judía emigrada de la región europea de Galitzia (Ucrania). Cursó estudios en las universidades de Rutgers, Bucknell y Chicago donde obtuvo el grado de Master en Letras, y trabajó como profesor de Literatura Inglesa. Después, en Iowa y Princeton, enseñó escritura creativa y fue profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Pennsylvania. En 1992 abandonó la enseñanza y se dedicó por completo a la literatura.

Su primera obra, *Goodby, Columbus* (Adiós, Colón) (1959), escrita después de dos años de servicio en el Ejército, es un libro de relatos sobre la vida de los judíos en Estados Unidos, ganó en 1960 el National Book Award.

Sus textos reflejan preocupación e interés por la identidad personal, cultural y étnica con una escritura con capacidad para mostrar una compleja visión de la realidad. Por lo general, cada uno de sus libros es recibido con duras acusaciones de los sectores más conservadores y tradicionales de la comunidad judía; una comunidad a la que el propio escritor americano pertenece.

Philip Roth ha ganado los principales premios literarios de Estados Unidos: el National Book Critics Circle Award (1987 y 1992), el Faulkner Award (1993 y 2000) y el National Book Award (1960 y 1995). En 1997 se le concedió el Pulitzer por la obra *Pastoral americana*. Además ha obtenido los premios Karel Capek (1994) y Franz Kafka (2001), de la República Checa, el Premio Médicis a la

mejor novela extranjera (Francia, 2002), el Premio Sidewise para historias alternativas (Reino Unido, 2005) y el Premio Nabokov (EE. UU., 2006). En 2007 recibió el PEN/Faulkner Award for Fiction, por *Everyman*, y el PEN/Bellow Award. El 2011 recibió el Man Booker International Prize y el 2012 el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Propuesto para el Premio Nobel de Literatura en numerosas ocasiones, sus obras forman parte de la « Library of America », uno de los mayores reconocimientos a que puede acceder un escritor en Estados Unidos.